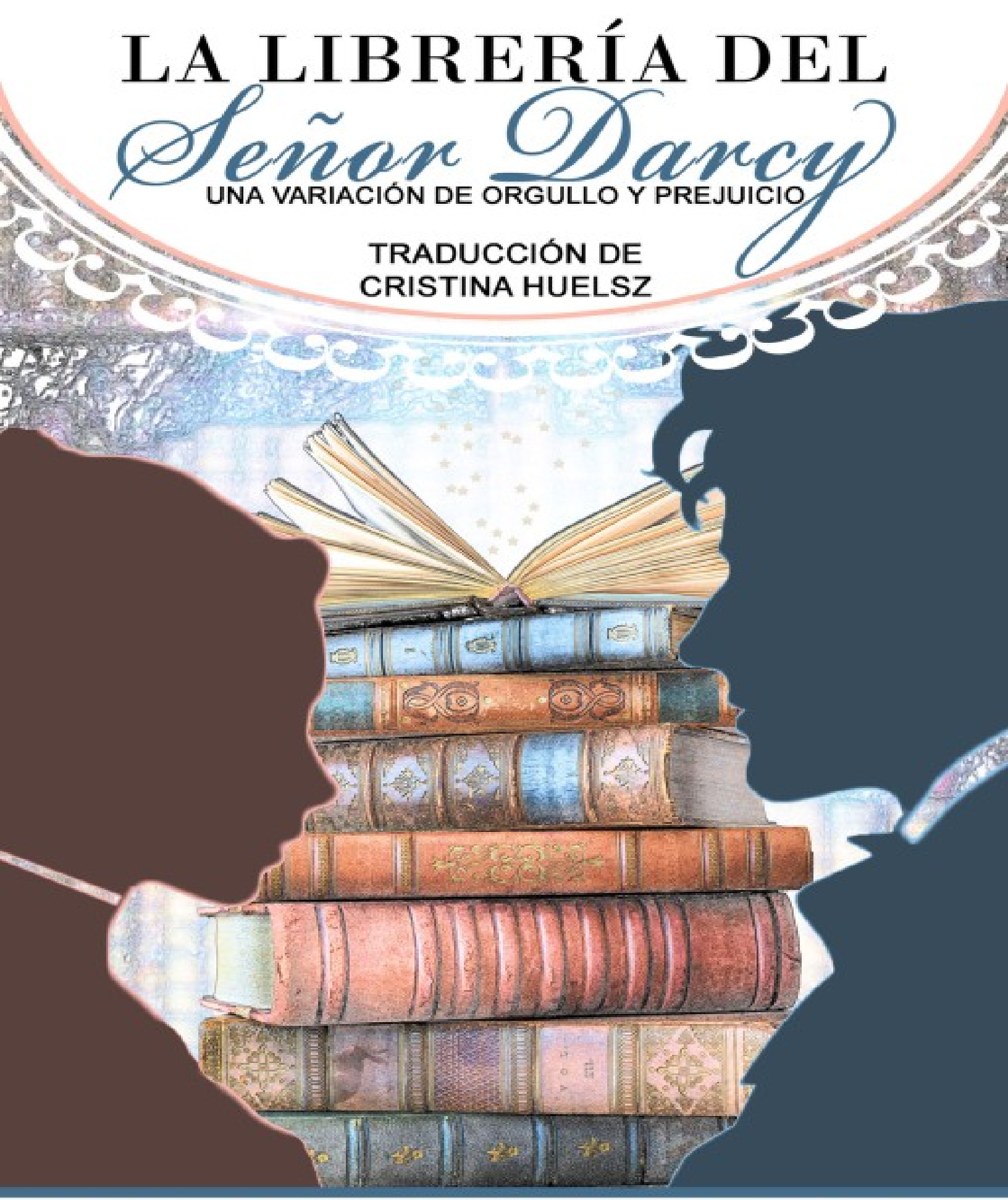
LA LIBRERÍA DEL *Señor Darcy*

UNA VARIACIÓN DE ORGULLO Y PREJUICIO

TRADUCCIÓN DE
CRISTINA HUELSZ



SUMMER HANFORD

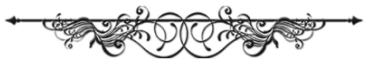
LA LIBRERÍA DEL señor Darcy

UNA VARIACIÓN DE *ORGULLO Y PREJUICIO*

SUMMER HANFORD

Traducido por Cristina Huelsz

LA DEDICATORIA



Agradeciendo en especial a Catherine McClarey, Doris, Linda, Brenda, Cheryl y a todos mis increíbles lectores.

And with special thanks to Cristina Huelsz for her dedication to creating a faithful and lovely translation.

LA PROPIEDAD LITERARIA

Título original: *Mr. Darcy's Bookshop*

Traducción: Cristina Huelsz © Cris Translates, LLC

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Queda prohibida terminantemente cualquier uso o reproducción total o parcial de este libro con fines de formación en tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

© Copyright 2024 Summer Hanford

© de la traducción 2025 Cristina Huelsz

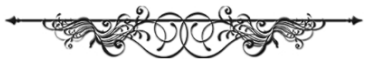
TABLA DE CONTENIDO



La dedicatoria
La propiedad literaria
TABLA DE CONTENIDO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Sobre la autora
Novelas de Summer Hanford
Sobre la traductora
La mención

CAPÍTULO 1



Fitzwilliam Darcy se acomodó las gafas sobre su nariz, pues se le resbalaban constantemente. Un par de hechura más fina podría permanecer mejor en su sitio, pero aun si pudiera permitírselos, no los necesitaría, porque estaría de vuelta en Pemberley con más actividades que tener que revisar los registros de su tienda a la luz del sebo. En Pemberley se dedicaría a leer durante el día, por puro placer, con la brillante luz del sol penetrando en las habitaciones finamente amuebladas. Y si escribiera, no tendría necesidad de utilizar cartas apretadas que apenas eran descifrables, simplemente para ahorrar tinta aguada y papel ordinario.

Una vez terminados sus registros del día, apagó todas las velas de sebo excepto una, luego tomó esta última e inspeccionó las puertas, la delantera y la trasera, aunque no sabía por qué alguien querría robarle a un librero. Volvió al mostrador de la parte delantera de la librería y recortó con cuidado las mechas ya frías. Satisfecho de que la tienda estuviera en orden por esa noche, tomó la caja del dinero y subió las escaleras traseras hasta la habitación de arriba, donde se terminó la cerveza aguada y el pastel de carne a medio comer que se había procurado ese mismo día.

Fue al otro lado de la habitación, se preparó para irse a la cama y luego apagó la vela. Volvió a su estrecha litera de memoria y a tientas y se metió bajo las delgadas sábanas. Hasta ahora, noviembre había sido suave, pero pronto Londres se enfriaría y se cubriría de un miasma lleno de humo, y Darcy temblaría mientras dormía. Quizás si fuera a ver a su primo Richard... pero no. No pondría a Richard en la situación de estar en desacuerdo con los patriarcas.

Darcy anhelaba descansar, con la mente ocupada en libros y registros y en el precio del sebo. No ayudaba que sólo hubiera vendido un único volumen el día de hoy, la mayor parte del cual estuvo desempolvando para mantener la tienda en buen estado y tener algo que hacer. Tampoco era probable que mañana fuera muy

diferente, aunque pronto empezarían a llegar poco a poco clientes en busca de regalos para llevar de vuelta a sus mansiones en el campo para las Navidades. Diciembre sería un mes mejor. Siempre lo había sido en el pasado.

Escuchó el ligero golpeteo de la lluvia en los aleros del techo, consciente de que al día siguiente se enfrentaría a las mismas preocupaciones. Y al día siguiente, y al siguiente. Todos los días serían así, hasta que cediera ante la orden de su padre y sus tíos de casarse con su prima Anne de Bourgh. Aunque ciertamente no le deseaba ningún mal a sus parientes, por mucho que lo atormentaran, a veces a Darcy le gustaba imaginarse lo diferente que serían sus circunstancias si su padre, Matlock y Sir Lewis hubieran muerto cuando él era joven, en lugar de su madre y sus tías. Seguramente, como madre, Lady Catherine habría puesto fin a esta tontería sobre el matrimonio de Darcy y Anne. Si aún estuviera viva, Anne ya estaría felizmente casada y Darcy se vería libre de su imaginaria obligación de desposarla. Estaba seguro de ello.

Darcy se quedó dormido durante sus melancólicas reflexiones, y se despertó con frío y entumecido poco antes del amanecer. Se vistió para el día, y luego encendió su pequeña estufa para calentar agua para el té, que preparó en una tetera despostillada. Las preciosas hojas y el calor para hervir el agua para el té eran el único lujo del que no prescindía, su taza matutina era mucho más importante que una segunda manta.

Más tarde, en la librería, le quitó el cerrojo a la puerta principal y volvió a su labor de desempolvar. Empezó por las estanterías bajas, a la altura del pecho, en la parte delantera de la tienda, y luego pasó a las estanterías más altas, en la parte trasera. Había descubierto que el polvo y el desorden eran los mayores enemigos de una librería, aparte de la falta de clientes. Sumido en su trabajo, no se dio cuenta de que era el tercer lunes del mes hasta mucho más tarde, cuando la puerta principal se abrió, con el tintineo de la campana, para dejar entrar a George Wickham.

Darcy empezó a fruncir el ceño, pero luego controló su expresión cuando un segundo hombre entró pisándole los talones a Wickham. Un hombre de aspecto afable de poco más de veinte años, sin una

gran estatura ni un aspecto demasiado distinguido que lo hiciera destacar, pero con un aire alegre y cordial. Por su atuendo y su presencia junto a Wickham, Darcy supuso que era alguien adinerado. A Wickham no le servían aquellos compañeros con los que no pudiera contar para pagar las cuentas, por mucho dinero que le diera el padre de Darcy.

—Darcy —lo saludó Wickham con falsa amabilidad, acercándose sin prisa a la pequeña escalera en la que Darcy se encontraba para alcanzar los estantes más altos. —Veo que estás trabajando duro. Baja y te presentaré.

Dejando el plumero en el estante, Darcy bajó de la escalera. Sacó un pañuelo para limpiarse las manos.

—Bingley, ¿puedo presentarte a un viejo amigo mío, Fitzwilliam Darcy? —Wickham se volvió hacia Darcy. —Y este es el señor Charles Bingley.

—Encantado de conocerlo —dijo el señor Bingley afablemente. —¿Darcy? ¿No es ese el apellido de tu benefactor, Wickham? ¿Hay algún parentesco? He oído que los Darcy son muy importantes en Derbyshire.

—Pues sí, Fitz, aquí presente, está emparentado de alguna manera con los Darcy de Derbyshire —le respondió Wickham. Miró a Darcy con una sonrisa burlona y añadió: —Aunque, para ser exactos, es un pariente pobre. Vengo una vez al mes a ver cómo está.

—Muy amable de tu parte —dijo el señor Bingley, mirando a su alrededor. —Tiene una bonita tienda aquí, Darcy.

—Gracias.

—Son muchos libros, ¿no es así? —continuó el señor Bingley. —Desearía que mi colección fuera más grande, pero soy un hombre ocioso y, aunque no tengo muchos, tengo más de los que nunca he leído. Aun así, no está de más que eche un vistazo.

—Hazlo —le dijo Wickham. —Darcy y yo tenemos que charlar.

—Los libros sobre caballos y esgrima están en la parte delantera de los dos estantes inferiores de ahí —añadió Darcy, señalando la esquina delantera de la tienda.

—Excelente —dijo el señor Bingley y se dirigió en esa dirección.

Darcy se volvió hacia Wickham. —Mi padre no aprobará que me traigas a un cliente.

—¿Hablas de Bingley? —Wickham levantó las cejas. —Ya lo has oído. Él no es de los que leen. Le costó una barbaridad en la universidad.

—¿Es ahí donde lo encontraste? ¿Aún no has terminado tus estudios?

Wickham se encogió de hombros. —Hace poco decidí probar con la abogacía. Tendré que empezar de cero. Tu padre estaba más que feliz de vender el puesto en la vicaría que quería que yo llenara, y de darme los fondos para continuar mi educación.

Darcy miró al repugnante ser que tenía ante sí y se preguntó cuánto dinero le había estafado Wickham a George Darcy esta vez.

—Cinco mil —dijo Wickham, siguiendo los pensamientos de Darcy, ya que se conocían bien, pues se habían criado casi como hermanos. —La vicaría no vale tanto, pero mi querido, querido padrino quería asegurarse de que estuviera cómodo mientras estudiaba, así que aumentó la suma—. Wickham se acercó y bajó la voz para decir: —Cuando dejes de hacer esta ridícula demostración de independencia, estarás rogando por casarte con tu prima marimacho sólo para rellenar las arcas de Pemberley, de la misma manera que tu padre gasta su dinero en mí.

—Anne no es una marimacho—. No es que Anne tuviera algo que ver con que Darcy nunca cediera a la exigencia de su padre de que se casaran. Simplemente no estaban hechos el uno para el otro, y que lo privaran de la fortuna de su familia no convencería a Darcy de que lo estaban. Nunca cedería a la tiranía de su padre.

—Por supuesto que lo es —replicó Wickham. —Monta a caballo, caza y dispara. Sólo la he visto con botas y traje de montar, con una fusta en la mano. Tu tío la crio para que fuera el hijo que su difunta esposa no pudo darle, por eso entiendo que no quieras casarte con ella, pero te quedarás con Rosings, hombre. Deja esta ridícula farsa y haz que se lean las amonestaciones.

—¿Tenemos hacer esto cada tercer lunes? —preguntó Darcy. —Tengo que sacudir el polvo.

Wickham sacudió la cabeza. —Quién iba a pensar, en Eton, que el gran Fitzwilliam Darcy de Pemberley pasaría sus días sacudiendo el polvo de pilas de libros sin valor.

—Discrepo con la idea de que los libros no tengan valor.

—¿Eso crees? —Wickham volvió a encogerse de hombros. —Nunca he encontrado uno que me gustara. Bueno, al menos aquí no. No tienen ninguno de esos subidos de tono con imágenes que traen de la India.

—No —dijo Darcy con frialdad. —No los tengo. Este es un establecimiento respetable.

—¿Esto? Sólo porque tú estás aquí. Después de todo, estamos en Cheapside. Está a tiro de piedra de los grandes almacenes de importación.

—¿Has dicho almacenes de importación? —preguntó el señor Bingley, acercándose con tres libros en la mano. —Son sitios muy buenos. Siempre están intentando convencer a mis hermanas de que compren allí sus telas, plumas y demás. Todas las modistas lo hacen. Yo digo que para qué pagar el sobreprecio.

Darcy asintió. El gran mercado al aire libre en el centro del distrito de los almacenes era donde hacía muchas de sus compras, incluido el té.

Wickham se rio entre dientes. —Mi querido amigo, tú pagas el sobreprecio para que todos sepan que puedes permitírtelo—. Sacudió la cabeza, su encantador semblante se transformó en diversión, con apenas un toque de condescendencia. —¿Qué tal si me invitas a almorzar y te explico el tema? Tienes mucho que aprender si quieres desligarte adecuadamente de tus raíces en el comercio.

El señor Bingley hizo una mueca. —Vaya que lo sé. Mis hermanas no paran de decir lo mismo.

—Bueno, si hay alguien que puede enseñarte a emplear mejor el dinero para parecer un caballero de pies a cabeza, ese soy yo—. Wickham levantó una ceja en dirección a Darcy. —¿No estás de acuerdo, Darcy?

—Sí —dijo Darcy secamente. —En eso, el señor Wickham y yo estamos muy de acuerdo.

—Espléndido —dijo el señor Bingley alegremente. —Entonces, dejaré que me tomes bajo tu tutela.

Darcy sacudió la cabeza, compadeciéndose del afable joven. Quién sabía qué terribles consejos le daría Wickham, mientras le sacaba al señor Bingley hasta el último penique que pudiera obtener. Casi valdría la pena casarse con Anne simplemente para poder influir en George Darcy en contra de Wickham y sus copiosos gastos.

Casi.

El señor Bingley levantó los libros. —Me llevaré estos, Darcy.

—¿No quieres saber cuánto te costarán? —preguntó Wickham antes de que Darcy pudiera hablar. —Querrás asegurarte de que no se aproveche de ti—. Le sonrió burlonamente a Darcy.

El señor Bingley se rio ligeramente. —No puedo creer que un buen tipo con el apellido Darcy estafe a alguien. Los compraré sin importar el costo.

—Muy bien —dijo Darcy con rigidez. No importaba cuánto tiempo llevara en su negocio de venta de libros, ni cuánto necesitara realmente el dinero, siempre le consternaba aceptar el pago. Prefería regalarle los libros al señor Bingley. Tal como estaban las cosas, le hizo un descuento al hombre para compensar, de alguna manera, el dinero del que Wickham lo despojaría.

Después de que el señor Bingley hiciera su compra, los dos se despidieron, y Wickham siguió a su nuevo amigo hasta la puerta. Se detuvo en el umbral, dejando que se cerrara detrás del señor Bingley, y miró hacia atrás para decir: —Le informaré a tu padre de que sigues obstinadamente opuesto a mejorar tus circunstancias, ¿de acuerdo?

—Haz lo que quieras —respondió Darcy. —Siempre lo haces.

Wickham sonrió ampliamente. —Sí. Lo hago, ¿verdad? —Y con una sonrisa burlona de despedida, se marchó.

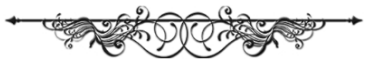
A través del escaparate, Darcy los vio alejarse. Ambos iban vestidos a la moda. Ambos parecían ser caballeros. No es que Wickham lo sería alguna vez, por mucho que gastara en su ropa. Darcy sólo esperaba que no desplumara demasiado a su nuevo amigo. Charles Bingley parecía un buen tipo, aunque uno demasiado confiado.

Darcy sacudió la cabeza, volvió a subir a la escalera y continuó limpiando el polvo. Al menos la visita de Wickham le había aportado algo de dinero a la caja. No lo suficiente como para que Wickham dejara de acosarlo, pero sí para comer durante una semana, lo que, sumado a lo que ya tenía Darcy, le permitiría llegar hasta el año nuevo. Quizás con la afluencia que debería llegar con la temporada navideña, estaría cubierto hasta marzo. Entonces él y su primo Richard harían su peregrinación anual para visitar a su tío Lewis en Rosings, donde Darcy soportaría la lista de sus defectos de su tío y la obsesión de Anne por la caza.

La visita siempre era agotadora, pero suponía un agradable descanso de la tienda y un buen complemento a la dieta de Darcy. En una semana en Rosings comía más carne que durante el resto del año, la mayor parte de ella cazada y abatida por Anne. Como ventaja añadida, después de una semana con ella y Sir Lewis, la determinación de Darcy de desafiar a su padre se reforzaba y anhelaba la tranquila ocupación de su librería.

Con ese pensamiento en mente, sacudió el polvo alegremente. Sus pensamientos se dirigieron al tema más alegre de las próximas Navidades y a la afluencia de compras que siempre veía a fin de año. ¿Quién sabía qué nuevas delicias podría traer el final del año?

CAPÍTULO 2



Aunque las nubes amenazaban con lluvia, Elizabeth salió de Longbourn muy temprano, con Jane a su lado, para caminar antes del desayuno. Su primo, el señor Collins, había llegado hacía solo cuatro días, pero Elizabeth ya lo había llegado a conocer lo suficiente como para saber que tenía la intención de proponerle matrimonio a Jane. Puesto que, cuando llegara el triste día en que su padre las dejara, el señor Collins heredaría su hogar, su propuesta era un asunto que había de tomarse en serio. Si se dirigía a la hermana mayor de Elizabeth, que era excesivamente amable, recibiría un sí. Jane nunca antepondría su felicidad a asegurar la seguridad futura de su madre y sus cuatro hermanas menores.

Pero Elizabeth sí lo haría. Ella antepondría cualquier felicidad de ellas a tener que casarse con su odioso y adulador primo. Simplemente no permitiría que Jane desperdiciara su vida con un hombre tan horrible, ni que se fuera a su casa en Kent a soportar a ese Sir Lewis y a la señorita de Bourgh de los que tanto hablaba. Ellos parecían aún peores que él, una suposición reforzada por la disposición de Sir Lewis a darle un beneficio eclesiástico al señor Collins.

Una vez que ella y Jane se alejaron de la casa, caminando por la estrecha franja verde entre el bosque y el campo, Elizabeth anunció:
—Le he escrito a nuestra tía y le he pedido que te lleve a Londres inmediatamente. Como envié la carta ayer, tengo la firme esperanza de que el carruaje del tío Gardiner llegue mañana mismo. He sido muy clara en mi carta.

Jane le dirigió una mirada sorprendida. —¿Le has escrito a la tía Gardiner para pedirle que me invite a visitarla?

—Sí.

—Pero ¿por qué? No es correcto ser tan exigente, y ni siquiera me has preguntado si quiero ir. Estamos casi en diciembre. ¿Volveré a tiempo para celebrar la Navidad con nuestra familia después de esta visita que has organizado?

—Mi intención es que te quedes en Londres hasta que haya pasado el peligro que representa el señor Collins.

Jane negó con la cabeza, con sus hermosos rasgos fruncidos por la confusión. —¿Qué peligro representa el señor Collins?

Elizabeth se detuvo, haciendo que Jane también se detuviera, y se volvió hacia ella. —Oh, Jane. ¿No lo ves? Pretende pedirte matrimonio.

Ella abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la mejilla, que palideció. —¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

—Porque no ha parado de hablar de que Sir Lewis y la señorita de Bourgh no están de acuerdo con dejar la herencia fuera del linaje femenino y que la solución obvia es que una de nosotras se case con él para que no nos echen forzosamente de la casa cuando papá muera.

Jane asintió con la cabeza. —Bueno, sí, pero supongo que, con sus intereses y su temperamento, se lo pedirá a Mary. Ella le presta mucha atención y disfruta de sus lecturas. Ella es quien lo anima. No yo.

Elizabeth sonrió, porque parte del encanto de Jane era que no se daba cuenta de lo hermosa que era. —Tú lo animas simplemente siendo tú misma. Todos los hombres que te miran se sienten animados. No puedes evitarlo.

Jane entrelazó los dedos, pensativa. Lentamente, dijo: —Si el señor Collins desea tomarme por esposa, me atrevo a decir que debo aceptarlo.

Todo era tal y como Elizabeth había temido. —No debes hacerlo bajo ningún concepto. No te casarás con un caballero que no tiene ni una sola cualidad agradable, que carece tanto de modales como de sentido común que lo hagan atractivo.

—Pero Lizzy, piensa en mamá, y en ti, en Mary, en Kitty y en Lydia. Si me caso con nuestro primo, ninguna de nosotras tendrá que volver a preocuparse. Estaremos bien cuidadas si papá nos deja.

—Nuestro padre goza de buena salud. Hay grandes posibilidades de que conozcas a algún caballero maravilloso, apuesto y rico que se enamore perdidamente de ti, y así asegurarás nuestro futuro y tu felicidad, todo de una vez.

La sonrisa de Jane era triste. —¿De verdad? Reconozco que papá goza de buena salud, pero no comparto tu opinión sobre mis posibilidades de encontrar un marido. Tengo veintidós años y ningún caballero me ha mirado con esos ojos desde que tenía quince.

—Sí —asintió Elizabeth. —Y eso fue en Londres, cuando visitamos a los Gardiner—. Hizo un gesto amplio con la mano, abarcando los campos cuidados, los muros bajos de piedra y la hilera de árboles. —Aquí no hay hombres que puedan enamorarse de ti. En Londres los habrá, y ya es hora de que vayas.

—Pero los tíos Gardiner tienen que cuidar de sus propios hijos.

—Ninguna de nuestras primas tiene edad para pensar en casarse, y mucho menos en ser presentada en sociedad. Los tíos tienen tiempo para ayudarte, Jane. Estoy segura de que estarán encantados de hacerlo. Se lo he explicado todo a la tía Gardiner en mi carta.

Jane frunció los labios, pensativa. —El señor Collins es un caballero perfectamente amable.

—Jane, ni siquiera tú puedes pensar eso de verdad —exclamó Elizabeth. —Es un hombre engreído, pomposo, de mente estrecha y tonto. Lo sabes tan bien como yo, y debes sentir, al igual que yo, que la mujer que se case con él no puede estar pensando con claridad.

Jane le lanzó una mirada severa. —Eres demasiado dura, Lizzy, pero es cierto que no siento por él más que un afecto digno de un primo. Yo... preferiría no tener que casarme con él—. Asintió con la cabeza mientras hablaba. —Sí. Es posible que tu solución sea la mejor. Si la tía Gardiner me pide que vaya y el señor Collins no me pide matrimonio antes de mi partida, todo irá bien.

—Me aseguraré de que él no lo haga —dijo Elizabeth con firmeza.

Jane le dedicó en respuesta una pequeña sonrisa desconcertada y se volvió para reanudar su paseo.

—Pero debes intentar no conversar con él ni sonreírle —continuó Elizabeth.

Jane se detuvo y se dio la vuelta. —No puedo ser grosera con nuestro primo. Eso sería imperdonable.

—Por favor, hazlo lo mejor que puedas. Es muy importante. Me estremezco al pensar en la vida que tendrías con ese hombre y su tan alabado benefactor, Sir Lewis de Bourgh.

—Estás siendo muy dramática.

Elizabeth negó con la cabeza. —No lo creo—. Enlazó su brazo al de Jane. —Y aunque lo fuera, debes complacerme en esto. Porque si parecer amable con nuestro primo va a disgustarme a mí, y parecer antipática va a disgustarle a él, debes elegir a quién quieres disgustar menos, y esa debo ser yo. Él es nuestro primo, pero yo soy tu hermana y tu amiga más querida, y lo he sido durante muchos años.

Jane suspiró mientras empezaban a caminar. —Tienes toda la razón, como bien lo sabes. Si no puedo hacer felices a todos, me esfuerzo por causar la menor infelicidad posible.

Elizabeth sonrió. —Sí. Lo sé.

Siguieron caminando, y Elizabeth disipó la consternación causada por sus manipulaciones contando una historia absurda que le había contado la tía Phillips a Kitty y Lydia, y estas a ella, sobre dos miembros de la milicia local acuartelados en el pueblo cercano de Meryton que competían por el afecto de la hija del posadero.

Después de caminar un rato, regresaron a Longbourn y encontraron a la familia desayunando. Elizabeth no se le ocurrió ninguna razón para no comer con ellos. Es más, el paseo le había abierto el apetito y tenía muchas ganas de comer, así que se quitaron las prendas de abrigo y se unieron al resto.

—Prima Jane —dijo el señor Collins, levantándose para saludarla. —Le he guardado este sitio a mi lado.

—Oh, no —dijo Elizabeth, rodeando la mesa para sentarse. —A Jane no le apetece sentarse aquí—. Le indicó con un gesto a Jane que tomara el asiento libre, al otro lado de la mesa, frente al señor Collins.

El señor Collins se quedó mirando a Elizabeth con sorpresa. Jane se sentó tras lanzar una mirada preocupada a la señora Bennet. Desde el otro extremo de la mesa, el señor Bennet se asomó por encima del periódico y posó su mirada divertida en Elizabeth. Kitty y Lydia intercambiaron miradas cómplices.

—He visto a Jane sentarse ahí muchas veces —comentó su madre. —¿Qué estás haciendo, Elizabeth? Cede tu sitio a Jane ahora mismo.

Elizabeth sacudió la cabeza. —Hay una corriente de aire aquí. Le produce un escalofrío a Jane.

El señor Collins volvió a sentarse, frunciendo el ceño. —Un escalofrío no es nada grave. Eso dice Sir Lewis de Bourgh. Él lo sabe bien. Ha criado a una hija robusta.

—Yo no noto ninguna corriente —dijo Mary, la hermana mediana, desde su asiento frente al señor Collins.

—Pues yo sí —dijo Elizabeth con firmeza.

—Yo también —declaró Lydia. Se estremeció de forma dramática, claramente fingiendo.

—Y yo —dijo Kitty, y acto seguido estornudó.

—¿Lo ven? —Elizabeth señaló a Kitty. —La corriente hace estornudar a Kitty.

—Pero ella está sentada junto a Jane, no junto a ti —protestó Mary.

Desde el otro extremo de la mesa, la señora Bennet fulminó a Elizabeth con la mirada. —No hay corrientes de aire en esta habitación, ni en ninguna otra parte de la casa, y Jane no es susceptible a las corrientes, ni vas a hacerle creer al señor Collins que lo es. Te exijo que abandones ese asiento ahora mismo, Elizabeth.

—¿No podemos estar en paz en la mesa del desayuno? —dijo el señor Bennet arrastrando las palabras. Bajó el periódico. —Prohíbo que nadie abandone su asiento hasta que haya comido lo suficiente. Ahora, si no es mucha molestia, sería conveniente mantener una conversación tranquila mientras leo el periódico—. Levantó la página de nuevo, protegiéndose de la mirada furiosa de su esposa.

—Señor Collins —dijo la señora Bennet, volviéndose hacia el caballero. —¿No decía usted hace sólo un momento que admiraba el bordado de estas servilletas? Es obra de Jane, se lo aseguro. Es muy hábil con la aguja y aportaría un toque delicado y de buen gusto al hogar de un esposo.

Jane bajó la cabeza hacia el plato, al que aún no había añadido nada de comida, con las mejillas sonrojadas.

El señor Collins se volvió hacia ella y abrió la boca para hablar.

Elizabeth tomó su servilleta. —Me atrevería a decir que todas hemos bordado varias, no sólo Jane. Por favor, páseme los panecillos, señor Collins.

—Inmediatamente, bella prima —respondió el señor Collins antes de volverse hacia la señora Bennet. —Sir Lewis de Bourgh cree que la introducción de las servilletas en la mesa inglesa es una pura frivolidad. Sir Lewis es un gran conocedor de las tendencias de la moda y sabe distinguir cuáles son simples caprichos y cuáles perdurarán. Según él, las servilletas son una moda pasajera, creada por los importadores de algodón del Nuevo Mundo para robarle a los ricos—. Le sonrió a Jane. —Pero me atrevo a decir que mi bella prima podría fácilmente dedicar su aguja a actividades más provechosas, en lugar de frivolidades.

—No estoy tan segura —comentó Elizabeth, aceptando los panecillos que Mary le ofrecía al otro lado de la mesa. —Jane adora bordar servilletas. Muchas veces la he oído decir que no hay nada que le guste más y que no querría dedicarse a otra cosa.

—Jane nunca ha dicho tal cosa —exclamó la señora Bennet con un bufido. —De verdad, Elizabeth, estás muy testaruda esta mañana. No debes de haber dado un paseo lo suficientemente largo.

—No, es verdad, mamá. Mañana Jane y yo daremos un paseo más largo—. Elizabeth se quedaría fuera de casa con Jane todo el día, todos los días, hasta que su primo se marchara, si eso era lo que hacía falta para mantenerla alejada de las garras del señor Collins.

El periódico del señor Bennet emitió un suave crujido y Elizabeth se preguntó si, escondido detrás de él, su padre se estaba riendo.

El desayuno continuó así, Elizabeth disfrutando bastante de su papel, aunque la evidente incomodidad de Jane empañó su alegría. La señora Bennet y Mary la miraban con el ceño fruncido mientras ella evadía los intentos de conversación entre el señor Collins y Jane, pero Kitty y Lydia pasaron gran parte de la comida intercambiando miradas y riéndose. Aunque Elizabeth no podía ver a su padre detrás

del periódico, no tenía ninguna duda de que se estaba divirtiendo. Después del desayuno, Elizabeth le recordó inmediatamente a su madre que le había recomendado que diera un paseo más largo, y se llevó a Jane rápidamente antes de que alguien pudiera gritar para unirse a ellas.

No regresaron hasta casi las dos, Jane alegando cansancio y hambre. Elizabeth admitió lo mismo y rezó en silencio para que la señora Gardiner atendiera su llamada de auxilio. Regresaron a Longbourn un poco desaliñadas y bastante cansadas, y el vestíbulo les pareció sorprendentemente cálido después de pasar horas en el aire libre frío de noviembre. Jane soltó un suspiro perceptible de alivio al desabrocharse la capa.

—Ahí están —dijo la señora Bennet con alegría, asomándose desde el salón delantero. —Jane, el señor Collins te ha estado esperando con mucha dedicación. Desea hablar contigo.

Jane miró a Elizabeth con pánico, sus manos se palarizaron mientras se quitaba la capa.

Elizabeth se interpuso entre su hermana mayor y ella. —Mamá, Jane está agotada, mírala. Tiene el dobladillo lleno de barro y el cabello revuelto por el viento. Debe subir inmediatamente a arreglarse.

—Al señor Collins no le importará. Ha dicho muchas veces que admira a las jóvenes que sienten un fuerte amor por la naturaleza y tienen una constitución fuerte, como la señorita de Bourgh.

—Pero Jane no posee ninguna de las dos cosas —dijo Elizabeth señalando vagamente detrás de ella. —Mira cómo la ha afectado la naturaleza. Está agotada.

La mirada de la señora Bennet se entrecerró peligrosamente. —Tú pareces muy animada todavía, Elizabeth. Quizás podría sugerirle al señor Collins que tú eres precisamente la clase de joven que Sir Lewis elogiaría.

Elizabeth sintió una punzada de preocupación, pero tal vez debería alentar la amenaza de su madre. A diferencia de Jane, ella no tendría ningún reparo en rechazar a su primo, por mucha seguridad que su matrimonio pudiera ofrecerle a su madre y a sus

hermanas. Enderezó los hombros, miró a su madre a los ojos y dijo: —Quizás deberías hacerlo.

La confusión se apoderó de los ojos de la señora Bennet, que estaban a punto de brillar con el triunfo. —¿Debería hacerlo?

—Si eso es lo que consideras mejor, mamá, ¿quién soy yo para llevarte la contraria?

Los ojos de la señora Bennet se entrecerraron una vez más, pero esta vez con expresión de confusión.

—Me temo que habrá que restringir los informes al señor Collins sobre la tolerancia de Jane o Elizabeth hacia el aire libre —dijo el señor Bennet desde el vestíbulo que conducía a su biblioteca.

Elizabeth se volvió rápidamente. Percibió con esperanza la misiva que su padre sostenía en la mano.

—¿Cómo es eso, señor Bennet? —preguntó la señora Bennet. —Hable claro, por favor, que el señor Collins está esperando en el salón, y Jane o Elizabeth están a punto de entrar. No me importa cuál de las dos.

—Tu afecto maternal es conmovedor, querida, pero la respuesta es ninguna. Las dos deben hacer las maletas para ir a Londres.

—¿Las dos? —exclamó Elizabeth, llena de gratitud.

—¿A Londres? —exclamó la señora Bennet.

—Sí. Tengo aquí una carta de su tío Gardiner en la que solicita con tanta urgencia que se unan a su casa, que he decidido enviarlas inmediatamente. En menos de una hora. He ordenado que preparen el carruaje.

—Pero... pero... —balbuceó la señora Bennet. Recuperando la compostura, dijo: —¿A esta hora tan tardía? Seguro que es mejor que se vayan mañana.

—Saldrán antes de las tres y llegarán a tiempo para cenar.

—Pero el carruaje —protestó la señora Bennet. —Para cuando los caballos descansen, no habrá tiempo para volver esta noche.

—Yo pagaré el alojamiento.

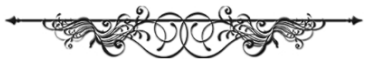
—Prometí ir a tomar el té con Lady Lucas mañana.

—Estoy seguro de que el carruaje habrá vuelto para entonces, querida—. El señor Bennet se volvió hacia Elizabeth, que seguía de

pie delante de Jane. —Vayan a prepararse. No hay tiempo que perder.

—Sí, papá —dijo Elizabeth. Dándose la vuelta rápidamente, tomó a Jane del brazo y su capa cuando se le escapó, y empujó a su hermana escaleras arriba al son de la diatriba en que se embarcaba su madre. Antes de desaparecer, Elizabeth se volvió una vez para murmurar silenciosamente "gracias" por encima de la cabeza de la señora Bennet, dirigiéndose a su padre. El señor Bennet le guiñó un ojo.

CAPÍTULO 3



Con las sombras que proyectaba a su alrededor el sol de la mañana, Darcy atravesó el mercado de Cheapside con paso firme, vestido con un abrigo que había sido renovado y remendado con habilidad en los codos y con su gastado *cravat* atado con un simple nudo. En el bolso que llevaba colgado del hombro guardaba su maltrecha lata de té, ya rellenada, y ahora buscaba a una pareja escocesa que vendía los mejores bollos para desayuno de Londres, tanto por su fama como por su estimación. Con las ganancias de la compra del señor Bingley en su cartera, Darcy sintió que era necesario celebrar un poco. Eso significaba bollos junto con su barra de pan habitual y la decadencia de una buena y gruesa tajada de mantequilla.

Al final de la calle, un gran carruaje se detuvo ante uno de los almacenes. Un hombre vagamente familiar bajó y Darcy trató de reconocerlo. Su atuendo elegante pero austero y la economía de sus movimientos lo identificaban como miembro de la clase mercantil. Posiblemente era un cliente de la tienda de Darcy y, a juzgar por la grandiosidad de su carruaje, también el propietario del edificio frente al que se encontraba.

El hombre se volvió hacia el carruaje y ayudó a bajar a una mujer atractiva de mediana edad y vestimenta igualmente elegante, seguida de una joven encantadora que poseía el tipo de belleza delicada alabada por la alta sociedad. Si era la hija del hombre, la riqueza de éste y la belleza de ella la convertirían en un buen partido para la mayoría de los hombres que una vez había conocido Darcy, a pesar de lo que él suponía que eran sus vínculos con el comercio.

El hombre se volvió una vez más y le ayudó a bajar a una segunda joven. No era tan alta como la primera, ni tenía el cabello o los ojos tan claros, pero poseía unos rasgos casi afilados y vivaces y una vivacidad palpable que llamó la atención de Darcy, haciendo que casi se tropezara.

Mirando más allá del caballero y las otras dos mujeres, la joven de cabello oscuro se encontró con la mirada de Darcy cuando este se acercaba por la calle, y luego ella inclinó la cabeza hacia un lado, preguntándose por su atención. Sabía que debía dejar de mirarla, pero por alguna razón no era capaz de hacerlo. Ella arqueó las cejas y le dio un codazo a la rubia que tenía a su lado.

Darcy apartó la mirada haciendo un esfuerzo, avergonzado por la evidente atención que le había prestado. Con la cabeza gacha, se concentró en caminar mientras su trayectoria lo llevaba directamente hacia ellas.

—Gracias, tío —dijo una suave voz femenina.

—Sí, gracias, tío Gardiner.

Incluso sin mirar, cosa que no se atrevió a hacer al pasar junto a ellas, Darcy supo que la segunda voz, un contralto melodioso, le pertenecía a la joven de cabello más oscuro. Aunque ansiaba darse la vuelta y observarla con detenimiento, obligó a sus pies a seguir caminando por la calle, en busca de los panecillos que casi había olvidado. Tenía que darse prisa, se recordó a sí mismo, si quería tener tiempo para tomar una agradable taza de té antes de abrir la tienda.

Sin embargo, aquellas pocas palabras que había oído de pasada resonaban una y otra vez en su mente mientras se alejaba de los cuatro. Entonces, aquellas dos bellezas no eran hijas, sino sobrinas. Su acento era lo que llamaría refinado. Si no eran hijas de un caballero, entonces lo eran de un hombre lo suficientemente rico como para enviar a sus hijas a una buena escuela de señoritas o contratar a los mejores tutores.

A juzgar por lo poco que sabía, debía deducir que eran similares al señor Bingley de Wickham. Una generación alejada del comercio. En otros tiempos, eso habría hecho que los mirara por encima del hombro, ya que los Darcy de Pemberley no se relacionaban con quienes tuvieran siquiera un atisbo de relación con el comercio, pero en sus años como librero, Darcy había tratado con toda clase de hombres. Ahora le resultaban irónicamente divertidas sus antiguas suposiciones sobre lo que hacía digna a una persona.

Después de hacer sus compras, Darcy regresó a su morada con el pan semanal y se deleitó con bollos con mantequilla y té, y luego bajó a abrir su tienda. Se abrió paso entre las estanterías, limpiando el polvo y ordenando, siempre sorprendido de cómo tan pocos clientes podían crear tal caos en sus ordenadas estanterías. En particular, las secciones de ganadería y técnicas de esgrima habían sido sorprendentemente desordenadas por el señor Bingley. Darcy no lograba entender cómo ese hombre podía crear tanto desorden en tan poco tiempo.

Mientras trabajaba, a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo, la seductora voz y los ojos cautivadores de la joven de cabello oscuro llenaban sus sentidos. En su mente, su tono culto, con un ligero acento campestre, leía cada título que él reordenaba o desempolvaba, aunque apenas había escuchado cinco palabras de ella en la realidad. Sabía que estaba siendo un tonto. Simplemente no había conocido a muchas mujeres refinadas últimamente y esta, de alguna manera, había conmocionado sus sentidos, lo cual era un disparate. Pero, aun sabiéndolo, no podía quitársela de la cabeza.

La puerta se abrió, haciendo sonar la campanilla, y Darcy se agachó detrás de las estanterías de media altura situadas al frente de la tienda para devolver los últimos libros a su sitio antes de que el cliente que entraba pudiera interrumpirlo.

—Esta es la tienda —dijo una voz femenina.

—¿La que papá utiliza para encargar sus libros? —preguntó la encantadora voz de contralto de antes, súbitamente real y presente.

—Sí. Tu tío dice que es la mejor librería de Londres.

—¿Hemos venido a recoger algo para papá? —preguntó una tercera mujer.

Esa voz pertenecía a la joven más alta, si no se equivocaba. Las tres estaban allí, en su librería. La tía, que él supuso que se llamaba señora Gardiner, por lo que había alcanzado a oír en la calle, debía de ser la acompañante de las otras dos.

Al menos, esperaba que necesitaran una chaperona. La idea de que la fascinante joven de la calle ya estuviera comprometida provocó una extraña sensación de pánico en Darcy. Dejó bruscamente los libros que sostenía en su sitio y se puso de pie.

—Oh —exclamó la rubia, llevándose una mano al pecho, sorprendida.

Las otras dos mujeres se volvieron. Los brillantes e inteligentes ojos de la joven de cabello oscuro se abrieron de par en par al reconocerlo.

—Disculpen —dijo Darcy, inclinando la cabeza. —No era mi intención asustarlas. Soy el señor Darcy, el propietario.

—Me parece mucho más alentador que si fuera el señor Darcy, el caballero al que le gusta esconderse detrás de las estanterías y asustar a las damas —dijo la de cabello oscuro.

—Elizabeth—. La joven a la que había asustado pronunció el nombre de su hermana en tono de reprimenda exasperada. Se volvió hacia Darcy con una sonrisa agradable. —Yo también le pido disculpas, señor Darcy, por no haberlo visto.

Elizabeth. El nombre le quedaba bien. Era encantador y sofisticado.

—No podías haberlo visto —comentó la señorita Elizabeth. —Estaba al acecho detrás de esas estanterías.

—Estaba reordenando los libros —protestó Darcy, y luego recuperó los modales para dirigirse a su tía, pues en realidad no debía bromear con señoritas a las que no había sido presentado todavía. —¿En qué puedo ayudarla?

Ella saludió la cabeza. —Sólo estoy aquí para acompañar a mis sobrinas, señor Darcy—. Volviéndose ligeramente, se dirigió a la señorita Elizabeth. —Tú sugeriste visitar la librería, ¿no es así, Lizzy?

La señorita Elizabeth asintió con la cabeza. Dirigiéndose a Darcy, dijo: —Me gustaría comprar un libro para mi padre, como regalo de Navidad.

Así que tenía un padre, vivo, y le gustaban los libros. Darcy archivó esa información en la creciente lista de cosas que sabía sobre la señorita Elizabeth. —¿Qué es lo que más le gusta leer a su padre?

Sus ojos brillaron con picardía, o tal vez con expectación. —Eso es precisamente lo que usted me dirá, señor, porque, aunque me interesan algunos de sus libros, no puedo decir de modo alguno que esté familiarizada con todos ellos. Usted tendrá un conocimiento

mucho más amplio, si lleva un buen registro o tiene buena memoria —. Señaló a su hermana y a sí misma. —Nuestro padre es el señor Thomas Bennet, de Longbourn, en Hertfordshire, a donde usted ha enviado libros varias veces al año. Por lo tanto, confiamos en usted para seleccionar lo que más le gustaría a nuestro padre.

Así que era la hija de un caballero. Sí, un caballero rural, probablemente sin conexiones en la ciudad, pero un caballero al fin y al cabo. Más aún, un hombre inteligente, a juzgar por sus hábitos de lectura. —En efecto, conozco muy bien los gustos del señor Bennet—. De hecho, Darcy ya tenía varios volúmenes seleccionados para la consideración del señor Bennet. Con frecuencia le escribía a Darcy para pedirle una lista de posibles regalos de Navidad para él mismo.

—Oh, Lizzy, qué lista eres —dijo la señorita Bennet.

La señora Gardiner sonrió cálidamente a su sobrina. —Eres una buena hija, Elizabeth. Lo admito, con tu afición por la lectura, pensé que habías venido a buscar libros para ti.

—Oh, echaré un vistazo mientras el señor Darcy piensa en un regalo para papá, por supuesto. He ahorrado bastante de mi dinero para mis gastos para compras de Navidad. Me atrevería a decir que uno o dos serán regalos para mí.

Si no fuera porque eso le impediría comprar combustible y comida, Darcy le habría regalado todos los libros de la tienda. —Mientras usted echa un vistazo, yo seleccionaré algunos libros que le puedan gustar al señor Bennet. ¿Hay alguno en particular que le interese? —Anhelaba que ella amara la literatura.

—No tengo todas las obras del Bardo[i], así que puedo empezar con las que usted me ofrezca al respecto—. La señorita Elizabeth miró a su hermana. —¿Qué opinas, Jane? ¿Poemas con los que pueda deleitarte en nuestro viaje de vuelta?

La señorita Bennet sonrió. —Tú debes deleitarme con algo de tu selección, Lizzy, pues no soy tan buena lectora como tú y no tengo intención de comprar un volumen para mi propio entretenimiento.

Darcy observó las flores perfectamente bordadas en el dobladillo, las mangas y el cuello del vestido de la señorita Bennet, tan

hábilmente realizadas que rejuvenecían una prenda claramente pasada de moda. —Tengo algunas láminas[ii] de moda que podrían interesarle, señorita... —Se interrumpió al darse cuenta de que, aunque ahora sabía sus nombres, no se le había dado permiso para utilizarlos.

—Señorita Bennet —respondió ella al instante, y luego se sonrojó. —Oh, le ruego que me disculpe. Ha sido una falta de mi parte.

La señora Gardiner miró a Darcy, luego a cada una de sus sobrinas y volvió a mirar a Darcy. —Permítame el atrevimiento de presentarnos, señor Darcy, pues sospecho que al menos una de mis sobrinas apreciará su tienda lo suficiente como para volver a visitarla con frecuencia durante su estancia aquí. Soy la señora Gardiner, y estas son mis sobrinas por parte de mi marido, la señorita Jane Bennet y la señorita Elizabeth Bennet.

Darcy se apartó de la estantería para hacer una reverencia. En cuanto se enderezó, se arrepintió de aquel gesto aristocrático y ensayado, pues la señorita Elizabeth lo observaba con los ojos súbitamente entrecerrados. Intentando ignorar su escrutinio, dijo: —Permítanme mostrarles los grabados de moda, señorita Bennet, señora Gardiner. Por aquí—. Se dirigió a una mesa baja colocada deliberadamente cerca de la entrada. Según su experiencia, las jóvenes que buscaban láminas de moda eran reacias a adentrarse demasiado en una librería.

Con una sonrisa alegre, la señorita Bennet lo siguió. Sacó una colección y la abrió para que se viera la primera lámina.

La señora Gardiner se unió a ellos, pero en lugar de examinar las láminas, se dirigió a Darcy. —La excelente idea de mi sobrina también se puede aplicar en mi caso, señor Darcy. Creo que mi esposo es cliente de su tienda. Si tiene alguna recomendación para el señor Edward Gardiner, de Gracechurch Street, le agradecería que me la comunicara.

Darcy inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. —Buscaré en mis archivos y haré una selección para usted también, señora.

—Muchas gracias.

Cuando ella finalmente se unió a su sobrina para examinar las últimas modas, Darcy se volvió hacia la señorita Elizabeth. Esforzándose por mantener una apariencia tranquila para no revelar su impaciencia por hablar con ella, le preguntó: —¿Prefiere al Bardo? Puede elegir entre todas sus obras.

—¿Todas? Qué meticuloso es usted.

Él la guio hacia las altas estanterías. —Me esfuerzo por tener al menos un ejemplar de cada obra de Shakespeare, aunque no puedo afirmar que sean todas de la misma edición—. Como los libros recién encuadernados resultaban caros, Darcy solía llenar sus estanterías con volúmenes adquiridos en ventas de objetos usados o empeñados por herederos poco agradecidos.

—Pero si yo compro uno, ¿no le quedará un hueco en su inventario?

—Sí, pero a cambio tendré que buscar un sustituto, lo cual suele ser una tarea más interesante que estar limpiando el polvo continuamente.

Ella se rio por lo bajo con una risa cálida y profunda que resonó en él. Darcy miró hacia atrás con la esperanza de vislumbar su sonrisa, pero sólo vio que ella pasaba la punta de un dedo enguantado por uno de los estantes mientras caminaban.

Ella se dio cuenta de que él la miraba y levantó la mano para que él la examinara. —No pude fiarme de su palabra, porque hay algo en usted que dice que es un hombre que no limpia el polvo, pero veo que debería haberlo hecho—. Le mostró la mano para que él la viera. —Ni una mota.

—Espero que no. Ayer mismo limpié estos estantes.

—Entonces, si busco, ¿encontraré algo que necesite limpieza? ¿Debería atormentarlo buscando?

—Atorménteme todo lo que quiera, pero primero... —Se volvió hacia uno de los estantes. —Aquí está. Shakespeare.

La señorita Elizabeth sonrió y se acercó a él, sin darse cuenta de que le estaba haciendo llegar la mezcla de aromas de limón y agua de rosas. —Tiene una colección impresionante. Y veo que tiene tres ejemplares de *Macbeth*, precisamente el libro que estoy buscando.

Mi madre se ha empeñado en no permitir que esa obra escocesa entre en nuestra casa, porque cree que la historia está maldita.

—¿Y usted opina lo contrario, señorita Elizabeth? —preguntó él, incapaz de resistirse a llamarla por su nombre.

Ella asintió. —A menos que pueda convencerme de que todas las obras del Bardo tienen alguna propiedad mágica, me niego a creer que una sola pueda tenerla—. Examinó las estanterías y luego se puso de puntillas, tocando el borde inferior de un lomo. —¿Qué es esto?

Darcy se estiró para sacar el libro, ignorando deliberadamente lo cerca que eso lo situaba de ella. Podría haber bajado la cabeza fácilmente para besarle la nuca.

Pero no lo hizo.

—*El castillo de Rackrent*[iii] —respondió él, retrocediendo antes de que ella pudiera darse la vuelta. Le ofreció el libro, casi como si fuera un escudo entre ellos.

Ella le dio la vuelta al volumen de aspecto sencillo entre sus manos. —¿De qué trata?

—De la mala gestión y la ruina de una finca.

—¿Es interesante?

—Es cómico y trágico a la vez.

—Hmm —ella levantó la vista y se encontró con la mirada de él. —¿Ha leído todos los libros que hay aquí?

Darcy sonrió levemente. —Los grabados de moda no.

Elizabeth se rio y le devolvió *El castillo de Rackrent*. —Me intriga, pero estoy decidida a conseguir *Macbeth* y devorarlo mientras visito a mi tía y mi tío, y eso es lo que haré.

—Elizabeth —llamó la señora Gardiner. —El carruaje ha llegado y tu tío está esperando. ¿Han encontrado lo que necesitaban el señor Darcy y tú?

—Ha llegado temprano —murmuró Elizabeth. Sacó uno de los ejemplares de *Macbeth*, la edición más antigua que tenía Darcy, y salió de detrás de la estantería. —Ni siquiera hemos empezado a buscar libros para papá ni para el tío Gardiner.

De repente, sintiendo que no era apropiado estar aislado detrás de una estantería con una joven señorita, aunque Elizabeth obviamente no lo consideraba así, Darcy dejó *El castillo de Rackrent* y se apartó para poder ver a la señora Gardiner y que ella lo viera a él. —Si no le molesta, puedo seleccionar algunos libros tanto para el señor Bennet como para el señor Gardiner. Los tendré listos mañana o cuando le resulte más conveniente.

Elizabeth le dirigió una mirada agradecida. —Sería muy amable por su parte, señor Darcy. No estoy segura de si volveremos mañana, pero sin duda lo haremos pronto—. Levantó *Macbeth* y le mostró el volumen. —Déjeme comprar mi maldecida obra, para no hacer esperar a mi tío.

Tenía en la punta de la lengua el deseo de regalarle el libro, pero contuvo las palabras. No porque necesitara el dinero, sino porque él era un librero, no un pretendiente. Ella era la *señorita* Elizabeth, y se obligó a añadir ese título incluso en la intimidad de su mente, y ella estaba ante él como una inocente clienta de una tienda. Buscaba entretenimiento y conocimiento en forma de literatura, no las atenciones poco sutiles de un hombre del que no pensaba que se atrevería a cortejarla. Ni tenía derecho a hacerlo, por lo que ella sabía.

O, por lo que él sabía, al haber perdido el favor de su padre, ¿qué podía ofrecerle Darcy a una joven de buena cuna? ¿La promesa de que algún día, si Wickham no había vaciado las arcas familiares, Darcy podría volver a tener una propiedad, tras el triste fallecimiento de su padre? ¿Qué haría mientras tanto, instalarla en su habitación encima de la librería? ¿Y qué ira desataría el desafío adicional del matrimonio sobre ellos y sobre sus parientes, tanto por parte de George Darcy como de Sir Lewis, sino también del conde de Matlock?

—¿Señor Darcy? —La señorita Elizabeth volvió a agitar el libro. —¿Puedo comprar este ejemplar de *Macbeth*?

Él hizo una ligera reverencia. —Por supuesto que sí, señorita Elizabeth. Por aquí, por favor—. Señaló hacia la entrada de la tienda y dejó que ella pasara delante, volviendo a la seguridad que le

proporcionaban su tía y su hermana, aunque ella no se había dado cuenta de que se había alejado de ellas.

Darcy intentó no fijarse en el contoneo de las caderas de Elizabeth mientras se alejaba y se preguntó qué le ocurría. Ignorarla no debería ser tan difícil, ¿y qué habían sido sus pensamientos de hacía un momento, sino pura locura? ¿De verdad había albergado la fugaz idea de casarse con una mujer a la que acababa de conocer?

¿Acaso había perdido la cabeza? ¿Es que llevaba demasiado tiempo solo?

¿O era que la señorita Elizabeth Bennet era la criatura más seductora que había visto en su vida?

CAPÍTULO 4

Sentada en el carruaje de su tío, Elizabeth acarició con los dedos la cubierta de su nuevo ejemplar de *Macbeth*, pensando en el hombre que le había vendido el libro. El propietario de la librería había sido tan caballeroso. Si se hubieran conocido en otras circunstancias, lo habría considerado la crema de la alta sociedad. ¿Podría serlo? Parecía bastante improbable, dada su ropa remendada y su tienda bien ordenada. Y, sin embargo, había algo en él...

No es que su posición importara en lo que a Elizabeth respectaba, porque era obvio que estaba él embelesado con Jane, como solían estarlo los caballeros. Elizabeth no había pasado por alto cómo él miraba en dirección a Jane cuando ella lo vio por primera vez en la calle, ni cómo no se había dado a conocer en la tienda hasta después de que Jane hablara. Luego, como para remachar el clavo, se ocupó de las necesidades Jane antes que de ella, evaluando astutamente a su hermana y encontrando algo de su interés en su tienda.

Elizabeth no le guardaba rencor a Jane por su feliz unión, ni por su dulce temperamento y su belleza. Simplemente le gustaría que, por una vez, alguien la viera como algo más que una segunda opción. Bueno, a menos que ese alguien fuera el señor Collins. Entonces frunció la nariz.

—Elizabeth, querida, ¿estás bien? —preguntó la tía Gardiner, haciendo que el tío Gardiner y Jane también se volvieran hacia ella. —Supongo que Londres no es tan refrescante como Hertfordshire, pero has puesto una cara horrible.

Elizabeth se rio entre dientes. —Lo siento. Esa cara no era por Londres, donde me encuentro muy feliz. Sólo estaba pensando en nuestro primo, el señor Collins, y en la propuesta que pretendía hacerme.

—¿De verdad es tan insufrible ese hombre? —preguntó el tío Gardiner.

—Tu carta sonaba bastante urgente —añadió la tía Gardiner.

—Es un adulador sin opinión propia, pero dedicado y obstinado —respondió Elizabeth. —Además, insulta a diestra y siniestra, sin la inteligencia para darse cuenta, y estoy convencida de que cree que las mujeres no tienen pensamientos ni razón. Sería el peor esposo que una se pueda imaginar. Me entristece mucho saber que algún día Longbourn será suyo.

La señora Gardiner arqueó las cejas. —Eso suena bastante terrible. ¿Qué opinas, Jane?

—Creo... —Jane miró a los tres, con los ojos muy abiertos. Echó los hombros hacia atrás y se sentó más erguida. —Creo que él me haría infeliz y a Lizzy profundamente desdichada.

Todos la miraron conmocionados. Era la opinión menos amable que Elizabeth había escuchado jamás de su hermana.

—Pero confío en que ninguno de ustedes repetirá jamás tales palabras —añadió Jane, sonrojándose. —Estoy segura de que hay señoritas que lo considerarían un marido perfectamente aceptable.

—Bueno, entonces —dijo la tía Gardiner. —Me alegro de que las dos estén aquí, a salvo del peligro. Tendremos que ver qué se puede hacer para mitigar de una vez por todas el desastre potencial que supone el señor Collins.

—¿Te refieres a buscarnos esposos? —preguntó Jane, con tono esperanzado.

¿Así que su hermana estaba harta de la vida en Longbourn? Elizabeth contuvo un suspiro. Siempre había sabido que no podrían quedarse allí para siempre, siendo mejores amigas y llevando una existencia tranquila. Jane querría un esposo, un hogar y una familia. Suponía que ella también, pero, simplemente no estaba preparada para que su mundo cambiara todavía. Aunque también era cierto que Jane era dos años mayor que ella.

—En efecto, me refiero a encontrar esposos para ustedes —respondió la señora Gardiner con firmeza. —Me parece que la única manera de evitar el riesgo de que alguna de las dos contraiga un mal matrimonio es asegurarnos de que se casen bien.

Elizabeth sonrió levemente. —Quizás Jane. Ella está destinada a casarse con un hombre rico y amable—. No con un librero de

Cheapside. —Yo, sin embargo, me reservo el derecho de casarme con alguien tan pobre como yo elija, todo en nombre de ridículas ideas sobre el afecto y la independencia. Y entonces seré la pariente pobre de Jane, y ella me enviará su dinero extra para gastos.

—Te casarás muy bien, Elizabeth, si logras refrenar tu ingenio el tiempo suficiente para que un caballero llegue a apreciarte —dijo la tía Gardiner.

El tío Gardiner resopló, conteniendo una risita.

—Prefiero encontrar un caballero que aprecie mi ingenio, antes que sorprenderlo con un rasgo tan indeseable después de la boda —replicó Elizabeth.

—En eso tiene razón, querida —dijo el señor Gardiner, cediendo a su diversión.

La señora Gardiner sonrió. —Cierto, y no puedo evitar estar de acuerdo. ¿Quizás podrías ceder un poco y darles al menos a los caballeros una oportunidad justa? Tienes una mente rápida y aguda, Elizabeth, y una lengua aún más rápida.

—Haré lo que pueda, pero no es culpa mía si los caballeros que conozco tienen mentes lentas y aburridas—. Antes de que su tía pudiera reprenderla de nuevo, Elizabeth continuó. —Y es en Jane en quien debemos pensar realmente. Ella es la que está deseando casarse.

—¿Y qué es lo que buscas en un marido, Jane, aparte de riqueza y amabilidad? —preguntó la tía Gardiner.

Eso derivó en un debate sobre la conveniencia y la tolerabilidad de ciertos rasgos, como la habilidad para montar a caballo o la propensión a las apuestas, y de ciertos bienes, como las casas en Londres y las propiedades en el campo. Elizabeth volvió a estudiar su nuevo libro y a reflexionar sobre el señor Darcy. Teniendo en cuenta la lista de Jane, que le había sonsacado la tía Gardiner y que era más extensa de lo que Elizabeth hubiera sospechado, un librero no era lo que Jane buscaba. Tampoco le gustaría al señor Bennet entregar a su hija mayor, la más hermosa y querida, a un hombre con tan pocas perspectivas. Todos sabían que Jane estaba destinada a algo mejor.

Los pensamientos sobre el señor Darcy acompañaron a Elizabeth durante toda la tarde y la primera parte de la noche. Finalmente, cuando ella y Jane se metieron en la cama demasiado pequeña que compartían en la única habitación de invitados de los Gardiner, Elizabeth no pudo evitar hablar de él. —¿Qué te pareció el señor Darcy?

—¿Quién? —preguntó Jane, ahuecando la almohada.

—El señor Darcy. El propietario de la librería.

—¿El propietario de la librería? ¿Por qué iba a pensar nada de él?

Elizabeth se volvió hacia la vela que había junto a su lado de la cama que le correspondía apagar mientras Jane dormía apoyada contra la pared. Al sumir la habitación en la oscuridad, dijo: —Porque es extraordinariamente apuesto y tiene modales muy refinados. Especialmente para ser un comerciante.

—Pero, Lizzy, no puedes mirar así a un librero.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Sería negar lo que perciben mis sentidos.

Jane cambió de posición. —Nunca me permito pensar en un caballero de ninguna manera. Ni lo haré, hasta que sepa que hay un futuro entre nosotros. No creo que pudiera sobrevivir a la desolación de llegar a querer a alguien con quien no puedo casarme.

—¿Casarte? ¿Futuro? —Elizabeth se rio. —Sólo quería señalar que era de muy buen ver.

—Bueno, eso te lo concedo—. La voz de Jane delataba una sonrisa que Elizabeth no pudo ver en la oscuridad.

—Entonces te diste cuenta —exclamó Elizabeth, triunfante.

—Por supuesto. ¿Qué mujer no lo haría?

—Y es tan educado y alto —continuó Elizabeth. —Y sabe mucho de libros. Al menos, eso parecía por los que tenía en la tienda, que eran bastantes.

—Elizabeth Bennet, ¿estás prendada de un librero? —preguntó Jane en tono amistosamente burlón. —¿Qué diría mamá?

—Diría que tengo que renunciar a la lectura y no volver a comprar otro libro en mi vida —respondió Elizabeth con una risa.

—Bueno, eso sería un poco exagerado, pero tendría razón en que no debes fomentar esos pensamientos—. Jane se recostó

nuevamente contra la almohada. —Nunca serías feliz con un librero.

—¿Y por qué no? —preguntó Elizabeth, sintiéndose entre divertida y molesta. —Adoro los libros.

—Sí, pero no te los puedes comer, ni convertirlos en una casa de campo, ni usarlos para alimentar y vestir a tus hijos.

—Puedes leérselos a tus hijos.

—Sí. Durante el día, porque no podrías permitirte velas.

—Por favor, Jane, tener una librería no puede ser una vida tan miserable.

—¿Viste cómo era de delgada la tela de su abrigo? ¿Y los remiendos en los codos?

Elizabeth lo sabía, pero no le importaba. Cuanto más hablaba Jane, más decidida estaba Elizabeth a averiguar más cosas sobre el señor Darcy la próxima vez que visitara su tienda. Antes, en el carruaje, había bromeado sobre el derecho a casarse con alguien pobre, pero defendería ese derecho. ¿Acaso un hombre inteligente, diligente y educado como el señor Darcy no merecía ser tenido en cuenta?

—El tío Gardiner se dedica al comercio, y mamá también viene de una familia de comerciantes.

Jane bostezó. —Pero dedicarse al comercio como el tío Gardiner y vender libros son cosas muy diferentes—. Se hizo el silencio entre ellas y luego Jane añadió: —Quizás no deberíamos volver a la librería.

¿No regresar? —Pero… el señor Darcy dijo que nos apartaría unos libros para que les echáramos un vistazo, para papá por Navidad y para el tío Gardiner. Debemos volver. No hacerlo sería muy descortés.

—Sí, pero ¿no crees que es peligroso para ti?

—¿Peligroso? ¿Elegir libros? —Elizabeth se rio suavemente. —Sólo corro el peligro de decepcionar a nuestro padre con mi selección.

—Me refiero a si realmente aprecias tanto a este librero.

—Actúas como si le hubiera declarado mi amor eterno al señor Darcy.

—Casi parece que lo has hecho.

Elizabeth se giró hacia un lado, quedando frente a Jane en la oscuridad. —No sabía que pudieras ser tan esnob.

—Sé que prefieres comportarte de otra manera, pero soy tu hermana mayor —dijo Jane. —Es mi deber cuidar de ti, sobre todo cuando estamos lejos de mamá. No es snob querer que mi hermana sea feliz en su matrimonio.

—Pero, sinceramente, ¿podemos decir que la riqueza y la posición social equivalen a la felicidad?

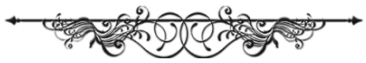
Jane volvió a ahuecar la almohada. —Por favor, Lizzy, sé que te gusta llevarme la contraria, pero ¿podemos dejar la discusión para mañana? Quiero dormir.

Elizabeth frunció el ceño. Jane tenía razón. A Elizabeth le gustaba tomar el lado opuesto. Disfrutaba de una discusión animada. Sin embargo, había algo en el desdén de Jane hacia el señor Darcy que realmente la molestaba.

Pero ¿por qué? Jane había sido educada toda su vida para tener la expectativa de casarse con un hombre de cierta riqueza y posición social. Más aún, sabía que era su deber para con su familia. Si Jane podía aceptar esas esperanzas, ¿por qué Elizabeth debía resentirse por ello? ¿Sería mejor la vida de su hermana si ignoraba las expectativas y se enamoraba del dueño de una tienda?

¿Lo sería la de Elizabeth?

CAPÍTULO 5



Darcy estaba detrás del mostrador de su tienda, escribiendo una carta para Georgiana en un papel que en otro tiempo no habría considerado apto para que lo usara su ayudante de cámara. Ahora, después de tanto tiempo en desacuerdo con su padre, era lo mejor que podía permitirse, y un pequeño derroche. Tenía la ferviente esperanza de que esta vez ella se dignara a responderle. Más que la ropa elegante, los carruajes y la comida abundante, echaba de menos a su hermana. Rara vez había hablado con ella desde que terminó la universidad y George Darcy emitió su ultimátum, flanqueado por el tío Lewis y Lord Matlock, que asintieron en señal de acuerdo. Desde aquel día, sólo su primo Richard venía a visitarlo con cierta regularidad, pero no con frecuencia, ya que era coronel en el ejército.

Pero Georgiana solía escribirle, al menos. Al principio fue bastante frecuente, sobre todo antes del incidente con su enfermedad imaginaria y la traición que eso supuso. Antes de eso, ella le escribía dos veces por semana, rogándole que se casara con Anne y volviera a casa. Le había prometido que le ayudaría a Anne a convertirse en una señorita refinada. Se acabarían la caza, los tiros e ir por ahí con botas de montar como Sir Lewis. Sólo zapatillas y clases de italiano, como si Anne fuera a aceptar algo así.

Lo que ninguno de ellos parecía comprender era que Darcy no le reprochaba a Anne su forma de ser tan poco femenina. Le gustaba bastante su prima. En su juventud, era tan divertida como Richard cuando salían a pasear por el campo. Nadie podía trepar a los árboles como Anne, ni pescar truchas tan grandes, ni derribar un ganso con un tiro tan certero. Pero nada de eso significaba que Darcy estuviera enamorado de ella.

Su mirada recorrió las filas de estantes. Sus libros, ordenados con esmero. Los había leído casi todos, ya que a menudo no tenía mucho más que hacer, y muchos de ellos hablaban de amor. Eran el tipo de libros que la mayoría de los caballeros que alguna vez había

conocido se burlarían de ello. La señorita Elizabeth también, si él fuera capaz de juzgarlo. En el pasado, Darcy habría estado de acuerdo en que las novelas de estilo gótico eran frívolas, tontas y, muy posiblemente, un desperdicio de tinta y papel.

Pero cuanto más leía, más comprendía la promesa de esperanza que ofrecían. El escape a un mundo donde se podía encontrar al amor. Donde había que luchar por esa alegría y aferrarse a ella con todas tus fuerzas, porque la felicidad es efímera en esta vida. Lo que había comenzado como una muestra de rebeldía contra su padre, la venta de sus pertenencias personales para comprar esta tienda, se había convertido en la resolución más firme que Darcy había tomado jamás. Se casaría por amor, no por el dinero de su padre y su tío.

No es como que tuviera oportunidad de hacerlo. Más de una vez sus tres poderosos parientes, uno de ellos un noble, dejaron claro al mundo que Darcy no debía ser invitado a ningún sitio ni se debía frecuentar su tienda. Afortunadamente, había muchos terratenientes fuera del círculo de la alta sociedad, como el señor Bennet, y muchos comerciantes adinerados, como los Gardiner, que o bien no conocían el edicto dictado por los parientes de Darcy, o simplemente no les importaba. Eso significaba que a su tienda le iba bastante bien, pero eso no ayudaba con la falta de damas elegibles.

Hasta que entró la señorita Elizabeth Bennet.

¿Cuándo volvería? ¿Y si se olvidaba de su misión de elegir un regalo para su padre? Tenía la información del señor Bennet. Podría ir a Hertfordshire y buscarla, lo cual sería una locura después de una sola interacción, y porque parecía que estaba visitando a sus parientes en Londres. Había buscado en sus archivos al señor Edward Gardiner y había encontrado las compras anteriores del hombre y su dirección. Gardiner parecía preferir libros de historia o de aventuras en alta mar.

Darcy podría llevar los libros que había seleccionado para el padre y el tío de Elizabeth a los Gardiner... lo cual se consideraría algo bastante atrevido, ya que ellas habían acordado volver a su tienda para hacer su selección.

Bajó la vista hacia la página que tenía delante. Podría mencionar a Elizabeth a Georgiana. Pedirle su consejo.

No. Eso también sería una locura, porque su hermana podría decírselo a su padre, a Wickham o incluso a sus tíos. En lugar de eso, Darcy se limitaría a parlotear sobre su tienda y sus esfuerzos por conseguir más libros, y albergaría la esperanza de que su hermana tuviera la bondad de escribirle una respuesta.

La puerta se abrió de golpe, haciendo sonar la campanilla. Darcy volvió a levantar la vista de la carta.

El señor Bingley entró, seguido de dos mujeres y otro caballero. Todos iban muy a la moda, especialmente las mujeres. Las calificaría de presumidas, con sus movimientos cuidadosamente ensayados y el ángulo de la barbilla mientras observaban su tienda, como si todo lo que veían les ofendiera vagamente. Supuso que eran la clase de damas de las que él habría sido acompañante en otros tiempos. Probablemente incluso él mismo las habría menospreciado, ya que se parecían al señor Bingley, y él estaba relacionado con el comercio.

—¿Lo ven? —El señor Bingley dio una vuelta lenta, con los brazos extendidos como un ilusionista. —Es una tienda encantadora, a pesar de lo que opinan de la ubicación, hermanas—. Completó el círculo, vio a Darcy y se dirigió al mostrador. —Señor Darcy, ¿qué tal está hoy? He venido por más libros.

—¿El señor Darcy? —repitió la más alta y joven de las dos mujeres, siguiendo al señor Bingley hasta el mostrador. Sus facciones estrechas y afiladas se animaron y aspiró con fuerza, como un sabueso en busca de riqueza y conexiones. —¿Está usted emparentado de algún modo con el señor Darcy de Derbyshire, del que ha hablado el señor Wickham?

Por muy desagradable que le resultara esa descripción, Darcy mantuvo una expresión neutra. —Algunos dirían que sí.

Ella se inclinó hacia delante, con un brillo depredador en los ojos. —¿Sabría usted por casualidad dónde puede encontrarse el heredero desaparecido del señor Darcy? Me encantaría ser el instrumento de su reunificación con su familia.

Darcy no creía que lo hiciera, ya que se sentiría decepcionada tanto si se casaba con él y acababa con sólo una librería, como si lo entregaba para su matrimonio con Anne. Además, ella lo estaba obligando a responder con evasivas, algo que él detestaba, pero no

iba a destrozar su feliz, aunque limitada, existencia admitiendo la verdad ante aquella mujer tan evidentemente interesada. —No estoy al corriente de los detalles de los asuntos del señor George Darcy.

—¿Pero el señor Darcy, el más joven? —insistió ella. —¿Al menos lo ha visto en Londres?

—Vamos, Caroline, déjalo —dijo el señor Bingley.

La mujer, y Darcy sólo podía suponer que se trataba de la señorita Caroline Bingley, insistió: —¿Lo ha visto?

—Sí. En alguna ocasión—. De hecho, se había estado mirando en el espejo esa misma mañana mientras se afeitaba.

—¿Lo ves, Charles? ¿Louisa? —exclamó la señorita Bingley triunfante mientras se alejaba de Darcy, cuya utilidad había llegado a su fin. —Está en Londres. Te dije que el rumor de que estaba en el continente no podía ser cierto. Ningún Darcy de Pemberley se iría a Francia—. Se dio la vuelta. —Señor Darcy, si ve a su pariente, envíeme un mensaje de inmediato. Estoy alojada con los Hurst—. Hizo un gesto hacia la otra mujer, que parecía ser su hermana mayor y llamarse Louisa Hurst. La señora Hurst, que hojeaba las revistas de moda, no levantó la vista. El caballero más corpulento, presumiblemente el señor Hurst, se había adentrado en la tienda. La señorita Bingley recitó una dirección en una zona elegante, aunque antigua, de Londres.

—Caroline —dijo el señor Bingley con leve exasperación. —Esto es una librería, no los cuarteles de Bow Street[iv]. He venido a hablar con el señor Darcy sobre libros. Aunque soy consciente de que tú los desprecias, me gustaría comprar algunos.

Ella miró a su hermano con los ojos entrecerrados. —Claro que no los desprecio. Declaro que, después de todo, no hay mayor placer que la lectura.

—Entonces ve a leer algo.

—Caroline, ven a ver estas láminas conmigo —la llamó la señora Hurst. —Son muy modernas.

Tras lanzarle una mirada de reproche a su hermano, la señorita Bingley se alejó rápidamente para reunirse con su hermana.

—Lo siento. Es una señorita soltera y todo eso —dijo Bingley. —Ahora, pasemos a asuntos más importantes. Los libros que me recomendó son de primera categoría. Incluso Hurst quedó impresionado, y él es un gran lector. Sobre todo por el periódico, pero dijo que eran estupendos, así que he venido por más.

—¿Más libros sobre los mismos temas?

El señor Bingley frunció el ceño, pensativo. —Uno o dos, tal vez. Pero hay que tener una selección, ¿no? Para que todo sea adecuado.

—¿Para que qué sea adecuado? —preguntó Darcy, preguntándose si el señor Bingley siempre hablaba con frases incompletas.

—Mi colección. Voy a comprar una casa, ¿sabe? Probablemente en Londres. No puedo quedarme con los Hurst para siempre. Pensé que algún lugar en el campo me vendría bien, para poder dedicarme a la administración de tierras como un caballero que se precie, pero Wickham me señaló lo absolutamente carente de sociedad y actividad que es el campo durante la mayor parte del año, así que ahora no sé qué hacer. En cualquier caso, sigo necesitando de una biblioteca respetable.

—Cierto —intervino Darcy cuando el señor Bingley finalmente hizo una pausa para respirar. ¿Debería señalarle que Wickham se preocupaba menos por la felicidad de Bingley en su elección de residencia que por si el hombre estuviera convenientemente ubicado? Sin duda, Wickham prefería mantener al señor Bingley en Londres para emplearlo como su propia cuenta bancaria privada.

—Sigo diciendo que deberías esforzarte por conseguir una mansión en el campo, Charles —intervino la señorita Bingley desde donde estaba, de pie al frente de la tienda, junto a uno de los grandes escaparates, mirando láminas de moda. —Un caballero que se precie tiene una mansión en el campo. En Derbyshire.

—¿En Derbyshire? —repitió Darcy antes de poder detener sus palabras.

La señorita Bingley levantó la vista. —Sí, cerca de la del señor Darcy tan amigo del señor Wickham. El señor Wickham lo heredará todo, si el hijo pródigo no regresa, por así decirlo, y él y yo estamos en muy buenos términos.

El hielo invadió las venas de Darcy. ¿Su padre había nombrado a Wickham su heredero? No podía ser cierto.

—Pero él no es nadie, Caroline —dijo la señora Hurst en voz baja. —Sé que es amable y viste bien, pero es hijo de un administrador.

—Podría ser el hijo de un barrendero. Una vez que tenga Pemberley, a nadie le importará. Nosotros hemos ascendido. Soy la persona perfecta para asegurarme de que él también lo haga. Y además, ya sabes los rumores—. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible. —Sobre su verdadero linaje.

¿Rumores sobre la ascendencia de Wickham? Con su propensión al engaño, Darcy podía adivinar fácilmente la naturaleza y el origen de tales rumores. Además, ninguno de los padres de Wickham vivía para refutarlos. Darcy apretó los dientes.

El señor Bingley se volvió hacia sus hermanas. —Si quieren cotillear, háganlo mientras toman el té —dijo con un leve tono de irritación, antes de volver a centrar su atención en Darcy. —Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Por los libros —respondió Darcy, luchando por recuperar la compostura. ¿Qué maldad estaría tramando Wickham? ¿Debería cerrar la tienda y regresar a Pemberley?

Su memoria volvió a la supuesta enfermedad de Georgiana. Seis meses después de comprar la librería, Wickham le había dado noticias del padre de Darcy de que Georgiana estaba muy enferma. Darcy había regresado apresuradamente a casa, sólo para descubrir que la enfermedad era un invento de su padre y Sir Lewis, quien tenía a Anne furiosa, con una licencia especial y un clérigo esperándolos. Por la mirada culpable de Georgiana, ella sabía todo del plan, aunque Anne parecía ajena a ello. Más tarde su prima le confió que Sir Lewis la había llevado a Pemberley con la promesa de una partida de caza.

Anne sería una aliada incondicional y una buena fuente de información, si se atreviera a escribirle. Sin embargo, cualquier comunicación se consideraría una admisión de compromiso, por lo que no se atrevía a hacerlo. No obstante, le escribiría a Richard y abrigaría la esperanza de que la carta enviada a la residencia Matlock le llegara finalmente, dondequiera que estuviera destinado.

Si tan sólo Anne se casara, entonces todo se resolvería, pero ella no mostraba ninguna intención de hacerlo. ¿Y con quién se casaría? Pocos hombres tolerarían a una esposa que disparaba mejor que ellos, montaba mejor y era, en general, una persona más enérgica que ellos.

Independientemente de las perspectivas matrimoniales de Anne, Darcy no volvería a caer en la trampa de correr a casa. La última vez, Sir Lewis había abogado por detenerlo físicamente, pero el padre de Darcy no había estado de acuerdo. Ahora, tras años de resistencia por su parte, a Darcy no le sorprendería que la desesperación llevara a su padre a recurrir a candados y llaves. Bueno, Darcy no volvería a caer en una jaula dorada.

—.... y quizá algo elevado también. Poesía o algo por el estilo —estaba diciendo el señor Bingley. —¿Qué opina usted, señor Darcy?

Darcy miró fijamente al amable joven que tenía delante y rápidamente ordenó sus pensamientos. —Bueno, una buena biblioteca debe incluir una gran variedad de temas, tanto para ampliar la mente como para entretener a los invitados, pero la mayoría deben ser libros que le interesen a usted, ya que serán suyos y los leerá para su disfrute.

La señorita Bingley dio un codazo a su hermana y dijo en falso *sotto voce*: —¿Cuántos libros se pueden leer sobre esgrima?

—Me atrevería a decir que uno ya es demasiado —respondió la señora Hurst con una sonrisa burlona.

Sin molestarse en levantar la vista de las láminas de moda que estaba hojeando, la señorita Bingley alzó la voz para añadir: —A Charles sólo le gustan los libros con ilustraciones, señor Darcy.

Las mujeres como las hermanas del señor Bingley eran algo que Darcy definitivamente no echaba de menos de su antigua vida, aunque imaginaba que se comportarían de manera muy diferente si no lo consideraran poco más que un mueble.

Volvió a dirigirse al señor Bingley. —¿Cuáles son sus aficiones, señor Bingley? ¿Se limitan a la esgrima, el boxeo y los caballos?

—Bueno —dijo arrastrando las palabras y mirando a su alrededor. Parecía casi confundido, como si nadie le hubiera hecho esa

pregunta antes. —Me gusta bailar. No hay nada que me agrade más que un baile campestre animado.

Hizo una pausa y miró a sus hermanas, quienes efectivamente estaban intercambiando miradas de incredulidad.

—Déjeme mostrarle esta sección—. Darcy rodeó el mostrador y se adentró en la tienda, donde las estanterías eran de doble altura. Una vez allí, se volvió hacia el señor Bingley. —¿Qué le parecería, además de más volúmenes sobre sus tres temas favoritos, añadir libros sobre ganadería y gestión de la tierra? Para prepararse para su futura propriedad. También tengo una excelente colección de diarios de viaje, para ampliar su perspectiva del mundo, aunque no tenga intención de viajar. Y, por supuesto, un poco de historia, los griegos, el Bardo y algo moderno. ¿Quizás Byron?

El señor Bingley asintió, con expresión agradecida y los hombros menos encogidos. —Sí. Todo eso suena muy bien, ¿no? Los griegos son imprescindibles. Ah, ¿están en griego?

—Empecemos con textos traducidos.

El señor Bingley volvió a asentir. —¿Cuántos libros debe tener un caballero para parecer respetable en sus intereses?

—Debería empezar con no más de veinte volúmenes. Una biblioteca es el trabajo de toda una vida, no una simple exhibición pintoresca. Al menos debería intentar leer cada volumen y luego añadir otros en las áreas que le interesen más.

—De acuerdo —asintió el señor Bingley. Miró a su alrededor. —¿Y cómo los escojo?

—Le prepararé una selección para que la examine, pero en el futuro, cuando tenga una idea más clara de lo que le gusta, tal vez prefiera elegir los libros usted mismo o que yo le ofrezca una selección reducida acorde con sus intereses—. Darcy insistió, porque creía que era necesario repetirlo: —Su biblioteca es para su disfrute.

—Es un gran consejo —dijo el caballero que había acompañado al señor Bingley y a sus hermanas a la tienda, acercándose con dos volúmenes de historia en las manos. —Me llamo Hurst —añadió, aunque Darcy ya lo había adivinado.

Darcy inclinó la cabeza. —Darcy, a su servicio, señor Hurst.

—Me gustaría comprar estos. Para mi colección.

—Por supuesto, señor.

Bingley se volvió hacia su cuñado. —No puedo llevar veinte libros. ¿Podemos cargarlos en el carruaje?

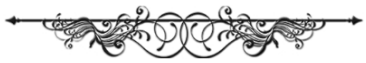
—Si me lo permite, señor Bingley —intervino Darcy. —Yo reuniré los veinte que me parezcan más adecuados. Usted puede volver para revisarlos, hacer su selección definitiva y asegurarse de que son de su agrado. Luego, una vez que haya comprado su nueva casa, se los haré enviar.

El señor Bingley sonrió. —Una idea espléndida.

Darcy acompañó al señor Hurst y al afable señor Bingley hasta la entrada de la tienda. Hurst compró sus dos volúmenes y la señorita Bingley compró media docena de láminas de moda. El señor Bingley, a pesar de las protestas de Darcy, insistió en dejar un depósito para su nueva colección. En definitiva, fue un día muy provechoso. Darcy sólo esperaba que Wickham no descubriera que había traído a unos clientes tan buenos. Si lo hacía, sin duda añadiría una nueva mentira a su continuo teatro de engaños para evitar que los Bingley y los Hurst volvieran.

Después de anotar los libros que debía apartar para el señor Bingley, una pila bastante más grande que la que ya había reservado para que la examinara la señorita Elizabeth y la señora Gardiner, Darcy volvió a escribir sus cartas. Terminó la de Georgiana y sacó una segunda preciosa hoja de papel. Tenía la esperanza de que sus preguntas y preocupaciones llegaran a Richard antes de que se materializara cualquier nueva fechoría que Wickham estuviera tramando.

CAPÍTULO 6



Elizabeth no pudo negar la emoción que sintió cuando ella, Jane y la criada que las acompañaba entraron en la librería. Estaba segura de que dicha emoción se debía a que le encantaban los libros y tenía muchas ganas de ver cuáles había elegido el señor Darcy para su padre. Cualquier euforia que sintiera por estar en la librería no era, en absoluto, por el hombre ligeramente misterioso y sumamente atractivo que estaba detrás del mostrador.

Él levantó la vista cuando entraron, las páginas que tenía delante hablaban de una carta o de algún tipo de registro, y asintió en señal de saludo. Dejando a un lado su pluma, se quitó un par de gafas con montura de alambre y las colocó en el mostrador junto al tintero. —Señorita Bennet, señorita Elizabeth. Es un placer verlas una vez más en mi tienda.

Elizabeth intentó no sentirse resentida porque él saludara primero a Jane, aunque ella había entrado en segundo lugar, ya que la cortesía podría interpretarse como una exigencia de que se dirigiera antes a su hermana mayor, y dijo: —Señor Darcy, espero que haya tenido tiempo de reunir una selección de libros entre los que podamos elegir los regalos para nuestro padre.

—¿Regalos? —murmuró Jane.

—¿Regalos? —repitió el señor Darcy sin darse cuenta. —¿También le gustaría regalarle un libro a su padre, señorita Bennet?

¿Por qué tenía que parecer tan feliz de que Jane comprara un libro?

Jane miró de él a Elizabeth y viceversa. —Aún no lo había decidido —se excusó.

El señor Darcy salió de detrás del mostrador con aire muy satisfecho. —Porque tengo el conjunto perfecto para el señor Bennet, basándome en sus compras anteriores, pero no lo había apartado porque contiene dos volúmenes y no quería presionarla, señorita Elizabeth, para que hiciera una compra tan costosa. Déjeme

traerlos para añadirlos a su selección—. Volvió a inclinar la cabeza ante ellas y se apresuró a adentrarse en la tienda.

Jane apartó a Elizabeth de la criada, quien esperaba junto a la puerta, y le dijo: —No iba a comprarle un libro a papá.

Con voz baja, Elizabeth le respondió: —Pero el señor Darcy debe de necesitar el dinero, a juzgar por su abrigo. Y mira lo contento que está. Además, a papá le encantan los libros. ¿Qué otra cosa podrías regalarle?

Jane frunció el ceño, pensativa. —Quizás tengas razón.

—Estoy segura de que la tengo.

El señor Darcy regresó con dos gruesos volúmenes en las manos. Los levantó al acercarse. —El compendio completo de ovejas, cabras, vacas y caballos de Inglaterra, Gales y Escocia, excepto las nuevas razas de carreras. ¿Estoy en lo cierto al suponer que el señor Bennet no tiene un gran interés en las carreras de caballos?

—Así es, efectivamente —dijo Elizabeth, divertida por la sola idea. —Es demasiado pragmático como para criar caballos para el deporte en lugar de para el trabajo.

El señor Darcy asintió con la cabeza. —Eso pensaba yo—. Le dio la vuelta al mostrador y dejó los libros, luego se volvió hacia las estanterías que tenía detrás y sacó una pequeña pila más, que colocó delante de ellas. —Aquí están todas las obras que poseo actualmente y que podrían interesarle al señor Bennet.

Al ver que aún quedaban varios volúmenes apilados en la estantería, Elizabeth dijo: —Nuestra tía no ha podido acompañarnos hoy, pero estoy segura de que volverá pronto para elegir un libro para el tío Gardiner—. La tía Gardiner se había embarcado en la búsqueda de una institutriz para las primas mayores de Elizabeth, de ocho y seis años. Cada vez agotaban más a su niñera, que también tenía que cuidar de dos pequeños varones, de cuatro y tres años.

Con un gesto de la mano, el señor Darcy respondió: —Aún no es diciembre. La elección de la señora Gardiner no es urgente.

Elizabeth inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y tomó el primero de los volúmenes que el señor Darcy les había seleccionado para su padre. Leyó el título y hojeó algunas páginas, luego le entregó el libro a Jane antes de tomar el siguiente. Además del

juego de los dos volúmenes, había tres libros sobre temas relacionados con la agricultura y la gestión de la tierra, uno sobre filosofía griega y un quinto sobre la historia de las Islas Británicas.

Después de entregarle el último a Jane para que lo examinara, Elizabeth levantó la mirada y se encontró con la de Darcy. —Me lo ha puesto más difícil de lo que esperaba, señor.

—Entonces he hecho bien mi trabajo.

Ella se rio por lo bajo. —Demasiado bien. ¿Cómo voy a elegir? —Se volvió hacia su hermana. —Jane, ¿qué opinas?

Jane dejó el libro de historia. —Creo que tú y el señor Darcy tienen razón sobre el conjunto de dos volúmenes. A papá le gustaría mucho y es menos probable que lo pida, ya que es más extravagante. Deberíamos comprarle un volumen cada una.

—Y se los daremos fuera de orden para divertirnos —dijo Elizabeth en señal de acuerdo.

—Quieres decir para divertirte tú —respondió Jane.

El señor Darcy apiló los demás libros. —Creo que han tomado la mejor decisión.

Elizabeth miró hacia la pila que él sostenía, molesta porque le había dirigido esas palabras a Jane. —Ojalá pudiéramos comprar más ejemplares.

Él dejó la pila a un lado y dijo: —He tomado nota. Si alguna vez desea comprar otro para su padre, sólo tiene que escribirme.

¿Acababa de invitarla a mantener correspondencia con él?

—Ah, quiero decir, a la librería —añadió él apresuradamente, con sus pensamientos haciendo eco de los de ella. Se aclaró la garganta. —¿Quiere que se los empaquete juntos o por separado?

—Por separado, por favor —respondió Jane, abriendo su pequeño bolso para buscar el dinero.

El señor Darcy aceptó el pago y empaquetó los libros, mientras Elizabeth buscaba algo más que decir. Normalmente no le costaba conversar, pero todo lo que se le ocurría decirle al señor Darcy le parecía trivial. De estar en la sala para visitas, habría empezado hablando del clima, pero ahora le parecía un tema completamente tonto. Todos podían ver el exterior a través de los grandes

ventanales de la tienda. Pensó mucho, pero el arte de la conversación la había abandonado por completo.

—Aquí tienen —dijo él mientras colocaba el segundo volumen envuelto en papel sobre el mostrador. —Y si por casualidad el señor Bennet me escribe solicitando este conjunto, me aseguraré de entretenerlo hasta después de Navidad.

—¿Por qué no le dice simplemente que no lo tiene? —preguntó Jane.

—Porque él podría ponerse en contacto con otra librería —respondió Elizabeth antes de que el señor Darcy pudiera hacerlo.

—Exactamente —dijo él, mirándola a los ojos.

Elizabeth sintió una sacudida y volvió a quedarse sin la facultad del habla.

Jane soltó un suspiro.

Alarmada por lo que su hermana pudiera ver en su rostro, Elizabeth se volvió hacia ella.

Pero Jane tenía la atención fija en el reloj que había en uno de los estantes detrás del señor Darcy. —Hemos tardado mucho menos de lo que pensábamos, pero si volvemos andando, no podremos llegar a tiempo para evitar que salgan a buscarnos—. Jane miró a su alrededor con el ceño ligeramente fruncido. —Supongo que podríamos echar un vistazo a más libros.

—Entonces, ¿no le importa caminar? —preguntó el señor Darcy. —Tenía intención de cerrar pronto e ir al mercado al aire libre. Me temo que no soy muy buen cocinero y compro comida casi todos los días.

—¿Quiere decir que debemos irnos o se quedará sin comer? —preguntó Elizabeth con una leve sonrisa. ¿Después de comprarle dos libros, pensaba echarlas fuera?

—Eso sería una exageración. Más bien, pensé que tal vez les gustaría acompañarme al mercado y volver.

—Suena encantador —respondió Elizabeth sin pensarlo, pero con total certeza.

—No sé si eso sería algo apropiado —dijo Jane con voz preocupada.

—¿Por qué no? —preguntó Elizabeth haciendo un gesto a la criada. —Estamos juntas y acompañadas, y estaremos en público, a la vista de todos.

—No es la presencia del señor Darcy lo que me preocupa, sino el mercado —dijo Jane rápidamente, con las mejillas sonrojadas. —No deberíamos estar paseando por Cheapside.

—¿Y qué tiene de malo Cheapside? —replicó Elizabeth. —Hace un momento pensabas en volver caminando. Por no mencionar que el tío Gardiner trabaja aquí, y su casa está a solo una calle, y nosotras nos alojamos allí.

—El mercado es un lugar perfectamente respetable —dijo el señor Darcy. —Muchas mujeres con hogares que atender lo visitan casi a diario—. Y añadió con expresión muy seria: —Incluso las esposas de caballeros.

Aunque nada en su semblante o tono lo sugería, Elizabeth sintió que a él le divertía la reticencia de Jane.

Jane debió de notarlo también, porque frunció aún más el ceño, con una expresión extraña en su rostro, normalmente plácido. —No estoy segura.

—Pero debemos hacerlo, Jane —insistió Elizabeth, deseosa tanto de pasar más tiempo en compañía del señor Darcy como de ver el famoso mercado al aire libre de Londres. —Será una aventura, y realmente no veo ningún inconveniente en que la doncella de la tía Gardiner y el señor Darcy velen por nosotras.

Las emociones se reflejaban en el rostro de Jane. —Oh, está bien, pero por favor no se lo digas a mamá. Antes de salir, me dijo que te mantuviera alejada de los problemas.

Elizabeth se rio. —Yo nunca me meto en problemas.

—No, tú nunca te metes en problemas con papá. Con mamá es otra historia.

Elizabeth se encogió de hombros, porque su madre insistiría en reprenderla sin importar cómo se comportara. Sus verdaderos delitos eran no ser tan bonita ni tan obediente como Jane, ni tan vivaz y divertida como Lydia, y por ser la favorita de su padre.

—Bueno, le prometo que hoy no tendrá ningún problema —dijo el señor Darcy. —Permítanme ir a buscar mi sombrero y nos

pondremos en camino. Si quieren, pueden dejar los libros en el mostrador. Estarán perfectamente seguros.

Desapareció por una puerta al fondo de la tienda y, al poco rato, se oyeron pasos encima de donde Elizabeth había ido a esperar junto a la puerta con Jane y la criada. Al cabo de un momento, el señor Darcy regresó. Salieron a la calle y él las siguió, cerrando la puerta con llave tras de sí.

Le ofreció su brazo a Jane, para gran disgusto de Elizabeth, pero se volvió para preguntarle: —¿Qué tal va la lectura de *Macbeth*, señorita Elizabeth?

Animada por ello, se acercó para caminar a su lado, dejando a la criada sola detrás de ellos. —Lo disfruté bastante con la primera lectura. Ya veremos qué tal me parece la segunda, que ahora la leeré con más aprecio y atención, ya que conozco la historia.

—¿Y le pareció tan controvertida como muchos opinan?

Ella negó con la cabeza. —No hay más derramamiento sangre ni engaños que en *Hamlet*, ni más magia que en *El sueño de una noche de verano*. Sinceramente, no entiendo el porqué del alboroto.

Recorrieron a lo largo de una amplia calle, atravesada por carros, carromatos, jinetes y otras personas que paseaban como ellos. El sol brillaba intensamente sobre todos y se oían voces y charlas. Elizabeth encontró la escena muy animada y se preguntó cómo sería vivir en un lugar así, con tanta vida a su alrededor, día y noche.

Probablemente ruidoso.

Muy posiblemente maravilloso.

—Bueno, algunos creen que los conjuros que utilizan las brujas son reales —dijo el señor Darcy—. Y, por lo tanto, una afrenta a la decencia.

—¿Doble, doble trabajo y problemas, fuego arde y caldero burbujea? —Elizabeth se rio. —No puedo imaginarme que eso sea un conjuro real.

Jane miró más allá del señor Darcy, hacia su hermana. —Oh, Elizabeth, no deberías decir eso. ¿Y si realmente es verdad?

—Jane, no existen las brujas.

—Dicen que en el Nuevo Mundo sí las hay —respondió Jane.

—Ya hemos llegado —dijo el señor Darcy al doblar una esquina.

Ante ellos se abrió una plaza llena de puestos al aire libre que exhibían una gran variedad de productos. La plaza también estaba llena de tiendas que ocupaban los frentes de los edificios y se extendían hacia las calles. El espacio que tenían delante estaba repleto de gente y Elizabeth se quedó impresionada por su vitalidad. La abundancia de vida la emocionó.

El señor Darcy las llevó entre los puestos, saludando a toda clase de personas. Era fácil ver que era muy conocido y querido allí. Elizabeth se preguntó si también solía estar solo. Ella y Jane despertaron mucho interés y miradas de admiración entre las personas con las que él interactuaba.

¿O era simplemente Jane quien atraía las miradas, por ser tan excepcionalmente bonita?

Se detuvieron en un puesto que vendía pasteles de carne y el señor Darcy compró dos, y continuaron hacia otro que exhibía pan recién horneado, y el señor Darcy lo declaró: "El mejor pan de todo Londres".

—Ah, pero es usted demasiado amable, señor Darcy —dijo la mujer de mejillas sonrosadas que estaba detrás del mostrador con un marcado acento escocés. —¿Y qué tenemos aquí? ¿Ha traído compañía?

—Sí, señora Watson, pero sólo han venido a echar un vistazo, no a comprar. Nunca antes han estado en el mercado.

—Ya lo veo, porque me acordaría de unas señoritas tan bonitas, señor Darcy. Será la comidilla de la ciudad durante días, paseando con dos señoritas tan encantadoras.

El señor Darcy se rio entre dientes, con un sonido fácil, y eligió su pan. Mientras lo envolvía, la señora Watson añadió dos pequeños bollos dulces. —Para las señoritas —dijo con un guiño.

—Oh, pero no podemos permitirlo —protestó Elizabeth, empezando a buscar monedas en su pequeño bolso.

—Sí que puedes, muchacha, y no te preocupes por eso. Cualquier amigo del señor Darcy es amigo de mi esposo y mío, y él siempre nos deja aquí y allá unos peniques de más cuando nos paga, pensando que no nos damos cuenta, así que me atrevo a decir que le debemos un bollo dulce o dos.

El señor Darcy se sonrojó y bajó la mirada, avergonzado.

La señora Watson se rio a carcajadas. —¿Lo ves, muchacha? Realmente pensaba que no lo sabíamos—. Aun riéndose, le entregó el pan y los bollos.

—Gracias —dijo Elizabeth con una sonrisa, renunciando a buscar la moneda.

Se despidieron de la señora Watson y continuaron su camino. Elizabeth dividió su panecillo con la criada, sintiéndose mal por haber arrastrado a la pobre chica por todas partes.

Tras completar su recorrido por el mercado, regresaron a la librería poco antes de que llegara el carruaje del tío Gardiner, donde se encontraron con un hombre mayor muy inquieto que esperaba. El señor Darcy saludó al hombre y abrió la puerta, dejando entrar a todos. Se dirigió al mostrador, guardó el pan y los pasteles de carne, les entregó los libros envueltos y se apresuró a atender a lo que era, evidentemente, un cliente fiel.

Con ambos volúmenes apretados contra el pecho, Elizabeth vio al señor Darcy desaparecer entre las estanterías con el señor mayor y contuvo un suspiro. No había previsto que su excursión terminara de forma tan abrupta.

—El carruaje ya está aquí —dijo Jane, que esperaba junto a la puerta, mirando por la ventana.

Elizabeth, que había renunciado a seguir interactuando con el señor Darcy por hoy, se unió a su hermana.

Charlaron de cosas sin importancia durante el camino de vuelta a casa de los Gardiner, con la criada sentada junto a Elizabeth, y, una vez que llegaron, Elizabeth subió a la habitación que compartían para guardar los libros. Jane la siguió, guardando con cuidado su capa y su sombrero. Elizabeth se volvió para hacer lo mismo y vio que su hermana cerraba la puerta en silencio.

Jane se dio la vuelta para observarla, mordiéndose el labio inferior.

—¿Sucede algo? —preguntó Elizabeth.

—No estoy segura. Es decir, ¿te interesa el propietario de la librería?

—¿El señor Darcy? —preguntó Elizabeth, aunque Jane no podía estar refiriéndose a nadie más. —No puedo negar que he disfrutado mucho de nuestro paseo de hoy, y estoy deseando seguir hablando con él sobre *Macbeth* cuando termine de leerlo por segunda vez. Supongo que eso es interés, en cierta medida.

—Así que es lo que temía —dijo Jane, acercándose a ella y tomándole las manos. —Elizabeth, no puedes permitirte enamorarte de un hombre que trabaja en una tienda. Está muy por debajo de ti.

—¿Trabaja allí? Dijo que era el propietario y es evidente que vive encima de la tienda. Ahí es donde fue a buscar su sombrero. Es muy posible que sea el dueño de todo el edificio, lo cual no es poca cosa.

—O quizás lo alquila —dijo Jane encogiéndose de hombros. —Pero eso no cambia nada. No es la clase de hombre con el que te casarías, así que es cruel de tu parte animarlo prestándole tanta atención.

—¿Yo? Fue a ti a quien le ofreció su brazo—. Elizabeth luchó por ocultar un matiz de envidia en su voz.

—Pero fue contigo con quien estuvo conversando —replicó Jane. —Por favor, dime que no vas a alentarlo. De hecho, dime que no volveremos a la librería.

—No puedo decírtelo —respondió Elizabeth, sintiendo una punzada de enojo recorriéndola ante la sola idea. —¿Por qué no debería volver a la librería? Tanto papá como el tío Gardiner la consideran la mejor de Londres, y a mí me encantan los libros. Por no mencionar que nuestra tía aún no ha vuelto para hacer su selección.

—Pero debes comprender que...

—No —interrumpió Elizabeth con más firmeza de la que pretendía. Respiró hondo para tranquilizarse, sin saber muy bien por qué la sugerencia de Jane la había alarmado tanto. —El señor Darcy es simplemente un conversador interesante, y yo disfruté mucho en el mercado. No estoy animando a nadie, y él tampoco se siente alentado en absoluto. Estoy segura de que ni se le ocurriría pensar en mí de esa manera—. No es que a Elizabeth le importaría si él lo hiciera, pero no permitió que ese pensamiento saliera de sus labios. No iba a privarse del placer de la compañía del señor Darcy o de su

tienda sólo porque Jane temiera algo que simplemente no iba a suceder.

Jane estudió su rostro durante un largo rato. Finalmente, apretó ligeramente las manos de Elizabeth y luego las soltó. Sonriendo, dijo: —Sí, bueno, supongo que estoy siendo una tonta. Al fin y al cabo, es el propietario de una librería. Tienes razón en que ni se le ocurriría cortejarte, a la hija de un caballero.

—Exactamente —Elizabeth esbozó una sonrisa para ocultar la tristeza que le provocaba esa observación.

No, el señor Darcy nunca se atrevería a albergar tales expectativas, y por eso Elizabeth podía disfrutar de sus opiniones y de su compañía. No tenían ningún futuro juntos. Además, ella no iba a quedarse mucho tiempo en Londres. Podría permitirse el lujo de interesarse por el señor Darcy sin correr ningún peligro.

CAPÍTULO 7

Darcy tuvo más problemas de lo habitual para reunir una selección de libros para mostrarle al señor Bingley. No porque la tarea fuera complicada ni porque, con la llegada de diciembre, tuviera más clientes de lo habitual, sino porque su atención no dejaba de desviarse hacia un par de ojos hermosos e inteligentes. ¿Cómo podía leer un lomo o tomar nota de un título cuando lo único que veía era el rostro de Elizabeth Bennet frente a él?

Aun así, cuando sonó la campanita a la mañana siguiente de que le avisara al señor Bingley de que su selección estaba lista, Darcy supuso que el tintineo anunciaba la entrada de aquel caballero. Abandonar la interminable labor de desempolvar para ver a la señorita Elizabeth, a su hermana y a una criada fue una sorpresa encantadora. En vano luchó por reprimir una sonrisa en su rostro, logrando sólo reducir su exuberancia a una leve sonrisa.

Bajando de la escalera, las saludó: —Señorita Bennet. Señorita Elizabeth. ¿En qué puedo ayudarlas hoy?

La señorita Bennet esbozó una sonrisa vaga y se dirigió a la esquina delantera de la tienda para hojear unas revistas de moda, pero la señorita Elizabeth se acercó decidida hacia él. —Señor, he terminado de leer por segunda vez la obra maldita del Bardo y me gustaría conocer su opinión sobre algunos matices de la obra.

—¿Ya la ha leído otra vez?

—Por supuesto. Soy una lectora bastante ávida. Lo he heredado de mi padre.

Darcy percibió un ligero rubor en ella mientras hablaba y no pudo evitar preguntarse si la verdadera razón por la que había vuelto a leer la obra tan rápidamente era para tener una excusa para reanudar la conversación. ¿Podía atreverse a sentirse tan halagado?

No, no se atrevía. Elizabeth Bennet era hija de un caballero y él, por lo que ella sabía, era el propietario de una tienda con trajes remendados que apenas podía permitirse el té. Por primera vez en años, anhelaba abrazar el apellido de su familia. Reclamar la fortuna

que le correspondía, vestirse con las mejores creaciones que los sastres, vendedores de accesorios y fabricantes de botas de Londres podían ofrecer y deslumbrar a la señorita Elizabeth con su elegancia y riqueza.

Por desgracia, para poner un dedo en la fortuna de los Darcy era necesario casarse con otra mujer, así que adoptó una expresión amable y preguntó: —Entonces, ¿tiene nuevos temas después de una segunda lectura?

—Bueno, para empezar, no sé si es ingenioso que Macbeth sea el instrumento de su propia caída, o si Shakespeare quiere que culpemos tanto a las brujas como a Lady Macbeth, a las primeras por engañarlo y a la segunda por manipularlo. Si la culpa es de Macbeth, aplaudo la obra. Si él es la víctima de todos, me temo que es bastante duro con mi sexo, y no estoy segura de poder condonarlo.

Darcy asintió. —Entiendo lo que quiere decir, pero quizás la obra trata sobre la debilidad. Macbeth cede a la debilidad cuando decide buscar el poder y la fama por medios deshonrosos en lugar de por méritos propios.

—¿Está sugiriendo que escuchar a las brujas y a su esposa es una debilidad? —La señorita Elizabeth arqueó una ceja hacia él. —Por lo tanto, ¿escuchar a las mujeres es una debilidad?

Darcy se rio disimuladamente. —No me atrevería a sugerir tal cosa. En cambio, propongo que Macbeth decidió escuchar porque sus palabras le decían lo que más deseaba oír y le daban una excusa para hacer lo que secretamente deseaba. ¿No es eso una debilidad por su parte?

—Tal vez, pero parecía realmente indeciso sobre si debía asesinar a su rey, y admito que su esposa lo instó con suma vehemencia, llegando incluso a avergonzarlo.

—Teniendo en cuenta su observación anterior, no sé si me atrevo a responder a eso.

Elizabeth soltó una carcajada. —Señor, le doy mi palabra de que no pretendo tenderle una trampa para que me insulte.

Sonó la campanilla y, más por costumbre que por falta de interés en la señorita Elizabeth y sus palabras, Darcy miró más allá de ella,

hacia el frente de la tienda. Así, vio entrar al señor Bingley y el momento en que la mirada de aquel caballero se posó en la señorita Bennet. Bingley se sonrojó, abrió mucho los ojos y se detuvo en la puerta abierta.

Tras esa mirada, Darcy observó fascinado cómo la joven levantaba la vista de las láminas que estaba mirando y se fijaba en el señor Bingley. Ella también parecía muy afectada. Darcy había leído muchas veces sobre el amor a primera vista, pero nunca antes había sido testigo de tal acontecimiento.

—Charles, ¿qué estás haciendo? —preguntó una voz femenina detrás del señor Bingley. —¿Vamos a entrar o no?

—Oh, sí, por supuesto—. El señor Bingley logró separa su mirada de la señorita Bennet por el tiempo suficiente para dar varios pasos hacia adelante.

La señorita Bingley lo rodeó y luego se detuvo para examinar la tienda. Su mirada se posó en la señorita Bennet, que seguía mirando al señor Bingley, y frunció el ceño. La señorita Bingley vio entonces a la señorita Elizabeth, quien se había girado hacia la puerta, y la ignoró con una indiferencia casual que irritó a Darcy. Avanzó una vez más, pasó junto a Elizabeth y se detuvo ante él.

—Señor Darcy. Hemos venido a ver los libros de mi hermano.

—Por supuesto, señorita Bingley. Tengo una selección preparada, pero estaba atendiendo a esta joven—. Señaló con un gesto a Elizabeth.

La señorita Bingley resopló desdeñosamente, sin molestarse en volver a mirar a Elizabeth. —Por lo que pensamos pagar, no creemos que tengamos que esperar mucho—. Se dio media vuelta y se dirigió con aire altivo hacia el mostrador.

Después de ver a la señorita Bingley pavonearse por la tienda, Elizabeth se volvió hacia él. Una sonrisa más bien sarcástica iluminó su rostro. —No deje que lo prive de lo que parece ser una transacción muy lucrativa.

A pesar de saber que estaba bromeando, Darcy se contrajo involuntariamente al oírla anteponer sus ingresos a los buenos modales.

Una mirada de preocupación se apoderó del rostro de Elizabeth. —Lo entiendo perfectamente. Este es su negocio, no un salón. Ocúpese de la señorita y el señor Bingley. Yo estaré muy entretenida entre las estanterías.

—Gracias, pero si me necesita para cualquier cosa, no dude en interrumpirme—. Darcy le hizo un gesto con la cabeza y se dirigió al otro lado de la tienda, donde esperaba la señorita Bingley. Elizabeth, en lugar de desaparecer entre los estantes más altos, como él había supuesto, se unió a su hermana para hojear los catálogos de moda. Él sospechaba que ninguna de las dos realmente le prestaba atención a las páginas que pasaban, pero era por razones muy diferentes.

—Charles, ¿por qué sigues perdiendo el tiempo en la puerta? —espetó la señorita Bingley. —Ven aquí.

—¿Qué? —El señor Bingley miró a su alrededor y entonces divisó a su hermana, con toda la apariencia de estar sorprendido de verla delante del mostrador de la librería.

—He dicho que vengas aquí —repitió la señorita Bingley, lanzando una rápida mirada de reojo a la señorita Bennet. —El señor Darcy tiene listos tus libros.

Detrás del mostrador, Darcy apartó varios libros y sacó su lista cuidadosamente compilada. —Lo que de hecho tengo es una lista de libros que le recomiendo que seleccione —dijo, dirigiéndose al señor Bingley, quien se acercaba. —Los he ordenado por categorías, apegándome a lo que hemos conversado. Para cada volumen, indico el autor, el título y una breve descripción del contenido. Le recomiendo que elija al menos uno de cada categoría y que lo complemente con varios más de las categorías que le resulten más interesantes.

—¿Qué es este número? —preguntó la señorita Bingley, señalando la pequeña anotación a la izquierda del primer título.

—El precio —respondió Darcy inexpresivamente.

La señorita Bingley hizo una mueca. —A Charles no le importa eso—. Echó un vistazo a la segunda página mientras el señor Bingley levantaba la primera. —¿Sólo ha anotado de qué trata cada libro y quién lo ha escrito?

—Sí —respondió Darcy, sin saber muy bien por qué ella había añadido "sólo".

Ella pasó la página y encontró más títulos escritos en el reverso. —Pero aquí no dice nada sobre cómo se ven.

—¿Cómo se ven? —repitió él.

—Yo diría que me gustan todos, por lo que parece —dijo el señor Bingley alegremente, levantando la vista de la página en la que Darcy había recopilado sus recomendaciones de libros sobre esgrima.

—No puedes saberlo hasta que los veas, Charles —protestó la señorita Bingley.

—No puedo leerlos todos antes de decidirme —respondió el señor Bingley. —Por eso le pedí recomendaciones al señor Darcy.

—¿Leerlos? —La señorita Bingley miró a su hermano sin comprender por un momento. —¿Quién ha hablado de leerlos? Cuando tengas tu propia casa, decoraré la biblioteca en tonos verdes y azules, y estos tendrán que servir hasta que tengas suficientes para llenar las estanterías—. Se volvió hacia Darcy. —Necesitamos libros con cubiertas verdes, azules o crema. Supongo que también servirán varios tonos de marrón, pero nada que tienda al naranja, rojo, amarillo o morado, ¿entiende?

Darcy parpadeó una vez y luego preguntó, hablando despacio para asegurarse de haber entendido bien: —¿Quiere decir, señorita Bingley, que desea seleccionar los volúmenes para la biblioteca del señor Bingley basándose únicamente en sus cubiertas?

—Por supuesto.

Elizabeth tosió. Una mirada no reveló nada de sus pensamientos, pues sostenía un libro abierto delante de su rostro.

—Pero... —Darcy se interrumpió y respiró hondo. —¿No ve el defecto que tiene eso?

—Por supuesto que lo veo —dijo el señor Bingley.

La señorita Bingley miró al señor Darcy y luego a su hermano, y volvió a mirar al primero. De repente, se echó a reír. —Oh, ya lo veo. Qué tonta soy—. Tomó uno de los libros que Darcy había apartado y dio unos golpecitos en la cubierta. —Tiene razón, claro. La cubierta no tiene importancia—. Le dio la vuelta y mostró el lomo. —Es el

lomo lo que nos debe preocupar. Es lo que se verá en las estanterías.

Elizabeth tuvo un ataque de tos. La señorita Bennet y la criada se volvieron hacia ella, con aire preocupado.

—Caroline —protestó el señor Bingley. —Quiero leer los libros. Un hombre tiene una biblioteca para cultivarse y para legarlo a sus hijos —. Miró a la señorita Bennet y volvió a apartar la vista. —No es una cuestión de decoración.

—Pero sí es una cuestión de decoración —protestó la señorita Bingley. —Seguramente el señor Darcy puede encontrar libros que traten sobre esgrima y caballos y que sean verdes. O azules, rojizos, crema o grises. Le he dado una lista considerable de colores entre los que elegir. Y si no es capaz de hacer algo tan sencillo, buscaremos una librería que pueda hacerlo.

Elizabeth continuaba atragantándose. Ahora les daba la espalda. Había dejado a un lado el libro que sostenía y había aceptado el pañuelo que le ofrecía la señorita Bennet.

—¿Está bien esa mujer? —preguntó la señorita Bingley, frunciendo el ceño hacia la nuca de Elizabeth.

La señorita Bennet se volvió hacia ellos. —Señor Darcy, creo que mi hermana necesita un poco de aire. Les ruego que nos disculpen. Estoy segura de que volveremos pronto a visitar su tienda—. Sus últimas palabras fueron acompañadas de una mirada fugaz hacia el señor Bingley, y luego se llevó a Elizabeth, seguida de la doncella.

La puerta se cerró tras ellos con un tintineo de la campanilla y el señor Bingley se volvió hacia Darcy. —¿Quién era esa criatura gloriosa, Darcy? Dígame que sabe cómo se llama.

—Sí, lo sé —admitió él a regañadientes.

—Debe contarme todo lo que sabe sobre ella. Tengo que volver a verla.

Darcy negó con la cabeza. —No creo que sea apropiado darle detalles sobre otros clientes de mi tienda.

—Tiene toda la razón —dijo la señorita Bingley. —Por favor, Charles, no puedes ir detrás de una mujer que has visto en una librería.

—No es una mujer cualquiera. Es la futura señora Bingley.

La señorita Bingley dejó escapar un suspiro angustiado. —Eso es lo mismo que dijiste de aquella señorita de Bath y de la de aquí de Londres el año pasado. Siempre estás enamorado, hasta que dejas de estarlo.

El rostro del señor Bingley, que a Darcy le parecía juvenil, adoptó una expresión firme. —Esta vez es diferente. Ella es diferente.

Darcy pensaba que sí. Aunque la señorita Bennet no despertaba su interés, la había visto lo suficiente como para creer que era el epítome de la buena crianza inglesa. Bien educada. Encantadora. Hija de un caballero. Esa posición, sobre todo en vista de las palabras de la señorita Bingley, y el señor Bingley no las había desmentido, significaba que Darcy no tenía derecho a transmitir ninguna información sobre la señorita Bennet.

Con expresión muy seria, el señor Bingley se volvió hacia Darcy. —¿Puede decirme algo sobre ella? ¿Alguna cosa, por pequeña que sea? —Su mirada esperanzada le recordó a Darcy a su primer perro de caza cuando era un cachorro.

Darcy soltó un suspiro. —Muy bien. Su padre es un caballero llamado Bennet. Ella está visitando a unos parientes cerca de Cheapside.

—¿Cheapside? —exclamó la señorita Bingley como si la hubieran picado. —Oh, Charles, no.

—No me importa si vende nabos en el mercado —dijo el señor Bingley con determinación. —¿En qué parte de Cheapside?

—He dicho todo lo que se me permite decir —respondió Darcy con firmeza, aunque recordaba perfectamente el lugar. Le pareció apropiado que Elizabeth se encontrara en una calle cuyo nombre incluía la palabra «gracia».

—Pero ella ya ha estado aquí antes, ¿no? —insistió el señor Bingley. —¿Y volverá?

A regañadientes, y sintiendo que la señorita Bennet ya lo había dejado bastante claro, Darcy asintió con la cabeza. —Ya ha venido antes y es probable que vuelva mientras siga en Londres.

—¿Cuánto tiempo estará en la ciudad?

Darcy sacudió la cabeza. —La verdad es que no tengo ni idea. Han mencionado algo de que volvería a la propiedad de su familia

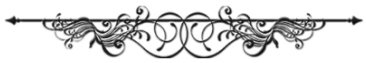
para las fiestas navideñas, pero eso es todo lo que sé.

La preocupación se apoderó del rostro del señor Bingley. —Pero eso podría ser cualquier día de estos.

—Supongo que simplemente no ha de ser —dijo la señorita Bingley con evidente alivio.

El señor Bingley asintió con la cabeza y volvió a estudiar la lista de libros de Darcy, pero la firmeza con la que apretaba su mandíbula delataba a un hombre decidido. Darcy se preguntó cuántas horas pasaría el señor Bingley paseando por las calles de Cheapside.

CAPÍTULO 8



Elizabeth contuvo la risa hasta que el lacayo de su tío la ayudó a subir al carruaje, momento en el que se le escapó dicha risa y se le formaron lágrimas de diversión en los ojos. —Azul y verde —logró decir, aún riéndose.

Jane subió al carruaje y se sentó a su lado, mirándola fijamente. —¿Qué es lo que te sucede?

—Esa altanera señorita Bingley. Quería elegir los libros de su hermano basándose en el color de los lomos. Los lomos, Jane, y nada más. ¿No estabas escuchando?

Jane se enderezó aún más en su asiento. —Escuchar a escondidas es de mala educación.

—Pero no pudimos evitar oírlo—. Elizabeth miró a su hermana. —Así que te devuelvo la pregunta. ¿Qué es lo que te sucede a ti?

Jane se sonrojó y bajó la mirada. La criada que su tía había enviado con ellas subió al carruaje, pero Jane no pareció darse cuenta.

Elizabeth entrecerró los ojos. —¿Jane?

—L-La verdad es que no oí nada después de que *él* entró.

—¿De verdad?

Jane se sonrojó aún más. —Bueno, era tan atractivo, y parecía tan amable, y simplemente... —Se calló con un suspiro. —Supongo que no volveré a verlo nunca más.

—Tonterías. Nunca te había visto tan afectada. Tenemos que volver a verlo.

Aquellos ojos que Jane levantó de la contemplación de sus dedos entrelazados estaban llenos de esperanza. —¿Cómo?

—Bueno, para empezar, sabemos su nombre y sabemos que ha estado en la librería.

—Señoritas, ¿están listas para partir? —preguntó el lacayo asomando la cabeza.

Elizabeth se volvió hacia él. —No, no lo estamos. ¿Hay muchos carruajes en la calle? —No había prestado atención, pues había

estado demasiado apresurada por asegurarse de que su risa no se notara a través de los escaparates de la librería.

—Unos cuantos, señorita —respondió el muchacho, algo confundido.

—¿Vio a un caballero y una dama bien vestidos, ella con aire superioridad y él afable, que bajaron de un carruaje y entraron en la librería?

El joven asintió con la cabeza. —Sí, señorita.

Elizabeth sacó unas monedas de su bolso. —No me importa si son para usted o para quien sea con quien hable, pero necesito saber la dirección del caballero que llegó en ese carruaje. ¿Puede conseguirla?

El lacayo aceptó las monedas y asintió con la cabeza. —Por supuesto, señorita.

—Gracias. Cuando la tenga, podemos irnos.

—Lizzy, ¿qué estás haciendo? —preguntó Jane mientras el lacayo se alejaba apresuradamente.

—Averiguar dónde vive el señor Bingley.

Jane miró de reojo a la criada, quien no hizo ningún intento de fingir, y dijo: —Pero... ¿para qué? No puedo ir allí, ni siquiera escribirle. El señor Bingley ni siquiera me conoce.

—Sí, pero podemos ir a lugares cercanos. O poner a un lacayo para que lo espíe, o cualquier otra cosa.

—Nada de eso me parece apropiado —protestó Jane.

—Jane —dijo Elizabeth con firmeza, decidida a luchar por el anhelo que veía en los ojos de su hermana. —Si nosotras, como mujeres, no hacemos nada para conocer a los caballeros que nos interesan, acabaremos con... con hombres como el señor Collins.

Jane dejó escapar un pequeño jadeo de horror.

—Señorita —dijo la criada tentativamente. —En Londres, no es extraño que una dama, o un caballero, pregunten discretamente al personal de una casa para conocer los hábitos de su señora o su señor. Pequeños detalles, como cuándo prefieren ir al parque. Que es un lugar muy público. Nada escandaloso.

Jane se volvió hacia la criada, con los ojos llenos de esperanza una vez más. —¿De verdad?

La criada asintió con firmeza.

—Y podemos preguntarle al tío Gardiner —añadió Elizabeth. —Tal vez él sepa algo de los Bingley. No es algo imposible.

La rigidez abandonó la columna vertebral de Jane, quien se relajó contra el asiento acolchado. —Sí. Debemos preguntarle al tío Gardiner y contarle a nuestra tía todo lo que ha ocurrido hoy. No quiero que haya nada de... bueno... de hacer cosas a escondidas.

Con toda la sinceridad de que fue capaz, ya que no había habido nada ni remotamente clandestino, Elizabeth asintió. —No habrá ningún secreto, te lo prometo.

El lacayo regresó a la ventana. —El caballero, el señor Bingley, y su hermana, la señorita Bingley, residen con la hermana de ambos, quien está casada el señor Hurst.

Mientras el muchacho recitaba una dirección en un vecindario bastante elegante, Elizabeth sonrió al notar que él hacía hincapié en que la señorita Bingley era la hermana del señor Bingley. El muchacho no podía saber que ellas ya conocían ese detalle y era muy amable por su parte querer tranquilizar a Jane sobre la disponibilidad del señor Bingley. Pero, claro, a la gente le gustaba ser amable con Jane.

El lacayo sin duda lo hacía, sonrojándose ante la radiante sonrisa que ella le dedicó al decir: —Gracias. Me ha prestado un gran servicio. Ya podemos ponernos en camino a casa.

El muchacho bajó la cabeza y desapareció de la ventana del carruaje. Elizabeth supuso que podría haberse ahorrado darle aquellas monedas. Era evidente que el lacayo haría cualquier cosa por su hermana. Al igual que la mayoría de los hombres.

Pero no el señor Darcy. Tras aquellos primeros encuentros, parecía mucho más interesado en hablar con ella que con Jane. De hecho, si Elizabeth quisiera, y había pensado mucho en cada uno de sus encuentros, podría reinterpretar sus acciones anteriores y creer que él había mostrado más interés por ella desde el principio. Es decir, excepto por esos largos momentos en los que vio a Jane por primera vez y se quedó boquiabierto mirándola en la calle.

Nada de eso importaba, ya que las hijas de los caballeros no se relacionaban con los vendedores de libros. Especialmente con

aquellos cuyos abrigos habían sido parchados tantas veces que sugerían la necesidad de dinero.

De repente se le ocurrió un pensamiento terrible. El señor Darcy no pensaba que ella tendría dote, ¿o sí? Porque no la tenía. Imaginó que su padre podría proporcionarle cincuenta libras y que algún día recibiría una parte de las cinco mil de su madre, pero eso sólo sería tras la muerte de la señora Bennet y sólo si su madre, que nunca había sido prudente, no encontraba la manera de malgastarlo todo.

Elizabeth entrelazó los dedos y se quedó mirando a los edificios que pasaban mientras se acercaban cada vez más a Gracechurch Street. Habiendo crecido en Longbourn, donde todos conocían su situación, nunca antes había tenido que preocuparse de que un hombre pudiera estar pensando en su dote. La sensación le resultaba desagradable. En parte porque no quería que alguien se casara con ella por dinero, sobre todo por dinero que en realidad no tenía. Pero también porque una pequeña parte de ella deseaba de repente tener más. Lo suficiente como para atraer a un librero atractivo, inteligente y culto que la deseara, lo cual era meramente una tontería teniendo en cuenta que no quería que alguien se casara con ella por dinero.

Contempló esa posibilidad e hizo un esfuerzo por no hacerlo, mientras ellas le contaban todo lo que había sucedido a su tía. Una vez terminada la historia, Jane recuperó sus labores de costura y se sentó con ella en el regazo, con una mirada distraída y soñadora en el rostro. Elizabeth no dudaba de que estaba evocando el rostro del señor Bingley. La tía Gardiner volvió a su búsqueda de una institutriz, mediante la lectura de su correspondencia, y Elizabeth no tenía mucho que hacer salvo fingir que leía y tratar de no pensar en el señor Darcy. Afortunadamente, el tío Gardiner regresó temprano del trabajo ese día, lo que le proporcionó a Elizabeth, al menos, una distracción muy necesaria.

En cuanto el tío Gardiner se acomodó en su sillón favorito, y antes de que pudiera tomar el periódico, Elizabeth dijo: —Tío, hoy casi conocemos a un caballero.

—¿Ah, sí? —preguntó el tío Gardiner.

Su tía miró a Elizabeth y Jane con indulgencia. —Han estado muy distraídas toda la tarde.

—Yo no he estado distraída —dijo Elizabeth, esperando no equivocarse. —Ha sido Jane. Ella es la que se ha enamorado a primera vista del señor Bingley, sin siquiera haber sido presentados.

Jane se sonrojó y bajó la mirada. —No estoy enamorada. Sólo tengo interés en saber más sobre ese caballero.

—¿Y dónde viste a este señor Bingley?

—En la librería —respondió Elizabeth a su tío, mientras Jane seguía mirándose las manos.

—Un establecimiento muy distinguido —dijo el tío Gardiner. —Ese señor Darcy es de primera categoría.

La tía Gardiner levantó la mirada al cielo. —Sí, querido, pero ¿puedes decirnos algo sobre el señor Bingley?

El tío Gardiner frunció el ceño. —Conocí a un Bingley una vez. De la época de mi padre. Hizo una fortuna en el comercio, pero su hijo hizo todo lo posible por darle la espalda a todo eso. Se casó con la hija de un caballero y nunca volvió a trabajar. Supongo que este Bingley podría ser su hijo.

Jane levantó la vista, con expresión ávida mientras asimilaba las palabras de su tío. —¿Lo crees de verdad?

El tío Gardiner se encogió de hombros. —Es difícil de decir, ¿no?

—Él y su hermana iban muy bien vestidos —añadió Elizabeth. —Y ella parecía tener un gran concepto de sí misma. Se alojan con una hermana casada y su esposo. Los Hurst—. Elizabeth repitió la dirección que le había dado el lacayo.

El tío Gardiner frunció el ceño. —¿Fue el señor Darcy quien te dio su dirección?

—No —respondió Elizabeth, negando enérgicamente con la cabeza, consciente de la condena que había en el tono de su tío.

—Lizzy la consiguió —dijo Jane. —Envió a tu lacayo a preguntarle al criado.

—Bien —dijo el tío Gardiner. —No podemos permitir que los comerciantes den las direcciones de sus clientes. Tendría que dejar de comprarles.

—¿Averiguarás más cosas sobre el señor Bingley, tío? —preguntó Jane con los ojos muy abiertos y llena de sinceridad.

—Puedes estar segura de que lo haré. Empezando por si es lo suficientemente bueno para ti, querida.

—Oh, estoy segura de que lo es —respondió Jane con la certeza de alguien para quien la vida solía salir bien.

Y Elizabeth no pudo evitar imaginarse que así sería. El señor Bingley vestía bien y estaba comprando libros para comenzar una biblioteca, dos cosas muy auspiciosas. Había hablado de una nueva casa y, sin embargo, había traído a su hermana. Eso le decía a Elizabeth que él quería sentar cabeza, pero que aún no tenía una esposa con quien elegir los libros. Y lo más importante, él había mirado a Jane como si fuera el último aliento de su vida.

Al igual que el señor Darcy aquella mañana en la calle cuando las vio por primera vez. Los hombres reaccionaban así ante Jane, y por mucho que Elizabeth quisiera darle vueltas al asunto, por mucho que el señor Darcy pareciera querer hablar con ella ahora, ella había visto su semblante la primera vez que él vio a su hermana. ¿Alguna vez alguien la miraría así?

Suspiró.

—Ya ves, estás distraída —afirmó la tía Gardiner.

Elizabeth se volvió hacia su tía, consciente de que había perdido el hilo de la conversación. —Estoy pensando en que Jane seguramente encontrará a su señor Bingley, y entonces se casará, y yo tendré que volver a Longbourn sin ella—. Lo cual era mentira, pero ahora que lo había dicho, Elizabeth sabía que estaría pensando en ello durante algún tiempo.

—Oh, querida —dijo la tía Gardiner. —Bueno, es posible que también encontremos a alguien para ti, Lizzy.

—Y tú tendrás a Mary, Kitty y Lydia —añadió Jane con sinceridad.

Elizabeth logró esbozar una sonrisa. Longbourn sin Jane sería espantoso. Kitty y Lydia estarían aún más descontroladas sin la influencia tranquilizadora y el buen ejemplo de Jane. Papá se encerraría en su biblioteca aún más a menudo. La señora Bennet centraría sus ambiciones matrimoniales en Elizabeth, y Mary, en sus sermones morales.

«¿Cuánto durarían cincuenta libras para mantener una librería?», se preguntó Elizabeth.

Unos pasos atrajeron todas las miradas hacia la puerta cuando una de las criadas entró con una bandeja llena de cartas. Aunque la mayoría eran para su tío y su tía, dos estaban dirigidas a Elizabeth y Jane. Una era de su madre y otra de Mary. Elizabeth tomó la de Mary y le dejó la de su madre a Jane, ya que ella tenía más paciencia para leer las interminables exhortaciones para que se casaran pronto y bien.

Casi al mismo tiempo, el señor Gardiner, la señora Gardiner y Jane abrieron sus cartas y comenzaron a leer.

—Mi hermana está bien —dijo la tía Gardiner al cabo de un momento, sin levantar la vista de la carta. —Y mamá también.

—Qué bien, querida —murmuró el tío Gardiner.

Elizabeth rompió el sello de cera que cerraba la carta de Mary.

—¡Oh, cielos! —exclamó Jane con tanta fuerza que atrajo la atención de todos. Levantó la vista del garabato de la señora Bennet. —El señor Collins le ha pedido matrimonio a Mary y ella lo ha rechazado. Mamá está furiosa.

—¿Lo ha rechazado? —dejó escapar Elizabeth, sorprendida.

—¿Mary dice por qué? —preguntó Jane, mirando la carta que Elizabeth sostenía. —La carta de mamá no hace más que hablar de lo desagradecida y rebelde que es, pero no veo nada sobre los motivos de Mary.

Elizabeth abrió la carta que sostenía con repentino y ávido interés, leyendo por encima las palabras. La diversión burbujeó, aunque intentó reprimirlo por Mary. —Al parecer, él comenzó su propuesta explicando que tú eras la persona que más deseaba, y yo la segunda, pero como nosotras no estábamos presentes, se quedaría con ella.

La tía Gardiner y Jane jadearon al unísono, bastante ofendidas en nombre de Mary.

Elizabeth siguió leyendo. —A continuación, él procedió a informarle de todas las ventajas que él obtendría de la boda, especialmente a los ojos de su benefactor, Sir Lewis de Bourgh—.

Elizabeth levantó la vista. —Ella ha escrito todo lo que él dijo. Es tan insultante.

—Oh, pobre Mary —dijo Jane. —Que obtenga una propuesta y que sea tan… tan…

—¿Horrible? —añadió Elizabeth, consciente de que las palabras de censura escaseaban en el vocabulario de Jane. —¿Espantoso? ¿Humillante? —Ridículo, añadió para sí misma.

—Bueno, sí —dijo Jane. —Pobre Mary.

—Pobre Mary, sin duda —asintió la señora Gardiner. —Y bien por ella por mantenerse firme. Ninguna mujer debería verse obligada a aceptar una propuesta así.

—Espero que no ceda—. Jane miró a Elizabeth a los ojos y añadió: —¿Debería una de nosotras irse a casa para que Mary pueda venir aquí?

Elizabeth se enderezó de golpe. Sabía a quién se refería Jane con «una de nosotras», ya que ella no tenía ninguna intención de marcharse de Londres hasta haber conocido como es debido al señor Bingley. Elizabeth negó con la cabeza. Estaba disfrutando tanto su estancia como para irse a casa. Mary ya se había negado, después de todo. El asunto estaba resuelto. ¿Por qué iba a abandonar Elizabeth... bueno, Londres? Sólo Londres. No a nadie en particular, de modo que Jane dejaría al señor Bingley si era ella la que se marchaba.

Bajó la mirada hacia la carta que sostenía y le dio la vuelta. Al ver lo que eran evidentemente lágrimas en el reverso, hizo una mueca al leer cómo la señora Bennet le había prohibido a Mary tocar el pianoforte como castigo. Quizás Jane tenía razón. Una buena hermana volvería para soportar a su madre y dejar que Mary viniera a Londres para...

—No hace falta —dijo el tío Gardiner, levantando la vista de su carta. —Su padre ha escrito que se hará cargo de la situación. Mary se quedará con los Phillips durante un tiempo, para evitar en su mayor parte el disgusto de su madre.

Elizabeth sintió un gran alivio. Simplemente no estaba preparada para marcharse de Londres todavía. Tenía más libros que comentar con el señor Darcy. No es que hubiera ningún futuro con él, pero

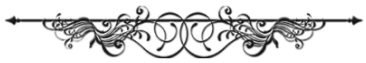
podía disfrutar de su compañía un poco más antes de dejarlo atrás, junto con su tienda, y regresar al campo.

—Me alegro de oírlo —dijo la tía Gardiner.

—Sí —asintió Jane.

Elizabeth levantó la vista y vio que su hermana y su tío volvían a leer cartas, pero la tía Gardiner la observaba con una expresión impenetrable y pensativa.

CAPÍTULO 9



Darcy estaba de pie detrás del mostrador de su tienda e intentaba en vano no mirar fijamente a la puerta. Habían pasado dos días desde que la conversación que él y Elizabeth habían tenido sobre *Macbeth* se viera arruinada por la aparición de los Bingley. Aunque Darcy estaba muy satisfecho con los fondos que le habían proporcionado las compras del señor Bingley, y aunque consideraba que era un tipo alegre y honrado, no podía evitar sentirse resentido por la interrupción. Cuando Elizabeth habló como lo había hecho, con toda su actitud llena de interés e inteligencia, cautivó a Darcy. No había apreciado que se rompiera el hechizo.

Si es que se había roto, lo cual no era una suposición segura, ya que él no había pensado en otra cosa que no fuera ella durante días.

Dado el énfasis que la señorita Bennet había puesto en su plan de volver a la tienda, Darcy esperaba verlas al día siguiente. El señor Bingley también lo esperaba, evidentemente, por lo que había pasado la tarde rondando por la tienda de Darcy sin ningún resultado. Cuando Darcy cerró el local, tanto él como el señor Bingley empezaron a preocuparse por cuándo se marcharían de Londres las hermanas Bennet. Sin duda, volverían a la librería al menos una vez más antes de partir hacia el campo.

Hoy ni siquiera el señor Bingley había entrado en la tienda de Darcy. Sospechaba que el joven y activo caballero había cambiado de estrategia. Es decir, que estaba recorriendo las calles de Cheapside en busca de algún vislumbre de su fascinante dama. Darcy envidiaba su libertad para hacerlo.

Privado de la distracción de pasear, Darcy se vio obligado a soportar el interminable tictac del reloj de su tienda. Le echó un vistazo ahora, y las horas que faltaban para cerrar lo llenaban de esperanza y desesperación. Mientras la tienda permaneciera abierta, Elizabeth podría aparecer, pero Darcy también debía quedarse, esperando clientes. Su tienda, que normalmente era una especie de refugio, hoy se sentía más como una jaula.

No es que necesitara dinero tanto como de costumbre. Ya tenía en el banco el considerable pago del señor Bingley. Sin duda, con eso, Darcy podía permitirse perder una hora más o menos de trabajo. Aún tenía la excusa del libro del señor Gardiner. Podía entregar el pequeño montón de volúmenes que había reunido para que la señora Gardiner eligiera.

¿Y por qué no? Disfrutaría del paseo y la señora Gardiner parecía ser una persona muy agradable. Probablemente se alegraría de su consideración, en lugar de horrorizarse al verlo aparecer sin haberlo requerido en su puerta. Al menos, podía elegir creer que así sería hasta que se demostrara lo contrario.

Afuera, un carruaje grande revestido con laca se detuvo. Era su carruaje. Darcy apretó los dientes. Como George Darcy utilizaba su propio carruaje y Georgiana uno más pequeño, ver el carruaje que le pertenecía a los Darcy sólo podía significar una cosa: Wickham.

Era sólo el cuatro de diciembre. Aún faltaba mucho para el tercer lunes del mes. ¿Qué estaba haciendo Wickham allí?

Darcy rezó para que Elizabeth no visitara su tienda en ese momento. No mientras Wickham estuviera presente.

Su antiguo compañero bajó del carruaje y observó la fachada de la tienda de arriba abajo. Con una sonrisa petulante, Wickham entró con paso firme. A oídos de Darcy, la campanilla de la puerta sonó mucho menos alegre de lo habitual.

Sin clientes a los que atender, Darcy no tuvo que molestarse en ocultar su disgusto. Frunciendo el ceño, cruzó los brazos sobre el pecho. —Wickham. ¿Qué es lo que quieres?

Wickham echó un rápido vistazo a su alrededor y su sonrisa se hizo más amplia. —¿No hay clientes esta tarde, Darcy? Qué pena.

—Me las arreglaré.

—Eso he oído. Bingley me enseñó la lista de libros que le endosaste. Estuvo muy mal hecho, ¿sabes?

Darcy hizo una mueca. Debía haber sabido que el señor Bingley no le ocultaría sus compras a Wickham. ¿Por qué iba a hacerlo? —Él quería libros, así que le vendí libros. Difícilmente diría que eso sea "mal hecho".

—Tú no, pero yo sí. Aunque quizás te permita quedarte con lo que te pagó.

Darcy frunció aún más el ceño. —¿Y qué es lo que quieres decir con eso? —¿Acaso Wickham iba a rebajarse ahora al robo? ¿A quitarle físicamente las ganancias a Darcy?

Bueno, se llevaría una decepción. No sólo porque Darcy ya había ingresado el pago del señor Bingley en el banco, sino porque Darcy no permitiría que registraran su tienda. Si Wickham quería confiscar algo, tendría que pasar por Darcy para hacerlo.

—Quiero decir que rara vez he conocido a alguien tan influenciable como el señor Bingley —respondió Wickham. —Estoy convencido de que, con unas pocas palabras, podré convencerlo de que regrese y reclame su dinero.

—Haz lo que creas conveniente —dijo Darcy encogiéndose de hombros, con la esperanza de que su gesto transmitiera una indiferencia que no sentía. Era agradable tener suficiente dinero en el banco como para no tener que preocuparse durante un tiempo.

Wickham hizo un gesto con la mano para restarle importancia. —Ya te lo he dicho, quizás deje que te lo quedes. Ya tienes suficientes problemas sin que yo intervenga.

Darcy intentó reprimir sus palabras, pero no pudo evitarlo. —¿Qué quieres decir?

—Sólo que últimamente estás un poco delgado, viejo amigo, y no puedes contar con tu viaje anual a Rosings, ¿verdad? No con cómo están las cosas.

Al ver lo engreído que parecía estar Wickham, Darcy se obligó a mantener la boca cerrada. No le daría la satisfacción de preguntarle cómo estaban las cosas en Rosings. Wickham podía irse a entretener a otra parte.

A menos que... ¿Y si le había pasado algo a Sir Lewis? ¿A Anne? ¿Lo sabría él mismo? Su familia ya no le escribía. ¿Qué podría haber ocurrido para impedirle acompañar a Richard en su viaje anual a Kent por Pascua?

Mientras Darcy luchaba por no indagar más, Wickham deambulaba por la librería. Echaba un vistazo a las estanterías medio llenas y sacaba libros de aquí y allá. Los llevaba consigo un

rato, hojeándolos antes de dejarlos en la estantería que más le llamaba la atención. No era un gran desorden, pero sabía que Darcy tendría que recogerlo. Darcy supuso que tenía suerte de que Wickham no hubiera decidido simplemente tirar las estanterías.

—Últimamente ha habido muchos viajes entre Matlock y Pemberley —dijo Wickham por fin. Lanzó una mirada astuta a Darcy. —También entre Rosings y Pemberley.

—¿Ah, sí? —se permitió responder Darcy.

—Sí, mucho. Incluso el coronel Fitzwilliam ha ido a ver a tu padre, mi querido padrino.

¿Richard había vuelto? Darcy no se había dado cuenta de que había regresado de los lejanos lugares a los que le había llevado su deber. Ni de que había estado en Pemberley. ¿Por qué no había pasado Richard por Londres? ¿Había recibido la carta de Darcy?

Wickham completó su recorrido por la zona abierta de la tienda y se acercó al mostrador. —Ahora bien, no sé qué están tramando los patriarcas últimamente, pero sí sé que a la preciosa hija de Sir Lewis se le está acabando el tiempo.

Darcy no iba a hablar de Anne con el cretino vestido a la última moda que tenía delante.

—A diferencia de nosotros, los caballeros, la utilidad de una dama para la sociedad disminuye—. Wickham sonrió con aire burlón, mirando fijamente a Darcy.

—¿Nosotros, los caballeros? —replicó Darcy con sarcasmo.

Wickham lo miró con desprecio. —¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Ni una reprimenda? ¿Ni una palabra para defender el honor de la dama? ¿Ni un desafío?

—Si Anne quiere que se defienda su honor, lo hará ella misma —replicó Darcy. —Estoy seguro de que preferiría ser ella quien derramara tu sangre y que, si yo lo hiciera, sólo me acusaría de privarla de ese placer.

—Mmm —dijo Wickham con aire burlón. —Puede ser, pero deberías saber que se rumorea que Sir Lewis ha llamado al maestro cerrajero. El mejor de la comarca y todo eso—. Wickham se inclinó sobre el mostrador. —Si viajas a Rosings esta primavera, más vale que estés preparado para quedarte allí.

Darcy reflexionó sobre la expresión de satisfacción de Wickham. ¿De verdad Sir Lewis lo encerraría hasta que accediera a casarse con Anne? ¿Y Anne lo permitiría?

¿Y qué hay de esta charla sobre viajes? ¿Acaso los patriarcas habían reavivado su confabulación y habían metido a Richard en su plan? No se podía confiar en que Wickham estuviera diciendo la verdad, pero sus mentiras a menudo contenían una pizca de ella. Una pequeña porción de honestidad para atraer a Darcy. ¿Qué parte de sus palabras de hoy sería creíble? ¿Y por qué estaba atormentando a Darcy más de lo habitual?

Wickham se enderezó. —Muy bien. Sé tan aburrido y estoico como siempre. Me voy a cambiar para almorzar y luego al club. Tengo varios corderos preparados para una partida de cartas con latas apuestas más tarde, incluido Bingley. Si pierde demasiado, quizás lo consuele revelándole cómo lo estafaste con esos libros.

—Haz lo que te parezca —repitió Darcy con una sensación de desánimo. Adiós a sus fondos extra.

—Ya sabes que lo haré —dijo Wickham, tocando la punta de su sombrero y saliendo a zancadas de la tienda.

Darcy lo vio subirse al carruaje, que antes era suyo, y apretó los dientes. Apartando la mirada de Wickham, que disfrutaba de las prerrogativas del favor de George Darcy, Darcy observó el desorden que reinaba en su tienda. Debería ponerlo todo en su sitio. Arreglar el desastre que Wickham había dejado a su paso.

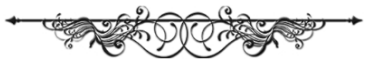
Pero no lo haría.

En lugar de eso, Darcy se dirigió a la puerta principal y la cerró con llave. Luego subió a buscar su abrigo, su sombrero y sus guantes muy gastados. Se los quitaría antes de llamar a la puerta de los Gardiner, por miedo a que Elizabeth se fijara en los agujeros que tenían.

De vuelta en su tienda, reunió los tres volúmenes que pensó que más le gustarían al señor Gardiner y salió por la puerta trasera, cerrándola con llave tras de sí. Pronto sabría si Elizabeth seguía en Londres y, con suerte, tendría la alegría de verla. Sabía que esto último podría no llegar a ocurrir, ya que no tenía motivos para preguntar por ella ni la posición para visitarla.

Aun así, podría disfrutar del paseo, tranquilizarse sabiendo que ella estaba allí y tal vez incluso oír su voz. Por el momento, eso era todo lo que podía pedir. Por el bien de ella, lo consideraría suficiente.

CAPÍTULO 10



Elizabeth manejaba la aguja y el hilo con diligencia, ya que se había comprometido a ayudarle a su tía con el zurcido de la ropa de los niños. La tía Gardiner seguía buscando una institutriz, aunque parecía haber reducido gradualmente la pila de cartas de recomendación que había estado examinando durante días. Pronto, comenzaría a entrevistar a aquellas que consideraba que tenían más potencial. Quería a alguien que pudiera ayudarla a educar a sus hijas, y que fuera lo suficientemente firme y autoritaria como para controlar sus tendencias más bien rebeldes. A Elizabeth le parecía que sus jóvenes primas se parecían angustiosamente a Kitty y Lydia a su edad.

Jane también cosía, aunque su función era añadirles adornos a los vestidos de sus primas. Jane tenía buen ojo y la paciencia que le faltaba a Elizabeth, lo que le permitía añadir preciosos ornamentos. La fortaleza de Elizabeth residía más en remendar rasgones y zurcir, habilidades que había aprendido a lo largo de los años reparando sus propios vestidos y medias.

En su escritorio, en un rincón, la tía Gardiner suspiró y se enderezó. —Por estas cartas no puedo saber si las mujeres en cuestión tienen la entereza necesaria para manejar a tus primas —dijo. —Todas buscan impresionar con su refinamiento, lo cual es algo que apruebo, pero me temo que mis hijas necesitan una mano firme, no solo elegante.

Jane levantó la vista de una hilera primorosa de campanillas. —Creo que te preocupas demasiado tía. A mi parecer, Frances y Madeline me parecen unas jovencitas encantadoras.

—Porque se comportan como jovencitas encantadoras cuando están contigo —señaló Elizabeth. —Ni siquiera ellas son inmunes a tu influencia tranquilizadora y a tu capacidad para inspirar admiración y un deseo desesperado de complacerte.

—Por favor, Lizzy, dices las cosas más extravagantes —la reprendió Jane.

La tía Gardiner sonrió levemente. —Es posible que Elizabeth exagere, pero el fondo de su cumplido es válido. Ojalá pudiera encontrar una institutriz que fuera exactamente como tú, Jane.

Elizabeth resopló de risa. —Si hubiera alguien exactamente como Jane, no seguiría siendo institutriz durante mucho tiempo. Algún caballero se casaría con ella.

Jane dejó escapar un largo suspiro y su mirada se volvió distante.

Elizabeth levantó la mirada hacia el techo. El único problema con la costura de Jane en ese momento era que cualquier pensamiento sobre el señor Bingley podía distraerla.

Fue así como Elizabeth supo que no había permitido que creciera en ella una admiración excesiva por el señor Darcy. Pensar en él no le impedía en absoluto coser. Ni las imágenes mentales de su mandíbula fuerte. Ni de sus ojos oscuros y cautivadores, que la miraban con tanto aprecio e interés. Ni el porte de sus anchos hombros o cómo se erguía lo suficiente como para alcanzar todos los estantes de su tienda, excepto los más altos.

Reprimió el impulso de suspirar, bajó la mirada, se fijó en sus dedos inmóviles y volvió al trabajo.

—Bueno —continuó la tía Gardiner, ordenando la pila de páginas que tenía sobre el escritorio. —Supongo que tendré que elegir entre...

Se oyó un chirrido y un estrépito en el interior de la casa. Sobresaltadas, las tres intercambiaron miradas.

—¿Qué por todos los cielos puede ser eso? —preguntó la tía Gardiner.

Se oyó otro grito, seguido del claro estruendo de platos rompiéndose.

La tía Gardiner se puso de pie y miró alarmada en dirección a la cocina.

Una criada irrumpió en la habitación con el cabello, las cejas y las pestañas cubiertos de harina, y la ropa salpicada. —Señora, venga rápido. Las señoritas han traído a escondidas unos gatitos de las caballerizas y son unos animalitos salvajes que están sueltos por la cocina.

Con expresión horrorizada, la tía Gardiner se dispuso a cruzar la habitación.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Elizabeth, recogiendo sus cosas de costura.

—No —respondió la tía Gardiner, sacudiendo la cabeza. —Quédense aquí mientras yo me encargo de esto, y luego vayan a ver a sus primos—. Salió rápidamente de la habitación, llamando a todas las criadas y los lacayos mientras se apresuraba hacia la parte trasera de la casa.

Elizabeth intercambió una mirada con Jane. —¿Deberíamos ir a ayudar de todos modos?

Jane lo pensó un momento. —No, no lo creo. Nuestra tía querrá que no estorbemos—. Bajó la mirada hacia el remiendo que sostenía Elizabeth. —Sólo estás cansada de coser.

—Sí, y creo que ver a los gatitos correteando por una cocina llena de harina será muy divertido.

—Eres terrible —respondió Jane, aunque sin rencor. —Nuestra tía no parecía muy contenta.

—No es culpa mía que la gente que me rodea no sea capaz de ver lo divertido que es.

Jane se limitó a negar con la cabeza y volvió a coser. En el interior de la casa se oyeron voces, gritos y un fuerte estruendo. Según Elizabeth, eran ollas de cobre chocando entre sí. La voz de su prima Frances se elevó en un grito lastimero y Elizabeth dedujo que los jóvenes culpables seguían en la cocina con los gatitos que habían traído.

Con un suspiro, porque realmente le hubiera gustado presenciar el caos que se estaba formando allí, Elizabeth intentó imitar la actitud tranquila de Jane.

Alguien tocó a la puerta.

Elizabeth se levantó de un salto, consciente de que el alboroto en la cocina tenía a toda la casa ocupada. —Yo abriré la puerta—. Salió corriendo de la habitación, esperando que no la entretuvieran mucho tiempo. Una vez que se ocupara de quien fuera que hubiera llamado, podría ir a la cocina antes de que Jane pensara en detenerla. Con impaciencia, Elizabeth abrió la puerta principal de un tirón.

Y se encontró con el señor Darcy.

Llevaba su abrigo algo raído, pero se había quitado el sombrero y, por lo que parecía, ya había guardado en él sus guantes. Llevaba tres libros bajo el brazo y sonrió al verla.

Elizabeth se quedó sin aliento. Lo miró fijamente, segura de que existían palabras adecuadas para saludarlo, pero era incapaz de recordarlas.

El señor Darcy hizo una reverencia. —Señorita Elizabeth. Me alegro de verla.

—Puedo decir lo mismo —logró decir, retrocediendo hacia el vestíbulo. —Por favor, pase. ¿Qué le trae por aquí? Por mucho que de repente deseara que él estuviera allí para visitarla, dudaba que fuera así.

Él entró y miró a su alrededor, pareciendo sentirse como en su propia casa en el elegante pero reservado vestíbulo de los Gardiner, y más alto que nunca, ya que afuera había estado un escalón más abajo. —Espero que no sea demasiado atrevido por mi parte, pero he traído tres libros para que su tía elija. Sospecho que estará muy ocupada y pensé que podría echarles un vistazo cuando tuviera tiempo y devolver los que no desee regalarle a su tío más adelante.

—Es muy amable por su parte —dijo Elizabeth, aceptando los libros que él le ofrecía. Se giró para colocarlos sobre una mesita y buscó algo más que decir. No podía invitarlo a tomar el té, ¿verdad? No sólo porque era un comerciante, sino también porque la cocina estaba hecha un desastre. —Estoy segura de que mi tía se lo agradecerá. En efecto, últimamente ha estado muy ocupada.

En el interior de la casa se oyó otro estruendo. Esta vez fue Madeline, la otra prima de Elizabeth, quien gritó.

El señor Darcy arqueó las cejas. —¿Está todo bien?

Elizabeth se imaginó la reacción del señor Darcy ante la escena que se figuraba en la cocina y se llevó una mano a la boca, tratando de contener la risa.

Él la observó, desconcertado. —Entonces no es nada grave, ¿sólo algo divertido?

Ella sacudió la cabeza y bajó la mano. —Estoy segura de que parece bastante grave, y lo siento mucho por mi tía. Dos gatitos

andan sueltos en la cocina y están causando estragos.

—¿Dos gatitos?

—Eso es lo que he oído. Mi tía nos pidió a mi hermana y a mí que siguiéramos cosiendo mientras ella se encargaba de...

Se escuchó el ruido de más platos rotos.

Elizabeth se volvió para mirar por el pasillo en dirección a la cocina, y parte de su diversión se desvaneció. —Parece que la situación se está yendo un poco de las manos—. ¿Cuántos platos tendría que reemplazar su tía?

La puerta al final del pasillo se abrió de golpe y dos bolas de pelo cubiertas de blanco salieron corriendo. Frances y Madeline, cubiertas de harina, se lanzaron tras ellas, una blandiendo una olla y una tapa y la otra, manteles. Corrieron a toda velocidad por el pasillo, directamente hacia Elizabeth.

Ella dio un salto hacia atrás y chocó con la alta y sólida figura del señor Darcy. Él le puso las manos sobre los hombros para sostenerla, estabilizándola, mientras los gatitos, cubiertos de harina, se daban la vuelta bruscamente y salían corriendo escaleras arriba. Frances fue tras ellos, con la olla y la tapa en las manos, seguida por Madeline.

Las manos del señor Darcy eran fuertes y cálidas donde sujetaban a Elizabeth, y el calor se propagaba por su espalda y sus piernas, que se apoyaban contra él. La vergüenza la invadió y dio un paso atrás. Madeline gritó.

Elizabeth se giró rápidamente y vio a su pequeña prima agitando los brazos, con los manteles envueltos alrededor de ella y bajo sus pies. Se tambaleó hacia atrás. Elizabeth subió a saltos los escalones para atraparla.

Alcanzó a Madeline y ella misma se fue de espaldas, tratando de sujetarse a la barandilla con una mano y mantener a su prima pegada a ella con la otra. Elizabeth contuvo un grito cuando sus dedos resbalaron por la madera lisa sin encontrar apoyo. El miedo se apoderó de ella, se le hizo un nudo en la garganta y le cortó la respiración. Cerró los ojos con fuerza mientras caía, decidida a chocar contra el suelo y que su prima acabara encima de ella, ilesa.

Unos brazos fuertes la sujetaron a ella y a Madeline. Elizabeth abrió los ojos y se encontró con el rostro de Darcy sorprendentemente cerca. La envolvió el aroma limpio del jabón de afeitar.

—¿Está todo bien? —preguntó Jane, asomando la cabeza por la puerta del salón.

—¡Señor Darcy! —exclamó la tía Gardiner, seguida de un mar de criadas. —Gracias por su ayuda. Casi se me paró el corazón cuando las vi cayéndose.

El señor Darcy le ayudó a Elizabeth a ponerse de pie y Madeline se escabulló, corriendo hacia su madre en una nube de harina. Una vez más, las manos del señor Darcy permanecieron en los hombros de Elizabeth. Ella trató de ignorar el calor que irradiaba de él y lo protegida que se sentía con su ligero contacto.

—Ya vienen de regreso —chilló Frances desde arriba.

Elizabeth se giró hacia la escalera. Frances bajó a toda velocidad, afortunadamente sin llevar la pesada olla de cobre ni su tapa. Dos bolas de pelusa corrieron delante de ella, que ahora podía verse que eran de pelaje tricolor y naranja.

Los gatitos llegaron abajo y Elizabeth los tomó por el cuello, haciéndolos obedecer al instante, tal y como habían hecho las mamás felinas durante generaciones. El señor Darcy extendió un brazo estabilizador para sostener a Frances y evitar que cayera de bruces en el suelo del recibidor.

La tía Gardiner, con un brazo aún alrededor de Madeline, se apresuró a abrazar a Frances. Dio un paso atrás y miró con severidad a sus dos hijas cubiertas de harina. —Las dos están metidas en un buen lío. Diríjanse a su habitación ahora mismo y no salgan de allí. Las criadas subirán a ayudarlas en cuanto se haya puesto orden en la cocina. ¿Tienen alguna idea del desastre que han causado?

—Sí, mamá —respondieron al unísono, con la cabeza gacha.

Elizabeth acercó a los gatitos, ahora tranquilos, a su pecho. Ambos comenzaron a ronronear, lo cual era muy agradable, pero no impidió que Elizabeth se diera cuenta de que Madeline había clavado

su pequeño codo huesudo para llamar la atención de Frances. Le dirigió una sonrisa pícara a su hermana mayor.

La tía Gardiner tampoco debió de pasarlo por alto, porque suspiró. —Ya suban—. Las primas de Elizabeth subieron corriendo las escaleras y su tía se volvió hacia ella. —Elizabeth, dale los gatitos a Florence—. Señaló a una de las criadas cubiertas de harina.

—¿Qué va a pasar con ellos? —preguntó Elizabeth, sin soltar a las bolitas de pelusa.

—Haré que se los devuelvan a su madre junto con un cuenco de leche —dijo la tía Gardiner con firmeza. —Ha criado a generaciones de buenos cazadores de ratas para nosotros, y estoy segura de que podrá mantener a estos dos a raya.

Tranquilizada, Elizabeth le entregó los gatitos a Florence. Los pequeños monstruos ronroneaban tan fuerte para la criada como lo habían hecho para Elizabeth. En la puerta del salón, Jane, siendo la única que no estaba cubierta de harina, observaba consternada.

La tía Gardiner se volvió hacia el señor Darcy. —No sé qué le ha traído aquí, pero le agradezco, señor, su oportuna intervención. No me hubiera gustado ver a mi sobrina o a mi hija caer al suelo del vestíbulo.

El señor Darcy hizo una reverencia. —Me complace haber sido útil.

Elizabeth se fijó en la harina que cubría todo el frente de su ropa y esperó que hablara en serio. No creía que todos los caballeros lo hicieran. Pero, por otra parte, muchos no habrían tenido reflejos tan rápidos para sujetarla a ella y a Madeline. —Yo también le doy las gracias. No creo que hubiera disfrutado cayéndome contra el suelo más de lo que mi tía habría disfrutado viéndome hacerlo.

—¿Por qué está aquí, señor Darcy? —preguntó Jane desde la puerta.

Elizabeth señaló los libros que estaban sobre la mesita del vestíbulo, afortunadamente intactos. —Él ha traído estos libros para que los vea la tía Gardiner y elija el que quiera.

—Es usted muy amable —dijo la tía Gardiner, mirando el desorden del vestíbulo. —Pero ahora no tengo tiempo.

—No hay prisa —le aseguró el señor Darcy. —Cuando haya elegido, simplemente mande a alguno de sus criados con los demás libros.

—Oh, qué considerado de su parte —la tía Gardiner le dedicó una sonrisa distraída. —Elizabeth, ocúpate tú de ellos. Jane, ¿podría pedirte que fueras a ver a tus primas y asegurarte de que no están llenando la habitación de harina? Aunque puede que ya sea demasiado tarde—. Sin esperar respuesta, la tía Gardiner se dio la vuelta y se dirigió hacia el pasillo, con los brazos abiertos para guiar al grupo de sirvientes que se había reunido a su alrededor. —Florence, lleva a esos dos con su madre y dale un poco de crema para apaciguar su ánimo. Ahora, tenemos que...

Elizabeth no se había dado cuenta de cuántos miembros del personal se habían congregado en el pasillo, pero ahora todos habían vuelto a la cocina con su tía. Jane subió apresuradamente las escaleras, pero se detuvo a mitad de camino. Bajó la mirada hacia Elizabeth y el señor Darcy con el ceño fruncido. Elizabeth se apartó deliberadamente de él y se dirigió a la mesa donde estaban los libros. Jane, apaciguada, terminó de subir.

En cuanto su hermana se dio la vuelta, Elizabeth volvió a colocarse delante del señor Darcy. Entendía la preocupación de Jane, pero le debía su agradecimiento. —No sé cómo darle las gracias. Realmente pensé que me desplomaría en el suelo, tal y como temía mi tía.

—Nunca permitiría que le ocurriera nada —dijo él en voz baja.

Elizabeth estudió su expresión seria, con el corazón latiendo tan fuerte que temía intentar hablar. El recuerdo de sus brazos, de su sólida figura sosteniéndola, hizo que sintiera nuevamente calor en las mejillas. —Es muy caballeroso de su parte.

—Yo también lo habría pensado antes, pero ahora me pregunto si la caballerosidad existe.

—¿Cómo puede decir eso cuando acaba de demostrarlo?

Él negó con la cabeza. —Lo único que me importaba era el dolor que me causaría verla herida. Así que, como ve, ayudarla a usted y a su prima fue un acto de puro egoísmo.

—Me niego a aceptarlo—. También se negó a preguntarle por qué verla sufrir le causaría tanto malestar. Sabía que su respuesta la llevaría a un terreno muy incierto. Tragó saliva y reunió todo su ingenio para controlar el torbellino de emociones que parecía ser incapaz de dominar. —¿Quiere decir que todos los actos de caballerosidad son puro egoísmo?

Él respiró hondo y a Elizabeth le fascinó pensar que quizás él también estaba luchando por dominarse. Que la cercanía de ella también lo afectaba. Que recordaba cada contacto con el mismo abrasador detalle que ella.

—Tal vez algunos —declaró él. —Me atrevería a decir que primero debemos definir qué significa ser caballeroso antes de desacreditar la idea.

Elizabeth asintió con la cabeza, obligando a su mente a concentrarse en la tarea. Cualquier cosa con tal de apartar sus pensamientos de estar en sus brazos y, al mismo tiempo, mantenerlo allí. No podía soportar que se marchara tan pronto. —Consideremos la caballerosidad como actos de honor, valentía y honestidad.

—No debe olvidar el deseo constante de ayudar a los indefensos.

—¿Cómo podría, cuando usted me ha ayudado tanto? —¿Y cómo podía abstenerse de pensar en él siendo caballeroso si él insistía en hacer que ella volviera a pensar en su acto de caballerosidad?

Él estudió su rostro, sin dar ninguna indicación de que fuera a responderle.

—Elizabeth —la llamó la voz Jane desde arriba. Se oyeron pasos en el pasillo superior.

Elizabeth se apartó del señor Darcy. Su mirada se posó en el sombrero de él, que en algún momento se le había caído al suelo. —Su sombrero.

Él se volvió y lo recogió justo cuando Jane empezaba a bajar los escalones. Elizabeth retrocedió hábilmente un paso y recogió los libros, apretándolos contra su pecho. Jane bajó lo suficiente como para verlos, mirando primero al señor Darcy, que estaba de pie sacudiendo el sombrero, y luego a Elizabeth.

—Por favor, salude a su tía de mi parte —dijo él, dirigiéndose a Jane. Añadió una reverencia. Sacó los guantes, se caló el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Señor Darcy —lo llamó Jane.

Él se detuvo y se volvió. —¿Sí?

—Asegúrese de sacudirse el polvo una vez que esté fuera. Está todo cubierto de harina.

Él miró hacia abajo. —Gracias.

Jane asintió con la cabeza. El señor Darcy se marchó y Jane se volvió hacia Elizabeth. —Deberías esconder esos libros para que el tío Gardiner no los vea, y sacudirte la harina también —le dijo con severidad.

—Lo haré —respondió Elizabeth. Y lo haría, aunque dudaba que el tono de Jane tuviera nada que ver con la harina o los libros.

CAPÍTULO 11

La campanilla de la puerta de su tienda sonó y Darcy levantó la mirada del libro que estaba leyendo, ya que no podía reprimir la esperanza de que Elizabeth entrara. No la había visto desde el día en que había llevado los libros a casa de los Gardiner, pero pensaba en ella con algo cercano a la constancia que lo inquietaba. Su rapidez y valentía al intentar salvar a su prima lo impresionaron. La conmoción de un miedo absoluto que lo invadió al pensar que ella pudiera resultar lastimada lo atormentaba. No se atrevía a pensar en el recuerdo de ella en sus brazos.

Pero la figura que entró, aunque familiar, no era Elizabeth, y provocó un torbellino de emociones completamente diferente. —Georgiana —exclamó, rodeando el mostrador. —Bienvenida—. Había crecido tanto desde la última vez que la vio, y esa era una observación que le partió el corazón.

Su hermana se acercó a él con aire decidido. —No me des la bienvenida, Fitz. Estoy muy enfadada contigo—. Le tendió un brazo, en el que llevaba una misiva doblada y sellada.

Darcy miró por encima de ella a la mujer que la seguía, su dama de compañía, la señora Younge, que fruncía ligeramente el ceño. Volviéndose hacia su hermana, repitió: —¿Estás enfadada conmigo?

¿Cómo podía estarlo, si apenas se hablaban? Además, era ella quien no había respondido a sus cartas, ¿no debería ser él quien estuviera enfadado con ella?

—Sí, y mucho. Pero no puedo hablar contigo, es parte de tu castigo, así que lo he escrito todo. A diferencia de ti, yo sé escribir—. Le acercó el montón de hojas.

Darcy se lo arrebató de la mano.

Georgiana se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Georgie —la llamó. Ella se detuvo, pero no dio la vuelta.

—¿No puedes quedarte? Puedo preparar té. O cerrar la tienda y dar un paseo contigo.

—Señorita Darcy —dijo la señora Younge en tono de advertencia.

Georgiana enderezó los hombros, sacudió la cabeza y reanudó la marcha. La señora Younge le abrió la puerta para dejarla salir. Le lanzó una mirada evaluadora a Darcy y luego siguió a la joven que tenía a su cargo.

A través de los ventanales delanteros, Darcy vio a su hermana subir al carruaje que le resultaba tan familiar. El que ella solía utilizar de entre los de su padre. ¿Estaría su padre en la ciudad? ¿Debería ir a verlo? ¿Suplicarle que pusiera fin a esta ridícula disputa por su matrimonio con Anne? La primavera pasada, cuando él y Richard visitaron Rosings, Sir Lewis parecía tan firme como siempre en este asunto. De hecho, Darcy había tenido la clara impresión de que todo seguía igual desde su acto de rebeldía, pero hacía años que no hablaba con su padre sobre su supuesto compromiso. ¿Era posible que George Darcy se hubiera ablandado?

Entonces la advertencia de Wickham, presuntuosa pero probablemente con un matiz de verdad, resonó en la mente de Darcy. Los patriarcas estaban confabulados y a Anne se le estaba acabando el tiempo.

Darcy bajó la vista hacia la carta que estaba sosteniendo. Volvió a su lugar detrás del mostrador, apartó el libro y rompió el sello, sintiendo cierta envidia por el papel grueso y la tinta oscura y fuerte. Georgiana no tenía que diluir la tinta para aprovechar al máximo cada gota. A juzgar por la ausencia de correcciones, probablemente había redactado la carta en hojas que ahora estaban ardiendo en la chimenea, después de haberlas copiado, además.

Anhelaba volver a disfrutar de un empleo tan frívolo de los recursos, aunque dudaba de que pudiera volver a ver algo tan simple como el papel y la tinta de la misma manera. ¿Podría volver alguna vez a costumbres que ni siquiera había considerado como un desperdicio en el pasado?

Sacudiendo la cabeza, se concentró en las palabras cuidadosamente escritas por su hermana.

Querido Fitz,

¿Cómo puedes ser tan horrible y tan vengativo? ¿No es suficiente con que padre, George y yo hayamos estado privados de tu compañía durante tanto tiempo? ¿Que hayas dejado que esta tonta obstinación sobre casarte con Anne arruine tanta felicidad familiar? ¿Y por qué? ¿Para qué? Ella siempre ha sido una de tus compañeras más queridas. ¿Por qué no te casas con ella? Si es por su lenguaje altisonante, puedo hablar con ella sobre eso. Estoy segura de que ella puede contener su lengua con mayor educación.

Pero eso no viene al caso. Lo que me rompe el corazón es que no vas a volver a casa. ¿Cómo, cómo, cómo puedes ser tan terco, egoísta y cruel? ¿Cómo puedes hacerle esto a nuestro padre?

Darcy frunció el ceño al leer la página. ¿Él? ¿Hacerle esto a su padre? Fue George Darcy, junto con sus cuñados, quien insistió en un matrimonio que Darcy no deseaba. Anne tampoco lo deseaba, aunque no se oponía con tanta vehemencia como él. A menudo decía que más valía que se encadenaran uno al otro, como ella lo expresaba de forma tan pintoresca, y siguieran viviendo sus vidas separadas, él en Pemberley y ella en Rosings.

Con un sabor amargo en la boca, Darcy siguió leyendo.

¿Por qué sigues con esa actitud distante? ¿Por qué no vuelves a casa? Ni siquiera escribes. Me has dejado sólo con George como hermano. Él lo hace lo mejor que puede, pero no es lo mismo que tenerte a ti en casa. Él nunca me mirará con el mismo cariño que tú.

Más valía que Wickham no la estuviera mirando con ningún otro tipo de afecto que no fuera fraternal. Darcy lo desafiaría, con Anne y Richard detrás de él.

Respiró hondo para controlar su ira, pues Georgiana había tocado un punto sensible de su corazón. La echaba de menos. Hoy parecía tan mayor cuando entró en su tienda. Alta y elegante. Había perdido a su hermana pequeña. Había perdido años de su vida que nunca recuperaría.

¿Y qué había dicho ella sobre que él no escribía? Eso era una tontería. Es cierto que últimamente no había enviado muchas

misivas, pero ¿por qué iba a hacerlo si el dinero escaseaba y sus cartas no recibían respuesta?

Suspiró y siguió leyendo. La carta continuaba, reiterando que ella no podía entender por qué él no volvía a casa. Finalmente, concluía con un saludo afectuoso, pero amenazante: *Si no vuelves a casa ahora, no me quedará ningún amor por ti*.

El dolor se le clavó en el pecho. Debería haberlo visto venir. Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo podría pasar sin que su hermana le empezara a guardar rencor por su ausencia? Pero ella estaba a punto de entrar en la edad adulta. Pronto comenzaría la búsqueda de un esposo. Tal vez entonces reconsideraría su insistencia en casarse por amor y lo perdonaría.

O tal vez no.

Darcy dobló cuidadosamente la carta y la guardó en el bolsillo de su abrigo. Supuso que el papel era lo suficientemente fino como para raspar la tinta y reutilizarlo. Podría hacerlo esa noche.

O podría arrojar al fuego las palabras airadas y suplicantes de su hermana.

Volvió a tomar el libro, luchando por apartar de su mente las reprimendas de Georgiana. Pero no pudo. Echaba de menos a su familia. Su hogar. Las colinas, los valles, los arroyos y los prados de Derbyshire. ¿De verdad sería tan horrible casarse con Anne? ¿Estaba siendo él demasiado terco? El orgullo era una fuente traicionera de motivación, como revelaban muchos de los libros que había leído a lo largo de los años.

Pero el amor no lo era. Bueno, podía serlo, pero no tenía por qué. Más que su orgullo, más que su deseo de no ser débil y ceder, lo que lo motivaba era su búsqueda del afecto. Sin duda, era una meta digna de perseguir.

La imagen de la señorita Elizabeth Bennet se formó en su mente. La campanilla de la puerta tintineó. Darcy levantó la vista con esperanza.

El señor Bingley entró con paso firme, sin su altiva hermana menor. —Señor Darcy —lo saludó al acercarse al mostrador, con voz y modales más contenidos de lo habitual.

Darcy inclinó la cabeza. —Señor Bingley. ¿En qué puedo ayudarle hoy?

—Aún no lo sé.

Darcy lo pensó. —¿Ha venido por más libros? ¿O con la dirección a la que desea que se los envíe? —No podía estar allí debido a las amenazas de Wickham de tachar a Darcy de tramposo, o sin duda parecería enfadado, en lugar de apagado. Probablemente, el señor Bingley había tenido la esperanza de ver a la señorita Bennet, de ahí su expresión algo sombría.

El señor Bingley negó con la cabeza. Sacó la lista de los libros que había comprado, la mayoría de los cuales Darcy guardaba en la trastienda, aunque el señor Bingley se había llevado algunos a casa el día que hizo el pedido. —Le mostré esto al señor Wickham —dijo el señor Bingley, colocando la hoja sobre el mostrador.

Darcy sintió una inquietud en el estómago. Después de todo, el señor Bingley había venido a acusarlo de haberlo estafado. Darcy echó un vistazo a la hoja, aunque no necesitaba estudiar el documento que tenía delante. Él había escrito la lista de libros seleccionados, el precio de cada uno, marcado cuáles se había llevado Bingley y firmado que Bingley ya había pagado todo. —¿Qué ha dicho el señor Wickham?

—Dijo que usted me estafó horriblemente y que, si él hubiera tenido la menor idea de que usted iba a tratarme así, nunca nos habría presentado.

Darcy suspiró. —Ya he ingresado el pago en el banco, pero le daré lo que tengo aquí e iré a buscar el resto para que mañana esté listo. O, si lo prefiere, puede acompañarme al banco ahora mismo. ¿Quiere quedarse con los volúmenes que se ha llevado o los va a devolver?

Bingley lo miró fijamente. —Un momento. No he dicho que quiera que me devuelva el dinero.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere, señor Bingley?

—Me gustaría que me diera algunas explicaciones—. El señor Bingley se quitó el sombrero y lo dejó sobre el mostrador. —He ido a varias tiendas y he preguntado por los mismos libros. Si acaso, usted me cobró menos por ellos.

Darcy asintió con la cabeza. —Así fue. Usted parece ser un tipo agradable que busca superarse a través de la lectura, algo que me gusta fomentar.

—Entonces, ¿por qué dijo que me devolvería el dinero?

Lentamente, y tras pensarlo detenidamente, Darcy respondió: —Según mi experiencia, el encanto de Wickham suele superar el criterio de la gente.

—¿Y usted iba a dejar que se saliera con la suya? —El señor Bingley parecía ahora un poco enfadado.

—Como he dicho, normalmente lo hace.

El señor Bingley apretó los labios con fuerza. —Sé que soy joven y que mi origen no es tan distinguido como el de un caballero. Mis padres hicieron todo lo que pudieron por nosotros. Tuve tutores muy respetados y mis hermanas asistieron a una de las mejores escuelas para señoritas, y todo eso está muy bien, pero no comprendo los matices de ser un caballero. Soy un barco sin una vela mayor. ¿Podría, por favor, explicarme con claridad qué es lo que está pasando?

Darcy observó al joven serio que tenía delante. ¿Podría ser esto algún truco de Wickham? Parecía haber cautivado por completo al señor Bingley. Incluso la altiva señorita Bingley parecía tener en gran estima a Wickham.

Pero ¿qué tipo de truco? ¿Con qué fin?

Sin respuesta a eso, Darcy decidió aceptar sin vueltas lo que le decía el señor Bingley. —El señor Wickham se ha encargado de asegurarse de que yo me mantenga lo más alejado posible de la riqueza. Cuando lo trajo aquí, él no creía que usted fuera del tipo de persona que compra libros, o nunca nos habría presentado.

—¿Por qué querría mantenerlo a usted pobre? Creía que él pasaba a ver cómo estaba usted.

—Su motivo es complejo y tiene que ver con asuntos familiares.

El señor Bingley lo miró expectante.

—No quiero que se lo repita a nadie, ni siquiera a sus hermanas —dijo Darcy, cediendo.

—No lo haré.

Tomando eso como un sí, Darcy se encogió de hombros y dijo: —No puedo entrar en detalles, ya que hay una dama involucrada, lo que significa que también está en juego su reputación. Diré que estoy en desacuerdo con la mayoría de mis parientes por mi negativa a casarme con quien ellos quieren, y es Wickham quien se encarga de que sufra por mi terquedad—. Tal y como lo había descrito Georgiana en su carta.

—Vaya. No me diga—. El señor Bingley lo observó durante un largo rato. —Más bien, yo diría que es determinación.

—¿Disculpe? —preguntó Darcy, confundido.

—Si usted está negándose a este matrimonio por buscar el amor, yo lo llamaría determinación, no terquedad. Muchos hombres se dejarían influir por conseguir acceder a la fortuna y la influencia de los Darcy—. El señor Bingley asintió con brusquedad, como si estuviera de acuerdo con sus propias palabras. —Sí, mejor llamarlo determinación por su parte.

Darcy volvió a inclinar la cabeza en señal de reconocimiento. —Gracias.

—En ese caso, quiero pagarle el valor de mercado por estos—. El señor Bingley dio unos golpecitos en la hoja que tenía delante.

—Me niego.

—Pero yo insisto.

Con una sonrisa sarcástica, Darcy replicó: —Considérelo como una devolución de parte del dinero que estoy seguro de que Wickham le está estafando.

Una expresión cómica de consternación se apoderó del rostro del señor Bingley, que luego soltó una risita algo forzada. —Parece que él nunca encuentra su cartera, ¿verdad?

—No, ni en todos los años que lo conozco, que son muchos—. Toda la vida de Darcy, en realidad.

La expresión del señor Bingley se volvió seria de nuevo. —A mi hermana Caroline le gusta. Parece creer que é será el heredero del señor Darcy.

—De verdad espero que no —dijo Darcy con tono seco, deseando tener la certeza necesaria para refutar esa idea. —Me parece que es poco probable.

—¿Es rico? —preguntó el señor Bingley. —No me importaría que ella se casara con alguien de su misma clase, siempre y cuando sea un hombre respetable y no vaya tras ella sólo por su dote.

—Según tengo entendido, Wickham tiene menos de cinco mil libras a su nombre—. Porque gastaba el dinero tan rápido como lo obtenía. —Tampoco se dedica al comercio. No creo que tenga una vocación, aunque afirma estar estudiando derecho. Admito que se comporta como un caballero, pero no lo es—. Recordando las palabras de las hermanas del señor Bingley, Darcy añadió: —¿Él le ha dicho que es hijo del difunto administrador del señor George Darcy?

El señor Bingley asintió con la cabeza, estando pensativo una vez más. —Sí, pero siempre es muy vago en esos asuntos y a menudo da a entender que su relación con su benefactor es mucho más estrecha. Me lo he preguntado, pero no me gusta ser vulgar ni insistir. Al menos eso es lo que me enseñaron mis tutores costosos.

—Ese tipo de buenos modales es algo que Wickham utiliza en su beneficio.

—¿Debería advertírselo a Caroline, entonces?

—Yo lo haría —respondió Darcy, y acto seguido se arrepintió. No debía involucrarse. Wickham se enteraría o adivinaría quién había puesto a los Bingley en su contra. Se lo haría pagar a Darcy, de una forma u otra. Aun así, por muy arrogante que pareciera, la señorita Bingley no merecía que la engañaran para que se casara con un hombre sin un centavo que la dejaría en la misma situación tan pronto como pudiera.

—Le agradezco la advertencia —dijo el señor Bingley, tomando de nuevo la lista de libros y guardándola, y luego se puso el sombrero. —Y aprecio su franqueza, señor Darcy.

—Y yo le agradezco que haya investigado tales declaraciones de Wickham en lugar de irrumpir aquí exigiendo que le devolviera su dinero, sobre todo porque creo que le he proporcionado un comienzo muy respetable para su biblioteca, con muchos volúmenes que le proporcionarán mucho disfrute.

El señor Bingley sonrió, viéndose más como el joven afable que Darcy había visto en sus visitas anteriores. Se dio la vuelta y volvió a

girarse, entrecerrando los ojos. —¿Exactamente qué relación tiene usted con los Darcy de Derbyshire?

Darcy borró toda expresión de su rostro. —Somos parientes.

—Ja —ladró el señor Bingley, y luego se rio entre dientes. —Muy bien. Como usted quiera, señor Darcy —dijo, pero no hizo ademán de marcharse. Tras un momento, preguntó: —¿Ha vuelto esa señorita Bennet?

—No desde su última visita.

—Entonces, ya es hora de que ella vuelva—afirmó el señor Bingley con un entusiasmo notable.

—No sabría decirle. Uno no concierta una cita para visitar una librería—. Aunque él también deseaba fervientemente que las hermanas Bennet regresaran. ¿Quizás debería enviar una nota a los Gardiner diciéndoles que había llegado un libro que podría interesar al señor Gardiner? O mejor aún, al señor Bennet.

Pero no, ya había descartado esa idea. No quería que la señorita Elizabeth pensara que él la veía como una oportunidad para obtener ingresos.

Podría enviarle un libro al señor Bennet como regalo. Seguro que ella vendría a darle las gracias.

—¿Aún no va a decirme la dirección de sus parientes?

Darcy se dio cuenta de que el señor Bingley lo estaba observando con atención. —No me parecería correcto hacerlo. Si fuera al revés y una dama me pidiera su dirección, yo también actuaría con discreción.

—Y lo felicito por ello, por muy inconveniente que me resulte ahora.

—Gracias —dijo Darcy con ironía.

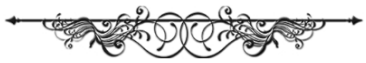
—Bueno, entonces yo me voy a dar un paseo, al igual que varios de mis lacayos, todos con la descripción de ella. La encontraré, aunque mi personal lo maldiga a usted—. El señor Bingley dijo esto jovialmente, luego se tocó la punta del sombrero y se marchó.

Darcy se quedó mirando tras él, desconcertado. Era raro encontrar a alguien que no se creyera las mentiras de Wickham. Quizás no enviaría un libro, sino una nota diciendo que tenía un libro para el señor Bennet y sugiriendo el momento ideal para recogerlo.

Diría que el libro era un regalo de agradecimiento por sus años de ser un cliente leal. Y tal vez, sólo tal vez, Darcy también le enviaría una nota al señor Bingley informándole de que debía recoger uno o dos de sus libros exactamente al mismo tiempo.

Parecía ser lo mínimo que Darcy podía hacer, y no le causaría ningún daño a la señorita Bennet al ponerla en contacto con un caballero al que, según todas las apariencias, ella estimaba y que Darcy sabía que era un hombre recto y honesto, aunque ella fuera la hija de un caballero y Bingley sólo estuviera a una generación de distancia del comercio. Lo que la señorita Bennet decidiera hacer al volver a encontrarse con el señor Bingley era asunto suyo. Por el bien del señor Bingley, Darcy esperaba que ella le diera la oportunidad de cortejarla.

CAPÍTULO 12



Elizabeth y Jane se reunieron con su tía para almorzar y se encontraron con que su tío Gardiner también se encontraba presente. Sabiendo que él consideraba que hacer una pausa para almorzar era una frivolidad que sólo le impedía regresar a casa más temprano por la noche, la curiosidad de Elizabeth se despertó al instante.

El tío Gardiner se levantó para saludarlas, con una expresión tan alegre y complacida que redobló el interés inicial de Elizabeth. Mientras ella se sentaba, Jane ocupó la silla al otro lado de la mesa, con una expresión plácida que a Elizabeth le resultó casi tan inquietante como la más alegre del tío Gardiner. Seguro que Jane no podía ser tan despistada, en cuyo caso no debería estar tan tranquila. Sabía tan bien como Elizabeth que su tío había estado investigando sobre el señor Bingley.

Una vez que todos se sentaron y una criada colocó en la mesa una bandeja con carnes frías, quesos y pan cortado, el tío Gardiner carraspeó. —Tengo noticias sobre ese tal Bingley.

Jane detuvo su mano durante una fracción de segundo y luego siguió moviéndola mientras seleccionaba varias rebanadas de pan. —¿Ah, sí?

—Su familia sí se dedicaba al comercio, a su abuelo y luego a su padre les fue muy bien. Bastante bien, de hecho—. El tío Gardiner asintió con la cabeza mientras decía esto y tomaba su propio pan.

Elizabeth eligió una rebanada de pan moreno y rico y mordisqueó un trocito de la orilla, demasiado interesada como para distraerse con algo tan trivial como la comida. Jane, por el contrario, seleccionó con calma varias lonchas de carne y se sirvió la mostaza más suave.

—Entonces, ¿no es de la aristocracia terrateniente? —preguntó la tía Gardiner.

El tío Gardiner negó con la cabeza. —No lo es, pero él mismo ha dejado atrás el comercio. Su padre quería que los Bingley entraran en esas prestigiosas filas. Envió al señor Bingley a Eton y a

Cambridge, y a sus dos hermanas a una escuela para señoritas. Si hay que creer en los rumores, también les proporcionó dotes bastante cuantiosas.

Elizabeth bajó el pan que estaba mordisqueando. —No nos interesan las dotes de las hermanas del señor Bingley, tío.

Él le dedicó una sonrisa indulgente. —No, supongo que no.

Jane le dio un mordisco a su comida.

—¿Y bien? —insistió la tía Gardiner. —¿Qué más has averiguado?

—Mucho, y todo apunta a que Jane ha elegido bien —respondió el tío Gardiner. —El señor Bingley es muy estimado y respetado.

—Y muy rico—. Elizabeth no pudo resistirse a añadir.

El tío Gardiner asintió. —Según todos los indicios, tiene cuatro mil libras al año.

—Ay, Dios mío —murmuró Jane y dejó la comida en el plato, desconsolada.

—¿Qué te sucede, querida? —preguntó la tía Gardiner. —Creo que cuatro mil libras al año son suficientes para cualquiera.

Jane levantó los ojos, muy sorprendida. —Es demasiado.

—¿Porque mamá se pondrá tan contenta que le va a estallar el corazón? —sugirió Elizabeth.

Jane negó con la cabeza. —Porque, con su fortuna, puede permitirse casarse con la hija de un caballero mucho mejor que yo.

Elizabeth se quedó boquiabierta por un momento por la sorpresa antes de recuperarse para protestar contra una idea tan ridícula. —Ningún caballero de ningún rango podría encontrar a alguien mejor que tú. Eres la señorita más encantadora y dulce de Inglaterra. Cualquiera puede verlo. Simplemente sal de esta casa y acércate a la primera persona que veas, y se verá obligada a darme la razón.

La tía Gardiner le dio una palmadita en la mano a Jane. —Elizabeth tiene razón, querida.

Jane negó con la cabeza. —No tengo dote que valga la pena mencionar, nuestra madre y nuestras hermanas menores no son adecuadas para tratar con la gente verdaderamente educada y papá se comporta de una manera indiferente.

Esa última afirmación puso a Elizabeth a la defensiva de una forma totalmente nueva. —Papá no es indiferente.

—Sí lo es —Jane la miró con ojos tristes. —Tú eres su favorita, Lizzy. Te escucha y se preocupa por ti. No es el mismo padre con nuestras hermanas, ni el mismo caballero con mamá.

Sintiéndose aún más dolida por su padre, Elizabeth protestó: —Él te salvó del señor Collins.

—No. Fueron tú, la tía y el tío Gardiner quienes me salvaron.

¿Era así como Jane veía realmente a su padre? —Papá intervino para impedir que el señor Collins se declarara a cualquiera de nosotras.

Con expresión firme, Jane respondió: —Él intervino para minimizar los sermones que debe soportar.

Sus tíos intercambiaron una mirada cómplice.

El hecho de que estuvieran de acuerdo tácticamente con Jane no hizo más que avivar la irritación de Elizabeth. —¿Crees que mamá no discutió con él por enviarnos a las dos lejos cuando una de nosotras tenía una propuesta de matrimonio en puerta?

—Creo que papá habría soportado cosas peores si hubiera permitido que el señor Collins te pidiera en matrimonio, como mamá había empezado a presionar, porque tú habrías rechazado a nuestro primo y papá se habría puesto de tu parte. Él eligió el camino que menos interfería con sus lecturas, como siempre lo hace.

Elizabeth sólo podía mirar fijamente a su hermana. Una mirada le reveló que su tío estaba masticando, con la mirada perdida, lo que indicaba que había dejado de escuchar. Con la cara inclinada hacia el plato, la tía Gardiner colocó con cuidado una lámina de queso y otra de carne sobre una rebanada de pan. —¿Todos ven así a papá? —preguntó Elizabeth.

La tía Gardiner levantó la vista. —Bueno, al menos se puede decir que, después de nacer Jane y tú, tu padre decidió adoptar un papel más distante en lo que respecta a la crianza de los hijos.

Elizabeth se recostó en su asiento, pensativa. —Pero sólo porque Mary, Kitty y Lydia le interesan menos y son mucho más tontas que Jane y yo.

—Me atrevería a decir que la causa y el efecto pueden ser al revés, querida —dijo la tía Gardiner con un gesto de disculpa.

—Él envió a Mary a casa de los Phillips —señaló Elizabeth, sin estar dispuesta a condenar a su padre como un progenitor desinteresado.

El tío Gardiner resopló burlonamente. —Para mantener su paz y tranquilidad —dijo, refutando la creencia de Elizabeth de que hacía tiempo que él había perdido interés en la conversación, como lo habría hecho el señor Bennet. —Así lo escribió en la carta que me envió.

Elizabeth negó con la cabeza. —Estás confundiendo su fachada con la verdad. Dice que envió a Mary lejos para proteger su tranquilidad, pero estoy segura de que lo hizo por la felicidad de ella. Simplemente le divierte fingir indiferencia hacia su esposa y sus hijas. Esa indiferencia no es real.

—Quizás tengas razón, querida —dijo la tía Gardiner en tono tranquilizador, y luego se volvió hacia Jane. —El verdadero problema es que tus temores son absurdos, Jane. Tú eres, como ha dicho Elizabeth, una joven encantadora y educada, y tus hermanas son aún muy jóvenes. Si este señor Bingley no es capaz de ver más allá de unas pocas parientes tontas que simplemente aún no han tenido tiempo de madurar, entonces no puede ser el hombre que te hará feliz. Además —añadió en tono un poco más alto cuando Jane hizo ademán de querer hablar—, te exijo que, si estás tan prendada con este señor Bingley como pareces estarlo, y teniendo en cuenta que tus sentimientos son de una naturaleza única y no algo habitual, no te engañes a ti misma ignorándolos. Debes hacer un esfuerzo por encontrarte con el señor Bingley y evaluar el verdadero alcance de tu atracción.

—Y más vale que dejes que el joven decida por sí mismo si tu dote y tus parientes no son de su agrado hasta el punto de alejarlo de ti —añadió el tío Gardiner. —Tú puedes pensar que es lo suficientemente rico como para querer más en lo que respecta a una dote y unas conexiones, pero él puede considerar que está lo suficientemente bien situado como para casarse por puro amor.

—En ese caso, sin duda te elegirá a ti —concluyó la tía Gardiner con un firme movimiento de cabeza.

Elizabeth observó a su tía y a su tío intercambiando otra mirada de silenciosa comunicación y se preguntó si alguna vez encontraría una pareja tan compatible como lo eran ellos.

El señor Darcy parecía ser la pareja ideal.

Elizabeth sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y volvió a reflexionar sobre las opiniones que tres personas a las que respetaba tenían sobre el señor Bennet.

—Elizabeth, querida, apenas has probado bocado —dijo la tía Gardiner.

Elizabeth tomó el trozo de pan a medio comer y volvió a mordisquearlo.

Un lacayo entró con paso firme. —Una carta para usted, señor—. Le tendió la bandeja.

El señor Gardiner tomó ,a hoja más bien delgada y rompió el sello. Le echó un vitazo rápidamente. —¿No fue en la librería del señor Darcy donde vieron al señor Bingley?

Elizabeth abrió mucho los ojos al oír el nombre del señor Darcy. Buscó otro trozo de pan para distraerse y evitar que se le notara la emoción en el rostro, deseando que su corazón no latiera tan rápido al oír el nombre de aquel hombre.

—Sí —respondió Jane con entusiasmo.

—Interesante —dijo el tío Gardiner arrastrando las palabras.

La tía Gardiner miró de Jane a Elizabeth y después dijo: —No nos mantengas en vilo.

—Es una nota del señor Darcy, el propietario de la librería—. El tío Gardiner agitó la hoja. —Dice que desea obsequiarle un pequeño volumen al señor Bennet, para agradecerle su fidelidad como cliente, y escribe que cree que el lunes a las dos sería el momento ideal para entregárselo a la señorita Bennet, para que se lo lleve cuando se marche de Londres.

—¿La señorita Bennet? —repitió Elizabeth. No la menciona a ella. Ni siquiera "las señoritas Bennet". Elizabeth intentó ignorar lo mucho que le dolía ese descuido.

—Oh, ¿crees que invitó al señor Bingley a la misma hora? —preguntó Jane con los ojos muy abiertos y brillantes.

El tío Gardiner pasó la página, pero no contenía nada más que la dirección.

—No puedo imaginarme por qué otra razón enviaría una nota así —dijo la tía Gardiner con igual entusiasmo. —El lunes a las dos es demasiado específico para que no haya un plan en marcha.

Jane se levantó de un salto. —¿Qué debería ponerme?

Elizabeth miró a su hermana con sorpresa, percibiendo el tono de pánico en su voz. —Me atrevería a decir que eso es algo que hay que decidir el lunes.

Jane negó con la cabeza. —Debo decidirlo ahora—. Entrelazó sus dedos. —La hermana del señor Bingley iba vestida con mucha elegancia. Yo no tengo nada tan bonito.

—No creo que fuera tu vestido lo que él notó cuando se conocieron —dijo Elizabeth, algo desconcertada. Nunca había visto a Jane tan angustiada.

—No hay tiempo para conseguir nada nuevo —dijo la tía Gardiner, tan desconcertada como Elizabeth por el extraño comportamiento de Jane.

Jane sacudió la cabeza. —He estado mirando láminas de moda. Modificaré mi vestido color crema y salvia. Necesitaré algunas de tus cintas, Lizzy. Será mejor que empiece ahora—. Y con eso, salió corriendo de la habitación.

Elizabeth se quedó mirando tras ella. Jane parecía muy nerviosa.

—Oh, cielos —murmuró la tía Gardiner. —Espero que este señor Bingley esté tan prendado de Jane como ella de él.

—Así parecía —dijo Elizabeth, esperando estar en lo cierto. —Aunque la hermana de él parece que va a ser difícil de tratar. Es muy engreída—. Se volvió hacia su tío. —¿Has averiguado por casualidad algo sobre los Hurst, tío? Me refiero a la hermana casada y su esposo.

El tío Gardiner asintió. —Un poco. Él es de familia adinerada. Viven bien, aunque modestamente. Es muy estimado en su club. No hay nada fuera de lo común.

Elizabeth volvió a mirar hacia donde estaba Jane, aunque su hermana hacía tiempo que se había ido. —El lunes será un día interesante.

—Las acompañaré —dijo la tía Gardiner con firmeza, y miró rápidamente a su esposo.

—Gracias —respondió Elizabeth con una sonrisa, recordando que su tía debía devolver dos libros y pagar uno. —No estoy segura de que una criada y yo seamos suficientes para cuidarla. Nunca había visto a Jane así.

—Me recuerda a Fanny cuando conoció a tu padre —le dijo el tío Gardiner a Elizabeth.

Elizabeth frunció el ceño, sin gustarle que compararan a Jane con su madre. Mamá no era una persona tan sensata y racional como Jane. Al menos, no habitualmente. Elizabeth sacudió la cabeza, con la esperanza de que la comparación de su tío no resultara ser demasiado acertada.

CAPÍTULO 13



Darcy se quedó de pie detrás del mostrador observando al señor Bingley, quien no paraba de dar vueltas. Sostenía su sombrero y le daba golpecitos contra su pierna mientras caminaba, con una agitación evidente. Darcy sólo podía esperar que no entraran otros clientes, porque el comportamiento del señor Bingley los ahuyentaría. Siendo incapaz de resistirse a mirar por encima del hombro al reloj, se fijó en la hora. Todavía eran veinte para las dos.

El señor Bingley dio cuatro vueltas más para cuando el carruaje del señor Gardiner, grabado en la memoria de Darcy después de la mañana en que vio a Elizabeth bajar del vehículo por primera vez, se detuvo frente a la librería. Otro vistazo mostró que eran las diez para las dos. La señorita Bennet llegaba temprano, y esperaba que estuviera acompañada por su hermana.

—Ha llegado el carruaje de su tío —le anunció Darcy.

A mitad de un paso, el señor Bingley se giró hacia la puerta. Se caló el sombrero en la cabeza.

Darcy observó cómo bajaba la señora Gardiner, seguida de la señorita Bennet. Tenso, esperó.

El lacayo se giró y ayudó a bajar a la señorita Elizabeth. Darcy se relajó y una sonrisa se dibujó en su rostro. Había anhelado, casi se había atrevido a dar por hecho, que ella acompañaría a su hermana. No la había incluido en su nota, por mucho que hubiera querido hacerlo. De hecho, su profundo deseo de hacerlo fue lo que le convenció de que sería inapropiado. Después de la escena en el vestíbulo de los Gardiner, pensaba en Elizabeth con excesiva frecuencia.

Las tres mujeres entraron, pasando resueltamente junto al señor Bingley sin dar señales de notar su presencia, aunque las mejillas de la señorita Bennet se sonrojaron. El señor Bingley se giró para verla pasar, con expresión embelesada.

Cuando llegaron al mostrador, la señora Gardiner saludó con un gesto de la cabeza y dijo: —Señor Darcy, aquí tiene dos de los libros

que tuvo la amabilidad de traer, y me gustaría comprar el tercero.

—Me alegra saber que uno le ha gustado, señora Gardiner —Darcy enfatizó su apellido por cortesía hacia el señor Bingley y aceptó el pago que ella deslizó sobre el mostrador. Luego se volvió hacia la señorita Bennet, suponiendo que ella reclamaría el libro que él tenía preparado para el señor Bennet, aunque lo que más deseaba era hablar con Elizabeth.

La señorita Bennet tenía el rostro mirando hacia abajo, con la cabeza ladeada para mirar detrás de ella, aunque Darcy imaginaba que desde ese ángulo no podía ver mucho más que las botas del señor Bingley.

La señora Gardiner también observó a su sobrina. Arqueó las cejas y volvió a mirar a Darcy con un encogimiento de hombros. —Me parece que usted tiene un regalo para mis sobrinas que llevar a su padre, el señor Bennet de Longbourn —dijo pronunciando el nombre y la propiedad del caballero en voz bastante alta, evidentemente para que el señor Bingley la oyera.

—Así es, señora Gardiner—. Darcy esperaba que de algún modo se hicieran las presentaciones formales, pues todo aquello empezaba a parecerle bastante ridículo. Sacó un pequeño libro envuelto de debajo del mostrador. —Se me ocurrió un poco tarde que había perdido una excelente oportunidad de enviarle un detalle en agradecimiento por los años de patrocinio del señor Bennet—. Deslizó el libro por el mostrador.

—¿De qué trata? —preguntó Elizabeth.

Se volvió hacia ella, complacido por tener por fin una excusa para hacerlo. —Es un catálogo de peces que habitan en ríos y lagos. Supongo que el señor Bennet tiene un estanque bien surtido.

Elizabeth asintió. —Sí, aunque rara vez pesca. Algunos vecinos tienen permiso para hacerlo, y mi tío Gardiner disfruta de esa actividad cuando nos visita.

—¿De verdad? —Darcy estuvo a punto de ofrecerle ir a pescar a Pemberley algún día, pero se mordió la lengua.

Elizabeth asintió.

—Sí, a él le gusta —confirmó la señora Gardiner.

Se hizo el silencio. Darcy buscó algo más que añadir. Una chispa de diversión brilló en los ojos de Elizabeth. La señorita Bennet estiró el cuello para mirar por encima del hombro.

El señor Bingley carraspeó y cruzó la tienda a zancadas para unirse a ellos. —Disculpe, señor Darcy, no deseo interrumpir, pero no he podido evitar oír hablar de pesca.

La señora Gardiner se giró hacia él. —¿Usted pesca, señor...? —su voz se apagó gradualmente en señal de interrogación.

—Señor Bingley —respondió él con una reverencia. —Charles Bingley.

—Soy la señora Gardiner. Estas son mis sobrinas, la señorita Jane Bennet y la señorita Elizabeth Bennet, de Longbourn, en Hertfordshire —dijo la señora Gardiner con una cálida sonrisa mientras hacía las presentaciones que, evidentemente, era lo que había venido a hacer.

El señor Bingley volvió a inclinarse. —Es un gran placer conocerlas, señora Gardiner, señorita Bennet, ah, señorita Elizabeth.

Bingley dijo lo último de forma vacilante, y Darcy se dio cuenta de que no había prestado atención al nombre de Elizabeth, demasiado embelesado con la señorita Bennet como para oírlo. Al percibir la ironía en los labios de Elizabeth, Darcy no creyó que ella hubiera pasado por alto el desliz, ni dudó de su intención.

—¿Pesca usted entonces, señor Bingley? —repitió la señorita Bennet en voz baja.

—Bueno, no —admitió el señor Bingley. —Nunca he tenido el placer. No tengo acceso a ningún estanque.

—Quizás si alguna vez visita Hertfordshire, podría utilizar el de nuestro padre —dijo la señorita Bennet. —Tiene un estanque lleno de truchas.

—Eso me encantaría, señorita Bennet.

Se miraron fijamente y se quedaron en silencio mientras se observaban con expresión soñadora.

Elizabeth los observó por un momento, luego le hizo un gesto a su tía y dijo: —Señor Darcy, ¿podría mostrarnos su maravillosa colección de Shakespeare? He olvidado por completo dónde está.

Él lo dudaba, pero asintió con la cabeza y rodeó el mostrador. —Por aquí.

A mitad de camino, la señora Gardiner se detuvo y miró hacia atrás, hacia el señor Bingley y la señorita Bennet, quienes ahora conversaban en voz baja. —Tal vez le eche un vistazo a estos. —Sin mirar, sacó lo que Darcy reconoció como un diario de viaje.

Él miró a Elizabeth con curiosidad, preguntándose si ella todavía deseaba que la acompañara entre las altas estanterías.

—Por favor, usted primero, señor Darcy.

Él obedeció, esperando que ella no estuviera motivada únicamente por el deseo de darles más privacidad al señor Bingley y a la señorita Bennet. ¿Podría atreverse a pensar que Elizabeth deseaba su compañía?

En cuanto entraron entre las estanterías, ella se volvió hacia él. En voz baja, le preguntó: —¿Puedo preguntarle hace cuánto tiempo que conoce al señor Bingley?

La esperanza de Darcy se desvaneció como la niebla matinal. Debería haber imaginado que su intención era interrogarlo en nombre de su hermana. —Puede preguntar, pero se sentirá decepcionada, ya que la respuesta es que lo conozco apenas desde hace poco más tiempo que a usted, señorita Elizabeth.

Ella frunció el ceño, lo que le dio la razón.

—Pero lo que he visto de él me sugiere que es un caballero inteligente y recto —añadió Darcy.

Elizabeth asintió. —¿Hay algo más que sepa de él?

Darcy pensó en qué más podría decir. En realidad, no debería intentar influir en el futuro ni del señor Bingley ni de la señorita Bennet, y sin embargo ya lo había hecho al juntarlos. —¿No ha hecho su tío averiguaciones sobre el caballero?

Ella esbozó una sonrisa. —Sí. Yo quería saber lo qué diría usted.

¿Lo estaba poniendo a prueba? Qué vivaces se le ponían los ojos cuando se volvía una pícara. —¿Y qué esperaba oír?

Elizabeth se encogió de hombros. —Me preguntaba si usted mencionaría su riqueza o sus orígenes mercantiles.

—El señor Bingley es rico y tiene conexiones con los negocios —apuntó Darcy con sequedad.

—¿Y cuál de esas cosas cree usted que debe tener en cuenta mi hermana al considerar su idoneidad?

Darcy negó con la cabeza. —No sabría decirle. Eso depende en gran medida de las ambiciones de la señorita Bennet.

—La ambición de Jane es ser feliz.

—Loable, pero ¿qué necesita para ser feliz? ¿Vínculos sociales? ¿Riqueza? ¿Una casa en el campo?

Elizabeth lo consideró. —Admito que la riqueza sería una bendición—. Le lanzó una rápida mirada y luego bajó la vista. —Tenemos poco en lo que respecta a una dote y la herencia de nuestro padre está vinculada a un heredero masculino.

¿Estaba él imaginando que ella había mencionado eso a propósito? —Creo que el señor Bingley tiene suficiente riqueza como para no necesitar que su matrimonio le aporte más—. Darcy no conocía los detalles de las finanzas del señor Bingley, pero por la forma en que él y su hermana vestían, su generoso gasto en libros y el apego de Wickham hacia él apuntaban a que era una persona adinerada.

Elizabeth se giró para contemplar las estanterías. —¿Así que cree que un hombre con conexiones con los negocios, pero sin tanta riqueza como el señor Bingley, se preocuparía por la falta de dote de Jane? ¿A pesar de que, al ser hija de un caballero, podría considerarse que ella lo elevaría socialmente?

—Una vez más, me remito a las ambiciones. No puedo decir cuáles son las de este hombre hipotético, por lo que no sé cómo valoraría una dote cuantiosa ni qué importancia le daría a casarse con la hija de un caballero. En particular, no puedo decir cómo afectarían estas cualidades a su interés por la señorita Bennet.

—Usted es muy cauteloso con sus respuestas —observó Elizabeth.

—Me esfuerzo por serlo—. Darcy no estaba seguro de cuál era el objetivo preciso que se escondía tras las preguntas de ella, pero sabía que no quería responderle incorrectamente.

Elizabeth recorrió ligeramente con un dedo el lomo de *El sueño de una noche de verano*. —¿Y si yo dijera que en una unión ambas partes deben esforzarse por mejorar sus circunstancias?

—Entonces estaría de acuerdo, pero también añadiría que la mejora puede adoptar muchas formas.

Ella pareció darle vueltas a la idea. —¿Como qué?

—Obviamente, me vienen a la mente la riqueza, la posición social y las propiedades, pero yo diría que la seguridad y el afecto tienen un gran valor. Quizás un valor incalculable.

—¿Valoraría el afecto tanto como la riqueza? —preguntó ella, apartándose de las estanterías para mirarlo.

—No, no tanto. Yo pondría el afecto por encima de la riqueza.

Ella estudió su rostro, con una sonrisa dibujándose en sus labios. —Vaya, señor Darcy, usted es un romántico.

—Me temo que puede ser un síntoma de ser propietario de una librería.

—Cuando insinuó que había leído la mayoría de los libros que hay aquí, nunca imaginé que incluyera los que le gustan a mi hermana de quince años.

—¿Tiene otra hermana? —preguntó él, más por decir algo que porque le importara. Le encantaba cómo brillaban los ojos de Elizabeth cuando un tema le interesaba.

—Sí. De hecho, tenemos tres hermanas menores que no están aquí en Londres con nosotras, y ningún hermano, así que puede imaginarse la importancia que tiene para mi familia cualquier unión que Jane pueda contraer.

—Ah, sí —dijo él, recordando su declaración enfática sobre las dotes. —La vinculación.

Elizabeth frunció la nariz en una adorable mueca. —Sí. Algún día, espero que muy, muy lejano, cuando mi padre nos deje, nuestra casa pasará a manos de nuestro primo, lo cual es aún más irritante, ya que parece que él ya tiene un buen puesto, siendo rector en una parroquia llamada Hunsford, en Kent.

—¿El señor Collins? —dejó escapar Darcy, familiarizado con el lacayo vacilante que su tío Lewis había implantado en Hunsford.

Elizabeth se le quedó mirando. —¿Conoce a nuestro primo?

¿Por qué había hablado? —Sí.

—Entonces, ¿usted tiene familia en Kent?

—Sí.

Elizabeth ladeó la cabeza, mirándolo. —Se ha vuelto bastante monosilábico, señor Darcy. ¿Debo deducir que no se lleva bien con su familia allí?

Él negó con la cabeza. —Me disculpo por mi brevedad. Sí, tengo familia allí y nos llevamos bien. Los visito cada primavera por Pascua.

La comprensión borró la pregunta de su rostro. —Por lo tanto, usted conoce al señor Collins, ya que él me ha dicho que se esfuerza especialmente en sus sermones festivos. Se jactaba de lo largos que son.

Darcy no pudo evitar reírse suavemente. —A duras penas consigo no quedarme dormido.

—¿Y ha conocido alguna vez al tan alabado Sir Lewis de Bourgh y a su hija? El señor Collins no para de hablar de ellos, y con tantos elogios que no puedo creerlo del todo.

—¿No puede creerlo?

Ella negó con la cabeza, con ese aire travieso una vez más. —¿Cómo puedo considerar digno de alabanza a un hombre que elegiría al señor Collins como su rector?

Darcy nunca había entendido la elección de su tío, salvo quizás por la facilidad con la que siempre estaban de acuerdo y la forma en que el hombre alababa a Anne, en lugar de condenar sus costumbres como lo hacían muchos. —Sé muchas cosas buenas de Sir Lewis, pero no puedo ofrecer ninguna explicación sobre su elección del señor Collins.

—¿Y la hija de Sir Lewis?

—¿Su hija? —Habían vuelto a terreno peligroso.

—El señor Collins la describe como un modelo de feminidad, pero todas las anécdotas que cuenta sobre ella la muestran cazando zorros o galopando en su caballo, y he deducido que no está casada a pesar de lo que debe ser una considerable fortuna, ya que él nos ha asegurado que es la heredera de su casa—. Elizabeth frunció el ceño. —¿Cómo se llama? ¿Rollings?

—Rosings —respondió Darcy. —Y sí, la señorita de Bourgh es una joven vigorosa y muy activa.

—¿Ha tenido ocasión de verlos a menudo?

—Sin duda, siempre acuden a la iglesia en Semana Santa y, en alguna ocasión, he entregado volúmenes directamente en Rosings—. Aunque sólo como regalo, pues Sir Lewis no toleraría el acto de mostrarse condescendiente con la tienda de Darcy.

—Entiendo por qué, si necesitaban urgentemente un volumen de Londres, lo enviarían a llamar a usted, señor Darcy.

—¿Lo entiende? —preguntó él, frunciendo el ceño.

Elizabeth asintió. —Debe de encajar muy bien allí. Sus modales son muy caballerosos.

—Trato de siempre tener en existencia libros sobre el buen comportamiento —dijo él con ironía.

Ella se rio, para gran deleite de él.

—¿Elizabeth? —la llamó la voz de la señora Gardiner.

—¿Sí, tía? —respondió Elizabeth, saliendo de entre el aislamiento de los estantes, seguida por Darcy.

—Es hora de irnos. ¿Has elegido algún libro?

Elizabeth negó con la cabeza. —No hemos tenido tiempo de mirar libros.

La señora Gardiner entrecerró los ojos. —Entonces, ¿qué han estado haciendo allí tanto tiempo?

—Estábamos hablando del señor Collins —respondió Elizabeth.

Sus palabras disiparon toda sospecha del rostro de la señora Gardiner. —¿Tu primo?

—Sí, señora —dijo Darcy, sintiendo que debía respaldar a Elizabeth, aunque no había ocurrido nada inapropiado... porque una parte de él deseaba fervientemente que no hubiera sido así. —He asistido a los sermones del señor Collins en Kent. Tengo parientes allí.

La señora Gardiner sonrió. —Qué feliz coincidencia.

—No para el señor Darcy —dijo Elizabeth con otra risa. —No cuando se ha visto obligado a escuchar los sermones de nuestro primo.

La señora Gardiner sacudió la cabeza y se volvió hacia el frente de la tienda, donde el señor Bingley y la señorita Bennet seguían juntos, hablando en voz baja. —Jane, querida, es hora de que nos vayamos.

La señorita Bennet miró con evidente renuencia, y luego volvió a mirar al señor Bingley. Le habló, pero tan bajo que no se le oyó. Él se inclinó sobre su mano y luego se dirigió a su tía para hacer otra reverencia.

—Señora Gardiner, ¿me permite que la visite? —preguntó con entusiasmo.

La señora Gardiner asintió y sacó una tarjeta de su bolso. —Por supuesto, señor Bingley.

Él sonrió. —Estupendo. Gracias.

La señora Gardiner reunió a sus sobrinas, volvió a saludar amablemente al señor Bingley y salió de la librería de Darcy. Elizabeth, la última en marcharse, se volvió hacia él con una sonrisa antes de salir por la puerta.

Darcy se acercó a la ventana delantera y se unió al señor Bingley para ver cómo subían las tres al carruaje del señor Gardiner.

—Bonito carruaje —comentó el señor Bingley, y luego soltó un largo suspiro. —Es la dama más espléndida que he conocido jamás, Darcy. Es la perfección.

—¿Puedo suponer que se refiere a la señorita Bennet?

—¿A quién si no? —preguntó el señor Bingley con otro suspiro. —Es un ángel descendido a la tierra. Una Venus que camina entre nosotros, simples mortales. Una sirena que me llama a las profundidades del matrimonio.

—¿Qué ha averiguado sobre ella? —interrumpió Darcy antes de que el señor Bingley pudiera mezclar más mitos. De repente, sintió una responsabilidad conmovedora hacia aquel joven tan afable. ¿Tenía el señor Bingley a alguien a quien acudir para pedirle consejo sobre decisiones tan importantes como el matrimonio? Aparte de sus hermanas, claro está.

—¿Qué he averiguado sobre ella? Ya lo he dicho. Que es un ángel —. El señor Bingley miró con anhelo al carruaje que se alejaba y dejó escapar otro suspiro.

—¿Ha averiguado, por ejemplo, algún indicio sobre su familia o su dote? ¿Sus conexiones sociales? ¿Su situación?

El señor Bingley negó con la cabeza. —No me importa nada de eso.

—Pero puede que a los parientes de usted sí les importe—. Y Wickham también, si pensaba que la señorita Bennet se interpondría para que él se quedara con el dinero del señor Bingley.

—¿Louisa y Caroline? —preguntó el señor Bingley, confirmando la sospecha de Darcy de que no recibiría ningún consejo de sus padres. —Estarán encantadas de tener a una hermana tan encantadora. ¿Cómo no iban a estarlo? Ella es un ascenso para mí, usted sabe, si tenemos que ser prácticos. Es la hija de un caballero.

—Sí, pero un caballero del campo que claramente tiene conexiones en el comercio y que, me veo obligado a advertirle, no les ha proporcionado una dote a sus hijas.

El señor Bingley se encogió de hombros. —No quiero presumir, Darcy, pero no necesito casarme por dinero.

Darcy ya se lo imaginaba. —Y hay hermanas y una madre a las que habrá que cuidar cuando el señor Bennet fallezca. Su patrimonio está vinculado —añadió, dándose cuenta de que Elizabeth debía de haberse asegurado de que recibiera esa información con el único propósito de que se la comunicara al señor Bingley. La breve esperanza de Darcy de que ella quisiera que él conociera su situación era ridícula. ¿Por qué iba a importarle a ella que un comerciante supiera que ella no tenía dinero ni propiedades que aportar a un matrimonio?

El señor Bingley frunció ligeramente el ceño. —¿Hay más? Bueno, su hermana Beth se llama, ¿no? Parece bastante agradable. ¿Qué carga puede suponer? Y si la otra hermana se parece en algo a la señorita Bennet, se casará en cuanto haga su presentación en sociedad.

Darcy frunció el ceño, tanto por la falta de memoria del señor Bingley para recordar el nombre de Elizabeth como por su razonamiento. —De hecho, hay otras tres hermanas. Cuatro, si incluimos a la señorita *Elizabeth*, y creo que tanto ella como la señorita Bennet tienen al menos veinte años.

El señor Bingley sacudió la cabeza. —No me haga sentir obtuso, hombre. ¿Qué tiene que ver su edad con esto?

—Ninguna de los dos está casada, lo cual debe tener alguna explicación, y no puedo evitar fijarme en que sus vestidos no son de

la mejor tela y están remendados, aunque con habilidad.

—Ya le he dicho que no necesito fondos—. La mirada que el señor Bingley le dirigió a Darcy fue un poco hostil. —¿Está intentando disuadirme de cortejar a la señorita Bennet? ¿Con lo poco que sabe de ambos?

Darcy negó con la cabeza. —No me atrevería a presumir tal cosa. Sólo sugiero que quizás le convendría hacer un viaje a Hertfordshire para descubrir por qué aún no se han casado y por qué parece haber tan poco empeño en que así sea. Y usted haría bien en conocer a toda la familia antes de querer comprometerse a casarse con la hija mayor. Dado que probablemente usted sea el mejor partido que cualquiera de las cinco podría tener, usted estaría asumiendo un cierto grado de responsabilidad hacia la madre y las otras cuatro hermanas—. A menos que, de alguna manera, Darcy pudiera... pero no. Ni siquiera debía contemplar tales cosas. No tenía derecho a pensar en la señorita Elizabeth en esos términos. No en las circunstancias actuales.

—La tía parecía bastante respetable —dijo el señor Bingley con rigidez. Se quedó mirando por la ventana durante un largo rato y luego sus hombros se encorvaron. —Probablemente usted tenga razón. Será mejor que vaya a conocerlos a todos. No creo que sean tan horribles, pero es mejor saberlo, ¿no?

—Sí, es mejor saberlo.

El señor Bingley se volvió hacia él, con su habitual sonrisa. —Bien, entonces le dedicaré a ello un día completo, a finales de la semana. Después de hacer una visita mañana.

—O podría investigar antes de presentarse y levantar las esperanzas de la dama —sugirió Darcy. Y antes de que el afecto del señor Bingley por la señorita Bennet creciera más allá de lo prudente.

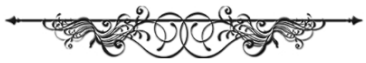
El señor Bingley volvió a fruncir el ceño, pero asintió con la cabeza. —Entonces mañana partiré hacia Hertfordshire—. Se ajustó el sombrero sobre la cabeza. —Gracias por organizarlo todo, Darcy. Le devolveré el favor. Tal vez se me ocurra algún motivo para que usted se pase por ahí en algún momento. Estoy seguro de que le

vendría bien un poco más de entretenimiento que los libros, y a la hermana de la señorita Bennet parece gustarle conversar con usted.

Darcy inclinó la cabeza, sin mostrar ni aprobación ni desaprobación.

El señor Bingley se marchó entonces, dejando a Darcy solo y envidioso. Cómo le gustaría salir corriendo a Hertfordshire y averiguar más cosas sobre los Bennet. Echaba de menos la libertad que le daba el dinero contante y sonante. Echaba de menos la seguridad de que cualquiera, caballero o dama, duque o conde, estaría encantado de conocerlo. Desde que conoció a Elizabeth, por primera vez en mucho tiempo, verdaderamente echaba de menos ser el señor Fitzwilliam Darcy de Pemberley.

CAPÍTULO 14



Mientras Elizabeth remendaba, no dejaba de mirar a Jane. El señor Bingley no había dado señales de vida el día después de que fueran presentados en la tienda del señor Darcy, ni tampoco hoy. A los ojos de Elizabeth, Jane estaba bastante abatida. Sus labores de costura eran lentas. Su mirada se dirigía a menudo al reloj de la repisa de la chimenea. Todo su semblante parecía decaer. Elizabeth deseaba que la tía Gardiner no estuviera tan ocupada con su casa. Quizás ella sabría cómo animar a Jane.

—No han pasado ni dos días —murmuró Elizabeth. —Aún podría venir esta tarde.

—Pensaba que él vendría ayer —dijo Jane con voz tranquila, pero llena de preocupación.

—Quizás tenía algún compromiso previo. Parece un caballero muy sociable.

—¿De verdad? —Jane la miró con impaciencia, como si Elizabeth pudiera darle una respuesta más certera.

Elizabeth se encogió de hombros. —Tú eres quien ha hablado con él. Mi valoración es más bien una impresión—. Basada en el llamativo carruaje y el elegante abrigo y chaleco del señor Bingley, en un marcado contraste con el sobrio atuendo del señor Darcy.

Aunque, no es que se pudiera hacer una comparación real. Si tuviera dinero, ¿quién sabe cómo se vestiría el señor Darcy?

Excepto que Elizabeth sí lo sabía. Se vestiría de colores oscuros. Azules, pensó, y negro o gris. Sin bordados llamativos en oro y plata. Simplemente un chaleco ligeramente contrastante y una camisa blanca impecable y su pañuelo. Quizás un elegante alfiler para su *cravat*. Un diamante solitario o un zafiro. Era tan recto, tan alto y apuesto que no necesitaba adornos. Aun así, captaría todas las miradas de la sala.

Sobre todo si bailaba. Debía de bailar bien, ¿no? ¿Acaso los propietarios de las tiendas no aprendían a bailar? Sin duda, en los

bailes públicos de Meryton algunos lo hacían. Sería una delicia bailar con el señor Darcy. Tan fuerte y seguro.

—Hay cartas para ustedes, señoritas —dijo una criada.

Elizabeth se sobresaltó. Ni siquiera se había dado cuenta de que la criada había entrado en la habitación. Jane le lanzó una mirada interrogativa y Elizabeth se encogió de hombros, contenta de que la criada estuviera allí para que su hermana no pudiera preguntarle qué era lo que tanto ocupaba sus pensamientos. La criada le entregó la bandeja a Jane, que estaba sentada más cerca de la puerta.

—Gracias —dijo Jane. Levantó las cartas y se volvió hacia Elizabeth cuando la criada se marchó. —Hay una de Mary y otra de mamá.

—Yo leeré la de Mary.

Jane negó con la cabeza. —No es que mamá sea tan terrible —dijo, pero le entregó la carta de Mary a Elizabeth.

Elizabeth abrió la carta y se encontró con lo que parecía ser un relato detallado de cómo Kitty y Lydia estaban coqueteando con los oficiales destinados en Meryton, a quienes Mary veía mucho más, ya que aún residía con los Phillips. Curiosa por saber si la misiva de su hermana contenía alguna noticia real, Elizabeth leyó por encima las palabras que leería con más detalle más tarde. Le llamó la atención que Mary mencionara que había pasado tiempo con un tal señor Denny, pero como el párrafo siguiente contenía el nombre de su querida amiga Charlotte Lucas, decidió saltarse al señor Denny por el momento.

—Oh, no —suspiró Elizabeth. —Mary dice que el señor Collins le ha pedido matrimonio a Charlotte y que ella ha aceptado—. Elizabeth sacudió la cabeza. —No puede ser cierto. No creeré tal cosa hasta que lo oiga de boca de Charlotte. ¿Cómo podría su inteligente y sensata amiga comprometerse a pasar el resto de su vida con el señor Collins? —Era impensable. —¿Ha dicho algo mamá al respecto?

Jane no respondió.

Elizabeth levantó la vista de la carta.

Jane miraba boquiabierta las páginas que sostenía, con los ojos llenos de lágrimas.

Alarmada, Elizabeth dejó a un lado lo que estaba remendando y se acercó a su hermana. —Jane, ¿qué es lo que sucede?

—Oh, Lizzy, es horrible. Es demasiado horrible —Jane rompió a llorar.

Elizabeth le arrebató la carta a su hermana. —¿Le ha ocurrido algo a papá? Pasó por alto el saludo de su madre y leyó:

Nunca adivinarás lo que ha pasado hoy. Tu tío Phillips ha traído a un joven caballero llamado Sr. Charles Bingley. Debo decirte que ha llegado en un carruaje muy elegante, así que casi inmediatamente le he preguntado cuáles deben de ser los ingresos de un caballero para tener un medio de transporte tan lujoso. Él se ha limitado a reírse, pero mi pregunta tenía un significado profundo, ya que pensaba en mi Lydia y en lo mucho que la están decepcionando los oficiales.

El señor Phillips me dijo que el señor Bingley estaba interesado en el vecindario y quería conocer a alguna de las familias con las que podría relacionarse si se unía a nuestra sociedad. Le informé de que había elegido la familia adecuada, ya que los Lucas son unas criaturas repugnantes y traicioneras, capaces de arrebatarle a un hombre el último trozo de pan de la boca antes que mostrarle amabilidad. Me atrevo a decir que el señor Bingley debió de escuchar atentamente todo lo que dije sobre los Lucas y reflexionó detenidamente sobre mis palabras, ya que no pareció tener una respuesta preparada al final de mi discurso. Siento que he cumplido con mi deber al tomarme el tiempo de advertirle de su naturaleza engañosa.

Te informo que esa desvergonzada, Charlotte Lucas, se va a casar con el señor Collins, robándoselo a nuestra Mary delante de nuestras narices. Qué vergüenza, después de todos los años que fingió ser tu amiga, Lizzy. Por supuesto, debería haberme dado cuenta de que ella sólo estaba esperando una oportunidad como esta. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podría haberla llevado a ser una amiga tan sincera contigo como parecía ser?

Tras mi advertencia, invitamos al señor Bingley a entrar, ya que hasta entonces habíamos estado hablando en el camino de entrada, y nos sentamos a tomar el té. Él sacó a colación, de entre todas las cosas, los estanques de truchas, pero tú bien conoces la habilidad de tu madre y yo desvié la conversación hacia sus ingresos, que finalmente reconoció que eran cuatro mil al año, por lo que podemos imaginar que son al menos cinco mil, ya que parecía un sujeto tímido y poco hablador.

Elizabeth hizo una mueca, completamente segura de que la señora Bennet no le había dado al señor Bingley oportunidad de hablar.

Le pregunté más, con bastante habilidad, para estar segura, y supe que no está casado y que pronto elegirá su residencia. Alabé las virtudes de Netherfield Park con todo detalle y espero que lo alquile en cuestión de días. Se mostró muy complacido con la idea.

Nosotras, Lydia, Kitty y yo, también nos enteramos de que el caballero tiene una hermana soltera y otra casada y, por desgracia, ningún hermano tan acomodado como él ni de ninguna otra especie. Un hermano, aunque fuera con menos ingresos, podría haber sido adecuado para Kitty. El señor Bingley está claramente interesado en Lydia. Estaba muy prendado de ella, te lo aseguro, y cuando se dispuso a marcharse, después de pasar dos horas completas en nuestra compañía, Lydia lo atrapó bajo la guirnalda de muérdago en la puerta del salón y le dio su primer beso.

Elizabeth miró rápidamente a Jane y vio que su hermana se secaba los ojos con un pañuelo.

El pobre chico, tan reservado como es, se puso rojo como un tomate, así que estoy segura de que disfrutó de la experiencia. Debió de hacerlo, porque se quedó allí boquiabierto, como un pez, justo debajo de la rama, para que Lydia pudiera besarlo de nuevo. Entonces, entre risas, Kitty dijo que ella también quería probar, pero la ridícula chica estornudó en la cara de él antes de que sus labios pudieran encontrarse.

No importa, sin duda, ya que él está destinado para Lydia. Siempre supe que ella se casaría bien, y el señor Bingley es bastante rico.

Luego pidió hablar con tu padre, pero yo puse fin a esa idea de inmediato. Ya sabes lo desagradable que puede ser el señor Bennet. No podía permitir que arruinara las posibilidades de Lydia. Así que acompañé al señor Bingley a la puerta, junto con tu tío, y los tres nos quedamos saludando con la mano hasta que estuve segura de que se había ido, para asegurarme de que no se encontrara de alguna manera con mi testarudo esposo.

Lo cual significa que ambas deben permanecer en Londres el mayor tiempo posible. No permitiré que regreses para quitarle la atención del señor Bingley a Lydia, Jane, ya que ella está decidida a casarse con él y ya le ha dado dos besos. Sé que Lydia es la más bonita de las cinco y que su vivacidad la convertirá en la esposa más adecuada para el Sr. Bingley, pero él aún no lo ha descubierto y no podemos permitir que lo distraigas, Jane. Y si Jane se queda, tú también debes quedarte, Elizabeth, porque no vale la pena enviar el carruaje sólo para traerte a casa.

Te escribo apresuradamente, pues debo llevar a Lydia a que le hagan vestidos nuevos, ya que el señor Bingley seguramente volverá pronto para cortejarla, si su actitud atónita tras los besos de ella es indicio de algo, que sin duda lo es.

Tu madre.

Elizabeth bajó la página. Tragó saliva, intentó adoptar una expresión neutral y se volvió hacia Jane. —Quizás no sea tan terrible como parece. Deberíamos enseñárselo a la tía Gardiner y pedirle su opinión.

Jane se cubrió el rostro con las manos. Entre los dedos se le escaparon estas palabras: —Por eso él no ha venido. ¿Cómo podría, después de semejante comportamiento? Lo más probable es que no quiera volver a verme nunca más.

—Él no vino ayer porque estaba en Meryton, lo que sin duda demuestra un gran interés por ti. Fue hasta Longbourn para ver a

papá, y eso después de haber hablado contigo sólo una vez.

—Tampoco ha venido hoy, ni lo hará—. Jane levantó los ojos afligida. —¿No podrían haberse comportado con decoro por una vez? ¿Tan sólo por esta vez?

Elizabeth no quiso señalar que sin ella ni Jane allí para calmar los ánimos, o incluso sin Mary, había pocas posibilidades de que su madre y sus dos hermanas menores se comportaran bien. Echó un vistazo al reloj. —Es temprano para recibir visitas. Aún es posible que venga.

Jane la miró con incredulidad.

A Elizabeth se le ocurrió una idea. —Deberíamos ir a la librería.

—¿Para qué?

—El señor Darcy es nuestro único conocido en común. Si alguien sabe algo del señor Bingley, es él.

Jane sacudió la cabeza. —Sólo es un comerciante. El señor Bingley no le confiaría nada.

Haciendo a un lado su resentimiento por el uso de la palabra *sólo* por parte de Jane, Elizabeth dijo: —Y, sin embargo, es claro que él y el señor Darcy conspiraron para que llegáramos a la librería al mismo tiempo que el señor Bingley.

—Es muy probable que el señor Bingley lo haya arreglado—. Jane se secó los ojos de nuevo, con el rostro ya recuperado tras el acceso de llanto. Otro rasgo envidiable. Cuando Elizabeth lloraba, se le enrojecían los ojos y se le hinchaban durante horas. —Sin duda tenemos que darle las gracias al señor Bingley por el libro que le vamos a regalar a papá.

Elizabeth frunció el ceño. —El señor Darcy le escribió al tío Gardiner que tenía un regalo para papá. ¿Quieres decir que crees que mintió?

—No mintió, precisamente —Jane se encogió de hombros. —Más bien, siguió la historia del señor Bingley.

Elizabeth respiró hondo y exhaló. Realmente no tenía sentido discutir. Especialmente con Jane ya tan angustiada. —En cualquier caso, mantengo mi opinión. Si conocemos a alguien que pueda darnos noticias del señor Bingley, ese es el señor Darcy.

—Supongo que tienes razón —dijo Jane, bajando la mirada hacia sus manos y retorciendo su pañuelo. Es una esperanza muy pequeña, pero es la única que tenemos. Oh, ¿por qué sintió la necesidad de viajar a Longbourn?

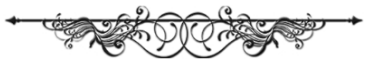
—Tarde o temprano habría conocido a nuestros parientes. Si no es capaz de tolerarlos, ¿no es mejor saberlo ahora?

Jane se limitó a suspirar.

—Vamos. Le preguntaré a la tía Gardiner si nos presta el carruaje y una criada, y tú prepárate—. Elizabeth se levantó y guardó la carta de la señora Bennet en el bolsillo del vestido para dársela a su tía.

Con suerte, su tía tendría alguna idea sobre cómo reparar el daño que sin duda habían causado su madre y sus hermanas. Mientras tanto, una visita a la librería distraería a Jane. ¿Y quién sabe? Tal vez el señor Darcy incluso tuviera noticias para ellas, y Elizabeth imaginaba que había una pequeña esperanza de que fueran buenas.

CAPÍTULO 15



Con el libro de contabilidad en la mano, Darcy recorrió las estanterías. Rara vez encontraba discrepancias entre los libros que figuraban en sus registros y los que había en la tienda, pero prefería comprobarlo. Especialmente en diciembre, cuando vendía más libros de lo habitual. Hoy ya había tenido cuatro clientes, aunque sólo tres habían comprado algo.

La campanilla de la puerta tintineó y, como ocurría cada vez que oía ese sonido, la esperanza de ver a Elizabeth se apoderó de él. La reprimió, adoptó una expresión amable para ocultar su casi inevitable decepción y se volvió.

Pero sólo fue para encontrarse con un par de hermosos ojos que lo miraban desde el otro lado de la tienda.

Haciendo acopio de toda su voluntad, se contuvo y no se precipitó a saludarla. Por suerte, su hermana entró detrás de ella, seguida de una doncella. Darcy anotó algo en el libro de cuentas, lo cerró, guardó en el bolsillo el cabo de lápiz que había estado utilizando y, acto seguido, se puso las gafas.

La señorita Bennet se abrió camino junto a su hermana y se apresuró hacia él. —Señor Darcy.

Él inclinó la cabeza. —Señorita Bennet.

—Me doy cuenta de que es una pregunta extraña, tal vez incluso inapropiada, pero ¿ha visto al señor Bingley últimamente? —preguntó apresuradamente. —El caballero que conocimos en su tienda el lunes.

—¿No lo ha visto?

Con los ojos muy abiertos y llenos de preocupación, ella negó con la cabeza.

—Yo tampoco—. ¿Entonces el señor Bingley había seguido su consejo y había visitado Hertfordshire? ¿Y con qué resultado? —Sin embargo, sólo han pasado dos días. ¿Acaso él dijo algo que le hiciera creer que la visitaría de inmediato?

La señorita Bennet frunció ligeramente el ceño. —No. Nada en particular. Es simplemente que sentía que lo haría, y ahora no lo ha hecho, y... —u voz se fue apagando gradualmente y miró con angustia a su hermana por encima del hombro.

Elizabeth se acercó para unirse a ellos. —Para ser sinceras, señor Darcy, hemos recibido una carta de nuestra madre en la que nos informa con lujo de detalles de que el señor Bingley ha visitado Longbourn, nuestra casa.

—Sin duda deben de considerarlo como algo alentador —sugirió Darcy, aunque por la preocupación de sus rostros dedujo que no era así. ¿Acaso las hermanas ocultaban algún terrible secreto? ¿Alguna razón por la que dos jóvenes tan encantadoras e inteligentes como ellas aún no se habían casado?

Elizabeth hizo una mueca. —Parecería alentador, pero nuestras hermanas menores son quizás un poco mimadas, lo que las ha vuelto algo caprichosas, y nuestra madre puede ser... —Frunció el ceño, pensativa.

—Un poco entusiasta —añadió la señorita Bennet.

—Nos preocupa que, sin nosotras allí para guiar con delicadeza la conversación, puedan haberle causado una impresión poco deseable al señor Bingley —continuó Elizabeth.

—Entonces, ¿no cree que un caballero tiene derecho a conocer a las parientes de una dama antes de empezar a cortejarla? —replicó Darcy. —Me parece que tal precaución podría evitar un dolor innecesario más adelante, si la dama se enamora y luego sus parientes no son considerados adecuados.

—¿Él quiere cortejarme? —susurró la señorita Bennet.

—Parece que usted ha pensado mucho en ello, señor Darcy —afirmó Elizabeth con tono seco, mientras lo observaba con atención.

Darcy respiró hondo, sintiéndose como si estuviera sobre una capa de hielo sobre un estanque y acabara de oír un fuerte crujido. —Si quiere saberlo, le aconsejé al señor Bingley que viajara para intentar conocer a su familia.

La señorita Bennet se quedó sin aliento.

Con los ojos brillantes de furia, Elizabeth abrió la boca.

Sonó la campanilla, interrumpiendo sus palabras. Todos se volvieron para ver entrar al señor Bingley.

—Señorita Bennet —exclamó. —Esperaba encontrarla aquí. He ido a casa de sus tíos, y su tía me ha dicho que viniera aquí—. Hizo una reverencia, con la atención fija en la señorita Bennet.

—¿Usted fue a casa de mis tíos? —repitió la señorita Bennet con esperanza.

El señor Bingley asintió con la cabeza y cruzó la tienda para unirse a ellos. —Sí, para hacerle una confesión y rogarle que me comprenda.

—Ya tiene mi comprensión —respondió la señorita Bennet al instante.

—Entonces debo confesarle que ayer, en Longbourn, tomé la iniciativa de presentarme a sus parientes y recorrí el pueblo de Meryton y una propiedad cercana llamada Netherfield Park.

Darcy arqueó las cejas. Parecía que el señor Bingley había aprovechado al máximo su día al norte de Londres.

El señor Bingley miró a la señorita Bennet con adoración y continuó: —Espero no haberme extralimitado.

—Eso depende —dijo Elizabeth, lanzando a Darcy una mirada aguda y airada. —¿Qué le ha parecido nuestro pequeño rincón de Hertfordshire, señor Bingley?

—Encantador —respondió el señor Bingley, con la mirada fija en la señorita Bennet. —Parece un pedazo de cielo. No podría haberlo disfrutado más. Todo el mundo ha sido muy acogedor. Es una comunidad muy agradable.

Con el rabillo del ojo, Darcy percibió la incredulidad de Elizabeth.

La señorita Bennet le obsequió al señor Bingley una radiante sonrisa, relajando los hombros hasta adoptar una postura más natural. —Me alegra oírlo.

—Hubo un... incidente —comentó el señor Bingley, enrojecido. —Algo que me gustaría discutir con usted, si me lo permite, en privado.

Al instante, la felicidad de la señorita Bennet se desvaneció. —Por supuesto—. Miró a su alrededor y luego señaló hacia el frente de la

tienda, en la esquina opuesta a donde se encontraba la criada que acompañaba a las hermanas. —¿Podríamos hablar allí?

—Me parece bien —respondió el señor Bingley, ofreciéndole su brazo, el cual la señorita Bennet aceptó.

En cuanto se alejaron, Elizabeth se dirigió hacia Darcy. —¿Con qué derecho se ha entrometido usted entre Jane y el señor Bingley? —le preguntó en voz baja, pero sin perder la vehemencia.

—Entonces, ¿usted no está de acuerdo en que no tenía sentido seguir alimentando las esperanzas de su hermana si, al conocer a sus parientes, el afecto del señor Bingley se desvanecía?

En lugar de responder, Elizabeth estudió su rostro. —¿Considera usted, entonces, que el afecto es tan efímero? ¿Que si usted se sintiera atraído por una dama, pero sus parientes le resultaran desagradables, su afecto simplemente desaparecería?

Él la miró fijamente, considerando eso, y luego miró hacia donde estaban hablando el señor Bingley y la señorita Bennet. Ella también tenía las mejillas sonrojadas y él se preguntó de qué estarían hablando para que ambos se sintieran tan incómodos. Volviéndose hacia Elizabeth, Darcy dijo en voz baja: —No. Debo confesar que creo que, si estuviera comprometido sentimentalmente, ningún número de parentescos molestos podría alterar mi opinión.

—¿Entonces considera que el señor Bingley es menos decidido que usted?

Darcy hizo una mueca. —Ya he admitido que sólo lo conozco superficialmente.

—Sin embargo, pareció considerar oportuno sugerirle que hiciera un viaje al norte.

El hielo metafórico bajo sus pies definitivamente se estaba agrietando. Darcy bajó la mirada hacia el desgastado suelo de la tienda. Al volver a levantar la vista, se encogió de hombros. —No puedo disculparme por darle ese consejo. Él me parece un poco impulsivo. Pensé que así les ahorraría a ambos un disgusto—. Levantó una mano cuando Elizabeth hizo ademán de hablar. —Admito que no me corresponde darle consejos. Lo conozco poco. Solamente puedo alegar un cierto sentimiento de responsabilidad por mi papel en unirlos, un sentimiento reforzado por el hecho de

que él parece no tener más parientes a quienes recurrir que sus hermanas.

Elizabeth se quedó pensativa, y gran parte de la ira rígida que la invadía desapareció. —¿Fue a usted a quien se le ocurrió la idea de regalarle ese libro a nuestro padre?

—Sí. Asumo toda la responsabilidad.

Ella sacudió la cabeza. —¿Por qué? ¿Le importa tanto el futuro de un hombre al que acaba de conocer?

¿Se atrevería a confesarle la verdad? Sí, había visto cómo se miraban los dos y había querido ayudarlos, pero también anhelaba volver a ver a Elizabeth. ¿Habría ayudado al señor Bingley y a la señorita Bennet si no fuera por ella?

—¿O fue mi hermana quien lo inspiró a ofrecer su ayuda? —insistió Elizabeth.

—¿Y si le dijera que envié esa nota con la esperanza de que usted acompañara a la señorita Bennet de regreso a mi tienda?

Elizabeth abrió mucho los ojos.

Darcy contuvo la respiración, esperando su respuesta.

—Elizabeth —la llamó la señorita Bennet, cruzando apresuradamente la tienda. Ella miró de uno a otro con expresión preocupada, pero adoptó una sonrisa radiante al decir: —El señor Bingley nos ha invitado a ir de picnic mañana. ¿No es una idea maravillosa?

Elizabeth miró más allá de su hermana y le sonrió al señor Bingley, quien la seguía más despacio. —Lo es, si el clima lo permite y nos abrigamos bien.

—Entonces queda decidido —dijo la señorita Bennet, tomando a Elizabeth del brazo y alejándola de Darcy. —A menos que nuestra tía nos necesite para algo urgente, nos veremos mañana, señor Bingley.

El señor Bingley se tocó el sombrero. —Estaré encantado, señorita Bennet, y le enviaré los detalles de nuestra salida.

—Gracias —respondió la señorita Bennet. —Espero poder conocer mejor a sus hermanas—. Con una última mirada de adoración al señor Bingley, la señorita Bennet se llevó a Elizabeth.

En la puerta, Elizabeth se volvió para encontrarse con la mirada de Darcy, con aire inquisitivo. Por mucho que lo deseaba, él no

conseguió interpretar su expresión. Entonces ella se marchó, seguida por la criada.

El señor Bingley dejó de mirar cómo se alejaba el carruaje. —Se lo digo, ella es un ángel, Darcy.

Un ángel que no aprobaba que su hermana hablara con él, apostó, pero Darcy asintió. —Me alegro de que su viaje a Hertfordshire haya sido tan satisfactorio.

El señor Bingley hizo una mueca. —La verdad es que la madre y las dos hermanas menores me resultaron un poco incómodas. Si finalmente me quedo con la propriedad, la alquilaré. No sería prudente comprarla estando tan cerca de ellas sin intentarlo primero.

Darcy arqueó las cejas. —¿Quiere decir que no está seguro de su estima por la señorita Bennet? —Si el señor Bingley le rompía el corazón a su hermana, ¿Elizabeth culparía a Darcy?

—¿Qué? No quiero decir nada de eso —exclamó el señor Bingley. —Es sólo que no estoy seguro de si deseo que vivamos cerca de sus parientes una vez que nos casemos y todo eso—. Hizo otra mueca y se sonrojó de nuevo. —¿Sabe? Su hermana menor, una niña de sólo quince años, se me insinuó bajo la rama del muérdago. Dos veces. Tuve que decírselo a la señorita Bennet antes de que se enterara por otro lado. No podemos empezar un cortejo con algo así sobre nuestras cabezas, ¿no lo cree?

—No, pienso que no —dijo Darcy, empezando a comprender por qué Elizabeth se había molestado tanto cuando él animó al señor Bingley a conocer a sus parientes, y adivinando el motivo del rubor anterior de la señorita Bennet.

El señor Bingley lo miró con el ceño fruncido. —Si no le importa que se lo pregunte, Darcy, ¿está usted completamente seguro de que el señor Wickham no es un buen partido? Es que Caroline no me hace ningún caso. Ella acude a él con todas las advertencias que yo le doy y él tiene una respuesta para todas.

—Siempre las tiene —dijo Darcy con sequedad.

—Mmm. Sí, bueno, tal vez mudarse a Hertfordshire sea lo mejor. Alejarla de sus garras y todo eso.

—Tal vez.

—¿Vendrá usted mañana al parque?

—¿Al parque? —preguntó Darcy, desconcertado por el cambio de tema.

—Por supuesto. Podemos decir que usted estaba pasando por ahí para traerme unos libros.

—¿Por qué? —No es que él no deseara ver a Elizabeth, pero Darcy no podía socializar con ella. No en un picnic, cuando ella sólo lo conocía como el dueño de una tienda.

Y menos aún con los problemas que la consideración que él sentía por ella podría acarrearle a ella y a sus parientes.

—Para charlar un rato con la señorita Elizabeth. Para romper el hielo, por así decirlo—. El señor Bingley señaló en la dirección en la que se había ido el carruaje del señor Gardiner. —Usted me ha hecho un gran favor. Me gustaría devolvérselo.

¿Era tan evidente su interés? —¿Dándome la oportunidad de hablar con la señorita Elizabeth?

El señor Bingley se encogió de hombros. —Parece que ella le gusta, y habla mucho con usted cuando viene aquí. Al menos, eso es lo que he visto yo.

Darcy negó con la cabeza. —Me temo que la señorita Elizabeth está un poco fuera del alcance de un comerciante.

El señor Bingley entrecerró los ojos y replicó: —Si usted es pariente de los Darcy de Pemberley, no puede estar tan por debajo de ella, tenga o no tenga una tienda.

Como le resultaba difícil rebatir ese argumento, Darcy se limitó a encogerse de hombros.

—Muy bien. Guarde sus secretos—. El señor Bingley se tocó el sombrero con la mano, como solía hacer antes de marcharse. —Mañana le enviaré un mensaje para decirle dónde estaremos. Si pasa por allí con uno o dos volúmenes para mí, será fácil añadirlos a mi cuenta—. Asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. Al salir, comenzó a silbar.

Darcy se quedó mirándolo. No debía ir al parque. Tampoco debería haberle confesado su deseo de ver a Elizabeth. Su obsesión por ella se estaba saliendo de control. Pasaba demasiado tiempo pensando en ella. Preguntándose qué le gustaría y qué no.

Reflexionando sobre qué argumentos esgrimiría ella en una discusión.

Imaginando lo suave que sería su piel.

Sacudió la cabeza. Decidido a no pensar en Elizabeth, Darcy sacó las gafas del bolsillo de su abrigo y luego el lápiz. Tenía que hacer el inventario y desde luego no iba a cerrar la tienda en el mes más ajetreado del año para poder entregar un libro en persona en el parque.

Al menos, realmente no debería hacerlo.

CAPÍTULO 16

Con un libro prestado por su tío en el regazo, Elizabeth estaba sentada en el pequeño salón delantero de los Gardiner, segura de que le hacía ilusión ir al parque. Ir al parque en un bonito día de diciembre era el tipo de actividad que Elizabeth disfrutaba mucho. Estar al aire libre. Social, pero no una aglomeración de gente. Definitivamente quería participar en la salida que habían planeado para apoyar a Jane, y no estar en la tienda del señor Darcy. Se lo había repetido en silencio al menos veinte veces esa tarde.

A pesar de la agitación interna de Elizabeth, Jane parecía aún menos optimista desde donde estaba de pie, junto a la ventana del salón, esperando la llegada del carruaje del señor Bingley. Sin embargo, no era la expectación por ver al señor Bingley lo que irritaba a la hermana de Elizabeth. Tampoco era el hecho de que su tía estuviera una vez más ocupada, principalmente con la búsqueda, aún infructuosa, de una institutriz adecuada. Lo que parecía preocupar a Jane era la perspectiva de ser presentada formalmente con las hermanas del señor Bingley.

Elizabeth podía entender la preocupación de Jane. Aún no habían conocido a la señora Hurst, pero se habían encontrado con la señorita Bingley en la tienda del señor Darcy. La hermana soltera del señor Bingley evidentemente tenía un gran concepto de sí misma. Su ropa era mucho más elegante que la de Elizabeth y Jane, y su peinado mucho más a la moda. ¿Qué pensaría ella del evidente interés de su hermano?

—¿Por qué no te sientas un momento? —le propuso Elizabeth para distraer a su hermana. —¿Por qué no retomas el bordado? Ya casi has terminado el vestido de Frances.

Jane sacudió la cabeza en silencio. Con la mirada aún fija en la ventana, se retorció las manos, para gran disgusto de Elizabeth. Su hermana era demasiado perfecta como para preocuparse tanto por la opinión de unas mujeres que Elizabeth consideraba bastante presumidas.

—Jane, por favor, intenta calmarte. Vas a estropear tus guantes retorciéndolos así.

—Oh, Lizzy, ¿crees que les agradaré? —soltó Jane, con los dedos aún estrechamente entrelazados. —La señorita Bingley se veía muy elegante el día que la vimos en la librería.

—Si no les agradas, la culpa es de ellas —respondió Elizabeth y pasó varias páginas de su libro, buscando las últimas palabras que había leído de verdad. Al encontrar el pasaje, se esforzó por ignorar los gestos de Jane y seguir leyendo, aunque el libro que tenía entre las manos le parecía aburrido.

Ojalá pudiera volver a la tienda del señor Darcy y elegir uno o dos volúmenes. Él seguramente sabría cuáles serían los más adecuados para ella. Era un hombre tan culto, y ella sabía que apenas había podido vislumbrar sus pensamientos, y eso en muy pocos temas. ¡Cuántas conversaciones podrían tener sobre los clásicos, o sobre algo más aventurero, como *Viajes a varias naciones remotas del mundo o La vida y extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe*! O incluso, especuló, sobre temas más ordinarios, como la ganadería y la gestión de la tierra. Imaginaba que el señor Darcy tendría opiniones sobre casi todo y ella ansiaba explorarlas.

Más que eso, la mirada en los ojos de él cuando le sugirió que quería que ella estuviera allí, con él... Un estremecimiento de emoción la recorrió al recordar aquel momento. Su confesión había disipado al instante cualquier rastro de enfado en ella por haberle aconsejado al señor Bingley que visitara Longbourn.

—Ya está aquí —exclamó Jane, y se apresuró a acercarse al pequeño espejo que colgaba sobre una mesa igualmente delicada en la pared opuesta del salón.

Si el señor Bingley no fuera tan amable y estuviera tan evidentemente enamorado de Jane, Elizabeth se resentiría de que su hermana más sensata se rebajara al nivel de la conducta Lydia. — Jane, estás preciosa, como siempre. Por favor, intenta mantener la calma.

Jane se apartó del espejo, respiró hondo lentamente y exhaló. Adoptó una sonrisa serena, asintió con la cabeza a Elizabeth y salió al vestíbulo. Elizabeth marcó la página, cerró el libro y la siguió,

llamando a la doncella que la tía Gardiner había asignado para que las acompañara.

Encontraron que el señor Bingley había venido a buscarlas por su cuenta, ya que sus hermanas se reunirían con ellos en el parque.

Pronto se sentaron frente a él, Jane con aire tranquilo y recatado junto a Elizabeth, mientras avanzaban por calles cada vez más concurridas. Elizabeth fijó la mirada en la ventana. Envidiaba a su doncella, que había decidido ir arriba con el cochero. Jane y el señor Bingley, según había descubierto, no eran muy conversadores cuando estaban de humor para mirarse el uno al otro.

—Oh —dijo el señor Bingley cuando el carruaje se detuvo junto al parque. —Casi lo olvido. Le dije a ese tal Darcy, el librero, dónde podría encontrarnos. Dijo que quizás traería algo de lectura para nuestro picnic. Que lo entregaría personalmente y todo eso.

—¿En serio? —preguntó Jane, mirando a Elizabeth con los ojos entrecerrados. —Qué detalle por su parte.

Elizabeth se encogió de hombros, esperando que ese gesto casual ocultara la forma en que se le aceleró el corazón al oír el nombre del señor Darcy.

—Darcy es un sujeto estupendo —continuó el señor Bingley mientras su llamativo lacayo[v] se bajaba por el exterior del carruaje. —Se rumorea que es pariente de los Darcy de Pemberley, en Derbyshire. Buena gente. Incluso Wickham está de acuerdo con eso, y él es muy cercano a los Darcy de Pemberley. Hoy lo conocerán.

Elizabeth nunca había oído hablar de Pemberley ni de los Darcy de Derbyshire, pero aún así asintió con la cabeza y preguntó: —¿Hoy conoceremos a un Darcy de Pemberley o al señor Wickham?

El señor Bingley se rio por lo bajo, como si la confusión de ella fuera parte de una broma. —Al señor Wickham. Él se unirá a nosotros. Se enteró del picnic por Caroline. Ella lo organizó todo, saben, e insistió en que él viniera. Él está deseando conocerla, señorita Bennet.

Jane se sonrojó primorosamente y bajó la mirada hacia sus manos, pero Elizabeth observó atentamente al señor Bingley. ¿Era su

imaginación o parecía disgustado por la incorporación del señor Wickham a su picnic?

Bajaron del carruaje y el señor Bingley le ofreció su brazo a Jane, dejando que Elizabeth caminara con la doncella. Ella miró a su alrededor con interés, ya que había pasado poco tiempo en los parques más grandiosos de Londres. Aunque era diciembre, el césped se extendía ante ellos como una alfombra esmeralda y las ramas desnudas, que podrían haber parecido sombrías, resaltaban en blanco y plata contra el azul intenso del cielo. No se veía ni una nube y el sol daba tanto calor que Elizabeth se quitó los guantes y se aflojó el pañuelo alrededor del cuello.

Encontraron a la señorita Bingley y a otro hombre y otra mujer en la ladera de una colina que daba a una estrecha franja de agua. Habían extendido una gran alfombra cubierta de cojines y en cada esquina había un brasero para calentarse. A un lado, dos lacayos y una criada esperaban junto a una banca cargada de cestas cubiertas. Elizabeth arqueó las cejas ante aquella ostentosa muestra de riqueza. Era evidente que aquel sería el picnic menos rústico al que había asistido jamás.

No había ni rastro del señor Darcy, y el desmoronamiento de sus expectativas de verlo hizo que la escena que se presentaba ante Elizabeth se volviera lúgubre. Lo cual era una tontería. El sol seguía brillando con la misma intensidad y el cielo seguía igual de azul, y sin duda la probabilidad de que la señorita Bingley dijera algo entretenido, como que los libros debían elegirse por el color de la tapa, seguía siendo igual de alta.

El señor Bingley las condujo colina abajo y les presentó primero a la señora Hurst, que parecía una versión más pequeña y apagada de su hermana menor, y luego a la señorita Bingley, cuyo sombrero era tan elaborado que parecía por sí solo un paisaje boscoso, con plumas, pieles y destellos de cristal. Por último, él se volvió hacia el apuesto caballero sonriente que estaba al lado de la señorita Bingley. —Y este es nuestro amigo, el señor Wickham.

—Señorita Bennet—. El señor Wickham le hizo una reverencia a Jane, pero eso no impidió que Elizabeth observara cómo su mirada

la recorría con aprecio. —Es usted tan encantadora como lo ha dicho el señor Bingley.

—Se lo agradezco —murmuró Jane. Con las mejillas sonrosadas, miró tímidamente al señor Bingley.

—Y señorita Elizabeth —continuó el señor Wickham, volviéndose hacia ella. —Su región de Hertfordshire debe de ser famosa por sus mujeres de gran belleza, si usted y su hermana son un ejemplo de ello—. Le dedicó una sonrisa deslumbrante.

Elizabeth hizo una reverencia. —Gracias.

—Oh, Wickham —la señorita Bingley le dio un golpecito juguetón en el brazo. —Usted siempre es tan encantador, pero debe tener cuidado. La querida Eliza es del campo. Ella no sabe que usted es el galán más famoso de Londres y que no dice en serio nada de lo que dice.

El señor Wickham le dedicó una sonrisa a la señorita Bingley. —¿Y ahora qué? ¿Qué hay de antes, cuando la aclamé a usted como la señorita más elegante que jamás había visto? ¿Ahora tengo que entender que no lo decía en serio?

La señorita Bingley se inclinó hacia él. —Bueno, todos sabemos que eso es la pura verdad.

—Más vale que lo sea, por lo que pago por esos vestidos, y ¿qué es eso que llevas en la cabeza, Caroline? —preguntó el señor Bingley. —¿Es un ratón disecado?

A diferencia de las miradas provocativas que le lanzaba al señor Wickham, la que la señorita Bingley le dirigió a su hermano tenía un matiz venenoso. —No seas tonto, Charles. Es armiño.

—Caroline tiene una capa preciosa a juego —intervino la señora Hurst. —Pero me atrevería a decir que es demasiado elegante para el parque—. Miró a su alrededor, a la alfombra, los braseros y los cojines, y frunció la nariz.

—Señorita Bennet —dijo el señor Bingley con entusiasmo, sin apenas mirar a su hermana. —Le pedí a Caroline que mandara empacar pan. ¿Le gustaría darle de comer a los patos?

Jane le sonrió. —Me encantaría.

La señorita Bingley dio un codazo a su hermana y luego miró de reojo a Jane.

—A mí también me gustaría darle de comer a los patos —declaró la señora Hurst.

Elizabeth miró hacia el río y no vio más aves acuáticas que algunas gaviotas. No creía que a ninguno de los tres les importara a qué tipo de pájaros les arrojaban las migajas, así que supuso que no era relevante. Mientras recogían pan de una de las cestas, se preguntó si las hermanas del señor Bingley intentarían interponerse entre él y Jane.

—El señor Bingley ha mencionado su condado, pero nada más, señorita Elizabeth —dijo el señor Wickham, volviéndose después de ver a los tres alejarse colina abajo. —¿Puedo pedirle más detalles?

—Puede, y yo tendré incluso la cortesía de responderle —respondió Elizabeth. —Somos de Longbourn, cerca del pueblo de Meryton.

El señor Wickham frunció ligeramente el ceño. —¿Longbourn? No lo conozco.

Elizabeth sonrió. —Supongo que no hay mucho que conocer.

—Entonces, no es una gran propiedad, ¿verdad? —preguntó la señorita Bingley.

Entendiendo que la interrogaban sobre la idoneidad de Jane, Elizabeth respondió con franqueza, pues no quería que la acusaran de evasiva. —La propriedad de mi padre es pequeña y, además, cuando él muera, dejará de pertenecernos—. Añadió con ironía lo que ellas sin duda deseaban saber. —No tenemos hermanos, pero sí tres hermanas más, todas ellas más jóvenes y aún solteras, y ninguna de nosotras tiene una dote digna de mención.

La señorita Bingley miró horrorizada hacia la colina, tras Jane.

—Pero no puede decir que su padre carece de riqueza, señorita Elizabeth—. El señor Wickham le tomó la mano y se la llevó a los labios. —No con hijas tan encantadoras como ustedes, pues usted es un tesoro—. Sus ojos brillaron y le apretó la mano antes de soltarla.

La señorita Bingley se volvió para observar la escena con el ceño fruncido. Esbozó una sonrisa falsa y se interpuso entre el señor Wickham y Elizabeth. —Señorita Eliza, permítame convencerla de que camine conmigo. Le aseguro que será muy refrescante después

del paseo en carruaje, sobre todo después de venir desde tan lejos como Cheapside—. Pasó el brazo por el de Elizabeth y la alejó del señor Wickham.

Desconcertada, y sin estar del todo segura de haber disfrutado de la atención del señor Wickham, por muy apuesto que fuera, Elizabeth accedió de buen grado. La señorita Bingley decidió dar un amplio paseo alrededor de la manta de picnic, alejándose primero cuesta abajo. Más abajo, las gaviotas volaban en picada alrededor de Jane, el señor Bingley y la señora Hurst, y Elizabeth esperaba que no se volvieran demasiado agresivas en su búsqueda de alimento. Más arriba, junto a la colina donde se encontraba el picnic, el señor Wickham estaba hablando con la criada de los Gardiner.

La señorita Bingley dijo: —Señorita Elizabeth, no quiero entrometerme, pero debo reiterarle lo que le dije antes en broma. El señor Wickham es un coqueto. No permita que le dé falsas esperanzas.

Aunque las palabras fueron pronunciadas con una amabilidad falsa, Elizabeth percibió cierta envidia disimulada, y asintió cortésmente. —Le agradezco la advertencia, pero no debe temer. No creo que corra mucho peligro de sucumbir a sus encantos.

La señorita Bingley aflojó el agarre que tenía sobre el brazo de Elizabeth, que era bastante fuerte. —¿Ah, no? ¿Ha puesto sus ojos en otra persona, querida Eliza?

¿Lo había hecho? Elizabeth luchó por contener el calor que amenazaba con subir a sus mejillas y negó con la cabeza. —No, en absoluto.

—Entonces aún está en peligro, porque el señor Wickham es muy encantador y puedo ver que él está interesado en usted —la señorita Bingley miró a Elizabeth con recelo mientras su camino las llevaba alrededor del área de picnic y comenzaban a subir la colina. —Me angustiaría mucho que su falta de sofisticación londinense la llevara a ver esperanza de un vínculo donde no existe ninguna.

«El señor Wickham debe de ser muy rico», concluyó Elizabeth. —No se preocupe por mí. No tengo el temperamento necesario para apreciar a un hombre con los encantos que el señor Wickham derrocha tan generosamente.

La señorita Bingley frunció el ceño.

Una alta figura coronó la cima de la colina sobre ellos y Elizabeth contuvo el aliento. El señor Darcy.

Al verla, él sonrió. Luego desvió la atención y su rostro se ensombreció.

Siguiendo su mirada, Elizabeth vio al señor Wickham mirando con ira hacia la colina. Estaba de pie, con las manos apretadas a los costados y una sonrisa burlona en los labios.

Él se dio cuenta de que ella lo miraba y su expresión volvió a ser la de una sonrisa tranquila y encantadora con tal rapidez que le hizo dudar de su primera impresión de la reacción de él al ver al señor Darcy.

Qué extraño.

—Señorita Elizabeth. Señorita Bingley —las saludó el señor Darcy, deteniéndose ante ellas. —He venido a entregarles los libros que el señor Bingley pidió para su picnic.

Su cercanía hizo que la alegría revoloteara en su pecho, y Elizabeth respondió: —Qué amable es usted, señor Darcy.

—Le diré a Charles que han llegado sus libros—. La señorita Bingley soltó el brazo de Elizabeth y se dio la vuelta.

El señor Darcy le dirigió una mirada sarcástica. —¿Usted también desea huir de mi humilde presencia, señorita Elizabeth?

Ella sacudió la cabeza. —No es necesario. Creo que informar de su presencia es algo que la señorita Bingley puede hacer perfectamente—. Señaló la alfombra. —Al fin y al cabo, ella ha organizado esta salida, así que debe de tener algunas habilidades—. Como darle órdenes a la gente y gastar el dinero de su hermano, sospechaba Elizabeth.

—Parece que están disfrutando de un picnic bastante lujoso.

—Imagino que lo será, pero hasta ahora sólo las gaviotas han probado algo.

Él volvió a mirar más allá de ella y Elizabeth siguió su mirada hasta ver a la señorita Bingley y al señor Wickham que bajaban para reunirse con los demás. Volviéndose hacia ella, el señor Darcy dijo: —Creo que debería entregar estos volúmenes y marcharme, para no entrometerme en su comida.

Elizabeth no quería que se marchara. —¿Qué volúmenes ha elegido el señor Bingley para nuestro picnic?

—He traído poemas de viajes, cuyo contenido debería ser apropiado para todos.

Ella sonrió, sin pasar por alto cómo él había evitado hábilmente confesar que el señor Bingley le había dejado a él la elección. —Nada que pueda ofender la sensibilidad de mi hermana, entonces.

—Ni la suya, aunque sospecho que es de naturaleza más fuerte que la de la señorita Bennet.

—¿Me está llamando poco refinada, señor? —dijo Elizabeth con una risa.

—Más bien de mente abierta, lo cual es un rasgo muy loable.

Elizabeth lo miró fijamente, notando en cómo él la observaba mientras hablaba, como si sus respuestas le interesaran mucho. Imaginó que aplicaba la misma intensidad a un rompecabezas lógico. Nadie la había mirado nunca con tanta atención, y su mirada era diferente a la que los hombres le dirigían a Jane. Los hombres siempre miraban a Jane con aprecio, pero pocos la veían realmente. La forma en que el señor Darcy miraba a Elizabeth la hacía sentir muy observada.

Una sensación de calor se extendió por su interior, irradiando hacia afuera hasta llenar sus extremidades y hacer que le hormigueasen las palmas de las manos. ¿Cómo se sentiría poner una de esas palmas sobre la mandíbula bien afeitada del señor Darcy?

Se sonrojó y bajó la mirada. La confusión la invadió. Jane tenía razón. Elizabeth no debía permitirse esos pensamientos. A menos que realmente quisiera acabar siendo la esposa de un vendedor de libros.

—¿Acaso la he incomodado? —preguntó él en voz baja.

Ella negó con la cabeza, sin sentirse segura de si se atrevería a mirarlo a los ojos. Sentía que, si volvía a sumergirse en esos ojos oscuros, quedaría atrapada para siempre.

¿Ser la esposa de un librero sería realmente tan malo? A Elizabeth no se le ocurría ninguna razón para que lo fuera.

Un grito atravesó el aire invernal y ella se giró para mirar de dónde provenía.

Junto al río, la señorita Bingley agitaba los brazos y gritaba mientras un halcón se elevaba con su sombrero. El señor Bingley gritó, exhortando al ave a soltar el sombrero. Como era de esperarse, el halcón lo ignoró y se elevó hacia la colina en dirección a Elizabeth y Darcy. El señor Bingley corrió tras él.

El señor Wickham saltó para atrapar al pájaro, pero falló. El halcón se desvió hacia la izquierda, en dirección a un bosquecillo. Al sobrevolarlo, soltó el sombrero, que cayó en picado hacia las ramas, y luego se alejó volando en dirección al Támesis.

—Me imagino que ese sombrero debe de ser bastante caro —comentó el señor Darcy en tono neutro.

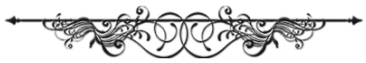
Al pie de la colina, la señorita Bingley le gritó a su hermano: —Haz algo, Charles. Son piedras preciosas de verdad.

—Ahí lo tiene. Piedras preciosas de verdad. En un sombrero—. Elizabeth no pudo igualar la neutralidad del señor Darcy, y la diversión se abrió camino furtivamente en su voz.

Él le lanzó una rápida mirada, con los ojos llenos de alegría.

Elizabeth luchó por reprimir una sonrisa.

CAPÍTULO 17



En poco tiempo, los siete, junto con las criadas y los lacayos, se encontraban entre los árboles buscando. Darcy no creía que la señorita Bingley hubiera ayudado, salvo porque Wickham se había ofrecido a acompañarla. Aun así, los dos, junto con la señora Hurst, se limitaban a deambular por el borde de la arboleda. Sin duda, la señorita Bingley temía manchar la fina tela de su vestido, y Wickham siempre era reacio a hacer cualquier cosa que se pareciera remotamente a un trabajo.

Pero Elizabeth entró con paso firme y muy alegre. En medio de las llamadas de la señorita Bingley exhortándoles a buscar con más atención, Darcy siguió el paso de Elizabeth mientras se adentraban en el bosque y la maleza junto con los sirvientes, Jane y el señor Bingley. El bosquecillo resultó ser más grande de lo que parecía desde fuera, y los árboles más densos. Pronto, él y Elizabeth perdieron de vista a los demás, aunque los sonidos de la búsqueda se oían a su alrededor.

—Probablemente se habrá enganchado en la copa de un árbol —gritó el señor Bingley.

—Pues encuentra el árbol y súbete a él —chilló la señorita Bingley. —Ese tocado me costó una fortuna y nadie lo ha visto todavía.

Darcy miró a Elizabeth y vio que ella lo observaba con la misma diversión que él. Al parecer, ellos no contaban. En algún lugar a la derecha de Darcy, el señor Bingley dijo algunas palabras poco halagadoras sobre la inteligencia de llevar accesorios caros a un picnic, pero si la señorita Bingley lo oyó, no dio muestra de ello.

Entraron en un espacio más despejado, donde un árbol caído había dejado un hueco en el dosel de ramas desnudas. Elizabeth se detuvo para girar lentamente sobre sí misma, buscando en el suelo cubierto de hojas. En lugar de aumentar sus esfuerzos, Darcy se acercó a ella, atraído por la vivacidad que brillaba con tanta intensidad en Elizabeth. Al parecer, sin ver el sombrero en el suelo,

ella levantó la mirada hacia las ramas, girando lentamente una vez más.

Sólo para encontrarse con la mirada de él. La sorpresa se apoderó de sus rasgos, haciendo que él se diera cuenta de golpe de que la estaba mirando fijamente. Él parpadeó y suavizó su expresión hasta alcanzar una neutralidad cortés, pero Elizabeth debió de leer el interés en sus ojos. El calor le subió a las mejillas.

—Disculpe, señorita Elizabeth —dijo en voz baja. —Buscaré por allí—. Apartó la mirada de ella y se dio la vuelta. Era un tonto por mirarla de esa manera. Ella era una joven respetable y él no tenía nada que ofrecerle, salvo la condena de un trío de caballeros ricos y poderosos.

—Espere.

Él se volvió, sorprendido, con la misma expresión reflejada en el rostro de ella. ¿No había querido hablar? Su respiración se aceleró y un rubor le tiñó las mejillas, y sin embargo no parecía que buscar entre los matorrales le supusiera ningún esfuerzo. ¿Se atrevía a esperar que le hubiera afectado de ese modo?

Elizabeth respiró hondo. —Yo... Usted debe saber que yo no aportaría nada en lo que se refiere a fondos a una unión.

¿Estaba ella reiterando su advertencia sobre la falta de dote? Entonces sus palabras no habían sido para que él se las transmitiera al señor Bingley. O al menos, no sólo con ese propósito. Ella quería que Darcy lo supiera. Entonces una sensación de calidez se extendió por su interior. En voz baja, sin saber muy bien dónde estaban los demás, preguntó: —¿Quiere decir, señorita Elizabeth, que consideraría una unión con un librero?

Ella asintió con la cabeza, tan nerviosa que él podía ver cómo temblaba. —¿Sería realmente tan terrible esa vida? Usted dijo que el afecto vale más que las tierras, la riqueza o las conexiones.

—He dicho afecto y seguridad, y por seguridad me refiero a la certeza de saber que su afecto es correspondido y lo será siempre. La seguridad de confiar en que la persona a la que más aprecia la estima tanto a usted que el amor de su unión no se verá mermado por las dificultades de la vida—. Ni destruido por sus familiares entrometidos.

El dolor llenó los ojos de ella, clavándole un aguijón en el pecho más seguro que cualquier espada. —¿Cree que la hija de un caballero acabaría resentida con la vida de esposa de un librero? —Tragó saliva. —¿Que una mujer como yo sería inconstante en su amor?

Él le tomó una de las manos, tan pequeña y delicada entre las suyas. —Creo que la vida nos depara muchas pruebas y sorpresas, y que debemos ser sinceros al valorar cómo las afrontaremos.

Elizabeth retiró su mano, sintiendo el aire gélido de diciembre tras el calor de la de él. —Usted cree que soy ingenua y voluble.

—No puede evitar ser ingenua cuando no conoce todos los detalles de mi situación, y llegar a conocerlos es lo que la llevaría a la inconstancia, no su naturaleza—. ¿Podría hacérselo entender sin confesarle la verdad? Si se lo confesaba, ¿lo consideraría una locura? ¿Le molestaría la fachada de librero? Peor aún, ¿ella sólo creía que lo estimaba, impulsada por una idea romántica de encontrar el amor por debajo de su posición social? Había visto historias así en muchos relatos góticos.

Pero Elizabeth no leía esos libros.

La ira y la súplica estaban en conflicto en el rostro de ella, y él contuvo el aliento, esperando ver qué estragos había causado en su destino. Finalmente, ella dijo: —Entonces, infórmeme detalladamente sobre lo que significa ser el señor Darcy, propietario de una librería. No omita ningún detalle. Libéreme de mi ignorancia.

Cómo anhelaba hacerlo. Cómo deseaba confesarlo todo y que ella le dijera que estaría a su lado contra viento y marea, ya fuera en la pobreza forzada o bajo el castigo de los patriarcas enfurecidos. Fuera de su vista, pero cerca, el señor Bingley volvió a gritar que era inútil seguir buscando, sólo para ser reprendido por su hermana por su falta de perseverancia.

Darcy sacudió la cabeza, y la conversación lo devolvió a la realidad. —No veo cuándo ni dónde podríamos tener una conversación tan larga.

Elizabeth frunció los labios, pensativa, sin darse cuenta de que eso provocaba en él un intenso deseo de besarla. —Escríbalo todo.

Será bastante seguro, si no menciona nombres. Escóndalo en un libro y envíemelo.

¿Debería hacerlo? Con el control que ella tenía sobre él, ¿podría negarse? —Lo haré —dijo finalmente, animado al instante por la alegría que iluminó el rostro de ella. —Una vez que conozca la verdad sobre mi vida, usted decidirá si aún me tiene en estima.

Los ojos de Elizabeth parecían brillar desde dentro. Dio un paso hacia él. —Sólo queda una cosa más, entonces.

Darcy frunció el ceño. —¿Y qué es?

Ella respiró rápido, con ansiedad. Sus rasgos adoptaron una expresión decidida. Se puso de puntillas y presionó los labios contra los de él.

El calor lo invadió. Permaneció inmóvil durante un momento, atónito, y luego la tomó en sus brazos y la acercó más a él. Ella se derritió contra él, deliciosamente cálida y flexible.

Si hubiera podido, Darcy la habría mantenido allí para siempre.

Reuniendo toda su voluntad, rompió el beso y la apartó. Le puso las manos sobre los hombros, sujetándola, incapaz de soltarla por completo. —No deberíamos haber hecho eso.

Ella se llevó las palmas a las mejillas enrojecidas, con expresión bastante atónita. —Lo sé.

Él la miró a los ojos. —Entonces, ¿por qué?

—Quería saber lo que se siente al ser besada, y sabía que si no era usted quien me lo enseñaba, lo lamentaría para siempre—. Bajó la mirada por un momento y luego la volvió a levantar para añadir: —Y sé que es una tontería, pero sentí un miedo repentino e inexplicable de no volver a verlo nunca más, señor Darcy, propietario de la librería.

Sus manos se apretaron sobre los hombros de ella, la sola idea de que sus palabras pudieran contener algo de verdad lo llenó de pavor. Respiró entrecortadamente. —Lo que me hace usted... Desde el momento en que la vi salir del carruaje de su tío, no he conocido la paz.

—¿Yo? Pero ese día usted estaba mirando a Jane.

La miró sorprendido. —¿A la señorita Bennet? No. Apenas la vi. Sólo existía usted, hechicera, Elizabeth.

Ella lo miró fijamente, con la boca ligeramente abierta, tan atónita que Darcy apenas pudo contenerse de besarla para disipar sus dudas. ¿Cómo podía pensar que él había estado mirando a la señorita Bennet esa mañana? Sólo existía Elizabeth.

Respiró hondo y abrió las manos lentamente, luego las apartó de los hombros de ella y dio un paso atrás, sintiendo que era lo más difícil que había hecho en toda su vida.

—Le escribiré como me lo ha pedido, pero debemos evitar que se repita lo de hoy. Que nos quedemos solos. No permitiré que le arrebaten su derecho a elegir—. Reuniendo toda su determinación, Darcy dio varios pasos más hacia atrás y se dio la vuelta, alzando la mirada hacia las copas de los árboles.

Detrás de él, podía oír cada respiración que ella tomaba, como si todos sus sentidos estuvieran sintonizados con ella. Darcy esperaba que las exhalaciones profundas y lentas la ayudaran a recuperar la compostura. Estudió el árbol que tenía delante, buscando la suya.

Y divisó una masa de plumas y pelaje, reluciente con piedras preciosas.

—Ahí está —exclamó él, señalando. Alzó la voz para llamar la atención de los demás. —Lo hemos encontrado.

Se acercó al árbol, miró hacia arriba y luego se agachó para recoger una rama caída. Se oyó un crujido y Darcy miró en esa dirección y vio al señor Bingley y a la señorita Bennet salir entre los árboles. Darcy se dio la vuelta y dio un golpe con el palo. Se oyó otro estruendo que anunciaba la llegada de las criadas y los lacayos, y el sombrero cayó al suelo. Darcy se agachó para recoger el sombrero de entre la capa de hojas secas.

—Bien hecho, Darcy —exclamó el señor Bingley.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —gritó la señorita Bingley.

—Darcy ha encontrado tu sombrero.

Todos salieron del bosquecillo y Darcy le entregó el sombrero a la señorita Bingley.

Ella se lo arrebató de las manos con el rostro arrugado por el disgusto. —Está sucio.

—Sólo son hojas secas, Caroline —dijo el señor Bingley.

A un lado de ella, la señora Hurst se inclinó hacia ella. —Seguramente tu doncella puede arreglarlo.

La señorita Bingley resopló de disgusto. —Espero que sí. Para eso está—. Le dio vueltas al sombrero desaliñado entre sus manos.

Al otro lado de la señorita Bingley, Wickham sonrió con aire burlón. —Darcy. Siempre el héroe.

—Falta una piedra —exclamó la señorita Bingley.

El señor Bingley se encogió de hombros. —Probablemente esté en el buche de ese halcón. No hay mucho que hacer al respecto, Caroline. No podemos destripar a todos los pájaros de Londres.

La señorita Bingley clavó la mirada en Darcy. —Estaban muy bien engarzadas. No puedo creer que se haya soltado una.

Darcy arqueó las cejas. ¿Acaso ella estaba insinuando lo que él pensaba?

—Darcy, Darcy —le dijo Wickham con una sonrisa burlona y los ojos llenos de alegría. —¿Le has quitado una de las piedras preciosas a la señorita Bingley? —Y, fingiendo compasión, añadió: —¿Tan mal va el negocio de los libros?

Darcy le dirigió una mirada sarcástica.

—El señor Darcy no ha quitado ninguna piedra preciosa —dijo Elizabeth con un tono de enfado en la voz.

El señor Bingley asintió. —Nosotros lo vimos cuando tiró el sombrero del árbol—. Señaló a la señorita Bennet.

—Podría habérsela quitado después de tirarlo—. La señorita Bingley miró a Darcy como si fuera algo que se retorciera entre los restos de los que había sacado su sombrero. —No son muy valiosas, pero me atrevería a decir que son lo suficientemente tentadoras para un librero.

Repugnado por la idea de defenderse de acusaciones tan ridículas, Darcy respondió: —Podríamos volver y buscar entre las hojas al pie del árbol.

—No tiene sentido, si la piedra está sin duda en su bolsillo —afirmó la señorita Bingley. Lanzó una mirada de reojo a Wickham. —Tengo una idea de lo desesperado que está, señor Darcy.

Darcy podía adivinar fácilmente qué tipo de mentiras le había contado Wickham, sobre todo después de su advertencia al señor

Bingley. Eso era lo que se ganaba por entrometerse.

—De verdad, Caroline, eso es demasiado insultante incluso para ti —dijo el señor Bingley enfadado—. El señor Darcy sólo ha venido a traerme algo para deleitarnos a todos durante el picnic, que, por cierto, todavía está esperando a ser disfrutado, podría añadir.

—Sin duda, el señor Darcy ha venido aquí para intentar mejorar su situación, algo que una de mis piedras preciosas podría proporcionarle —dijo la señorita Bingley, mirando a Elizabeth con malicia. —Y lo lograría con más seguridad que seduciendo a una señorita sin dote ni conexiones—. Elizabeth se quedó sin aliento y se llevó una mano a la mejilla.

—Caroline, compórtate —espetó el señor Bingley.

—¿Con un librero? —El tono de la señorita Bingley estaba teñido de desdén.

—Ya es suficiente —dijo el señor Bingley, adelantándose para interponerse entre su hermana y Darcy, protegiendo así también a Elizabeth de la ira de la señorita Bingley. —Si no puedes comportarte con educación, se acabó la excursión.

Ella levantó la barbilla para mirar a su hermano con ira.

—Vamos, señorita Bingley —dijo Wickham con tono aburrido. —Estoy hambriento después de tanto buscar. Vamos a comer y le entretendré con algunos versos humorísticos—. Le dirigió otra sonrisa a Darcy. —No necesito ningún libro. Me sé varios de memoria.

Wickham le ofreció su brazo a la señorita Bingley y comenzaron a cruzar el césped, seguidos por la señora Hurst y una criada que se apresuraban por alcanzarlos. Wickham miró una vez por encima del hombro, sonriendo con aire burlón.

El señor Bingley se volvió con una mueca de disgusto. —Lo siento. Caroline a veces se cree demasiado importante.

—Estoy segura de que sólo estaba angustiada —dijo la señorita Bennet en voz baja. —Qué horror que ese pájaro volara hacia su cabeza. Debió de quedarse muy asustada.

El señor Bingley le dirigió a la señorita Bennet una sonrisa de agradecimiento. —Sí. Fue impactante.

Una mirada le reveló que Elizabeth tenía la boca apretada y el rostro inexpresivo, pero ella se percató de que Darcy la observaba y alzó la vista hacia el cielo.

—¿Deberíamos ir a buscar debajo del árbol, señor? —preguntó uno de los lacayos que aún permanecían cerca al señor Bingley.

—Bueno, sí, supongo. Pero no por mucho tiempo. No creo que podamos encontrarlo. Es algo tan pequeño entre las hojas.

—Podría haberse caído en cualquier momento —observó Elizabeth, dirigiendo la mirada desde la arboleda hacia el agua. —De hecho, dependiendo de lo cuidadosamente que la señorita Bingley examinara su sombrero, la piedra podría haberse perdido mucho antes de esta excursión.

—Es cierto —dijo el señor Bingley, recuperando el buen humor. Extendió la mano a Darcy. —Déjeme tomar los volúmenes que ha traído para que pueda regresar a su tienda. Ha sido muy amable al traerlos.

Darcy hizo una reverencia y sacó los libros del bolsillo de su abrigo. —No es nada.

—Puede que pronto necesite más—. El señor Bingley miró a Jane con ternura. —Últimamente tengo muchas ganas de retirarme al campo, y la propiedad que he visto tiene una gran biblioteca.

—Por supuesto, estaré encantado de proporcionarle más volúmenes, pero es posible que la propriedad incluya libros. En cualquier caso, le deseo mucha suerte en su empresa. —Darcy volvió a inclinarse, dirigiendo el gesto a algún punto entre Elizabeth y a la señorita Bennet. —Señorita Bennet. Señorita Elizabeth—. Con gran atrevimiento, añadió: —Señorita Elizabeth, le enviaré pronto el volumen que me pidió y, si le apetece, puede pasar cuando le resulte conveniente para pagarlo.

Ella le devolvió la mirada con ojos turbulentos. —Gracias.

Con una ligera inclinación de sombrero, Darcy se despidió. Nunca habría imaginado que envidiaría tanto a George Wickham por una tarde en el parque.

CAPÍTULO 18

El día siguiente al picnic fue tan agradable como el anterior, pero Elizabeth se quedó en casa de los Gardiner mientras el señor Bingley llevaba a Jane a dar un paseo matutino en su carruaje, que era bastante llamativo. Elizabeth tenía la fuerte sospecha que la elección de la actividad tenía tanto que ver con no tener que incluir a sus hermanas como con el clima, y no le importaba. Disfrutó del almuerzo con su tía, sin que Jane la observara atentamente en busca de señales de que estuviera soñando despierta con el señor Darcy.

Más aún, Elizabeth no quería estar fuera cuando llegara la explicación que tanto ansiaba. Se atrevía a esperar que él mismo le entregara el libro en el que había prometido esconder su carta. Sería un encuentro breve, pero un encuentro al fin y al cabo.

Pero no llegó ningún libro, ni por medio de un mensajero ni del señor Darcy, y Jane regresó con las mejillas sonrosadas y llena de exclamaciones sobre la habilidad del señor Bingley con su pareja de caballos bayos.

Más tarde, esa misma tarde, llegó una nota, pero sólo era otro mensaje para Jane. Lo leyó y se volvió hacia su tía, llena de emoción. —El señor Bingley pregunta si puede llevarme a tomar un helado y dice que pasará pronto a recogerme.

—¿Dos salidas en un día? —exclamó Elizabeth, feliz por su hermana. —Él está completamente prendado de ti.

Jane bajó la mirada hacia la nota que sostenía, sonrojándose.

La tía Gardiner la miró desde su escritorio y sonrió. —En breve estaré entrevistando a institutrices para tus primas, pero puedo prescindir de una doncella.

—Gracias, tía—. Jane se volvió hacia Elizabeth. —¿Quieres acompañarnos, Lizzy?

Elizabeth negó con la cabeza. —Tengo la sospecha de que el señor Bingley te quiere toda para él.

—Pero no es justo que yo vaya a tomar helado y tú no. Esta mañana ya me ha tenido toda para él.

—¿Tengo que recordarte que, si tu salida con el señor Bingley se convierte en una salida en grupo, se verá obligado a invitar a sus hermanas?

La expresión suplicante de Jane se transformó en pensativa. —Bueno, eso les ayudaría a conocerme más, y yo a ellas. Estoy segura de que se portarán mejor cuando convivamos más tiempo. Cuando nos encontramos con desconocidos, muchos no mostramos nuestra mejor cara.

Elizabeth sacudió la cabeza, en parte por la perspectiva demasiado positiva de Jane y en parte porque no quería que la privaran de la carta del señor Darcy, la cual sin duda llegaría pronto. —Estoy perfectamente a gusto aquí. Disfruta de tu señor Bingley y de tus helados y cuéntame todo lo que haya que contar sobre ambos.

—Si tú estás contenta, yo también —dijo Jane, dando su consentimiento. —¿Me prestas tu cinta verde?

—Por supuesto. Hoy no la voy a usar—. Elizabeth volvió a bajar la vista hacia su libro, pero su mente daba vueltas. ¿Acaso los helados eran el tipo de placeres que el señor Darcy temía que ella echaría de menos si le entregaba su corazón a un librero? Si era así, se lo aclararía.

¿Cómo podía compararse tal frivolidad con su ingenio y su humor irónico? ¿Con su amabilidad hacia los demás, como la pareja escocesa del mercado? ¿Para qué necesitaba helados cuando un hombre del carácter evidente del señor Darcy podía ser suyo para siempre?

—¿No estarás quedándote aquí solo para esperar el libro que el señor Darcy te prometió enviarte, Lizzy? —preguntó Jane, interrumpiendo los pensamientos de Elizabeth.

Levantó la vista y vio que su hermana la observaba con atención. —No. Tengo suficiente lectura aquí para mantenerme ocupada—. Elizabeth le dio unos golpecitos al catálogo de naturaleza, que no le parecía muy interesante, y lo abrió. —¿Por qué iba a necesitar otro

libro con tanta desesperación cuando aún no he terminado el que me prestó el tío Gardiner?

Jane siguió observándola con atención. —No has dicho qué libro es.

La mente de Elizabeth daba vueltas, ya que ella y el señor Darcy no habían hablado de libros mientras estaban en la arboleda. Levantó el volumen que estaba leyendo. —Es un registro sobre las polillas y las mariposas inglesas.

—No ese libro —dijo Jane con tono seco. —En el parque, el señor Darcy dijo que te enviaría el libro del que habían hablado y tú le lanzaste una mirada muy extraña.

—¿En serio?

Jane asintió con la cabeza. —Sí.

—¿El señor Darcy se reunió con ustedes en el parque? —preguntó la tía Gardiner frunciendo el ceño. —No estoy segura de aprobar eso.

—No se unió a nosotros, sino que se pasó para entregarle unos libros al señor Bingley —se apresuró a decir Elizabeth. La desaprobación inmediata de su tía la inquietó. Al fin y al cabo, la tía Gardiner se había casado con un comerciante y parecía muy feliz.

—Ah —asintió su tía. —Bueno, fue muy amable de su parte, pero no deberías haberlo entretenido hablando de libros, Elizabeth. Un hombre como el señor Darcy necesita estar en su tienda si quiere comer a diario.

¿Le estaba recordando la tía Gardiner que el señor Darcy era pobre? —No se quedó para hablar de libros conmigo, sino para ayudar a buscar el sombrero de la señorita Bingley.

Eso provocó precisamente la pregunta que Elizabeth esperaba, y desvió los pensamientos de Jane y la tía Gardiner sobre el señor Darcy con un relato extravagante sobre cómo un halcón le había robado el sombrero a la señorita Bingley. Pronto, la tía Gardiner estaba demasiado ocupada riéndose y Jane demasiado ocupada corrigiendo las exageraciones de Elizabeth como para preocuparse de que el señor Darcy le trajera un libro a Elizabeth.

—Bueno —dijo la tía Gardiner cuando Elizabeth terminó de hablar. —Parece que fue una suerte para la señorita Bingley que su

hermano le pidiera libros al señor Darcy. Estoy segura de que ella le estará muy agradecida por haber encontrado su sombrero.

—Ella dijo que faltaba una de las piedras preciosas y lo acusó de habérsela guardado —dijo Elizabeth con sequedad.

—Oh, cielos. Si faltaba una piedra, podría haberse caído en cualquier momento durante aquella terrible experiencia —dijo la tía Gardiner con simpatía.

—Jane y el señor Bingley estaban allí cuando el señor Darcy tiró el sombrero del árbol —dijo Elizabeth—. Estoy segura de que se habrían dado cuenta si él hubiera empezado a desmontarlo.

—¿Quién pone piedras preciosas en un sombrero? —La tía Gardiner sacudió la cabeza, desconcertada.

—¿Y eso fue antes o después de que ustedes estuvieran hablando de libros? —preguntó Jane de repente.

Elizabeth miró a su hermana con aire inocente. —¿Qué fue antes o después?

—Cuando el señor Darcy tiró el sombrero de la señorita Bingley del árbol.

—Después, claro. Hablamos de libros mientras lo buscábamos.

—¿Y qué libro han acordado que te traerá?

—*El Castillo de Rackrent* —respondió Elizabeth con repentina inspiración.

—¿Y de qué trata? —insistió Jane, tan tenaz como un perro de caza.

Elizabeth sonrió dulcemente. —Es la historia de la ruina de una propiedad, y es a la vez cómica y trágica.

—Eso suena como algo que te gustaría —comentó la tía Gardiner, volviendo a centrar su atención en las páginas que tenía abiertas sobre el escritorio.

—Sí —respondió Elizabeth con una sonrisa. —Supongo que sí.

Jane se encogió de hombros y finalmente volvió al bordado que había dejado a un lado cuando les llegó la nota del señor Bingley.

Más tarde, la tía Gardiner se reunió con las aspirantes a institutriz y Jane se marchó del brazo del señor Bingley, seguida por una criada, por lo que Elizabeth tuvo la rara suerte de quedarse sola. No podría haber deseado un mejor momento para recibir tal regalo,

pues un muchacho le entregó un volumen envuelto y Elizabeth no tuvo que darle explicaciones a nadie cuando subió a su habitación para desenvolverlo y descubrir *El Castillo de Rackrent*. Sonrió al ver la portada, ridículamente complacida de que el señor Darcy hubiera recordado su breve mención del libro y su interés por él.

Pero una entretenida y trágica historia de ruina no era lo que quería leer en ese momento. Hojeó el libro hasta que encontró varias páginas de papel fino y cuidadosamente doblado. Con las manos temblorosas, abrió la carta. Ahora sabría qué era lo que el señor Darcy consideraba tan terrible en su vida como para alejarla de él.

Que se me niegue un saludo es cruel, aunque comprendo la necesidad, pues me gustaría dirigirme a usted con cordialidad y tener el placer de escribir su nombre.

Elizabeth leyó esa línea dos veces, preguntándose cómo la falta de un saludo podía afectarla tanto más que la existencia de uno.

Lo primero que debe saber es que nací en una gran familia y soy heredero de esa casa.

Frunció el ceño al leer esas palabras, escritas con letra firme y audaz. Si el señor Darcy era heredero de una gran familia, presumiblemente la propiedad de Pemberley que había mencionado el señor Bingley, ¿por qué temía que eso la hiciera huir de su afecto? ¿Y por qué no se lo decía? ¿Y por qué era un librero?

No me creerá, pero es cierto.

Eso le arrancó una sonrisa y siguió leyendo, decidida a reservarse su veredicto. O al menos a intentarlo.

Mi madre y su hermana eran hijas de un conde, nacidas con menos de dos años de diferencia, y eran muy unidas. Ambas se casaron con hombres ricos, que también eran amigos, aunque no parientes, el mismo año y en la misma ceremonia. Por lo tanto, a

nadie le sorprendió que ambas dieran a luz a los herederos de sus maridos casi el mismo día del año siguiente.

Ahí es donde las similitudes divergen, ya que mientras mi madre le dio un hijo a mi padre, mi tía le dio una hija a mi tío. Al ver rápidamente una forma de unir ambas familias y fortunas, los cuatro se propusieron que los dos bebés se casaran algún día.

Elizabeth se quedó sin aliento. ¿Entonces el señor Darcy estaba comprometido? ¿O casado? No se había equivocado al pensar que eso la alejaría de él.

Y se habían besado.

Un beso que ella había iniciado, recordó, y se sonrojó. También recordó lo atónito que se había quedado él, aunque era difícil que su comportamiento lo hubiera sorprendido más que a ella. Elizabeth no sabía qué le había pasado, salvo el terrible temor de no volver a verlo nunca más. Esa idea le había parecido ridícula, pero si él tenía intención de decirle ahora que estaba comprometido, su temor se haría realidad.

Esperando que no fuera a darle una noticia tan terrible, sobre todo después de su beso, continuó leyendo.

Las dos, mi madre y su hermana, tenían también un hermano mayor, el conde heredero. A él también le gustó la idea y la apoyó con todo su peso, al igual que su esposa. Sin embargo, debo aclarar que ni a mí ni a mi prima se nos consultó al respecto, y yo nunca he pedido su mano, ni ella ha aceptado tal propuesta por mi parte.

Aun así, según me han dicho, los seis estaban muy contentos y celebraban el pacto cada vez que se reunían, lo cual siempre se ha contado con frecuencia, a pesar de que la distancia entre las dos hermanas era de casi trescientos kilómetros. Pero ¿qué son trescientos kilómetros de buen camino? Poco más de media semana de viaje. Sí, lo considero una distancia muy fácil.

Elizabeth levantó las cejas. ¿Media semana de viaje? Solamente si se cambiaban los caballos a cada oportunidad, un gasto mayor que el que había asumido cualquiera con quien ella hubiera viajado jamás.

Pero ahora la historia se convierte en tragedia, ya que mi madre y mis dos tías fallecieron, no a la vez, pero sí con poco tiempo de diferencia, dejando viudos a los tres caballeros. Se podría pensar que eso pondría fin a las reuniones y al pacto matrimonial, pero, de alguna manera, la idea sólo se fortaleció.

Al crecer, solía estar a menudo con mis primos y mis dos tíos, y le tengo mucho cariño a la prima con la que quieren que me case, pero no la amo de esa manera, ni ella a mí. Cuando llegó el momento acordado, poco antes de alcanzar la mayoría de edad, me di cuenta de que no quería casarme con ella. Creo que ella habría soportado la unión, pero sólo por el sentido del deber.

Antes de que se pudieran leer las amonestaciones, acudí a los patriarcas y les confesé mi decisión. Decir que se disgustaron es como decir que el océano es una taza de té. Me ordenaron, me gritaron y me amenazaron, pero me mantuve firme. En represalia, me quitaron mi asignación.

Elizabeth siguió leyendo, fascinada.

Cuanto más me resistía, más presión me ejercían. Finalmente, temiendo que me confinaran físicamente, huí a Londres. Vendí lo que pude de mis pertenencias y le compré la librería a un anciano caballero, y luego me dediqué a ampliar poco a poco la colección. Durante un tiempo, me fue bien. Mis antiguos compañeros de colegio y universidad disfrutaban mucho frecuentando mi tienda, aunque nunca les confesé el motivo que me había llevado a darle ese giro a mi vida. Pero en poco tiempo, los patriarcas se enteraron de la nueva vida que me había construido y utilizaron su influencia y su poder para reducir mi clientela. Ahora dependo de clientes como su padre y su tío, que no están bajo la influencia de la élite londinense.

Ella supuso que se refería a hombres tan por debajo del nivel social de la alta sociedad que eran ignorados por ellos. No es que él insinuara tal cosa. En todo caso, sus palabras conferían un halo de nobleza a los parientes de Elizabeth por no dejarse influir fácilmente.

Ella apreciaba el tacto del señor Darcy, sobre todo si de verdad era tan distinguido como afirmaba en su carta.

Como puede ver, no le ofrezco sólo la vida sencilla y rigurosa de la esposa de un comerciante. Si lo hiciera, su decisión sería fácil, pero casarse conmigo conlleva la censura de tres hombres poderosos y vengativos, uno de ellos un noble. No puedo asegurar que no se vengarían de sus familiares si usted formara parte de la terminación definitiva a su búsqueda para que me case con mi prima, pero tampoco puedo prometer que no lo harían. Usted se arriesgaría a decepcionar a su familia, lo cual sería sin duda una carga terrible, pero, más que eso, se arriesgaría a hacerles daño.

Y por eso, aunque perdonara mi condición de pobre librero, no puedo cortejarla. En verdad, creo que es mejor que nunca vuelva a estar a solas conmigo ni siquiera un momento, pues ya he demostrado que no soy el caballero que debería ser. No cuando se trata de usted. Me tomé una libertad que no debía y le pido mis más sinceras disculpas.

Suyo en el corazón, aunque no en el nombre,
Adieu

Elizabeth se quedó mirando a la página con incredulidad. ¿Podría ser cierto? Era una auténtica locura.

Pero ¿qué ganaba él con semejante mentira? ¿Una esposa que creyera haberse casado con un hombre que en secreto estaba por encima de ella? No merecía la pena semejante engaño.

¿Podría estar loco el señor Darcy? Parecía bastante cuerdo.

¿O era acaso una forma elaborada de hacer que ella perdiera interés? Una vez más, parecía demasiado enrevesado para eso. La complejidad de la historia, unida a la falta de beneficios aparentes para él, la inclinaba a creerle, pero su escepticismo se lo impedía.

Leyó la carta dos veces más, buscando cualquier cosa que pudiera explicar una historia tan extraña. Finalmente, sintió que su soledad fortuita se desvanecía y dobló las páginas. Sabía que debía quemar la carta, aunque careciera de nombres y detalles, pero no podía desprenderse de su saludo y despedida. Dejando el libro sobre

la cama, Elizabeth rebuscó en su armario. Sacó su manto y tiró de las costuras del forro. Abrió un pequeño agujero, metió las páginas y sacó su costurero para remendar la costura.

Casi había terminado cuando se abrió la puerta del dormitorio.

Jane se detuvo un momento en la puerta y luego entró. —¿Por qué estás remendando aquí y no en la sala? —Su mirada se posó en el libro que estaba sobre la cama.

Elizabeth observó a su hermana fijarse en el título y contuvo una sonrisa. —Subí a leer, pero me distraje con el remiendo. Me pareció demasiada molestia bajar todo—. Le dio una última puntada y se levantó, esperando que las páginas estuvieran lo suficientemente planas como para no hacer ruido. Su capa parecía silenciosa mientras la guardaba en el armario.

—¿Por qué necesitaba un remiendo tu capa?

Elizabeth se encogió de hombros. —No estoy segura. Supongo que podemos culpar a la búsqueda del sombrero de la señorita Bingley—. Al percibir la profunda sospecha en los ojos de Jane, Elizabeth continuó: —¿Pasaste un buen rato con el señor Bingley?

El rostro de Jane se iluminó de alegría. —Oh, Lizzy, él dijo algo de lo más maravilloso. ¿Recuerdas que mamá escribió que él fue a Longbourn a tomar el té, acompañado por el tío Phillips?

—No podría olvidar algo tan horrible y tan maravilloso a la vez.

Jane le lanzó una rápida mirada por eso, pero su alegría era tal que no se detuvo a reprenderla, y continuó: —Bueno, el señor Bingley ha estado manteniendo correspondencia con el tío Phillips. Ha decidido que, efectivamente, alquilará Netherfield Park.

—¿De verdad? ¿Por fin se alquila Netherfield Park? Mamá se pondrá muy contenta. Sir William estará encantado—. Sir William, padre de la querida amiga de Elizabeth, Charlotte, que pronto se convertiría en la señora Collins, era al menos tan sociable como la señora Bennet.

—Lizzy, ¿crees que el hecho de que lo haya alquilado tiene algo que ver conmigo? —preguntó Jane, con un brillo de esperanza en la voz.

Elizabeth levantó ambas cejas. —¿Acaso crees que no?

Las mejillas de Jane se sonrojaron. —Me gustaría creer que sí, pero nos conocimos hace muy poco y hace sólo una semana que me ha estado cortejando.

—Jane, está enamorado de ti. Nunca he visto a dos personas tan completamente embelesadas la una por la otra.

Jane dejó escapar un suspiro de felicidad. —Espero que tengas razón.

—No puedo imaginarme que me equivoque—. Elizabeth intentó mantener un tono alegre, pero la envidia la invadió. Jane parecía tan feliz, y Elizabeth nunca le habría negado a su hermana un momento de alegría, sobre todo porque encontrarle esposo a Jane había sido el objetivo de su viaje a Londres. Sin embargo, Elizabeth también había encontrado a alguien a quien estimaba, pero debía tener mucho cuidado de no revelar su admiración.

Peor aún, ni siquiera estaba segura de si debía admirar al señor Darcy. No podía creer del todo su historia, pero tampoco podía descartarla. Tenía el refinamiento de un caballero. Lo había pensado desde la primera vez que había hecho una reverencia ante ellas en su tienda. Pero todo era tan increíble: conocer a un librero que en secreto era un caballero, y además uno con riquezas. Era como algo sacado de un cuento.

¿Quizás demasiado parecido? Afirmaba haber leído casi todos los libros de su tienda. ¿Podría haber sacado la historia directamente de uno de ellos?

No sabía qué pensar, pero si había que creerle al señor Darcy, aunque la reputación de ella soportara que se descubriera el afecto que sentían, la ira de tres hombres poderosos caería sobre ellos y tal vez incluso sobre su familia. Hombres, dedujo ella, con suficiente influencia como para que ni siquiera la riqueza del señor Bingley pudiera protegerlos, en caso de que se casara con Jane.

Pura locura.

—¿Elizabeth?

Se concentró en Jane, percibiendo su preocupación. —¿Sí?

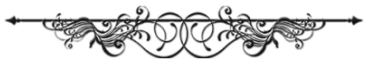
—¿Estás bien?

Elizabeth esbozó una sonrisa forzada. —Sí, pero he estado demasiado tiempo sola en esta habitación. Ven, vamos a buscar a

nuestra tía y le contarás lo del señor Bingley y Netherfield, y todas compartiremos tu alegría.

Jane asintió alegremente y salieron de la habitación. Ojalá Elizabeth pudiera dejar atrás sus preocupaciones con tanta facilidad.

CAPÍTULO 19



Darcy estaba de pie detrás del mostrador, con el periódico abierto delante de él. Tenía la intención de buscar en las páginas cualquier oportunidad para comprar libros, pero su mente seguía volviendo a la carta que le había enviado a Elizabeth.

¿Había sido demasiado atrevido? ¿Lo suficientemente convincente? ¿Lo consideraría ella una locura y nunca volvería a hablarle? ¿Debería haberle contado tanto o había revelado demasiado poco?

Miró por encima de su hombro hacia el reloj. Era posible que ella ni siquiera hubiera leído la misiva. Podría estar fuera o recibiendo visitas. Sin duda, no desenvolvería el libro y leería su carta con testigos cerca.

Se quitó las gafas y se frotó la cara con la mano. ¿Qué creía que iba a pasar? ¿Que ella correría a su tienda con una declaración de amor eterno en los labios? Elizabeth era inteligente y reflexiva. Si creía en sus palabras, y él no podía dar por sentado que lo hiciera, comprendería el peligro del que le había advertido. No sabía si su padre y sus tíos serían tan vengativos como para buscar represalias contra los familiares de Elizabeth, pero ¿era ese un riesgo que ella podía justificar, independientemente de lo que sintiera por él?

Sonó la campana y se volvió hacia la puerta con una esperanza desesperada.

Un niño de la calle entró, sosteniendo un trozo de papel doblado como escudo para que no lo echaran, ya que los niños como él eran famosos por tener manos rápidas. —Tengo una nota para usted, señor.

Darcy salió de detrás del mostrador para recibir al muchacho, aunque había descubierto que sus libros no le resultaban muy tentadores. —Gracias—. Le dio un centavo a cambio del trozo de papel.

—Y gracias a usted, señor —dijo el niño antes de desaparecer en la calle.

Darcy desdobló la misiva.

Esta noche, a las siete y media, en la taberna que lleva el nombre de la retribución de Henry, exigida por principios. Trae un libro.

Darcy le dio la vuelta a la hoja, pero no encontró nada más.

Por supuesto que reconoció la letra. Era de Richard. Darcy había tenido la esperanza de ver a su primo, y Wickham le había mencionado que Richard estaba en Inglaterra recientemente. Pero ¿por qué una misiva en clave entregada por un golfillo? Richard podía simplemente entrar en la tienda.

¿Y qué era "la retribución de Henry"? ¿Qué libro quería Richard? Había pedido "un" libro, no "el" libro, lo que daba a entender que el tema del libro importaba menos que su existencia.

¿Es que nadie en la familia Darcy era capaz de comportarse con normalidad?

Volvió a pasar detrás del mostrador. Por si acaso existía alguna necesidad real de mantener el secreto, quemó la breve nota. Bajando la mirada hacia el periódico abierto, Darcy se devanó los sesos buscando alguna conexión entre cualquier taberna que conociera y el hermano mayor de Richard, Henry.

Estaba el *Earls Table, Inn and Public House*, pero Henry no era más que el heredero natural, no el conde, y eso no tenía nada que ver con la retribución. Estaba el *Lord Popinjay's Pub*, que podría describir a Henry, pero tampoco tenía nada que ver con retribución. ¿Y por qué esa última parte, lo de "por principios"?

Un recuerdo surgió en la mente de Darcy. Uno de hacía media vida. Estaba en un árbol, creía recordar, con sus primos Richard y Anne abajo. Anne estaba enojada con Henry, y ella y Darcy habían discutido sobre el significado de la palabra "principio". Para Anne, principio significaba desquitarse de Henry.

Y le habían echado tinta por la cabeza. ¿Se refería Richard a la posada Inkwell? Darcy creía que tenía un salón público.

Tenía tiempo más que suficiente para contemplar el acertijo de Richard mientras el tiempo pasaba, marcado por la llegada de un último cliente y sin señales de Elizabeth. Cuando llegó la noche,

Darcy eligió un libro lo suficientemente pequeño como para caber en su bolsillo, cerró la tienda y se dirigió al *Inkwell*, que seguía siendo su mejor suposición de dónde lo estaría esperando Richard. Supuso que, si su suposición resultaba errónea, al menos podría tomar una comida caliente antes de regresar a su tienda.

Entró en la bulliciosa taberna, que estaba casi llena, y echó un vistazo a la sala, pero no vio a nadie conocido. Contempló a la multitud. Había pocos asientos libres. Quizás el pan y el té de su tienda serían una mejor cena.

—Oye, Fitz —lo llamó una voz.

Darcy miró en dirección al sonido.

Un par de hombres vestidos con ropa tosca, al fondo de la sala, levantaron sus jarras en su dirección. El más corpulento de los dos le hizo un gesto, instándolo a que se acercara. Darcy dudó un momento entre la curiosidad y la desconfianza, pero la primera ganó. Atravesó la sala.

Al llegar a la mesa, observó a los dos hombres. El más delgado sonrió de oreja a oreja, mostrando unos dientes blancos y uniformes

—¿Anne? —siseó Darcy, atónito.

Ella sonrió aún más. —…thony.

—¿Perdón? —¿Qué estaba haciendo ella allí?

—Has olvidado de …thony. Anthony Bourg, a tu servicio.

—Siéntate, Darcy —dijo el otro sujeto en voz baja. —Vas a llamar la atención.

—Richard —observó Darcy, sintiéndose un poco mejor por encontrar a Anne disfrazada en una taberna ahora que se daba cuenta de que Richard la había acompañado, pero también un poco más enojado. —¿Qué hacen ustedes dos aquí? —Dirigiéndose a Anne, añadió: —No deberías estar aquí, ni vestida así.

—Teníamos que hablar contigo —dijo Richard en un tono que daba a entender que eso debería ser obvio. Se rascó la barba postiza.

—Deja de hacer eso. Te la vas a quitar —dijo Anne.

—No con todo el pegamento que has usado. Me pica.

—Pobrecito—. Ella se volvió hacia Darcy. —Tienes buen aspecto.

—Y tú pareces estar coqueteando con la ruina. Si necesitaban hablar conmigo, ¿por qué no vinieron a la tienda?

Anne sonrió ampliamente. —Bueno, por un lado, esto es mucho más divertido.

—Eso no es...

—Por otro lado —interrumpió Richard, cortando a Darcy—, queríamos evitar a los espías de Wickham.

Darcy los miró fijamente. —¿Qué espías?

Anne negó con la cabeza. —Siempre eres tan ingenuo, Darcy.

—Tiene a dos hombres en la librería en todo momento —dijo Richard con seriedad. —Uno para vigilar la tienda y otro para seguirte cada vez que sales.

—No seas ridículo.

—¿Ah, sí? —Anne asintió con la cabeza. —¿Viste a ese tipo que se metió al final de la barra? Te siguió y, si lo piensas bien, creo que te darás cuenta de que ya lo has visto antes.

—No te le quedes viendo —espetó Richard cuando Darcy empezó a girarse. —Haz una señal como si quisieras hablarle a la camarera.

Darcy lo hizo, con la excusa de buscarla para echar un vistazo al final de la barra. El hombre que estaba allí le resultaba inquietantemente familiar.

—Bien —continuó Richard. —Ahora date la vuelta y saca el libro. Sí has traído un libro, ¿verdad?

Darcy sacó el pequeño volumen. —Sí.

—Ponlo sobre la mesa —ordenó Richard. —Para que parezca que estamos hablando de él.

Una camarera se acercó a Darcy. —¿Qué va a tomar?

—¿Qué hay caliente?

—Tenemos estofado. Viene con un panecillo recién horneado esta semana.

Lo que significaba que les habían sobrado panecillos rancios, pero Darcy asintió. —Lo tomaré.

—¿Cerveza?

—No, gracias.

Ella se encogió de hombros y se marchó.

Darcy se inclinó hacia adelante y dio unos golpecitos en el libro, siguiendo el juego de Richard, que seguramente era ridículo e innecesario. —Empecemos de nuevo. ¿Por qué ustedes dos necesitan hablar conmigo con tanta urgencia y por qué Wickham ha mandado vigilar mi tienda y seguirme?

Richard se encogió de hombros. —Siempre ha hecho que vigilen tu tienda y te sigan, así que cuando no mostraste ninguna intención de volver a casa en vista de los últimos acontecimientos, Anne y yo pusimos espías a sus espías. Tenemos fuertes sospechas de que Wickham está interceptando tu correspondencia, tanto la que envías a Pemberley como la que te envían a ti.

—¿Quieres decir que está robando mis cartas? —Darcy frunció el ceño. ¿Era por eso por lo que Georgiana ya no le escribía? O, al menos, ¿por eso creía él que no lo hacía? ¿Y por qué ella le había dicho que no sabía poner un lápiz sobre el papel?

—Es la única explicación que se nos ocurre —dijo Anne, dándole un trago a su cerveza.

—¿Explicación para qué? —preguntó Darcy. La preocupación lo invadió. —¿A qué te referías con *en vista de los últimos acontecimientos*?

Richard giró la jarra entre sus manos. —Tu padre se está muriendo.

Darcy se estremeció, pero enseguida sintió una fría sospecha. —Es uno de sus trucos.

—¿Así que has recibido sus cartas? —preguntó Anne.

Darcy negó con la cabeza. —No he sabido nada de mi padre desde que me engañó para que volviera a casa con la excusa de que Georgiana estaba enferma.

—Ah, sí —dijo Anne, dando otro sorbo. —La supuesta partida de caza—. Su expresión se iluminó. —Después de que te marchaste enfadado, cacé tres conejos. Vaya caza más buena que hay en Pemberley.

—El tío Darcy no está fingiendo estar enfermo —dijo Richard con firmeza. —Yo mismo he ido a verlo.

—Papá también —añadió Anne, ahora seria. —Y creo que está dudando, Darcy. Todos lo están. Henry tiene algunos hijos

bastardos, pero ni él ni Richard se han casado. Los patriarcas están envejeciendo y la salud del tío Darcy los está asustando. Quieren nietos y creo que están empezando a desearlos más que tener la razón.

—¿Tener la razón? —Darcy la miró con el ceño fruncido. La enfermedad de su padre explicaría sin duda todas las idas y venidas a las que había aludido Wickham.

Y también la conspiración para tenderle una trampa a Darcy.

Anne se encogió de hombros. —De eso se trata todo esto, ya lo sabes. Quieren tener la razón y demostrar que nuestra unión es lo mejor para nosotros. No quieren admitir que todos estos años de perseguirte por resistirte han sido un error.

—Todo es una cuestión de orgullo —dijo Richard con sabiduría.

Darcy sintió un escalofrío en el estómago. —¿Mi padre está realmente enfermo?

—Bastante —respondió Richard. —Apenas estaba coherente cuando lo visité.

Anne asintió con la cabeza.

Eso explicaba que Georgiana irrumpiera en su tienda con una carta llena de acusaciones. —¿Y Wickham ha estado robando mi correspondencia? ¿Con qué fin? —Mantener la distancia entre Darcy y su familia le convenía a Wickham, pero ¿incluso él impediría que Darcy viera a su padre enfermo?

—Para ser nombrado heredero de Pemberley cuando no dejes a un lado tu ira y regreses al lado de tu padre —dijo Anne.

—¿De verdad existe ese peligro? —preguntó Darcy, sorprendido.

—¿De que tu antiguo compañero embaucara a un anciano enfermo y solitario para quitarle todo lo que te corresponde por herencia? —Las palabras de Richard tenían un tono sarcástico. —Yo diría que es lo que ha estado intentando conseguir durante mucho tiempo.

—Y no hay forma de saber hasta dónde llegará para conseguirlo —añadió Anne.

Darcy se recostó en el banco, atónito. George Darcy no era viejo. Era cierto que no había visto a su padre en años, pero Darcy tenía

muchos recuerdos de él sano y salvo, y siempre en compañía. En concreto, la de Sir Lewis y el conde de Matlock.

Un tazón cayó con estrépito sobre la mesa frente a él. Darcy miró los trozos de carne desconocida que se movían en su interior y sintió náuseas. ¿Realmente se estaba muriendo su padre, con sólo Wickham para ofrecerle el consuelo que un hijo podía darle?

Richard le pagó a la camarera que esperaba y ella se marchó.

Anne se inclinó hacia adelante de nuevo, decidida. —Escucha, Darcy, no creo que Wickham se rinda fácilmente. Quiero que te vayas con Richard ahora, esta noche. Tenemos caballos y un carruaje esperando en una posada a las afueras de la ciudad. Wickham está aquí, en Londres. Si no él se entera, podrás llegar a Pemberley antes que él.

—¿Creen que es necesario? —Sus palabras resonaban en la cabeza de Darcy, centradas en la idea de que su padre estaba muriendo. No podía dejar que su padre falleciera creyendo que a él no le importaba lo suficiente como para volver a casa. Su última conversación volvió a la mente de Darcy. Las acusaciones. Las palabras airadas y los ultimátums. Esa no podía ser la última conversación que él y su padre tuvieran jamás.

Anne asintió. —Yo sí.

—Yo también —añadió Richard.

—¿Y tú no vienes? —Darcy dirigió la pregunta a Anne, con una pequeña parte de él aferrándose a la sospecha de que todo esto era una elaborada trampa para llevarlo a Pemberley con ella. Si viajaban rápido, tal vez llegarían a tiempo para la lectura de las amonestaciones el domingo.

Ella negó con la cabeza. —No puedo acompañarte. La señora Jenkinson tal vez esté dispuesta a hacer la vista gorda si me escapo de vez en cuando a cambio de que me comporte correctamente en otras ocasiones, pero si desaparezco durante días, mi padre se daría cuenta.

Darcy asintió. La dama de compañía de Anne, la señora Jenkinson, contratada cuando Anne tenía catorce años, había demostrado a lo largo de los años su habilidad para mantener contentos tanto a su pupila como a su patrón, y para conseguir que

Anne se comportara de forma al menos medianamente respetable... la mayor parte del tiempo.

—Afortunadamente, Georgiana regresó a Pemberley a principios de semana para estar al lado de tu padre —continuó Anne. De lo contrario, tendríamos que ir a buscarla también.

—¿Seguro que no está enemistada con nuestro padre? —preguntó Darcy.

Anne le dirigió una mirada compasiva. —Por supuesto que no, pero no quiero que esté cerca de Wickham cuando se dé cuenta de que por fin has vuelto a casa. No con la dote que ella posee.

Darcy asimiló aquello, recordando lo crecida que parecía su hermana cuando había entrado en la tienda unas semanas atrás. —Estoy seguro de que ella ve a Wickham como a un hermano—. Al menos, eso esperaba Darcy. ¿Qué había hecho dejando que su hermana se relacionara con George Wickham durante años?

—Creo que sí —respondió Anne. —También creo que él la ve como un posible consuelo si no consigue toda la fortuna de tu padre.

—Y eso no podemos permitirlo —dijo Richard, apurando el resto de su cerveza. —Los caballos están en casa de Sir Lewis—. Se puso de pie.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Darcy, levantándose junto con Anne. —Debo revisar la tienda—. Había apagado las velas y cerrado con llave, pero aun así... —Y preparar una maleta—. ¿Y qué había de Elizabeth?

—Nos está observando —dijo Anne en voz baja.

—Pásame ese libro y estrecha mi mano —le ordenó Richard.

Darcy bajó la vista hacia el pequeño volumen y parpadeó. Había olvidado que había traído la anticuada colección de remedios herbales. Lo tomó y se lo entregó a Richard.

Richard le estrechó la mano. —Sal tú primero. Él te seguirá. Nosotros lo seguiremos a él.

—Tendrás más ventaja si él no se reporta con Wickham esta noche —añadió Anne.

A pesar de su preocupación por su padre y su hermana, Darcy sabía por su mirada cuando algo perturbaba a Anne. —¿Qué piensas hacer?

Anne se encogió de hombros. —Richard y yo tendremos mucho tiempo para hablar de eso mientras caminamos.

A Darcy no le gustó nada cómo sonaba eso. —¿Es realmente necesario todo esto? —repitió.

—Es tu mejor oportunidad para burlar a Wickham —dijo Richard. —Ya le parecerá sospechoso que te reúnas con gente en una taberna, aunque su lacayo parezca haber sido engañado. Si regresas a tu tienda y das la impresión de que te estás preparando para abandonar Londres, perderás toda la ventaja de la sorpresa.

Darcy asintió con la cabeza. Sus primos tenían razón. Si Wickham recibía cualquier aviso de que Darcy tenía intención de regresar a Pemberley, era imposible saber qué haría. Había disfrutado de todos los privilegios de la vida de Darcy durante años. No renunciaría a ello a la ligera.

—Y Darcy —le advirtió Anne antes de que pudiera darse la vuelta. —Cuando llegues allá, ten cuidado. Wickham ha tenido mucho tiempo para organizar las cosas en Pemberley a su antojo. ¿Quién sabe quiénes le son leales de entre el personal?

Darcy asintió sombríamente. Se alejó de sus primos y atravesó la taberna.

En cuanto a Elizabeth, ya se le ocurriría alguna forma de informarle de su paradero. Suponiendo que, después de leer su carta, a ella siquiera le importara saberlo.

CAPÍTULO 20

Elizabeth habría preferido leer el libro que le había regalado el señor Darcy en lugar de remendar, pero sabía que su escasa concentración no se lo permitiría. No con las revelaciones y afirmaciones de su carta dando vueltas en su cabeza. Así que, después del desayuno, se sentó en el salón del frente con su hermana y su tía, mientras Jane bordaba flores y la tía Gardiner repasaba sus notas sobre posibles institutrices, y luchó valientemente por no analizar una y otra vez cada palabra de la carta del señor Darcy. Cuando una de las criadas entró con el correo del día, Elizabeth levantó la vista del dobladillo en el que estaba trabajando, aliviada, con la esperanza de distraerse de sus pensamientos.

La chica le entregó varias cartas a su tía y luego se volvió hacia Elizabeth y Jane, que estaban sentadas en el sofá. —Hay una carta para la señorita Elizabeth y otra dirigida a las señoritas Bennet—. Les entregó los sobres.

—Gracias —dijo Elizabeth, tomando el suyo y entregándole el otro, que veía que era de su padre, a Jane.

Elizabeth abrió la carta, que era de Charlotte, y comenzó a leer:

Mi querida Lizzy:

Sé que he sido negligente al no escribirte. Seguramente ya sabes lo que voy a decirte, pues los rumores te habrán llegado casi más rápido que lo que viaja una carta, y sin embargo, temo tanto tu menosprecio que he pospuesto escribirte. Pero debo ser valiente, pues estoy feliz con mi elección así que voy a confesarlo: estoy comprometida con tu primo, el señor Collins.

Ya está. Sé lo que dirás. Conozco muy bien tu opinión sobre él. ¿No huiste a Londres para evitar sus atenciones, llevándote a Jane contigo para alejarla también de su alcance? Y, sin embargo, no es tan terrible. Es honesto, temeroso de Dios y bueno, con una buena posición y el patrocinio de un gran hombre. Además, al casarme con

el señor Collins, seré la dueña de mi propia casa, en lugar de ser una carga para mi familia. Es más de lo que me he atrevido a esperar durante muchos años. Por favor, piensa que esto será bueno para mí y que, de verdad, me hará feliz. Si me quieres tanto como supongo, también te hará feliz a ti.

Siempre tuya,
Charlotte

Elizabeth bajó la página con un suspiro, odiando pensar en su inteligente, capaz y sensata amiga casada con el adulador y torpe de su primo. Sí, sabía de su compromiso, pero hasta que Charlotte se lo contó, había mantenido la esperanza. Después de todo, la madre, las hermanas y la tía de Elizabeth ya habían difundido con alegría rumores falsos en otras ocasiones. En una carta reciente, habían casado a una heredera local, Mary King, con uno de los oficiales, el capitán Carter, destinado en Meryton, pero en la siguiente correspondencia le confesaron que sólo había bailado varias veces con el hombre y que luego la habían llevado a escondidas a casa de su tío.

—Papá quiere que regresemos a casa —comentó Jane.

El pánico se apoderó de Elizabeth. —¿Qué? ¿Dijo cuándo? ¿O por qué? —Si se marchaba de Londres ahora, ¿cuándo volvería a ver al señor Darcy?

—Supongo que porque Longbourn es nuestro hogar —respondió Jane con suavidad. —Y, al parecer, mamá insiste, ya que ha recibido una carta de la tía Gardiner relacionada con el señor Bingley.

La tía Gardiner levantó la vista de su lectura. —Le escribí para aclararle las cosas sobre el señor Bingley y Lydia. Pensé que me haría más caso a mí que a cualquiera de ustedes.

Jane miró a su tía con gratitud. —Eso ha sido muy amable de tu parte. Mamá está segura de que, como él está alquilando Netherfield Park, querrá retirarse al campo durante el resto de la temporada navideña.

—Pero tú y el señor Bingley ya están aquí, en Londres —protestó Elizabeth.

Jane se encogió de hombros. —De todas formas, papá dice que debemos elegir un día de la semana que viene y escribirle para decírselo, y él enviará el carruaje a mitad de camino para recogernos, así el carruaje de nuestro tío no tendrá que ir tan lejos.

La tía Gardiner volvió a levantar la vista de su lectura. —Tonterías. Sé lo mucho que disfruta tu madre haciendo visitas en esta época del año. Nuestro cochero puede hacer todo el viaje. Sólo tienen que elegir un día.

—¿Por qué no nos quedamos con ustedes hasta que viajen a Hertfordshire para Navidad? —preguntó Elizabeth, tratando de calmar la tormenta de emociones que se agitaba en su interior.

—Pero eso es dentro de más de una semana —dijo Jane frunciendo el ceño. —Prefiero ir antes y disfrutar de las celebraciones navideñas. Ya han empezado a decorar y han colgado las ramas de muérdago, sin nosotras—. Se sonrojó.

Aprovechando el impulso de ese rubor, Elizabeth dijo: —Pero ¿cómo podemos irnos si aún no has obtenido una propuesta del señor Bingley?

Jane se sonrojó aún más. —Tengo todas las esperanzas puestas en que, cuando se entere de que nos vamos, decidirá celebrar la temporada en Netherfield Park, tal y como cree mamá. Así podremos verlo mucho más y podrá conocer mejor a papá, a mamá, a Mary, a Kitty y a Lydia.

—¿De verdad quieres que los conozca mejor antes de que haya pedido tu mano? —preguntó Elizabeth desesperada.

—Ya los conoce a todos, excepto a papá —dijo Jane con aire recatado.

—Sí, y ya sabes qué mal salió eso. ¿Cuánta atención de mamá y Lydia crees que podrá soportar el señor Bingley?

La tía Gardiner bajó la página que estaba leyendo. —¿Hay alguna razón por la que no deseas regresar a Longbourn, Elizabeth?

Luchando por mantener la calma, Elizabeth respondió: —Simplemente no quiero que Jane ponga en peligro su relación con el señor Bingley. Puedo ver lo mucho que le gusta.

—No creo que su afecto sea tan frágil y voluble como para que una distancia de cuarenta kilómetros ponga fin a su interés por mí —

dijo Jane con firmeza.

—Muy bien, entonces. Si estás segura—. Elizabeth volvió a bajar la vista hacia su labor, sumida en un torbellino de pensamientos.

—Elizabeth, ¿ya le has pagado al señor Darcy por el libro que te envió? —preguntó la tía Gardiner.

Elizabeth levantó la mirada bruscamente. En silencio, negó con la cabeza.

—Quizás Jane y tú deberían ir ahora y saldar cuentas para estar de regreso en casa esta tarde—. La tía Gardiner se volvió hacia Jane. —El señor Bingley dijo que vendría más tarde, ¿no es así?

Jane asintió con la cabeza. —Sí.

—Entonces esta es la oportunidad perfecta para que visiten la librería por última vez y, una vez hecho esto, pueden elegir cualquier día de la próxima semana para partir, y nosotros las seguiremos el veintitrés—. La tía Gardiner les sonrió alegremente y volvió a su lectura.

—Supongo que no deberíamos irnos sin pagarle —dijo Jane lentamente.

—Sí —respondió Elizabeth, tratando de ocultar su nerviosismo ante la idea. Tal vez podría transmitirle algún mensaje al señor Darcy. Alguna esperanza... ¿De qué? ¿De que, si decía la verdad, le gustaría mucho que la cortejara? ¿Y si no era así? ¿Cómo iba ella a saberlo?

La incertidumbre la invadió, pero reprimió la emoción. Descubriría la verdad de sus palabras cuando lo mirara a los ojos. Siempre se había enorgullecido de su capacidad para evaluar y juzgar rápidamente a las personas. Aplicaría esa habilidad con el señor Darcy.

—¿Elizabeth? —dijo Jane en voz alta.

Elizabeth se volvió hacia ella, dándose cuenta de que no había prestado atención a la conversación entre Jane y su tía. —¿Sí?

—La tía Gardiner dice que mandará llamar al carruaje y a una doncella si estamos listas para partir.

Elizabeth asintió con la cabeza y se puso de pie.

En poco tiempo, estaban en el carruaje de su tío, de camino a la librería del señor Darcy. Elizabeth fijó la mirada en los edificios, los

vehículos y la gente que pasaban, y trató de no ponerse inquieta. ¿Qué le diría él? Seguro que se alegraría de verla.

¿Volvería a besarla?

Echó una rápida mirada a Jane, quien la observaba disimuladamente. No, el señor Darcy no besaría a Elizabeth hoy.

Ni ella quería que lo hiciera. Aún no había decidido si creía en sus extravagantes afirmaciones o, en caso de creerlas, qué haría al respecto. Una cosa era rechazar la propuesta del señor Collins, aun sabiendo que aceptarla proporcionaría seguridad a su madre y a sus hermanas, y otra muy distinta era alentar a un caballero cuyo afecto haría que sus parientes se vieran atormentados por tres hombres poderosos.

Llegaron a la librería y Elizabeth se bajó sin esperar al criado de su tío. Corrió hacia la puerta, ansiosa por ver la felicidad en el rostro del señor Darcy cuando entrara. Él sonreiría, lo que siempre lo hacía parecer más apuesto de lo que cualquier hombre tenía derecho a ser, y sus ojos se llenarían de calidez, y...

La puerta no se abría. Al mirar a través del cristal, se dio cuenta de que no había señales de vida en el interior. Se acercó a una de las grandes ventanas laterales y se protegió los ojos del sol con las manos. La luz que se filtraba a través de los gruesos cristales hacía que las motas de polvo quedaran casi inmóviles mientras descendían lentamente para posarse sobre los libros y el suelo. El señor Darcy nunca lo habría permitido si estuviera allí.

—Oh, cielos —dijo Jane detrás de ella. —No está. Lo siento, Lizzy.

No sólo estaba cerrada la tienda, sino que a Elizabeth le pareció que estaba... abandonada. Vacía. Casi podía sentir la ausencia del señor Darcy. —Vive encima de la tienda —murmuró, alejándose de la ventana para mirar hacia arriba.

—Bueno, no vamos a subir ahí —dijo Jane con tono horrorizado.

Elizabeth se volvió hacia ella. —Por supuesto que no—. No con Jane y una criada como testigos. Miró arriba y abajo de la calle. —Probablemente haya ido al mercado a comprar algo para comer.

La incertidumbre arrugó el ceño de Jane. —Deberíamos simplemente volver otro día.

—No seas tonta. No está lejos. El lacayo puede venir con nosotras mientras el cochero espera aquí.

Sin darle tiempo a Jane para discutir, Elizabeth llamó a la criada y al lacayo y se puso en marcha. Cuando Jane la alcanzó, le dirigió a Elizabeth una mirada molesta, la cual fue ignorada rotundamente.

Sus pasos se aceleraron mientras avanzaban por el mercado, siguiendo el camino que él había tomado el día de su paseo. Sin duda, ahora lo encontrarían, comprando la cena. Él se burlaría de ella por haberlo seguido al mercado, pero sus ojos se llenarían de alegría al ver que lo había hecho.

Finalmente, llegaron al puesto donde la pareja escocesa vendía pan. Elizabeth se acercó con una sonrisa. —Señora Watson, dudo que me recuerde, pero soy amiga del señor Darcy y lo estamos buscando. Fuimos a su tienda, pero está cerrada, así que pensamos que podría estar aquí cerca. ¿Lo ha visto?

—Estoy segura de recordar a dos jovencitas tan bonitas como ustedes, señorita, pero me temo que no hemos visto ni rastro de él. Es extraño, porque esta mañana no ha venido a desayunar, como solía hacer. Le había apartado algunos de sus favoritos, pero no ha aparecido.

—Espero que no haya encontrado un nuevo panadero —refunfuñó el señor Watson desde el fondo del puesto. —Es nuestro mejor cliente.

—Muy cierto, señor Watson. Muy cierto —asintió alegremente su esposa.

—Ojalá yo fuera un librero —continuó el señor Watson. —Una bonita tienda como la del señor Darcy, y los libros no requieren que uno se levante y se ponga a hornear horas antes de que salga el sol.

—Pero, señor Watson, ya sabe lo que se dice: a quien madruga, Dios le ayuda—. La señora Watson se volvió hacia Elizabeth, negando con la cabeza ante las quejas de su esposo. —No le haga caso, muchacha. Y lamento no poder decirle dónde está su señor Darcy.

Aunque se sintió muy decepcionada, Elizabeth mantuvo la sonrisa. —Bueno, si lo ve, por favor dígale que la señorita Elizabeth lo estaba buscando.

—Por supuesto, muchacha—. La expresión de la señora Watson se llenó de esperanza. —Seguro que ahora no necesitará pan, ¿verdad?

Elizabeth no lo necesitaba, ya que los Gardiner tenían una cocinera muy competente, pero de todos modos compró unos panecillos y pagó un poco más, como sabía que lo haría el señor Darcy. Después de despedirse de los Watson, se dirigió de vuelta hacia el carruaje. Al acercarse, la esperanza volvió a invadirla, aunque esta vez más débil, pero se desvaneció cuando divisaron la tienda. Seguía cerrada. De vuelta en el carruaje, Elizabeth fijó la mirada en las ventanas oscuras y en la puerta impenetrable mientras se alejaban.

—Lamento que él no estuviera —repitió Jane.

Elizabeth se encogió de hombros, esforzándose por parecer indiferente. —En realidad no importa. Siempre puedo pedirle a papá que le pague por mí.

Volvió la mirada hacia la ventana, confundida y desesperada. ¿Por qué la tienda parecía tan tranquila y vacía? ¿Se había marchado? Pero ¿por qué? ¿Por qué había besado a Elizabeth y le había escrito una carta así para luego desaparecer? Su madre le había advertido muchas veces que había hombres que se aprovechaban de las damas y luego las abandonaban, pero, a pesar de su falta de experiencia en ese ámbito, Elizabeth no creía que un simple beso fuera lo que su madre quería decir. Un beso era el preludio, no el objetivo de un hombre.

Entonces, ¿por qué se había ido? ¿Y adónde?

Reflexionó sobre ello sin resultado mientras regresaban a casa de los Gardiner. Durante el almuerzo, le informaron a su tía de su fracaso y luego fueron a refrescarse antes de que comenzaran las visitas de la tarde. Fiel a su palabra, apenas se habían acomodado en el salón cuando una de las criadas presentó la tarjeta del señor Bingley y preguntó si estaban en casa para recibirlo a él y, por desgracia, a la señorita Bingley.

Elizabeth se dio cuenta de que el señor Bingley conocía al señor Darcy. Se volvió hacia la puerta, tan ansiosa como Jane en ese

momento por ver al señor Bingley. Para saber dónde estaba el señor Darcy, incluso estaría dispuesta a soportar a la señorita Bingley.

La mirada del señor Bingley se fijó en Jane en cuanto entró en la habitación. Saludó a su tía sin mirarla, aunque sus palabras y su tono fueron corteses, y luego se inclinó ante Jane, quien se sonrojó e hizo una reverencia. Volviéndose hacia Elizabeth, le dirigió otro saludo. Al igual que con su tía, aunque se dirigía a Elizabeth, su atención seguía fija en Jane. La señorita Bingley se limitó a inclinar ligeramente la cabeza hacia todas ellas.

Una vez sentados y encargado el té, Elizabeth se inclinó hacia delante para preguntar: —Señor Bingley, ¿tiene alguna idea de por qué está cerrada la librería del señor Darcy?

Él la miró sorprendido. —¿Cerrada?

—Sí. Pasamos por allí antes y estaba cerrada y no había nadie. Además, nadie ha visto al señor Darcy últimamente—. Elizabeth no entró en detalles sobre cómo había arrastrado a Jane por el mercado en busca de él, algo que tampoco se lo había mencionado a su tía.

—No sabría decirles —respondió el señor Bingley. —No he visto al hombre desde aquel día en el parque—. Se volvió para sonreírle a Jane.

—Lo más probable es que esté curándose la resaca de una francachela —dijo la señorita Bingley. —Ya sabe cómo son los comerciantes.

Las cejas de la tía Gardiner se arquearon.

El señor Bingley miró a su hermana con severidad y luego se volteó para decir: —Es probable que sólo haya salido. Está solo allí, ya sabe. Seguro que necesita salir de vez en cuando.

—La tienda parecía muy tranquila y vacía—. Elizabeth se abstuvo de añadir que el señor Darcy tampoco había ido al mercado, como era habitual.

La señorita Bingley resopló desdeñosamente. —Es probable que haya huido. Robó mi piedra, la vendió y huyó antes de que yo tuviera oportunidad de informarle a las autoridades. Por lo que nos ha contado el señor Wickham sobre él, es algo que haría este supuesto librero.

Elizabeth sintió cómo la ira la invadía.

—Eso es ridículo, Caroline, y no deberías poner gemas en un sombrero —espetó el señor Bingley.

«O creer todo lo que te dice el señor Wickham», pensó Elizabeth, y trató de no preocuparse por el hecho de que un hombre que conocía a los Darcy de Pemberley tuviera tan mala opinión de este señor Darcy.

La señorita Bingley miró a su hermano con cara de disgusto.

—¿Cómo van sus planes para alquilar Netherfield Park? —preguntó Jane con entusiasmo.

El señor Bingley se animó al instante. —Muy bien, ya que el lugar es mío durante doce meses. Su tío ha sido de gran ayuda para garantizar que contamos con el personal necesario y pronto Caroline y yo iremos a ver los últimos detalles. A propósito, ¿puedo preguntarles cuáles son sus planes para las fiestas navideñas, señorita Bennet? ¿Señorita Elizabeth?

—Nuestro padre nos ha pedido que regresemos a Longbourn tan pronto como nuestro tío pueda prescindir de su carruaje —dijo Jane.

—¿En serio? —Los ojos del señor Bingley se iluminaron. —Bueno, podemos ahorrarle el esfuerzo a los caballos y al carruaje a su tío. Estaremos encantados de partir hacia Hertfordshire el lunes y nos encantaría llevarlas.

La señorita Bingley frunció el ceño. —Estoy segura de que no hay sitio, Charles.

Por una vez, Elizabeth estuvo de acuerdo con la señorita Bingley. No podía marcharse de Londres tan pronto. No sin ver al señor Darcy.

—Tonterías —dijo el señor Bingley sin molestarse en mirar a su hermana mientras hablaba. —Los cuatro cabremos perfectamente y cualquier empleado adicional puede ir en el segundo carruaje con el equipaje.

—No tenemos empleados —dijo Elizabeth rápidamente. —Y si los acompañamos, no podemos pedirle a una de las criadas de nuestra tía que nos acompañe, porque ¿cómo volvería?

—Me atrevo a decir que estarán suficientemente acompañadas con ustedes dos y la señorita Bingley —comentó la tía Gardiner, dirigiendo una mirada cálida al señor Bingley. —No creo que mi

hermana Bennet se oponga al arreglo, y sería muy amable de su parte llevarlas, señor Bingley, ya que usted también se dirige para allá.

—Entonces está decidido —dijo el señor Bingley alegremente. —El lunes será. Será un día estupendo.

—Supongo que sí, ya que no se me ocurre ninguna objeción razonable —dijo la señorita Bingley con tono seco.

Jane y el señor Bingley se sonrieron, sin parecer estar escuchando.

—No hace falta que sea tan pronto —se atrevió a decir Elizabeth. —No queremos apresurarlos. Deben de tener muchas cosas que hacer, ya que es la primera vez que se mudan al campo.

—No tenemos prisa —dijo el señor Bingley afablemente. —Y si se nos olvida algo, los Hurst nos lo pueden traer cuando ellos se reúnan con nosotros.

—¿Su hermana y su esposo pasarán las fiestas con ustedes en Netherfield Park? —preguntó la tía Gardiner, probablemente tratando de averiguar cuánto tiempo pensaba quedarse el señor Bingley en Hertfordshire.

—Así es —respondió la señorita Bingley en nombre de su hermano. —Entre ellos y el querido Wickham, tendremos garantizado un mínimo de civilización.

El señor Bingley frunció el ceño. —Yo no he invitado al señor Wickham. Me atrevería a decir que él estará en Derbyshire por Navidad.

La señorita Bingley miró a su hermano con desdén. —Yo lo he invitado. Estoy segura de que querrá celebrar una temporada tan importante conmigo.

El señor Bingley carraspeó. —Sí, bueno, podemos discutir la lista de invitados más tarde. Lo importante es que estaremos a su servicio el lunes, señorita Bennet. Y al suyo, señorita Elizabeth.

—El lunes es muy pronto —repitió Elizabeth. Sintió un dolor alojándose en su pecho. La tienda del señor Darcy no abriría el domingo. ¿Cómo iba a marcharse de Londres sin volver a verlo? —Y le debo al señor Darcy una suma por un libro que me envió.

Jane se volvió hacia ella, con ese destello de sospecha en los ojos una vez más. —Estoy segura de que podemos confiar en que el tío Gardiner le hará llegar el pago, y si salimos lo suficientemente temprano, podríamos llegar a Longbourn a la hora del almuerzo. Ya sabes que mamá querrá que el señor y la señorita Bingley coman con nosotros.

—Eso sería estupendo —dijo el señor Bingley con considerable entusiasmo.

—Bueno, esto es una gran casualidad —declaró la tía Gardiner. —Le escribiré a mi hermana Bennet para contarle sus planes y le informaré inmediatamente de su deseo de ayudar a Jane, a quien ha tenido la cortesía de prestar una atención especial—. Le sonrió cálidamente al señor Bingley.

Elizabeth supuso que con eso su tía quería decir que se aseguraría de que no quedara ninguna idea de que el señor Bingley sentía algún interés por Lydia. Elizabeth tragó saliva para contener su agitación, por una vez sin importarle el futuro de Jane. No cuando se veía obligada a dejar atrás al señor Darcy sin una palabra de explicación. ¿Quizás debería enviarle una carta a su tienda? ¿Le llegaría o sería devuelta a los Gardiner, delatándola?

¿Qué podría decir una carta así? *Si no es un mentiroso y un canalla, por favor, renuncie a su único medio de ingresos y venga a cortejarme, aunque su afecto pueda arruinar a mi familia*.

Completamente confundida, Elizabeth entrelazó las manos en su regazo. El señor Darcy tenía su dirección. Le había enviado libros al señor Bennet muchas veces. Elizabeth no le escribiría. En lugar de eso, esperaría y conservaría la esperanza. Si él no era un canalla, si quería hablar con ella, aunque fuera para decirle que no podían estar juntos, sabía dónde encontrarla.

Rezó para que lo hiciera.

CAPÍTULO 21

A pesar de la oscuridad de la noche, Darcy reconocía cada árbol, cada piedra, a medida que se acercaban a Pemberley. Montaba un caballo de alquiler de carácter fogoso, ya que habían dejado atrás el carruaje y el último tiro que habían contratado para ir más rápido, y el animal exigía toda su concentración. Aun así, controlar el entusiasmo del semental no distraía a Darcy lo suficiente como para mantener a raya el dolor sordo que lo invadía, los recuerdos que se agolpaban como moscas. Los más intensos eran los de sus dos últimas visitas, ambas terminadas en horribles discusiones. Él gritando. Su padre maldiciendo. Darcy cerró los ojos por un momento y luego los volvió a abrir hacia la noche. Se desvió del camino principal y subió por el camino de entrada, seguido por Richard.

Aunque era tarde, aún brillaba la luz en varias ventanas y un lacayo salió a sujetar las riendas en cuanto desmontaron. Darcy subió los escalones con dificultad, cansado tras un viaje tan largo en tan poco tiempo, y llamó a la puerta. Esta se abrió y apareció el rostro familiar, aunque envejecido, de Stevens, el mayordomo de Pemberley.

—Coronel Fitzwilliam —lo saludó el hombre, mirando más allá de Darcy. —Qué inesperado. ¿Ha venido a visitar al amo Darcy? Y ha traído consigo... —La voz de Stevens se apagó. Sus ojos se agrandaron. Extendió una mano para sujetar el hombro de Darcy. —El joven amo Darcy—. Las lágrimas brotaron de los ojos de Stevens. —Por fin ha vuelto a casa. Oh, señor, me alegro de verlo. Gracias al cielo que ha regresado a tiempo. Pase, pase—. Retrocedió hacia el interior, abrió la puerta y se volvió hacia un criado que esperaba. —Envía a alguien a los establos para que guarde los caballos. De camino, llama a la señora Reynolds. Dile que el joven señor Darcy ha regresado a casa—. Volviéndose hacia Darcy y Richard mientras el criado se alejaba apresuradamente, Stevens añadió: —Me encargaré de que suban sus equipajes.

Darcy sacudió la cabeza. —No traemos equipaje. Salimos a toda prisa en cuanto supe que mi padre estaba enfermo.

—¿En cuanto lo supo? —repitió Stevens, con el ceño fruncido. —Pero el señor Wickham ha intentado innumerables veces ir a buscarlo a Londres—. Miró más allá de ellos, hacia la noche, como si temiera no haber visto a un tercer hombre. —Incluso ahora mismo se encuentra en esa misión.

—Entonces el señor Wickham es terriblemente inepto con el idioma inglés, porque él nunca me ha transmitido tal noticia —dijo Darcy secamente, quitándose el gastado abrigo.

Stevens aceptó la prenda con expresión pensativa.

—Oh, señor Darcy —gritó una voz femenina.

Darcy se volvió y vio al ama de llaves de Pemberley, la señora Reynolds, que se apresuraba por el pasillo a una velocidad mucho mayor de la que le permitía su habitual dignidad.

Ella le echó los brazos al cuello, para su sorpresa, y lo abrazó con fuerza. —Gracias al cielo que ha vuelto a casa. Estaba empezando a perder las esperanzas—. Bajó la voz y susurró: —El señor Wickham ha estado presionando a su padre para que cambie su testamento, y ha enviado a su hombre—. Luego soltó a Darcy y se volvió hacia Richard. —Gracias, coronel, por hacer lo que el señor Wickham aparentemente no ha podido hacer.

—¿O no quiso? —Stevens convirtió las palabras en una pregunta.

La señora Reynolds le lanzó una mirada severa y asintió.

—¿Qué es todo este...? —dijo la voz de Georgiana desde lo alto de la escalera, quedándose en silencio al ver a Darcy. —¡Fitz! ¡Estás aquí!

Bajó corriendo las escaleras a tal velocidad que Darcy dio un salto hacia adelante para atraparla al llegar abajo, temiendo que no pudiera detenerse.

—Oh, Fitz —exclamó Georgiana, abrazándolo aún más fuerte que la señora Reynolds. —Has venido a ver a papá. Gracias, gracias, gracias. Creo que tu negativa a verlo lo está matando más rápido que sus dolencias.

Darcy abrazó a su hermana con fuerza.

—Señor Darcy —dijo una voz con algo menos de cordialidad. —¿Cómo es que ha llegado sin el señor Wickham?

Él miró por encima del hombro de Georgiana y vio a su dama de compañía, la señora Younge, quien los observaba desde lo alto de la escalera.

Georgiana lo soltó, con una sonrisa radiante a pesar de las lágrimas que le bañaban las mejillas. —¿A quién le importa que George no esté aquí cuando Fitz por fin ha vuelto a casa?

La señora Younge frunció el ceño. —Señorita Darcy, no hable así del señor Wickham. Ha sido un compañero fiel y leal para usted durante todos estos años.

—Y todos le estamos muy agradecidos, pero es al joven señor Darcy a quien el amo Darcy ha estado deseando ver —comentó la señora Reynolds en un tono seco que alertó a Darcy de la antipatía que sentía hacia la otra matrona.

—Richard, ¿tú lo trajiste? —preguntó Georgiana, dirigiendo su sonrisa a su primo. —Gracias.

—Fue idea de Anne —respondió Richard. —Ella opinaba que Darcy no podía ser tan tonto, y que si realmente supiera cómo estaban las cosas con el tío Darcy, regresaría a Pemberley de inmediato, y tenía razón.

Georgiana frunció el ceño, confundida. —¿Si realmente supiera? Pero yo te he escrito una y otra vez, y papá también, y George ha ido a verte muchas veces, Fitz. ¿Cómo es posible que no lo supieras?

Darcy miró a su alrededor, fijándose en Stevens y la señora Reynolds, la señora Younge y un puñado de criadas y lacayos atraídos por el alboroto y esperando para cumplir con sus tareas. —Ah, imagino que eso es algo que podremos discutir en otro momento.

—Pero no lo entiendo —dijo Georgiana.

—Disculpen, señores, señorita —dijo una mujer con uniforme de enfermera, uniéndose a la señora Younge en lo alto de la escalera. —El señor Darcy desea saber a qué se debe tanto alboroto. Se está alterando.

La felicidad borró toda consternación del rostro de Georgiana. —¿Está despierto? —Sujetó la mano de Darcy. —Tienes que ir a verlo.

Se pondrá muy contento.

—¡Señorita Darcy! —exclamó la señora Younge, bajando varios escalones. —No estoy segura de que sea una buena idea. Su hermano está cansado y agotado por el viaje, y el señor Darcy ya debería estar durmiendo a estas horas. No queremos molestarlo cuando es evidente que ya le cuesta conciliar el sueño—. Se volvió hacia la enfermera. —¿Verdad, enfermera Parker?

—Tonterías—. Georgiana tiró de la mano de Darcy. —Papá duerme todo el día. Si está despierto ahora, querrá ver a Fitz.

—Estoy de acuerdo con la señorita Darcy —dijo la enfermera Parker.

Darcy dejó que su hermana lo guiara por las escaleras, pasando junto a la señora Younge, quien tenía una expresión inflexible, y la enfermera Parker, quien lo observaba con curiosidad. Mientras avanzaba por el pasillo que le resultaba tan familiar, Darcy se sintió invadido por un temor incoherente. La última vez que había visto a su padre, George Darcy estaba sano y lleno de vitalidad. También estaba enojado, con una gran capacidad pulmonar cuando decidía usarla, y era una figura muy imponente.

En el carruaje que habían tomado para gran parte de su apresurado viaje de Londres a Pemberley, Darcy había interrogado a Richard sobre varias cosas, una de ellas el estado de su padre. Nadie sabía qué le aquejaba al anciano Darcy. Sir Lewis creía que se trataba de un simple debilitamiento del espíritu, pero el padre de Richard, el conde, pensaba que George Darcy había contraído una enfermedad que lo estaba consumiendo. En cualquier caso, Richard describía al padre de Darcy como debilitado, con las mejillas hundidas y frágil. A Darcy le dolía pensar en él así, y sabía que ese dolor sería aún más profundo cuando fuera testigo del deterioro de su padre.

También le había preguntado a Richard qué habían hecho él y Anne para retrasar al informante de Wickham. Con gran ligereza y, esperaba Darcy, exageración, Richard había descrito a Anne como Anthony Bourg, fingiendo conocer al hombre y acercándose a él en la calle cuando se aproximaban a la residencia de los Bourgh. Cuando Darcy había ido a los establos, Anne había entablado

conversación con el informante y, de alguna manera, había conseguido sacar un cuchillo y clavárselo accidentalmente en el pie. A continuación, había drogado al espía, que ahora cojeaba y gritaba, con láudano, que al parecer llevaba consigo listo para usarse, y le había pagado a varios curiosos para que lo llevaran con un cirujano.

Georgiana se detuvo y Darcy sacudió la cabeza para alejar los recuerdos de su loca carrera hacia Pemberley. Se concentró en la puerta familiar que tenía delante y respiró hondo.

Su hermana empujó la puerta de las habitaciones de su padre. —Entra —susurró. —Yo esperaré aquí fuera—. Le apretó la mano. —Me alegro tanto de que hayas vuelto a casa, Fitz—. Soltándolo, dio un paso atrás, como si hablar con George Darcy fuera una prueba que Darcy tuviera que afrontar solo.

Y él supuso que así era.

Entró en la familiar sala de estar y encontró todo tal y como era, excepto que a los retratos de la repisa de la chimenea se había añadido un cuadro bastante grande de Wickham. Para sorpresa de Darcy, su padre estaba sentado, envuelto en una manta, en un sillón junto al fuego. Darcy había supuesto que tendría que ir a buscarlo al dormitorio.

George Darcy levantó la vista del libro que tenía en el regazo y su expresión se quedó en blanco. Se limitó a mirar, con los ojos muy abiertos en su rostro delgado y demacrado.

Darcy se inclinó. —Padre.

El libro cayó al suelo con un golpe sordo cuando George Darcy se puso en pie con dificultad. Extendió ambos brazos. —Hijo mío. Hijo mío, por fin has vuelto a casa.

Él avanzó arrastrando los pies y Darcy se acercó a él, preocupado de que su padre se cayera, con las piernas enredadas en las mantas. Darcy se vio envuelto en otro abrazo, los brazos de su padre, delgados pero fuertes, lo estrecharon contra él durante un momento, y luego lo apartó para tomarlo por los hombros.

—Mírate, tan alto y erguido. La viva imagen de un Darcy de Pemberley. Ah, cómo te he extrañado, muchacho. ¿Por qué te has quedado fuera tanto tiempo? ¿Por qué atormentas así a un anciano?

—No eres tan viejo —dijo Darcy rápidamente, con la garganta a punto de cerrarse al pronunciar las palabras, aunque eran ciertas. De hecho, su padre no tenía tan mal aspecto como lo había temido. Estaba delgado y demacrado, sí, y pálido, pero no era un hombre tan cercano a la muerte como Darcy había temido encontrarlo. —Y lo siento. No me di cuenta de que estabas tan enfermo.

—Pero te lo dije cuando te escribí —dijo su padre. —Estaba en la carta que te envié justo después de la que te informé de que estaba dispuesto a renegociar tu matrimonio con Anne. No me digas que no lo recuerdas, aunque no te dignaste a responderme.

En Darcy floreció la esperanza de que las palabras de su padre significaran que renunciaría a la unión entre las casas Darcy y de Bourgh. Sin embargo, una repentina desconfianza se apoderó de él, provocada por cualquier mención al matrimonio y a Anne por parte de este hombre. —No he recibido ninguna carta de ese tipo—. Y tenía una idea bastante clara de por qué.

Como para demostrar que Darcy tenía razón, su padre sacudió la cabeza y afirmó: —Estoy seguro de que sí las recibiste. George dijo que te las entregó personalmente.

Darcy se puso tenso, intuyendo que se avecinaba una discusión. —Wickham es mucho menos honesto de lo que tú crees.

George Darcy negó con la cabeza. Se hundió de nuevoen su silla, afligido. —Él me advirtió que actuarías así.

—¿Cómo así? —Darcy intentó mantener la voz firme a pesar de la ira que crecía en su interior.

—Me ha dicho muchas veces que cuando hablabas de volver a casa, le explicabas cómo lo culparías por lo que te había sucedido. Por tus propias decisiones obstinadas. Que nunca reconocerías lo que me has hecho. A esta familia—. George Darcy levantó los ojos afligido. —No quería creer que la valoración de George fuera correcta y, sin embargo, aquí estás, comportándote exactamente como él dijo que lo harías.

Darcy apretó los dientes. ¿Acaso Wickham tenía una mentira preparada para cada eventualidad?

Se oyeron voces en el pasillo. Darcy reconoció las de Georgiana, Richard, la señora Reynold y una cuarta que le pareció que podía ser

la de la enfermera. Con un repentino alivio, Darcy se dio cuenta de que Richard añadiría el peso de su palabra a cualquier cosa que él pudiera decir en contra de Wickham.

Pero al ver el rostro demacrado de su padre y las ojeras que le rodeaban los ojos, Darcy se limitó a hacer una reverencia. —Hablaremos de esto con más detalle por la mañana, padre.

George Darcy asintió con la cabeza. —Creo que eso sería lo mejor. Deberías tener tiempo para pensar en lo que te dicta tu conciencia, hijo. Recuerda que el orgullo precede a la caída.

—No lo olvidaré —respondió Darcy con suavidad.

—¿Nos acompañarás a la iglesia por la mañana?

—Sí—. Darcy observó a su padre un momento más, deseando tener el encanto de Wickham para poder convencer fácilmente a su patriarca de la verdad.

—Estoy seguro de que Patrick estará dispuesto a ayudarte.

—¿Patrick? —repitió Darcy. No había pensado en su antiguo ayudante de cámara en años, aunque cuando se marchó de Pemberley lo extrañó mucho.

—Sí. Su familia ha servido a la nuestra durante generaciones. Su padre sigue siendo mi ayudante de cámara. ¿No creerás que lo echaría por tu terquedad?

Con esfuerzo, Darcy se contuvo para no rechinar más los dientes. —Esperaba que no lo hicieras, y me alegra ver que mi esperanza se ha cumplido.

Su padre asintió con la cabeza, pareciendo satisfecho al menos en ese aspecto. —Me alegro de que hayas vuelto a casa, hijo. Descansa.

—Tú también, padre.

Darcy se retiró al pasillo. La enfermera Parker le hizo una reverencia al entrar en la habitación de su padre, y él se dio la vuelta y vio que sólo Georgiana estaba esperándolo.

Ella se apresuró a acercarse a él. —¿Cómo está?

—Mejor de lo que me atrevía a esperar —respondió Darcy, con alivio en el tono de su voz.

Georgiana asintió. —Ha mejorado mucho en los últimos días. Desde que la enfermera Parker se hizo cargo de él.

—¿La enfermera Parker es nueva?

—Sí, y creo que es un gran cambio a mejor—. Le dirigió a Darcy una rápida mirada de disculpa. —No es que quiera criticar a George. Sin duda, ha sido simplemente maravilloso.

—Sí, estoy seguro de que sí —dijo Darcy con sarcasmo. —Pero ¿por qué elogiar la habilidad de la enfermera Parker sería un insulto para él?

—Cuando papá contrajo un resfriado este otoño, ninguno de nosotros le dio mucha importancia, pero George estaba convencido de que era más grave de lo que pensábamos, así que fue expresamente a Londres y trajo a la enfermera Bell, que cuidó de papá desde entonces, hasta la semana pasada, cuando ella también se enfermó—. Georgiana frunció el ceño. —Estábamos muy preocupados, porque no creíamos que lo que tenía papá fuera contagioso, y George también estaba en Londres. Pero la señora Reynolds encontró a la enfermera Parker, quien ha sido una bendición.

—¿Dónde está ahora la enfermera Bell? —preguntó Darcy, con una horrible sospecha gestándose en su interior. Anne le había dicho que debía tener cuidado con los miembros del personal que pudieran estar confabulados con Wickham, y cuando se trataba de conspiraciones, Anne solía tener razón.

—La enfermera Bell ha sido confinada en las habitaciones de las criadas. La señora Reynolds insistió en que la alejaran lo más posible de papá para que no lo contagiara de nuevo ni infectara a nadie más. La señora Younge dijo que debía quedarse en su habitación, junto a la de papá, y tuvieron una pequeña discusión, pero la señora Reynolds se salió con la suya.

Darcy miró a ambos lados del familiar pasillo. —¿Y dónde está ahora la señora Younge?

Georgiana se encogió de hombros. —Dijo que tenía que escribir una carta—. Enderezándose, su hermana añadió: —No es necesario que se quede conmigo todo el tiempo. Ya no soy una niña.

—No, claro que no—. Darcy se frotó la frente, con la mente en tumulto. —Richard y yo hemos viajado mucho para llegar aquí. Creo que me retiraré.

—Tienes aspecto de cansado —dijo Georgiana en tono serio. Rápidamente, lo abrazó. —Me alegro mucho de que hayas vuelto a casa—. Y, con eso, se retiró a su habitación.

Tal era el caos en la mente de Darcy que no fue hasta que entró en su habitación cuando recordó las palabras de su padre sobre Patrick. Darcy se detuvo, mirando a su criado, sin saber cómo reaccionaría. Al fin y al cabo, él también había abandonado a Patrick cuando dejó atrás a su familia y Pemberley.

—Señor Darcy —exclamó Patrick, cruzando la habitación a toda prisa. —Me alegro mucho de que haya regresado, señor—. Lo miró de arriba abajo con ojo crítico. —Me han dicho que no ha traído equipaje para su estancia. Creo que sus pantalones antiguos aún le quedarán bien, y los chalecos no deberían suponer un gran problema, pero por su abrigo deduje que se le habían ensanchado los hombros, y no me he equivocado.

Darcy supuso que así había sido, después de tantos años trasladando libros. Perplejo, se quedó quieto mientras Patrick le daba vueltas, haciendo chasquear la lengua y resoplando.

—Sí, puedo encontrar pantalones que sirvan, pero no sé dónde encontraré una camisa y un abrigo. Si no le importa, será mejor que le quite la ropa que lleva puesta y la lave inmediatamente, por si no consigo encontrar prendas adecuadas antes de mañana. Y pensar que usted y el coronel han llegado de improviso sin equipaje. Él puede tomar prestada alguna prenda del armario del señor Wickham, pero usted es demasiado alto y, aunque consiguiera ponerle uno de los abrigos del señor Wickham, se le romperían las costuras. Tendremos que llamar al sastre a primera hora del lunes—. Patrick completó el círculo y se detuvo ante Darcy.

—Patrick, lo siento —dijo Darcy, con las palabras sonando extrañas en su boca. —No sé cómo habría podido incluirte en mi partida, pero lamento haberme ido sin avisar.

Patrick bajó la vista por un momento. Cuando volvió a levantar la mirada, dijo con firmeza: —Lo entiendo, señor. Todos lo entendimos, y ha sido bueno no tener que realizar mis tareas habituales, ya que así he podido ayudarle a la señora Reynolds.

—¿Ayudarle a la señora Reynolds? —repitió Darcy, intentando aflojarse el *cravat*. Si Patrick no iba a poder dormir hasta que lavara la ropa de Darcy, quería darse prisa y entregársela, por el bien de su ayudante de cámara.

Patrick le apartó las manos y desató el nudo con destreza. —Sí. La he estado ayudando con... bueno, con proteger a las mujeres de la casa.

Darcy lo miró con el ceño fruncido. —¿Qué quieres decir?

—El señor Wickham es muy generoso a la hora de repartir su afecto —dijo Patrick con tono seco.

—¿Lo sabe mi padre? —preguntó Darcy, sorprendido. Por mucho que George Darcy apreciara a Wickham, no toleraría que se aprovecharan de sus empleadas.

—No quiere creer nada de eso. Él y la señora Reynolds tuvieron una fuerte discusión al respecto. Ella amenazó con presentar su renuncia, pero la convencimos de que se quedara. Stevens le hizo ver que, si se marchaba, el señor Wickham probablemente tendría voz y voto a la hora de elegir a su sustituta, y entonces ¿qué sería de las chicas?

—Muy sensato —murmuró Darcy, aturdido. ¿Qué había hecho al marcharse? Estaba preocupado por Georgiana, pero pensaba que, como mujer de la alta sociedad, estaba a salvo. Ni siquiera había pensado en el personal.

Patrick lo ayudó con el abrigo mientras continuaba: —Así que a la señora Reynolds y a mí se nos ocurrió que yo vigilara las escaleras que conducen a las habitaciones de las mujeres por las noches, y si alguna vez llegábamos a los golpes, como ya ha estado a punto de suceder en varias ocasiones, y me despedían, yo me iría a vivir con su hermana y su esposo, y recibiría la mitad de la pensión de la señora Reynolds cuando se retirara.

Horrorizado, Darcy miró fijamente la espalda de su ayudante de cámara mientras Patrick atravesaba la habitación llevando el abrigo para colgarlo. Cuando Darcy dejó Pemberley, había pensado únicamente en sus principios. En lo correcto y lo incorrecto, y en no dejarse pisotear. Había pensado muy poco en todos aquellos a quienes dejaba atrás. En sus responsabilidades hacia ellos.

¿Si lo hubiera hecho, se habría ido de todos modos? ¿Podría haberlo hecho? Una cosa era mantenerse firme en sus deseos y limitar el diálogo con su hermana a la palabra escrita, pero otra muy distinta era anteponer sus deseos al bienestar de tantas otras personas. Especialmente de aquellas que confiaban en él, como próximo dueño de Pemberley, para su seguridad y bienestar.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Patrick.

Darcy parpadeó, dándose cuenta de que su ayudante de cámara estaba de nuevo ante él. —No. He sido un necio. Un sinvergüenza y un canalla. No puedo creer que los haya dejado a todos al cuidado de Wickham.

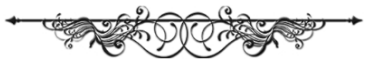
—No ha sido tan malo, señor. Él pasa mucho tiempo en Londres.

—Sí, bueno, ahora estoy aquí y arreglaré las cosas—. Sin importar lo que costara.

Patrick sonrió ampliamente. —Eso es lo que todos esperamos, señor.

Darcy asintió, con la determinación luchando contra la culpa en su interior.

CAPÍTULO 22



Elizabeth contemplaba el familiar paisaje desde la ventana del carruaje del señor Bingley con sentimientos encontrados. Amaba su hogar y se alegraba de regresar, pero un dolor agudo le oprimía el corazón. Una cuerda atada al órgano se extendía hasta Londres, desgarrándola.

—Qué lugar tan encantador y campestre —comentó la señorita Bingley.

—¿Verdad que sí? —dijo el señor Bingley con entusiasmo, sonriéndole a Jane desde el otro lado del carruaje.

Elizabeth se preguntó si él realmente no se había dado cuenta de que su hermana había dicho eso para insultar o si él simplemente prefería ignorar la indirecta de la señorita Bingley.

Doblaron por el camino que llevaba a Longbourn y pronto la curva del camino de entrada les permitió ver la casa solariega. Elizabeth observó la piedra familiar, el techo que necesitaba algunos ligeros arreglos y la forma en que se movía la cortina del salón delantero, lo que indicaba que al menos una de sus hermanas estaba mirando.

—¿Así que esto es Longbourn? —preguntó la señorita Bingley, recorriendo con la mirada cada brizna de hierba, cada arbusto y cada adoquín visible desde el carruaje. —Qué peculiar.

—¿No es un lugar pintoresco? —dijo el señor Bingley con entusiasmo. —Una casa preciosa e histórica. Una campiña muy bien cuidada.

Sentada junto a Elizabeth, Jane le sonrió. —Tenemos muchos senderos bonitos. Me encantaría enseñárselos, señor Bingley.

—Estoy segura de que lo haría —dijo la señorita Bingley con tono seco. —Sin embargo, no puedo imaginarme que Charles desee pasar mucho tiempo en una región tan recóndita.

—Tengo la intención de pasar mucho tiempo aquí —dijo el señor Bingley con firmeza. —¿Acaso no he alquilado una propiedad a menos de tres kilómetros de aquí?

En realidad, eran cinco, pero Elizabeth no vio motivo para corregirlo. Con tono suave, en un intento de devolverle la indirecta a la señorita Bingley, dijo: —De hecho, hay un agradable paseo desde aquí hasta su nueva casa, señor Bingley. Estoy segura de que Jane estará encantada de mostrarle el camino.

Jane se sonrojó y asintió.

El señor Bingley le sonrió radiante. —Espléndido. ¿Se puede ir a caballo? Vaya, podría estar allí en un santiamén, ¿no?

El carruaje se detuvo y todos salieron, incluso la señorita Bingley, encantada de poder caminar en lugar de ir apretujada. No es que el carruaje del señor Bingley no fuera bueno, pero los caminos siempre estaban llenos de baches en el invierno.

La señora Bennet salió, seguida de Kitty y Lydia, y se apresuró a saludarlos. —Señor Bingley. Qué alegría volver a verlo, señor. Qué amable ha sido al traer a nuetra Jane a casa. Mi hermana Gardiner me lo ha explicado todo en una carta. Qué travieso fue usted al no decirnos la última vez que estaba cortejando a Jane. Pero es comprensible, ya que Jane es la más bonita de mis hijas. Por favor, pase a tomar el té.

Lydia miró de reojo a Jane antes de pestañearle al señor Bingley. —¿Ha traído algún regalo de Londres para mí, señor Bingley?

Jane frunció el ceño hacia su hermana menor.

La señorita Bingley miró de una Bennet a otra con horror mal disimulado. —De verdad, Charles, no podemos entretenernos. Debemos ir a Netherfield, el lugar que has adquirido. Si lo que he visto hasta ahora de Hertfordshire es indicativo de algo, tomará mucho trabajo prepararlo para la llegada de los Hurst.

—Netherfield Park es una casa espléndida —comentó la señora Bennet, dirigiéndose a la señorita Bingley a pesar de que aún no habían sido presentadas. —Muy bonita. Y el personal lo tiene todo en orden. Todo Meryton ha esperado su llegada.

—¿Lo ves? —le dijo el señor Bingley a su hermana. —Todo está bajo control.

—¿Esperas que el personal rural organice tu casa a tu gusto? —dijo la señorita Bingley con desdén. —Por favor, Charles.

Lydia soltó una risita y dejó de pavonearse en busca de la atención del señor Bingley para susurrarle algo a Kitty, quien miró a la señorita Bingley y se rio.

El señor Bingley se volvió hacia la señora Bennet. —Señora Bennet, ¿me permite presentarle a mi hermana, la señorita Bingley? Caroline, estas son la señora Bennet, madre de las señoritas Bennet y Elizabeth, y sus hermanas, las señoritas Kitty y Lydia.

—No tiene que presentar a Kitty primero, señor Bingley —declaró Lydia, acercándose a él. —Sé que es mucho mayor que yo, pero todos dicen que yo soy más bonita.

—No todos —replicó Kitty con brusquedad.

Parecía que la señora Bennet no había oído nada. —Estamos encantados de tenerla en nuestra casa, señorita Bingley —dijo mientras se daba la vuelta e indicaba con un gesto que la siguieran al interior. —Hill ha preparado un té estupendo. Simplemente delicioso. Ni siquiera notarán que están en el campo.

Elizabeth se dio cuenta de que su madre había entendido los insultos que la señorita Bingley le había lanzado, y quedó impresionada por la tolerancia de la señora Bennet. Pero, claro, ella deseaba con todas sus fuerzas que el señor Bingley pidiera la mano de una de ellas. Afortunadamente, por la forma en que había ignorado los coqueteos de Lydia, Elizabeth dedujo que a la señora Bennet no le importaba si él pedía la mano de Lydia o de Jane. Las cartas de la tía Gardiner debían de haber sido muy directas.

En el interior, les dieron un momento para refrescarse y luego se reunieron para tomar el té. Una vez que se sentaron y las criadas se retiraron, la señora Bennet se volvió hacia Jane. —Jane, querida, sirve tú. Quiero que el señor Bingley vea lo decorosa que eres. La anfitriona perfecta. Vaya, señor Bingley, los modales de Jane son tales que podría servir a cualquier caballero o lord y hacerle honor a su esposo.

—Mamá —murmuró Jane, sonrojándose.

—¿Entonces es raro que alguna de sus hijas sea experta en servir el té? —preguntó la señorita Bingley con dulzura.

La señora Bennet la miró sin comprender.

—¿Por qué querría alguien ser buena sirviendo el té? —preguntó Lydia riéndose. —Es una habilidad muy aburrida.

Kitty se rio tontamente.

La señorita Bingley miró a las dos como si las hubiera encontrado debajo de una roca que acabara de levantar.

—Ya he observado la elegancia de la señorita Bennet —dijo el señor Bingley, lo que le valió una mirada agradecida de Jane.

—¿La elegancia de Jane? —dijo Lydia con un resoplido.

La señora Bennet lanzó una mirada de advertencia a su hija menor antes de volverse hacia el señor Bingley. —Sí, bueno, señor Bingley, ¿ha dicho que pronto llegarán más invitados?

—En realidad, yo le dije eso a mi hermano —subrayó la señorita Bingley las tres últimas palabras.

La señora Bennet se volvió hacia ella con entusiasmo. —¿Y serán los amigos íntimos de su hermano? ¿Otros caballeros adinerados de Londres?

La señorita Bingley valoró a la señora Bennet tanto como a Kitty y Lydia. —Serán nuestra hermana casada y su esposo.

—Pero ¿y después? —preguntó la señora Bennet al señor Bingley. —Oh, pero debe invitar a todos sus amigos habituales, porque estoy segura de que un joven apuesto como usted tiene muchos—. Sus ojos se agrandaron. —Podría organizar un baile de Navidad.

—Oh, sí, organice un baile —exclamó Lydia. —Aquí sólo tenemos oficiales y no me sirven de nada. Requiero jóvenes apuestos de Londres.

—Sólo te disgustan los oficiales porque todos van detrás de Mary —dijo Kitty.

—Sólo están interesados en Mary porque ha estado viviendo en el pueblo con los Phillips, así que la ven todos los días —Lydia sacudió sus rizos. —Si me hubieran dejado quedarme con la tía Phillips, a estas alturas ya me habría asegurado la mano de un oficial.

—Pero creía que no querías uno—. Los ojos de Kitty brillaron de alegría ante la oportunidad de burlarse de su hermana menor, más vivaz.

—Mary tampoco tendrá ninguno, aunque el señor Bennet haya dado su permiso para que el señor Denny la corteje. No ahora que el

señor Bingley está aquí—. La señora Bennet le sonrió mientras hablaba. —¿Por qué debería Mary conformarse con un oficial cuando el señor Bingley traerá sin duda a un montón de caballeros solteros?

—¿Un montón de caballeros solteros? —Los labios de la señorita Bingley se curvaron con desdén. —Yo les aconsejaría a todos que se quedaran en Londres.

El señor Bingley miró a su hermana con mirada de disgusto. —Entonces, ¿por qué invitaste al señor Wickham?

¿El señor Wickham? Elizabeth había visto poco a ese hombre, pero ya había empezado a sentir aversión por él.

—¿El señor Wickham? —repitió Lydia. —Qué nombre tan agradable. ¿Es alto? ¿Guapo?

—¿Rico? —añadió la señora Bennet.

Elizabeth se preguntó si se darían cuenta si se marchaba. Su agitación por haber abandonado Londres sin hablar con el señor Darcy la hacía mucho menos tolerante con el comportamiento de su madre y sus hermanas. Intercambió una mirada con Jane, quien se encogió de hombros para indicarle que no podía hacer nada para detener su ridículo comportamiento y le pasó el té.

—Más importante aún —comentó Kitty. —¿Está buscando esposa?

—El señor Wickham está emparentado con los Darcy de Pemberley —respondió la señorita Bingley con rigidez. —Y nunca lo he visto interesado en cortejar a niñas.

Kitty se quedó con la boca abierta.

Si había que creer en la carta del señor Darcy, él debía de conocer bien al señor Wickham, pensó Elizabeth. Su mente volvió a las miradas de antipatía que se habían intercambiado ambos en el parque.

Lydia sonrió con aire burlón y sacudió sus rizos. —Si el señor Wickham no corteja a niñas, es una suerte que yo no sea una niña.

La señorita Bingley entrecerró los ojos.

El señor Bingley se rio entre dientes, por primera vez con nerviosismo. —Me temo que mi hermana siente algo por el señor Wickham.

—Pero ¿hay algún acuerdo? —preguntó la señora Bennet.

Elizabeth se estremeció involuntariamente ante la franqueza de su madre.

La señorita Bingley levantó la nariz y respondió con frialdad: —Tenemos un acuerdo no oficial.

La señora Bennet se encogió de hombros. —Entonces el señor Wickham sigue siendo libre de elegir.

—Mamá —intervino Elizabeth.

—Pues sí —La señora Bennet volvió a encogerse de hombros y se sirvió un pastelito.

—Apuesto a que me elegirá a mí en lugar de a ella —le susurró Lydia en voz alta a Kitty.

El señor Bingley carraspeó y miró alrededor de la mesa. Cuando llegó a ella, Elizabeth le dedicó una mueca de simpatía. Él volvió a carraspear y dijo: —Sí, bueno, es posible que el señor Wickham nos acompañe. Esperamos pasar la temporada aquí, en el campo. Es mucho mejor que pasar la Navidad en Londres. ¿Tienen algún plan especial para estas fiestas, señora Bennet?

—Vendrán los Gardiner, a quienes ustedes ya deben de conocer bien —respondió la señora Bennet. —Y el señor Collins llegará esta noche, aunque no se quedará para Navidad.

—¿El señor Collins vendrá? —preguntó Elizabeth. El señor Bennet no había mencionado nada al respecto en su carta. Puede que su primo ya no fuera una amenaza para Jane, pero seguía siendo una compañía desagradable.

—Sí, aunque no entiendo por qué tiene que quedarse aquí mientras corteja a Charlotte Lucas —resopló con disgusto la señora Bennet. —Debería quedarse en Lucas Lodge si tanto le gustan los Lucas.

Kitty volvió a reírse. —Mamá, no puede quedarse en Lucas Lodge mientras corteja a Charlotte. Sería muy inapropiado.

—No pronuncies su nombre en esta casa —exclamó la señora Bennet, como si ella misma no lo hubiera hecho hacía unos instantes. —No lo toleraré.

—¿Quién es el señor Collins? —preguntó la señorita Bingley, con los ojos brillantes de interés.

—El horrible hombre que nos echará de nuestra casa —se lamentó la señora Bennet, y empezó a abanicarse con la mano delante de la cara.

—El señor Collins es nuestro primo —apaciguó Elizabeth. —Creo que ya he mencionado que Longbourn es una propiedad vinculada, ¿no? Le corresponde a él, pero en este momento es párroco en Kent. Está comprometido con la hija de nuestros vecinos y amigos, los Lucas.

—Oh, ellos no son amigos míos —dijo la señora Bennet, abanicándose con más fuerza.

—Mamá, por favor, cálmate —murmuró Jane.

—Y su benefactor es Sir Lewis de Bourgh —añadió Lydia con un falso acento intelectual.

—¿Sir Lewis de Bourgh, de Rosings? —preguntó la señorita Bingley con entusiasmo. —Los de Bourgh de Rosings conocen bien al señor Wickham. Son parientes de los Darcy de Pemberley.

Elizabeth asimiló la información. ¿Podría entonces el señor Collins arrojar alguna luz sobre el contenido de la carta del señor Darcy? Sospechaba que el señor Wickham podría hacerlo, pero lo que había visto de él y su estrecha relación con la señorita Bingley no la animaban a pedirle su opinión.

La señora Bennet dejó de abanicarse y frunció el ceño con aire pensativo. —El señor Collins no deja de hablar de Sir Lewis y la señorita de Bourgh, y de Rosings, y si le gustan tanto, no veo por qué no se queda en Kent, en lugar de venir aquí a arrebatarme mi hogar.

—Mamá, no es culpa del señor Collins que sea él quien heredará Longbourn —dijo Jane.

—Y papá goza de muy buena salud —añadió Elizabeth.

Lydia sonrió radiante. —Y ahora tenemos al señor Bingley. No paras de decir que el señor Bingley traerá aquí a muchos caballeros guapos y ricos para que nos conozcan, mamá, así que debería dejar que Jane se quede con él.

Elizabeth se hundió en su silla. No necesitaba mirar a la señorita Bingley para sentir la expresión de desprecio en su rostro.

—Ah, sí, bueno... —El señor Bingley se calló y miró a Jane con nerviosismo.

—Y podemos empezar con este señor Wickham —añadió Lydia con alegría.

No importaba que el señor Darcy tuviera parientes poderosos y vengativos. La familia de Elizabeth estaba decidida a arruinarse sin ayuda de nadie. Ansiosa por alejar al señor Bingley de la presencia de su madre y sus hermanas antes de que arruinaran las posibilidades de Jane, Elizabeth dijo: —Señorita Bingley, debe de estar muy ansiosa por inspeccionar Netherfield Park. Por muy competente que sea el personal, imagino que habrá mucho que hacer, y sólo queda poco más de una semana para Navidad.

La señorita Bingley le dirigió una mirada sarcástica. —Como le he dicho antes a Charles, estoy deseando ver la propiedad rústica en la que ha decidido instalarse.

Con aire bastante sombrío, el señor Bingley asintió con la cabeza y se levantó, lo que hizo que todos se pusieran de pie. Se inclinó ante la señora Bennet. —Señora Bennet. Señorita Kitty. Señorita Lydia. Es un placer volver a verlas a todas.

—Pero no querrá irse ya —exclamó la señora Bennet. —Acabamos de sentarnos a tomar el té.

—El señor Bingley y su hermana han viajado desde Londres para ver Netherfield Park —dijo Elizabeth con firmeza. —No está bien aprovecharnos de sus buenos modales para retenerlos.

La señora Bennet pareció dispuesta a protestar pero, captando la mirada suplicante de Jane, asintió con la cabeza. —Muy bien, entonces. Regresarán mañana para una comida como es debido.

El señor Bingley hizo una reverencia. —Nos dará mucho gusto hacerlo, señora—. A continuación, se volvió hacia Jane, y una mirada embelesada reemplazó al instante a su gesto de preocupación. —Señorita Bennet, espero estar pronto de nuevo en su compañía.

Jane sonrió y bajó la mirada, con las mejillas sonrojadas. —Y yo en la suya, señor Bingley.

—Señor Bingley —dijo la señora Bennet en voz alta, como si el volumen diera más peso a sus palabras. —Nos alegra mucho que haya alquilado Netherfield Park. Usted es una excelente

incorporación al vecindario. Y señorita Bingley, si necesita ayuda con la decoración, mis hijas son muy hábiles con las cintas y las agujas.

—Me atrevería a decir que aquí nos necesitan a todas, mamá, para adornar Longbourn —interrumpió Elizabeth rápidamente. —Sobre todo con Mary en el pueblo.

—Ya te he dicho que Mary va a volver a casa. No necesita al señor Denny cuando el señor Bingley va a...

—Jane, ¿puedes acompañar al señor Bingley a la puerta? —dijo Elizabeth por encima de su madre.

Jane le dirigió una mirada sorprendida, pero asintió. Miró al señor Bingley, luego a la señorita Bingley y volvió a mirar al señor Bingley. —Por favor, vengan por aquí.

La señora Bennet se volvió hacia Elizabeth cuando los tres salieron de la habitación. —Elizabeth Bennet, ¿cómo te atreves a interrumpirme delante de los invitados? ¿Qué pensarán el señor Bingley y su hermana de tus modales? No permitiré que arruines las posibilidades de Jane con el señor Bingley como lo hiciste con el señor Collins.

Elizabeth se estremeció involuntariamente, segura de que la voz de su madre se había oído en el vestíbulo, y dijo en voz baja: —Lo siento, mamá. Me esforzaré por comportarme con más decoro en el futuro.

—Sí, bueno, ya lo veremos. Ahora ve a cambiarte la ropa de viaje antes de que llegue tu primo. No quiero que parezca que necesitas que él te pida matrimonio.

Elizabeth no tenía ni idea de qué aspecto de su vestido de viaje daba a entender que necesitaba la propuesta del señor Collins, pero se alegró de tener cualquier excusa para alejarse de su madre. Subió a su habitación, donde desempacó el baúl que el competente personal de Longbourn ya había descargado del carruaje. Mientras guardaba sus pertenencias, no pudo evitar preguntarse cómo reaccionaría el amable y gentil señor Darcy al conocer a su familia.

CAPÍTULO 23



Darcy estaba sentado en el salón más pequeño de Pemberley con su padre, Richard, Georgiana y la señora Younge. Hacía mucho calor en la habitación, elegida porque su tamaño permitía mantenerla caliente. Aun así, George Darcy estaba envuelto en mantas, aunque, a ojos de su hijo, tenía mucho mejor aspecto que el día anterior.

El día anterior. Domingo. Darcy frunció el ceño al recordar las horas que había pasado en el salón de su padre. Él y Richard habían intentado convencer a George Darcy de las mentiras y los abusos de Wickham.

No habían logrado gran cosa, salvo enfadar al padre de Darcy. George Darcy creía firmemente que Wickham era un hombre bueno y leal, y le recordaba constantemente a Darcy todas las veces que Wickham había intentado traerlo a casa. No importaba que Darcy negara tales intentos, ni que Richard corroborara su versión. George Darcy se limitaba a señalar que Richard servía al rey y a su país, y que rara vez pasaba más de dos semanas al año en Inglaterra.

Ahora, habían caído en un silencio que Darcy describiría como hosco si alguien le preguntara, pero dudaba que alguien lo hiciera. Él y su hermana leían los libros de la biblioteca de Pemberley, que para Darcy eran como viejos amigos perdidos. La señora Younge cosía y Richard echaba un vistazo al periódico. George Darcy estaba sentado junto a su hijo, taciturno y pensativo entre su nido de mantas. El único momento en que Darcy había podido descansar de la mirada severa de su padre en todo el día había sido cuando el sastre local le había tomado las medidas.

Se oyeron claramente unas pisadas en el pasillo. Darcy levantó la vista del libro, aún familiarizado con el paso de Steven, pero sin saber a quién pertenecían los segundos pasos. Había algo familiar en ellos...

Stevens entró, seguido de cerca de Wickham. —Señor, el señor Wickham pregunta si está usted...

—Ya te lo he dicho, Stevens, no necesito que me anuncien—. Wickham se rio entre dientes tranquilamente y empujó al mayordomo para pasar. —Siempre soy bienvenido aquí—. Su mirada se posó en Darcy.

—Por supuesto que lo eres, querido muchacho —dijo George Darcy, haciendo un gesto a Wickham para que se acercara.

Wickham se acercó y se inclinó profundamente. —Señor, me alegra mucho verlo tan bien.

—Sí, la enfermera Parker es una maravilla —respondió George Darcy. —Ven, hijo, siéntate a mi lado.

Las palabras, dirigidas a Wickham, hirieron a Darcy. Resistió el impulso de frotarse el pecho, con el corazón destrozado al oír a su padre dirigirse así a Wickham.

Este le dirigió una sonrisa burlona a Darcy y se sentó en el sofá junto a George Darcy. —Sí, he oído hablar de su nueva enfermera—. Le lanzó una rápida mirada a la señora Younge y luego la ignoró. —Georgie, tienes buen aspecto.

—Tú pareces cansado —respondió Georgiana, pero sonrió mientras hablaba.

—He cabalgado mucho para llegar aquí—. Wickham se volvió hacia Richard. —Coronel, oí rumores de que podría estar en Pemberley.

—Wickham —Richard inclinó la cabeza en señal de saludo. —¿Tuviste un buen viaje?

—Un poco agitado para mi gusto —respondió Wickham, dirigiéndose por último a Darcy. —Darcy, qué alegría verte en casa.

Darcy miró fijamente al otro hombre, pero mantuvo una expresión impasible. —Me alegro de estar en casa.

Wickham lo miró fijamente, buscando algo que Darcy no sabía qué era. Finalmente, Wickham volvió a sonreír con aire de suficiencia y se volvió hacia el padre de Darcy. —Señor, si no es demasiado atrevido por mi parte, tengo entendido que ha recibido la visita de su abogado. ¿Cree que ha sido prudente, estando tan enfermo y sin mí aquí para ayudarle?

La falsa preocupación de Wickham rayaba en lo nauseabundo.

—Sí, mi abogado estuvo aquí —dijo George Darcy.

—¿Hizo los cambios de los que hablamos? —preguntó Wickham con entusiasmo. —No es que sea asunto mío preguntarlo, claro está.

George Darcy sonrió con cariño a Wickham. —Teniendo en cuenta nuestra última conversación sobre el tema, tienes todo el derecho a preguntarlo, muchacho.

—¿Qué cambios hiciste, papá? —preguntó Georgiana.

George Darcy se volvió hacia ella. —No es un tema apropiado para un salón, querida, pero imagino que no pasa nada si los que están en esta habitación lo saben. Como habrás de suponer, George y yo ya hemos hablado largo y tendido sobre el asunto, aunque yo estaba casi fuera de mis cabales debido a mi dolencia. Afortunadamente, George estuvo allí para aconsejarme.

Wickham miró a Darcy con aire triunfante.

La preocupación se apoderó de Darcy. No por la riqueza, pues ahora sabía lo bien que podía vivir con poco, sino por el amor a su hogar. Por la gente de allí, a la que había descuidado durante demasiado tiempo. Por la tierra y los arrendatarios. Su padre no podía dejar Pemberley en manos de Wickham, quien lo administraría con tiranía y negligencia.

—Había pensado hacer lo que habíamos acordado, muchacho —le dijo George Darcy a Wickham. —Pero mi abogado me ha sugerido una alternativa mejor. Además, me he dado cuenta de que me dejé llevar por las emociones durante nuestra conversación, sobre todo porque mi mente estaba nublada por la enfermedad—. Le lanzó una mirada a Darcy. —Cuando me enteré de que mi hijo iba a casarse con una señorita del campo de Hertfordshire, me enfadé mucho.

—¿Yo iba a qué? —preguntó Darcy, horrorizado de que cualquier rumor sobre Elizabeth hubiera llegado a oídos de su padre, y menos aún a través de Wickham.

—George me ha informado de tu enamoramiento —dijo George Darcy con rigidez.

Darcy negó con la cabeza. —No le he hecho tal proposición a ninguna mujer—. No permitiría que Elizabeth ni sus parientes fueran acosados.

—Pero, señor —interrumpió Wickham, con el entusiasmo atenuado. —¿Qué hay de su testamento? ¿No ha tomado las

medidas que acordamos?

—No te preocupes, hijo, todavía he sido generoso contigo—. George Darcy extendió la mano para darle palmaditas a la de Wickham. —He invertido veinte mil libras para ti.

—¿Invertido? ¿Veinte mil? —repitió Wickham, enrojeciendo.

Richard arqueó las cejas, pues era una suma considerable, pero por lo que Darcy había visto, veinte mil no le durarían ni dos años a Wickham.

—Sí —dijo George Darcy con sabiduría. —No podrás acceder al capital hasta que te retires de tu carrera en la abogacía, pero los intereses se pagarán trimestralmente, a menos que desees reinvertirlos, lo cual es lo que te aconsejo.

—¿No podré acceder al dinero? —soltó Wickham.

—Oh, papá, es muy generoso de tu parte —dijo Georgiana. —George, debes de estar encantado, y tú, más que nadie, mereces tal generosidad.

Wickham apretó los labios en lo que podría haber sido una sonrisa. —¿Y el resto, señor? ¿Y Pemberley?

—Mi testamento ahora establece que, si Fitzwilliam se casa a mi satisfacción, seguirá siendo mi heredero, y me he abstenido de mencionar específicamente a Anne—. George Darcy dejó escapar un largo suspiro. —Creo que esta enfermedad me ha hecho tomar conciencia de mi mortalidad. Lo que más deseo es saber que mi linaje seguirá administrando estas tierras, ya sea a través de la señorita de Bourgh o de otra joven igualmente aceptable.

—Qué amable por tu parte —dijo Georgiana. —Eso es bueno, ¿verdad, Fitz?

Darcy asintió. —Es una mejora, pero me gustaría saber qué cualidades se consideran satisfactorias en una dama y dónde encaja mi afecto por ella en esa lista.

George Darcy alzó la mirada al cielo. —Afecto. Tu generación le concede demasiada importancia al afecto en el matrimonio. El matrimonio existe para forjar uniones entre familias. Para amasar fortunas, de modo que aquellos de nosotros destinados a gobernar Inglaterra mantengamos los medios para hacerlo—. Sacudió la cabeza.

Los ojos de Wickham brillaron. —¿Así que no va a renunciar a la unión de Darcy con la señorita de Bourgh?

—No tengo intención de casarme con Anne —dijo Darcy con firmeza.

Su padre dejó escapar un suspiro. —En verdad, me inclino por renunciar a este asunto de Anne. Dejando todo lo demás a un lado, mi sobrina se está haciendo demasiado mayor para tener hijos y tú necesitarás un heredero.

A Anne no le habría parecido halagador ese comentario, pero dejando eso de lado, Darcy repitió: —¿Inclinado a hacerlo?

George Darcy asintió. —Sí. Tus tíos han sido convocados. El asunto se someterá a votación entre los tres.

—¿El conde y Sir Lewis vendrán aquí? —preguntó Wickham.

Darcy percibió el destello de pánico en el rostro del otro hombre.

George Darcy asintió de nuevo. —Como dije. Han sido convocados. Pensaba que estaría en mi lecho de muerte, pero he mejorado mucho gracias a los cuidados de la enfermera Parker.

—No creo que la enfermera Bell fuera muy buena —comentó Georgiana, arrugando la nariz. —Lamento decirlo, George, pero me alegro de que ella ya no cuide de papá.

La sonrisa de Wickham era aduladora, pero con un toque de tensión en los labios. —Sin duda, ella cuidó a tu padre durante lo peor de su enfermedad, por lo que sólo parece que la nueva enfermera es más competente—. Entrecerró los ojos, pensativo. —Hablaré con la enfermera Parker para ver qué opina y con la enfermera Bell, si puedo encontrarla.

La señora Younge levantó la vista de su costura por primera vez. —Fácilmente. Se está recuperando en las habitaciones de las criadas —. Sus palabras fueron secas y duras, un tono extraño para hablar de una enfermera convaleciente que había cuidado con tanto esmero al padre de Darcy, pero tal vez ese era el tono que siempre utilizaba con Wickham.

—Sí. Hablaré con ambas y veré si puedo averiguar quién y qué le han servido tan bien, señor—. Los ojos de Wickham estaban inexpresivos, reflejando a la perfección el tono de la señora Younge.

—No importa —dijo George Darcy. —Las recompensaré a ambas. Y pensar que hace poco me pediste que llamara a mi abogado para asegurarme de que mi testamento estaba en orden, y ahora me siento casi bien.

—Bueno, no seguirá así si no descansa —dijo Wickham con una cálida sonrisa para George Darcy que le revolvió el estómago a Darcy. —Es la hora perfecta de la tarde para una siesta, ¿no lo cree?

George Darcy echó un vistazo al reloj que había sobre la repisa de la chimenea. —Supongo que tienes razón, muchacho. Y, si no te importa que te lo diga, tú también pareces necesitar descansar.

Wickham asintió. —Supongo que tiene razón.

George Darcy comenzó a levantarse y Wickham se apresuró a ofrecerle el brazo. —Eres un chico encantador —dijo el padre de Darcy.

Darcy y Richard también se pusieron de pie y Darcy intercambió una mirada con su primo. Richard hizo un ligero gesto con la cabeza hacia la puerta del salón.

—Lo acompañaré, señor —dijo Wickham con toda solicitud. George Darcy, apoyado en su brazo, salió de la habitación. Wickham miró atrás una vez, con los ojos llenos de rencor.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Georgiana, mirando de Darcy a Richard.

—¿Qué cosa? —esquivó Darcy. Ya era bastante malo que su padre se pusiera continuamente del lado de Wickham. No quería oír a su hermana elogiando también las virtudes de su rival.

—George parecía muy enfadado contigo —aclaró Georgiana. —¿Qué has hecho?

—Mi mera existencia lo molesta —respondió Darcy con indiferencia.

—Por supuesto que no —respondió Georgiana, negando con la cabeza. —Sin embargo, estoy segura de que hay algún malentendido entre ustedes. Veo cómo se miran. Es como si ni siquiera fueran amigos.

Darcy no supo qué responderle.

—Usted también lo ve, ¿verdad? —preguntó Georgiana a la señora Younge, con expresión interrogativa.

—Estoy segura de que los dos sólo compiten por el afecto de su padre —dijo la señora Younge con sabiduría.

—Bueno, eso es una tontería —dijo la hermana de Darcy con aire recatado. —Papá los quiere mucho a los dos. Simplemente tendré que regañar a George para que se comporte, porque me alegra mucho que hayas vuelto a casa, Fitz, y George no debe alejarte con sus celos tontos.

Darcy se sintió aliviado al saber que al menos un miembro de su familia lo prefería a él antes que a Wickham.

—Y tú también debes ser amable con él —continuó Georgiana, arrebatándole la felicidad a Darcy. —George se ha portado muy bien con nosotros mientras tú estabas fuera en tu tonta misión de enfrentarte a papá y a nuestros tíos, y se merece tu agradecimiento, no tu rivalidad—. Asintió con firmeza ante sus propias palabras mientras miraba a Darcy con severidad.

A su lado, la señora Younge bajó la mirada hacia la costura que tenía en el regazo, pero no antes de que Darcy captara lo que podría haber sido una expresión de diversión en su rostro.

Richard carraspeó. —Sí, bueno, yo también hablaré con ellos, Georgie, no te preocupes.

—Gracias —respondió Georgiana con una dulce sonrisa a su primo.

—De hecho, Darcy, hablemos ahora —comentó Richard haciendo un gesto con la cabeza hacia el pasillo. —¿Nos disculpan? —Se inclinó ante Georgiana y la señora Younge.

Darcy siguió a su primo. Richard no se detuvo, sino que se adelantó por el pasillo y dobló la esquina. Finalmente, se metió en un oscuro comedor.

Se volvió hacia Darcy. —Me gustaría hacerle algunas preguntas a la enfermera Bell.

Darcy asintió. —¿Qué mejor momento que ahora?

—Desde luego, antes de que Wickham llegue hasta ella.

Darcy se sobresaltó. Por supuesto. Por eso había abandonado el salón con el padre de Darcy. Llevaría a George Darcy a su habitación y luego buscaría a la enfermera para hacerle cualquier oferta o amenaza que considerara más probable para garantizar su silencio.

Ni siquiera era de noche, así que Patrick no estaría vigilando la escalera que daba a las habitaciones de las criadas.

Se apresuraron hacia la parte trasera de la mansión. La escalera que conducía a las habitaciones de las criadas terminaba en la cocina, según recordaba Darcy. No tenía ni idea de cómo Wickham lograría abrirse paso con su encanto, pero tal vez el ajetreo de los preparativos para la cena les permitiría pasar sin que nadie se detuviera a preguntarse por su presencia. No es que alguien fuera a cuestionar su presencia allí, por muy extraño que resultara que Richard y él tomaran esa escalera.

Entraron en la cocina y fueron recibidos por una ráfaga de aire caliente y un aluvión de ruidos y movimientos. Darcy se echó hacia atrás sobre los talones. Había olvidado el caos de una cocina con mucho personal.

—Amo Darcy —llamó una voz.

Él y Richard se dieron la vuelta y vieron que se acercaba la señora Reynolds. Darcy miró hacia la puerta que daba a la escalera. Probablemente tenían poco tiempo. Wickham no pasaría mucho tiempo con George Darcy.

—Quiero hablar con ustedes dos, por favor —dijo la señora Reynolds cuando llegó a su lado.

Darcy intercambió una mirada con Richard. El tono del ama de llaves era cortés, pero transmitía su absoluta certeza de que se le obedecería. Era una voz que Darcy recordaba bien de su juventud.

Pero ya no era un niño. —Estaremos encantados de hablar con usted en cuanto hayamos terminado lo que estamos haciendo.

La señora Reynolds se inclinó un poco hacia él y, en un tono apenas audible por encima del ruido de la cocina, le dijo: —Él ya está arriba y yo sé todo lo que ustedes necesitan saber.

Richard se encogió de hombros, así que Darcy asintió hacia la señora Reynolds y le indicó que los guiara.

Ella los condujo a su despacho, una habitación amplia y agradable junto a la cocina. A Darcy no se le escapó que, en cuanto cerró la gruesa puerta de roble, el estruendo del exterior se apagó casi por completo. Una puerta robusta, para impedir que se escucharan a escondidas las conversaciones.

La señora Reynolds rodeó su escritorio y se sentó. —Lamento no poder ofrecerles sillas. Por lo general, el personal no se queda mucho tiempo cuando viene a verme, excepto en caso de reprimendas, para las que prefiero que se queden de pie.

—Estoy seguro de que podemos permanecer de pie los dos —dijo Richard. —¿Qué es lo que necesitamos saber, querida señora?

La señora Reynolds sonrió levemente. —Usted y sus halagos, señor Fitzwilliam. No piense ni por un momento que no sé cuántos dulces ha conseguido con su encanto en esta cocina a lo largo de los años.

Richard adoptó una expresión dolida. —Una juventud malgastada. Le aseguro que me he reformado.

—No tengo ninguna duda —ella sonrió un momento más, mirándolos con cariño, y luego negó con la cabeza. —Ahora bien, en cuanto a la enfermera Bell, es una persona deplorable. Tal vez incluso criminal, pero eso lo dejaré a su criterio, amo Darcy.

—¿Criminal? —repitió Darcy, deseando estar escandalizado. —¿Ella estuvo obstaculizando activamente la recuperación de mi padre?

—Le estaba dando varias veces al día una sustancia que no quiso nombrar—. La boca de la señora Reynold se apretó formando una línea dura. —Le robé un frasco de su habitación y empecé a echárselo en el té, y sigo haciéndolo. Ingerirlo la ha dejado bastante aturdida. Está débil, pálida y confusa. Presenta todos los síntomas que su padre tuvo antes y de los que ahora se está recuperando rápidamente, bajo el cuidado de la enfermera Parker.

Darcy asimiló la información y sintió un gran alivio. Su padre no se estaba muriendo. —¿Usted sigue dándole la mezcla?

La señora Reynolds levantó la barbilla desafiante. —Necesitaba a alguien en quien probar mi teoría de que ella estaba envenenando a su padre. Como el señor Wickham estaba fuera, la enfermera Bell parecía la candidata ideal.

—Si Wickham ha tenido algo que ver con el trabajo de la enfermera Bell, intentará sobornar a la enfermera Parker —dijo Darcy, preocupado.

Richard se volvió hacia él. —Él querrá hacer que tu padre vuelva a su estado de confusión. Estaba sorprendido de no haber recibido más. Cualquiera podía verlo. Querrá más tiempo para manipular a tu padre. Para conseguir que vuelva a cambiar su testamento.

—Me han dicho que usted trajo a la enfermera Parker —dijo Darcy a la señora Reynolds.

—Es mi sobrina —respondió la señora Reynolds. —Confío plenamente en ella.

Darcy asintió con la cabeza. —Cuando salga de aquí, iré a ver a mi padre. Debemos intentar no dejarlo solo con Wickham en ningún momento, tanto para mitigar la influencia de Wickham como para asegurarnos de que mi padre no ingiera más del brebaje de la enfermera Bell.

—Le comunicaré nuestras preocupaciones al señor Patrick padre —dijo la señora Reynolds. —Nos aseguraremos de que el amo Darcy no se quede solo mientras el señor Wickham esté en la residencia.

—Gracias —dijo Darcy con gravedad. Sacudió la cabeza, con el mundo dando vueltas a su alrededor sin indicios de dónde iban a caer las piezas. No tenía ni idea de los problemas que se encontraría en Pemberley. Las maquinaciones de Wickham hacían que su miedo a ser encerrado y obligado a casarse pareciera algo casi ridículo.

Sin embargo, ahora más que nunca deseaba tener la oportunidad de elegir con quién casarse. Si su padre y sus tíos renunciaban a insistir en que se casara con Anne, ¿sería libre para cortejar a Elizabeth como es debido? Por lo que Darcy había podido deducir de la conversación en el salón, su padre casi había cambiado su testamento para dejarle toda su fortuna a Wickham, todo para evitar que Elizabeth fuera la señora de Pemberley.

Suponiendo que ella siquiera quisiera que Darcy la cortejara. ¿Había creído algo de lo que él le había escrito, o pensaba que estaba loco? O peor aún, ¿que era una especie de libertino?

Cuando tuviera una idea más clara de su situación, escribiría al padre de Elizabeth. Se sabía de memoria la dirección del señor Bennet. Poco sabía entonces lo mucho que algún día valoraría esa información.

—Si no es demasiado atrevido por mi parte preguntarlo —dijo la señora Reynolds—, tanto yo como el resto del personal estamos muy preocupados por los cambios que el señor Wickham pueda haber convencido a su padre de introducir en su testamento.

Darcy agradeció su preocupación. —Puedo asegurarle que yo sigo siendo el heredero, no Wickham.

La señora Reynolds se relajó aliviada y cerró los ojos por un momento. —Gracias a Dios.

Darcy sólo pudo asentir con la cabeza.

—Tendremos que dejar de medicar a la enfermera Bell —comentó Richard pensativo. —Es posible que necesitemos su testimonio, suponiendo que podamos obtener una declaración sincera de ella.

—Si es así, hay que sacarla de esta casa —declaró la señora Reynolds con igual autoridad. —No se puede confiar en ella.

—¿Podríamos encerrarla en algún lugar de Lambton? —sugirió Richard.

La señora Reynolds asintió. —Estoy segura de que puedo encontrar a alguien que la cuide y la vigile. Dejen a la enfermera Bell en mis manos.

Darcy observó a la señora Reynolds, fijándose en las canas de su cabello y las arrugas de su rostro, y volvió a sentir una oleada de culpa por haber abandonado su hogar en manos de Wickham. —No puedo agradecerles lo suficiente por haber cuidado de Pemberley en mi ausencia. Más aún, les suplico que me perdonen. No pensé... No era consciente del sufrimiento que les causé a todos ustedes. Les doy mi palabra de honor de que se lo compensaré.

—Mi querido muchacho, todos nosotros lo criamos. Si encuentra el amor de una mujer amable y honesta, esa será toda la recompensa que pediremos.

Él sacudió la cabeza. —No será toda la recompensa que recibirán. Les debo mucho más.

La señora Reynolds sonrió. —No se sienta tan culpable. No ha sido tan terrible como cree. El señor Wickham no visita a su padre tan a menudo, ya que suele preferir estar en Londres. Y añadiré, si me lo permite, que creo que con todo esto tendremos en usted un mejor amo del que habríamos tenido si se hubiera quedado. Se nota

que el tiempo que ha pasado fuera le ha sentado bien. Ya no es el joven orgulloso y arrogante que se marchó de Pemberley en señal de desafío.

Darcy sonrió levemente. —No, supongo que no. Para empezar, ahora soy mucho más culto.

La señora Reynolds se rio suavemente, pero él pudo ver un brillo de lágrimas en sus ojos. —Vaya con su padre. Hagan todo lo posible por evitar que el señor Wickham lo influya y no dejen que ese hombre le dé ni una gota de comer o beber. Yo me encargaré de organizar al personal.

Richard se inclinó ante ella. —Avísenos si necesita algo.

—Por supuesto que lo haré, señor Fitzwilliam.

Darcy también se inclinó y ambos salieron de la habitación. Por muy preocupantes que fueran las revelaciones de la señora Reynolds, por muy horrorizado y enfadado que estuviera Darcy por lo bajo que Wickham parecía estar dispuesto a caer, se atrevió a esperar que todo se arreglara pronto.

Y Anne se había equivocado, por una vez. Wickham no había sobornado al personal. Solo a la enfermera Bell, y la había traído de fuera de Pemberley. De todas las veces que Anne podía haberse equivocado, a Darcy le alegraba que fuera en esta. Era obvio que Wickham había tratado a todo el mundo tan mal que nadie en Pemberley se pondría de su parte.

CAPÍTULO 24

Elizabeth permaneció despierta casi toda la noche, con pensamientos turbulentos que giraban en torno al dolor de no haber visto al señor Darcy antes de partir de Londres y al temor de que él no estuviera en su sano juicio o fuera un mentiroso, y cualquiera de las dos opciones la destrozaría. Que él fuera un mentiroso sería lo peor que podría pasar, ya que entonces tendría que cuestionar toda su capacidad de discernimiento y observación. Ya lo había hecho, no había podido evitarlo, y temía que la falta de respuestas, fueran cuales fueran, la volviera loca.

Finalmente, por mucho que le doliera admitirlo, llegó a la conclusión de que era bueno que el señor Collins hubiera llegado la noche anterior. Si lo que decía la señorita Bingley era cierto y los Darcy de Pemberley eran parientes del tan alabado benefactor del señor Collins, Sir Lewis de Bourgh, su primo podría conocer la verdad sobre las afirmaciones del señor Darcy. Y si eran ciertas...

Si eran ciertas, entonces él era honesto y honorable, y ella suplicaría volver a Londres con los Gardiner después de Navidad, porque debía volver a ver al señor Darcy.

Una vez decidido esto, se unió al resto de los ocupantes de Longbourn para desayunar. Resuelta a crear una oportunidad para hablar a solas con el señor Collins, una situación que, en su último encuentro, había evitado por encima de todo, ocupó el mismo asiento que había ocupado la última vez que había desayunado con su familia.

Lydia se rio. —¿Estás segura de que quieres sentarte en la silla con corriente?

—La llamamos la silla con corriente —añadió Kitty, riéndose tontamente.

El señor Collins las miró con el ceño fruncido. —Sigo sin notar ninguna corriente de aire.

—No hay ninguna corriente —espetó la señora Bennet.

El señor Bennet sacó la mano de detrás del periódico para alcanzar su café.

—Lizzy siempre puede sentarse en la silla de Mary —dijo Lydia en voz alta, con un brillo travieso en los ojos.

—Mary debe sentarse en la silla de Mary —dijo la señora Bennet, mirando con ira el periódico que ocultaba al señor Bennet. —Ahora que Jane se va a casar con el señor Bingley, ninguna de mis hijas debería desperdiciarse con oficiales de baja categoría. Y menos aún con unos tan tontos como para cortejar a Mary en lugar de a mi Lydia.

—Puede que no estemos de acuerdo en la naturaleza exacta de la tontería, querida —comentó el señor Bennet desde detrás del periódico. —Y ya hemos tenido esta discusión. Hasta la saciedad.

—No. Yo lo discutí. Tú leíste el periódico y luego te negaste a enviar a buscar a Mary.

—Mary está muy feliz viviendo con los Phillips —dijo el señor Bennet con tono aburrido. Su mano reapareció por detrás del periódico y dejó la taza de café, ahora vacía. Un criado se acercó para rellenarla.

Kitty suspiró. —Yo sería feliz con los Phillips. Yo también quiero un casaca roja.

—Entonces haz que el señor Collins te pida matrimonio para poder rechazarlo —dijo Lydia. Sacudió sus rizos y añadió: —A mí no me interesan los casacas rojas.

—Te interesaban mucho cuando llegaron —se sintió obligada a señalar Elizabeth.

Lydia la fulminó con la mirada. —Eso fue antes de que Jane trajera al señor Bingley a nuestras vidas.

—Y antes de que el señor Denny eligiera a Mary en lugar de a ella —añadió Kitty con una sonrisa burlona.

—Sir Lewis de Bourgh aprueba que se establezcan milicias en las comunidades locales —dijo el señor Collins con un tono que sugería que repetir los pensamientos de Sir Lewis era equivalente a leer las Escrituras. —Él considera que la dispersión de los caballeros sólo puede mejorar la estirpe inglesa.

Elizabeth arqueó las cejas. —¿Quiere decir que somos como ovejas que se crían?

El señor Collins la miró parpadeando desconcertado. —Sir Lewis no ha mencionado las ovejas. Al menos, no en ese contexto. Me ha hablado muchas veces de la superioridad de las ovejas sobre el ganado vacuno. Según Sir Lewis, las ovejas tienen una dieta menos estricta, pueden pastar en tierras no cultivables, dan leche apta para el consumo y para la elaboración de queso y, cuando se sacrifican, son un complemento más saludable para la dieta inglesa que la carne de res.

—Qué interesante —murmuró Jane educadamente cuando ninguno de los demás dijo nada.

El señor Collins se volvió hacia ella. —Sir Lewis sabe mucho sobre ovejas. Sobre todos los aspectos de la ganadería, ya que Rosings es una gran propiedad.

—¿Tenemos que hablar de ovejas? —dijo la señora Bennet. —Deberíamos estar hablando sobre cómo Jane va a conseguir que el señor Bingley organice un baile.

—Mamá —dijo Jane, consternada.

El señor Bennet bajó su periódico. —¿Y qué hay de la lana? Las ovejas también proporcionan cuero y lana, y sólo una de estas cosas se puede obtener del ganado.

El señor Collins se volvió hacia él. —Sir Lewis de Bourgh es un defensor de la lana. No está de acuerdo con los textiles extranjeros, ya que considera que nuestra creciente dependencia del comercio exterior es una debilidad. Se refiere al consumo ahora tan extendido del azúcar de caña como una de las mayores amenazas para la sociedad inglesa.

«Y la mayor amenaza para otras sociedades, teniendo en cuenta cómo se produce el azúcar de caña», pensó Elizabeth. Si el brillo sarcástico en los ojos de su padre era indicativo de algo, sus pensamientos coincidían con los de ella sobre el tema.

Él la miró a los ojos y luego los levantó hacia el cielo antes de volver a levantar su periódico.

Buscando un tema más ligero, Elizabeth dijo con ironía a su primo: —Voy a incluir el azúcar de caña directamente encima de las

servilletas en mi lista de introducciones ruinosas a la sociedad inglesa.

Kitty se rio tontamente.

El señor Collins le sonrió a Elizabeth. —Muy bien, prima. Has recordado el sabio consejo de Sir Lewis sobre la diabólica moda de las servilletas.

Elizabeth asintió con la cabeza, viendo su oportunidad. —En efecto, y me encantaría saber más al respecto. También me gustaría visitar a mi querida amiga Charlotte. ¿Podríamos ir juntos a Lucas Lodge esta tarde?

La señora Bennet la miró con ira. —No permitiré que se utilicen esas palabras en mi casa.

—¿Cuáles, mamá? —preguntó Lydia. —¿Ir juntos o tarde?

Kitty volvió a reírse.

—Ya sabes a qué palabras me refiero —espetó la señora Bennet. —Charlotte, Lucas y Lodge.

—A pesar de todo, me gustaría visitarla —dijo Elizabeth con firmeza.

El señor Collins asintió alegremente, aparentemente imperturbable ante la desaprobación de la señora Bennet. —Una idea espléndida, señorita Elizabeth—. Miró alrededor de la mesa. —¿Alguna de mis otras bellas primas querría acompañarnos?

Elizabeth contuvo la respiración. Necesitaba hablar a solas con el señor Collins.

—Oh, no —dijo Lydia. —Ninguna de nosotras quiere ir allí y disgustar a nuestra mamá. Charlotte es la amiga íntima de Lizzy y disgustar a mamá es su especialidad.

Elizabeth le lanzó una mirada divertida a Lydia y exhaló. A su derecha, el periódico crujió. Miró y vio que su padre lo volvía a levantar ante su rostro. ¿La había estado observando? No era tan extraño que ella quisiera ver a Charlotte.

El resto de la mañana transcurrió en una lenta agonía para Elizabeth, ya que la falta de sueño le robaba la paciencia. Saber que su primo podría tener las respuestas que buscaba, pero no poder preguntárselas debido a la presencia de otras personas, la volvía loca. Finalmente, llegó la tarde y se apresuró a recoger su abrigo.

Sin darle a ninguna de sus hermanas la oportunidad de cambiar de opinión sobre acompañarlos, empujó al señor Collins fuera de la casa.

El camino hasta Lucas Lodge no era largo y, en cuanto a sutilezas, Elizabeth sintió que el señor Collins no las captaba, así que, una vez que se alejaron de la casa, le preguntó: —¿Sabe usted que el señor Bingley y su hermana están en Netherfield Park?

—Sí, su madre lo menciona a menudo.

Elizabeth le dirigió una mirada sorprendida por su tono seco, pero no pudo leer nada en su rostro salvo una amabilidad insulsa. —Sí, bueno, conocimos a los Bingley cuando estuvimos en Londres, y también al señor Wickham y al señor Darcy. Es posible que el señor Wickham se una a los Bingley para las fiestas navideñas. Es originario de un lugar llamado Pemberley.

El señor Collins frunció el ceño. —Sir Lewis de Bourgh no aprueba al señor Wickham, si se trata del mismo señor Wickham.

Elizabeth reprimió su emoción ante un éxito tan rápido. —¿No? Él parece ser un caballero bastante encantador.

—Sir Lewis no ha considerado oportuno ponerme al corriente del asunto.

—Entonces, ¿cómo sabe que desaprueba al señor Wickham? —Elizabeth necesitaba hechos que respaldaran su razonamiento, que daba vueltas y vueltas, y no vagas conjeturas.

—La señorita de Bourgh expresa abiertamente su aversión, y Sir Lewis no la contradice. Sir Lewis es muy sensato y nos honra con sus opiniones de forma muy libre y elocuente. El hecho de que no contradiga a la señorita de Bourgh demuestra su desaprobación.

Elizabeth asintió con la cabeza, asimilando la información. ¿Era la señorita de Bourgh la prima a la que se refería el señor Darcy en su carta? ¿Tenía él otras primas? Ella simplemente no lo sabía. —Quizás el señor Wickham rechazó a la señorita de Bourgh de alguna manera y Sir Lewis simplemente no quiere hacer comentarios al respecto.

—¿La señorita de Bourgh? —preguntó el señor Collins, mirando a Elizabeth con sorpresa. —¿Rechazada? No veo cómo eso podría ser posible. La señorita de Bourgh es un modelo de feminidad. Lo tiene

todo. Caza, monta a caballo, pesca truchas y tiene una presencia imponente.

—Entonces es una maravilla que aún no se haya casado —comentó Elizabeth con fingida indiferencia, esperando por fin obtener las respuestas que necesitaba.

—No hay peligro de que se quede soltera. Está comprometida con el señor Darcy, de Pemberley.

Aunque Elizabeth ya se esperaba esas palabras, sintió un dolor agudo. Respiró hondo. Aún no sabía si el señor Collins se refería al mismo señor Darcy al que ella conocía. —¿Y aún no se han casado?

Coronaron la última colina que los separaba de Lucas Lodge, la casa enclavada en un precioso valle ante ellos, y una sonrisa se dibujó en el rostro del señor Collins, con los ojos iluminados por la felicidad. Por primera vez, a Elizabeth se le ocurrió que tal vez él realmente sentía algo por su amiga. Que Charlotte no era simplemente un consuelo por no haber conquistado a Jane, y con esa revelación llegó la culpa. Elizabeth no se había dado cuenta de que había dado por sentado que él no sentía verdadero afecto por Charlotte hasta que se desmintió.

—Aún no le he expresado mis mejores deseos por su próxima unión —dijo Elizabeth impulsivamente.

—Gracias. Sir Lewis de Bourgh dijo que debía encontrar una mujer inteligente y sensata para asegurar mi felicidad futura.

Elizabeth sonrió mientras descendían la colina. —Estoy segura de que la ha encontrado—. Reordenó sus pensamientos, dándose cuenta de que ella había desviado su propia pregunta. —Y yo estoy segura de que la señorita de Bourgh también será feliz en su unión con el señor Darcy.

Esperó, deseando que el señor Collins no notara lo extraño de sus continuas preguntas sobre la señorita de Bourgh y el señor Darcy.

—La señorita de Bourgh asegurará su felicidad. Es extremadamente competente en todos los sentidos, siendo la hija de Sir Lewis.

—Entonces tal vez aún no se ha casado con este señor Darcy porque no le interesa —sugirió Elizabeth.

El señor Collins sacudió la cabeza. —Hay algún problema con ese caballero, aunque no sé cómo puede negarse a cumplir la voluntad conjunta de Sir Lewis y la señorita de Bourgh. No he preguntado, ya que no me corresponde cuestionar a Sir Lewis de Bourgh, sino más bien recibir su sabiduría, y si supiera algo sobre el compromiso de la señorita de Bourgh, no revelaría ningún detalle. Sir Lewis de Bourgh se opone firmemente a los chismes. Los llama "agua en el jardín de la discordia".

Elizabeth arqueó las cejas al oír eso. No insistió más, ya que se estaban acercando a la casa. Ya tenía mucho en qué pensar y deseaba poder estar lejos para hacerlo, pero por necesidad ahora debía quedarse y visitar a los Lucas. Afortunadamente, de verdad tenía muchas ganas de ver a Charlotte.

Los hicieron pasar al salón, donde se encontraban Charlotte, su madre y su hermana menor, Maria. Elizabeth notó de inmediato el brillo de satisfacción en los ojos de Lady Lucas y leyó la misma emoción en sus mejillas regordetas mientras sonreía. No era de extrañar que la madre de Elizabeth estuviera tan molesta con su vieja amiga y rival.

—Elizabeth —exclamó Charlotte, corriendo hacia ella para saludarla. —¡Cuánto tiempo sin verte! —Le estrechó las manos con cariño y luego se volvió hacia el señor Collins, con las mejillas sonrojadas. —Señor Collins, he esperado su regreso con mucha ilusión.

Elizabeth se fijó en el rubor de Charlotte y en la forma en que bajaba la mirada, y comenzó a preguntarse si su amiga también sentía algo por el señor Collins. ¿Era posible que las dos hubieran encontrado el amor? Parecía algo imposible, pero ambos daban señales claras.

—Señorita Lucas —dijo el señor Collins haciendo una reverencia. —Yo también he deseado mucho volver a estar en su compañía. Sir Lewis de Bourgh desaprueba un compromiso tan largo. Me ha instado a regresar con toda prisa para acelerar nuestra unión, aunque no podré quedarme durante las fiestas navideñas. Sir Lewis me ha dicho que los sermones de Navidad son los más importantes del año, al igual que los de Pascua y el Viernes Santo.

Elizabeth se negó a sonreír, pero no pudo evitar preguntarse cómo era posible que el sermón de Navidad fuera el más importante y, al mismo tiempo, igual de importante que los demás.

—Sir Lewis es muy sabio —dijo Charlotte sin mostrar ni una pizca de irritación ni sarcasmo. —Espero con ilusión el día en que pueda conocerlo a él y a la señorita de Bourgh. Vamos, tome asiento.

—Sin duda, ambos le causarán una gran impresión —dijo el señor Collins mientras seguían a Charlotte hacia el interior de la sala, donde su madre y su hermana seguían esperando para darles la bienvenida. —Ambos son personas imponentes y notables. Sé que no necesitaré aconsejarla sobre cómo mostrarles el debido respeto, ya que inspiran el nivel de reverencia necesario y usted se comportará con todo decoro. Sir Lewis dice que una dama debe comportarse siempre con todo decoro.

—¿No con sólo un poco? —murmuró Elizabeth, lo que le valió una rápida mirada de Charlotte.

—Señor Collins, nos alegra mucho que haya regresado —lo saludó Lady Lucas. —Puede estar seguro de que Charlotte no se comportará de ninguna manera que no sea la más correcta.

—Estoy seguro de que así será —respondió el señor Collins alegremente, tomando asiento junto a su prometida. —Sir Lewis me asegura que una mujer como describo a la señorita Lucas siempre se comportará con la más absoluta corrección.

La visita continuó en ese tono, con el señor Collins impartiendo la sabiduría de Sir Lewis sobre muchos temas y las mujeres Lucas pendientes de cada una de sus palabras, expresando su agradecimiento. Elizabeth se esforzó por encontrar divertido a su primo y deseó fervientemente que Charlotte lo estimara lo suficiente como para que le diera felicidad en su matrimonio.

CAPÍTULO 25

Tranquilizado por la diligencia del personal de Pemberley en el cuidado de su padre, Darcy decidió tomarse un merecido descanso y visitar la biblioteca. Caminó entre las estanterías, cuyos volúmenes eran viejos amigos, y no pudo evitar imaginarse cómo sería mostrarle la sala a Elizabeth. De algún modo, sabía que ella disfrutaría de la biblioteca de Pemberley al menos tanto como él. Se detuvo ante la colección completa de las obras del Bardo, todas encuadernadas con elegancia en cuero azul a juego. Pasó un dedo por los lomos y, sonriendo levemente, sacó *Macbeth*. Tomó el volumen y se acomodó en uno de los profundos sofás para leer.

Macbeth aún no había hablado con las Hermanas Extrañas cuando se abrió la puerta de la biblioteca. Darcy levantó la vista cuando su hermana entró y la saludó con un "Georgie".

La mirada que ella de devolvió era seria. —Fitz. ¿Podemos hablar?

—Por supuesto. Siempre estoy a tu disposición.

—¿Siempre? —repitió ella con expresión desconcertada.

Darcy hizo una mueca. —De verdad que lo estoy. Nunca te he dado la espalda, ni a ti, ni a nuestra familia, ni a Pemberley. Simplemente no deseo que me obliguen a tomar una decisión tan importante como lo es el matrimonio.

—Eso es lo que siempre dice Anne —dijo Georgiana, cruzando la habitación para acercarse a él.

—¿Has hablado con Anne sobre mi marcha de Pemberley? —preguntó él, sorprendido.

—Sí. Siempre me siento muy mal por ella. Imagínate que te dicen que eres tan horrible que un caballero prefiere vivir en la pobreza antes que casarse contigo.

Él negó con la cabeza, con la esperanza de que Anne nunca hubiera interpretado así su rechazo. —Nunca tuvo nada que ver con Anne.

—Lo sé—. Georgiana se sentó en el sofá a su lado. —Anne insiste en que no es por ella, sino por una cuestión de principios, y que tú

siempre has sido muy de principios. Hace hincapié en los principios cuando lo dice y sé que lo hace para que resulte gracioso, pero no entiendo por qué.

—Sí. Bueno, nada de esto es realmente gracioso, ¿verdad?

—No lo es —asintió Georgiana. Se mordió el labio inferior. —Fitz, no sé qué pensar. Richard dice que nos has escrito a mí y a papá todo este tiempo, pero que George nos ha ocultado las cartas y que tú casi nunca has recibido las nuestras, y que no tenías ni idea de que papá ha estado enfermo desde el otoño.

Darcy asintió.

Antes de que él pudiera hablar, Georgiana continuó: —Pero George dice que Richard está secundando la historia que tú has inventado para excusar tu comportamiento. Dice que tú y Richard quieren asegurarse de que papá no cambie más su testamento y le deje más a George. Dice que Richard y el tío Matlock no quieren que alguien de sangre común posea nada de Pemberley.

Darcy se tragó una réplica airada y se obligó a pensar con racionalidad. No quería que se repitiera la obstinada negativa de su padre de ver nada malo en Wickham. —¿Y qué es lo que tú piensas?

Georgiana negó con la cabeza. —No lo sé. George siempre ha sido bueno conmigo y con papá. Él ha estado aquí, Fitz. Tú no.

¿Qué podía responder Darcy a eso? —Tal vez si le pides a alguno de los empleados que hable con franqueza contigo, te puedan dar una idea más clara del carácter de Wickham.

—Bueno, todas las criadas dirán que él es horrible.

—¿De verdad? —preguntó Darcy con un toque de esperanza y preocupación por lo que su hermana pudiera haber oído.

—Sí. Verás, todas están enamoradas de él y, como él no les corresponde, tienden a inventarse todo tipo de historias horribles sobre él.

—Ya veo—. Darcy debería haberse dado cuenta de que Wickham tendría preparada una mentira para cualquier acusación que le lanzaran las mujeres del personal. —¿Y alguno de los empleados de más jerarquía, como el joven Patrick o su padre, o la señora Reynolds, o Edwards?

—Al joven Patrick no le agrada George. Está celoso porque todas las criadas lo prefieren antes que a él. Hace algún tiempo armó un gran escándalo por eso y mi padre estuvo a punto de despedirlo, pero la señora Reynolds y Patrick padre lo disuadieron de hacerlo.

—Bien, entonces, ¿qué hay de los otros tres? —añadió Darcy con sequedad. —No puedes acusar a la señora Reynolds, a Patrick padre ni a Edwards de sentir celos de las criadas.

—No, supongo que no—. Georgiana volvió a morderse el labio inferior. — Tienes razón. Les preguntaré su opinión—. Reflexionó un momento más. —Quizás le pregunte también a la señora Younge, pero a ella no le agrada George, así que probablemente se pondrá de tu parte.

—¿No le agrada? —Así que sus palabras cortantes iban dirigidas a Wickham. Eso sorprendió a Darcy. Quince años mayor que Wickham, la viuda señora Younge parecía ser precisamente la clase de mujer con la que él solía tener más éxito.

—Ella lo llama un granuja y a menudo me recuerda que no es un verdadero hermano para mí.

Sintiéndose aliviado al saber que la dama de compañía de su hermana no estaba bajo el hechizo de Wickham, Darcy temporizó con un: —Bueno, tal vez quieras conversar con ella sobre el asunto.

Georgiana se encogió de hombros. —Es posible lo haga. Vamos a dar un paseo y, la verdad, me costará mucho hablar de otra cosa.

Darcy supuso que debía darse por satisfecho. —¿Adónde irán?

—La señora Younge quiere ir a la antigua torre romana.

Las ruinas, que apenas parecían una estructura, se encontraban a varios kilómetros de distancia, al otro lado de colinas, valles y campos ondulados. —Es bastante lejos para una excursión de media tarde, ¿no lo crees?

—Creo que su intención es que pasemos fuera un rato. Ella dice, y yo estoy de acuerdo, que el ambiente se ha vuelto bastante tenso desde que llegaron Richard y tú.

—Me disculpo por ello. No es mi intención obligarlas a salir—. En realidad, Darcy prefería acompañarlas, pero supuso que, si tenían intención de intercambiar confidencias, en particular sobre Wickham y él, sólo estorbaría.

—Tonterías. Será un ejercicio agradable, y me has dado mucho en qué pensar—. Georgiana se puso de pie. —Me alegro de que estés en casa.

—Yo también.

Ella sonrió y salió de la biblioteca con un paso mucho más animado que cuando había entrado.

Darcy volvió a su lectura, aunque ahora le resultaba difícil concentrarse. Cada pasaje le traía a la mente a Elizabeth y se preguntaba qué pensaría ella del texto. Eso, a su vez, le llevó a recordar cada uno de sus encuentros desde el primer momento en que la vio. Lo cual siempre le hacía pensar en su beso y luego lo llevaba a preocuparse por lo que ella estaría pensando en ese momento.

Aun así, había avanzado bastante en la ruina de Macbeth cuando la puerta de la biblioteca se abrió de nuevo y Richard entró.

—Aquí estás —dijo su primo, acercándose para sentarse en el asiento que Georgiana había dejado vacío hacía varias horas. —¿Has visto a Georgiana? Quería seguir defendiendo tu causa, pero no la encuentro.

—Se ha ido con la señora Younge a la torre romana.

—La torre romana —sonrió ampliamente Richard. —¿Cuántos veranos la defendimos?

—Bastantes —respondió Darcy.

—Se podría pensar que nos habríamos aburrido del juego, pero de alguna manera Anne siempre inventaba un nuevo giro entretenido.

Darcy sólo pudo sonreír ante eso. Anne siempre había inventado los mejores juegos. —Hasta el año de la catapulta.

Richard hizo una mueca. —Nos metimos en un gran lío por eso.

Anne había decidido que, en lugar de defender la torre en ruinas que se alzaba en una esquina de uno de los campos, debían bombardearla. Habían pasado días construyendo una catapulta y otros tantos probándola, hasta que la arrastraron hasta la torre y comenzaron a lanzar piedras con bastante éxito. Pero entonces, como suponía que era de esperarse, uno de sus disparos sobrevoló la torre y cayó en el camino que bordeaba el campo, justo al lado de

un granjero que iba sentado en su carreta. Al oír su grito de pánico, corrieron hacia el camino, felices de encontrarlo bien. Como siempre, Anne había confesado que el juego había sido idea suya. Y, también como siempre, eso no había disuadido en absoluto a George Darcy de castigar a Darcy por haberla seguido. —Me mandaron a la cama sin cenar durante una semana.

—¿De verdad? —Richard parecía sorprendido. —Mi padre me preguntó si pensaba volver a hacer alguna tontería así, le dije que no y ahí quedó todo—. Richard se encogió de hombros. —Dudo que castigaran a Anne. El tío Lewis siempre la ha mimado mucho.

—Puede que el tío Lewis sí, pero, según recuerdo, la señora Jenkinson la obligó a escribir un ensayo, en francés, sobre lo malo que es hacerle daño a los demás, con citas bíblicas y griegas, en latín y griego.

Richard se echó a reír. —La señora Jenkinson siempre ha sido partidaria de las clases combinadas. A menudo imagino que Anne recibió una educación más completa y rigurosa con ella que cualquiera de nosotros en Eton o en la universidad.

Darcy arqueó una ceja con aire altivo. —No estoy de acuerdo. Algunos de nosotros estudiamos.

Richard se encogió de hombros otra vez. —Sólo porque algunos de nosotros no sabemos cómo divertirnos. Al menos, no sin Anne y sus ideas, y la verdad es que no era una idea tan mala. Difícilmente se puede considerar culpa suya que el camino pase tan cerca de la vieja torre, o que tuviéramos tan mala puntería, o incluso que pasara una carreta. Sin embargo, tuvimos suerte de que fuera un hombre de la zona, así tu padre pudo arreglar las cosas fácilmente. En ese camino, podría haber sido cualquiera. Es uno de los mejores lugares para cruzar desde el camino de Londres al que lleva a Manchester y luego a...

—¡Gretna Green! —exclamó Darcy, poniéndose de pie de un salto. Atrapó *Macbeth* antes de que cayera al suelo y arrojó el libro sobre una mesa cercana. —No has visto a Georgiana, pero ¿has visto a Wickham?

Richard lo miró sorprendido. —No. Tampoco lo he buscado.

Darcy comenzó a cruzar la biblioteca. —Debemos encontrar a mi hermana—. Era un tonto. ¿Granuja? Eso no era un insulto para un hombre adulto. Granuja era casi un término cariñoso. —Wickham no va a esperar a tener otra oportunidad para drogar a mi padre y convencerlo de que cambie su testamento —explicó Darcy mientras salía de la habitación, con Richard apresurándose para alcanzarlo. —Se va a casar con Georgiana.

Con el mismo ritmo que Darcy, Richard preguntó: —¿Ella ha dado alguna señal de querer casarse con él?

—Sus deseos no significarán nada cuando él la lleve a Gretna Green—. Darcy aceleró el paso y llamó a los sirvientes. En cuestión de minutos, toda la casa era un alboroto. Esperaba fervientemente que Wickham apareciera en cualquier momento, divertido y burlón, para preguntar qué era todo ese caos.

Pero Wickham no apareció, y cuando Darcy y Richard montaron a caballo, acompañados por un grupo de mozos de cuadra, un lacayo informó de que las habitaciones de Wickham y de la señora Younge estaban vacías, aunque la de Georgiana no había sido tocada y su doncella juraba no saber nada de que su ama tuviera intención de viajar a ningún sitio.

—La mitad de ustedes, sigan al coronel Fitzwilliam por los campos —ordenó Darcy a los hombres reunidos. —Nosotros tomaremos la carretera—. Cruzar el campo era más corto, pero un caballo podía mantener un ritmo más rápido en la carretera, y Darcy tenía intención de cabalgar a toda velocidad.

—¿Qué significa todo esto? —Darcy se volvió y vio a su padre, con una manta sobre los hombros, en el escalón más alto de Pemberley. La enfermera Parker se retorcía las manos detrás de él.

—Vamos a rescatar a Georgiana de las garras de Wickham, padre —dijo Darcy con firmeza.

—No seas ridículo. Tienes toda la casa sumida en el caos.

—Padre, no puedo discutir contigo sobre Wickham. Debo salvar a Georgiana. Hombres, síganme—. Darcy espoleó con las rodillas a su semental, elegido por su parecido con el último caballo que había montado en su huida de Londres a Pemberley. El animal saltó hacia delante por el camino de entrada.

Los cascos resonaban tras él, pero se habría marchado incluso si su padre les hubiera ordenado a los mozos que se quedaran. Puede que hubiera abandonado a Georgiana cuando desafió a su padre y a sus tíos, pero ahora se negaba a fallarle. No iba a condenar a su hermana a una vida como la señora Wickham.

Darcy se inclinó sobre la silla, instando a su montura a acelerar el paso. ¿Cuándo se habían marchado Georgiana y la señora Younge, exactamente? ¿Inmediatamente después de hablar con él, o más tarde? Nadie lo sabía con certeza, y él no se había tomado el tiempo de averiguarlo. ¿A qué velocidad irían? ¿Habrían llegado ya a la torre?

La carretera estaba llena de baches y barro, ya que el invierno había hecho mella. Darcy se esforzó por guiar a su montura por el camino más seguro. La velocidad era primordial, pero si su caballo tropezaba y él se rompía el cuello, Wickham se quedaría con todo Pemberley en cuestión de meses, Darcy no tenía ninguna duda. Aun así, con su hermana en juego, corrió riesgos mucho mayores de los que habría corrido en otras circunstancias.

El barro lo cubría a él y a su montura cuando Darcy tomó la curva que debía llevarlo a la antigua torre. Su corazón se detuvo al ver la carretera desierta. ¿Había llegado demasiado tarde?

Un grito provino del otro lado de las ruinas cubiertas de enredaderas. Darcy espoleó a su caballo para salir de la carretera y rodear la torre.

En la hierba, al otro lado, un grupo de cuatro caballos se movía nervioso mientras tres personas luchaban junto al carruaje, de espaldas a Darcy. Georgiana, en el centro, se debatía y gritaba. La señora Younge la sostenía por un brazo con ambas manos y Wickham por el otro. Intentaban empujarla por la puerta del carruaje, pero Georgiana se resistía con todas sus fuerzas, apoyando los pies contra el escalón.

—No lo hagas más difícil de lo que debe ser, Georgie —gruñó Wickham.

—Déjame ir —gritó ella.

Con la mano libre, Wickham sacó una pistola de su cinturón. Invirtiendo el arma, la levantó para golpearla.

—Wickham —rugió Darcy, sin darse cuenta de que se había abalanzado sobre ellos hasta que tuvo que tirar de las riendas o arriesgarse a pisotear a su hermana junto con el villano.

El semental se encabritó, pateando el aire con los cascos. Georgiana soltó otro grito.

Darcy recuperó el control de su montura y las pezuñas delanteras del animal volvieron a posarse sobre la tierra blanda. Saltó de la silla para socorrer a su hermana, que yacía tendida en el suelo. La señora Younge se alejó a toda velocidad hacia la derecha y Wickham hacia la izquierda. Darcy se quedó de pie, sosteniendo a Georgiana en sus brazos. ¿Dónde estaban los mozos de cuadra?

Sabía que lo habían seguido. Había mirado atrás varias veces para asegurarse. Pero no habían podido seguirle el ritmo, ya que no tenían caballos tan buenos como el que él había requerido ni su habilidad para montar.

O tal vez era su indiferencia por su propia seguridad y la de su caballo, ya que lo único en lo que podía pensar era en Georgiana en manos de Wickham.

—Fitz —logró ella articular. —Él intentó secuestrarme.

Darcy bajó la mirada y vio lágrimas y barro en las mejillas de la joven.

—Me dijo que tenía que casarme con él porque se merecía más que veinte mil —sollozó. —Y la señora Younge intentó obligarme a ir con él. É-él dijo que le pagaría. Ella debería haberme protegido.

Darcy abrazó a su hermana con fuerza. Se oyeron gritos que provenían de algún lugar fuera de su vista, al otro lado de la torre. Desearía poder ver adónde habían ido Wickham y la señora Younge. Seguramente, con media docena de hombres siguiéndolo, no habrían llegado muy lejos.

Se oyó un disparo, el inconfundible sonido de una pistola. Georgiana se estremeció en sus brazos. Darcy la puso de pie junto al carruaje y la sujetó por los hombros. —¿Puedes mantenerte de pie? Tengo que ver qué está pasando.

Ella se aferró a su brazo. —No puedes dejarme aquí con el carruaje. ¿Y si vuelven?

—Han huido en esa dirección, sin duda hacia los hombres que me acompañaban. No volverán.

Con los ojos muy abiertos y el rostro pálido, se aferró a la manga del abrigo que él había tomado prestado. —No me dejes aquí sola.

Darcy le tomó las manos, recordando de repente a la niña que había dejado años atrás. —No. No te dejaré sola—. La rodeó con un brazo y esperó, tratando de descifrar los gritos que oía y luchando por no apretar los dientes. Sólo podía rezar para que Wickham no se les escapara.

Un corcel rodeó la torre con Richard a lomos. Al verlos, se acercó con mucha más moderación que Darcy y se bajó de la silla. —Se ha escapado.

—Oh —exclamó Georgiana, y escondió su rostro en el hombro de Darcy.

—¿Se escapó? —repitió Darcy, atónito. —¿Cómo?

—Amenazó a los hombres con una pistola. Al parecer, se abalanzaron sobre él. Le disparó a uno y se apoderó de su montura, luego amenazó con disparar el segundo cañón contra los demás.

—¿Al parecer? —Darcy sabía que sólo estaba repitiendo palabras, pero estaba demasiado sorprendido como para importarle. ¿Cómo había podido escapar Wickham?

—Todo ocurrió antes de que yo llegara. Avanzábamos lentamente por los campos embarrados. Perdimos a un jinete incluso antes de llegar a la torre, pero él y el caballo deberían estar bien. Sólo tiene una pierna herida—. Richard negó con la cabeza. —Sin embargo, capturamos un botín en la maleza—. Señaló con la cabeza hacia la torre. —Hemos espantado a un faisán llamado señora Younge.

—¿Enviaste a alguien tras Wickham?

—Sí, pero él lleva ventaja y, por lo que sé, no están muy entusiasmados, ya que aún le queda una bala en la pistola.

—¿Sobrevivirá el hombre al que le disparó? —ante la pregunta de Darcy, Georgiana lloró con más fuerza. Él lamentó haberla angustiado, pero necesitaba saberlo.

—Según mis cálculos, sí. He visto a hombres sobrevivir a cosas peores—. Richard miró más allá de ellos, hacia el carruaje. —Lo necesitaremos para traerlo de vuelta, y a la señora Younge.

—No voy a ir allí con ella —dijo Georgiana rápidamente, apartándose de Darcy. Sacó un pañuelo demasiado delicado para tal fin y se limpió las mejillas manchadas de barro.

Darcy se dio cuenta de que una estaba mucho más roja que la otra. Otra transgresión de la que la señora Younge tendría que responder. —Volvamos a Pemberley. Enviaremos más hombres tras Wickham y llamaremos al magistrado para que se ocupe de la señora Younge.

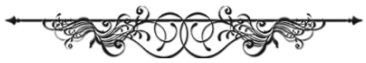
—Quiero interrogarla —dijo Richard con severidad.

—Yo también, pero tampoco quiero hacer nada de lo que me arrepienta, y en este momento no estoy seguro de poder controlarme—. No es que fuera capaz de hacerle daño a una mujer, pero no sabía si podría confiar en su temperamento en ese momento.

—Muy bien. Mantengamos la cabeza fría —asintió Richard.

Volvió a rodear las ruinas de la torre, impartiendo órdenes con voz alta y autoritaria, mientras Darcy permanecía junto a Georgiana, quien seguía aferrada a él con una mano, mientras con la otra sujetaba el pañuelo embarrado. Darcy intentó no resentirse por tener que quedarse para consolarla, pero estaba seguro de que, si le hubiera dado la vuelta a la torre, Wickham no habría escapado.

CAPÍTULO 26



Elizabeth se sentó junto a su primo otra vez durante el desayuno, pensando que sería extraño e insultante cambiar de lugar ahora. Había pasado otra noche inquieta pensando en el señor Darcy y recordando su beso. Sin duda, un beso no podía ser tan maravilloso si quien lo daba era un canalla y un mentiroso, ¿verdad?

—¿Va a visitar ese lugar otra vez esta tarde, señor Collins? —preguntó la señora Bennet, interrumpiendo los pensamientos de Elizabeth y la charla entre sus dos hermanas menores.

—Visitaré a la señorita Lucas, sí —respondió el señor Collins con firmeza. —Sir Lewis recomienda manifestar el afecto diariamente en los días previos a la boda de un caballero, para tranquilizar a la dama.

—¿Y qué hay de los días posteriores? —preguntó Elizabeth con verdadera curiosidad. ¿Iba a cortejar a Charlotte y luego a ignorarla de ahí en adelante?

—Sir Lewis no ha considerado oportuno informarme sobre la mejor forma de comportarse una vez casado.

—Ya tendrá tiempo —dijo la señora Bennet con acritud. —Una vez que se case con esa mujer traicionera, estará atado a ella de por vida. Piense en eso cuando vaya a visitarla.

—Mamá, Charlotte no traicionó a nadie —protestó Elizabeth. —El señor Collins se ofreció a casarse con una de nosotras y fue rechazado. No puedes enojarte con Charlotte por corresponder a su afecto.

La señora Bennet resopló. —Puedo enojarme con quien quiera y por lo que quiera.

—Ella puede —dijo Lydia con los ojos muy abiertos y seria. —Mientras estabas fuera, se enfadó mucho con uno de los pájaros cantores. Lo regañó severamente.

—Estaba picoteando la ventana de la cocina —explicó la señora Bennet. —Esa clase de comportamiento es inaceptable en un pájaro cantor.

Elizabeth se abstuvo de preguntar en qué tipo de pájaro eso sería aceptable. Si el señor Darcy resultaba estar loco, tal vez podría venir a vivir con ellos. Encajaría muy bien.

—Y ya basta de pájaros cantores —continuó la señora Bennet. —Lo importante es que usted está excusado de acompañarnos a visitar a los Bingley esta tarde, señor Collins.

—¿Acompañarnos? —Elizabeth miró rápidamente a Jane. —Tal vez tú y Jane deberían ir solas. Los Bingley acaban de llegar. Estoy segura de que les gustaría tener tiempo para poner Netherfield en orden antes de recibir a tantos invitados.

—Tú, tus hermanas, tu padre y yo difícilmente constituimos una comitiva —respondió la señora Bennet. —Incluso con Mary, a quien insistiré en que nos acompañe. Ustedes cinco deberían ver la clase de vida que el señor Bingley puede ofrecerles. Entonces no se volverá a hablar de casacas rojas, eso es seguro.

—¿Papá y nosotras cinco? —Elizabeth buscó otra forma de protestar. —Mamá, sin duda eso es demasiada gente. Ni siquiera sabemos en qué estado se encuentra la cocina. Dejemos que la señorita Bingley tenga más tiempo para organizar la casa de su hermano.

—Tonterías. El señor Bingley ya lo ha enviado todo. Todo está arreglado —dijo la señora Bennet mirando a Elizabeth. —Tú, sin embargo, puedes quedarte si quieres. Tu carácter rebelde sólo impedirá que Lydia cause una buena impresión.

Jane miró a Elizabeth con una mirada suplicante.

—Me gustaría acompañarlos, mamá —dijo Elizabeth rápidamente. Al menos así podría hacer algo para mitigar el comportamiento de su familia.

—Muy bien, entonces. Señor Bennet, necesitaremos el carruaje esta tarde y su compañía.

Elizabeth aguardó, con la esperanza de que su padre se negara, pero su periódico se limitó a crujir. La expresión complacida de la señora Bennet reveló que consideraba el silencio como un sí, lo cual Elizabeth supuso que así era.

No pasaron muchas horas cuando todos subieron al carruaje y se dirigieron a Meryton para recoger a Mary de casa de sus tíos. Jane

parecía radiante de emoción. Su belleza tranquilizó un poco a Elizabeth, pues ¿cómo podría el señor Bingley dejar de estar enamorado de ella, sin importar cómo se comportaran sus parientes, cuando Jane era tan encantadora?

Por el contrario, Mary, cuando se unió a ellos, subió con el ceño fruncido. —Jane. Elizabeth. Me alegro de verlas.

—¿No te alegras de vernos a Kitty y a mí? —preguntó Lydia.

Mary entrecerró los ojos y se volvió hacia su hermana menor. —Las veo casi todos los días.

Lydia sonrió con aire burlón. —Qué suerte tienes. Soy encantadora—. Se inclinó y le susurró algo a Kitty, que se rio.

—Quiero que sonrías cuando lleguemos a Netherfield Park —le dijo la señora Bennet a Mary. —Y que te pellizques las mejillas. Tienes la tez muy pálida.

—No estoy de humor para sonreír. Tenía pensado ir a pasear con el señor Denny esta tarde.

La señora Bennet resopló. —Te olvidarás del señor Denny en cuanto veas lo rico que es el señor Bingley. Estoy segura de que tiene suficientes amigos para todas mis hijas.

—Incluso para ti —añadió Lydia con otra sonrisa burlona dirigida a Mary.

—No necesito un amigo del señor Bingley. Tengo al señor Denny.

Los ojos de la señora Bennet se abrieron como platos. —¿No habrás aceptado casarte con él? No lo permitiré.

—Aún no hemos acordado nada, y la decisión la tomará papá —respondió Mary.

Elizabeth se giró para mirar por la ventana, consciente de que su padre estaba haciendo lo mismo, frente a ella. Dejando que su mirada se perdiera en el paisaje que pasaba, Elizabeth se esforzó por no escuchar a su madre y a sus hermanas menores durante el resto del trayecto hasta Netherfield Park. En su lugar, evocó una imagen del señor Darcy. Se preguntó qué pensaría él de *Hamlet* o de la obra de Byron. Más aún, se preguntó si alguna vez tendría la oportunidad de preguntárselo.

Incluso bajo un cielo gris invernal que encajaba perfectamente con el estado de ánimo de Elizabeth, los terrenos de Netherfield Park

eran preciosos. Más aún que la casa, que se alzaba bien situada en lo alto de una colina, alta, imponente y cuadrada. Quizás el efecto se habría mitigado con más plantíos cerca de la estructura, pero no había nada en los alrededores.

La señora Bennet se volvió hacia Jane y la sujetó del brazo. —Oh, mi dulce Jane. Pronto todo esto será tuyo.

—Mamá —murmuró Jane, sonrojándose. —El señor Bingley no me ha hecho ninguna propuesta.

—Tonterías. Él vino a conocernos. Ha alquilado esta casa. Te trajo aquí desde Londres. Te hará una propuesta.

—Es obvio que está interesado en conocer mejor a Jane y en valorar si debe hacerle una propuesta —dijo Elizabeth. —Pero eso no significa que vaya a hacerlo.

La señora Bennet se recostó en su asiento y adoptó una expresión de confianza. —Lo hará.

Jane miró a su madre y luego a Elizabeth con un gesto de impotencia.

Les permitieron pasar y los condujeron a un salón ornamentado donde los esperaban el señor y la señorita Bingley. Se hicieron las presentaciones y el primero les dio una cálida bienvenida, mientras que la segunda se mostró reservada. Pidieron el té y se acomodaron, Jane sentada junto a su anfitrión y el señor Bennet lo más lejos posible, dentro de lo que permitía la disposición de los asientos.

—Señor Bingley —dijo la señora Bennet en voz alta. —¿Qué le parece el campo hasta ahora? Encantador, ¿no lo cree? Mucho más que Londres.

El señor Bingley apartó la mirada de Jane para dirigirse a la señora Bennet. —Cuando estoy en el campo, no deseo marcharme nunca, y cuando estoy en la ciudad me pasa prácticamente lo mismo. Ambos tienen sus ventajas, y puedo ser igual de feliz en cualquiera de los dos.

La señora Bennet miró de reojo a Jane. —Debe admitir, señor, que aquí se encuentra una compañía excepcionalmente agradable.

—Oh, sí. En eso estoy de acuerdo—. Sonrió hacia Jane.

—¿De verdad? —preguntó la señorita Bingley resoplando con desdén. —Me imagino que en un vecindario rural deben de moverse en una sociedad muy cerrada y monótona.

—Por supuesto que no —respondió la señora Bennet con rigidez. —¿Por qué? Pero si hay pocos vecindarios más grandes. Sé que cenamos con veinticuatro familias.

—¿Veinticuatro? —repitió la señorita Bingley, y luego soltó una risita. —Es claro que no se puede comparar con Londres.

—No hay necesidad de hacer comparaciones —dijo Elizabeth rápidamente, deseando que su padre interviniera. —Como ha señalado el señor Bingley, cada lugar tiene sus ventajas.

—Por lo que parece, la mejor ventaja de Londres pronto estará aquí —dijo Lydia.

La señorita Bingley se volvió hacia ella con el ceño fruncido. —¿La cual es?

Con los ojos muy abiertos y un aire inocente, Lydia respondió: —Pues usted ha dicho que pronto llegará un tal señor Wickham. Por lo que usted ha dicho de él, se nota que es lo mejor de Londres.

—¿Quién es el señor Wickham? —preguntó Mary.

La tensión se apoderó del rostro de la señorita Bingley. —El señor Wickham es, sin duda, un caballero sofisticado—. Miró a Lydia como si fuera una babosa que hubiera encontrado en la ensalada. —Prefiere todo lo refinado y, en general, rehúye cualquier cosa demasiado rural.

El señor Bingley frunció el ceño hacia su hermana. Jane, con ojos comprensivos, extendió la mano como para tocar la de él, pero retiró los dedos antes de hacerlo.

Lydia se inclinó y le susurró al oído a Kitty, luego se volvió hacia la señorita Bingley. —El señor Wickham rehúye lo rural, ¿verdad? Tal vez aún no ha descubierto los mejores y más divertidos aspectos de la vida en el campo. Estoy segura de que puedo instruirlo al respecto.

La mirada de la señorita Bingley se volvió más severa, sus fosas nasales se dilataron y Kitty soltó una risita.

Mary miró confundida a sus hermanas y a la anfitriona. Elizabeth se volvió hacia su padre con aire suplicante, pero él no pareció darse

cuenta, ya que tenía la atención fija en la pared del fondo.

—Quizás debería organizar un baile para mostrarle al señor Wickham lo animada que puede ser la vida en el campo —comentó la señora Bennet en voz alta.

Mary se volvió hacia el señor Bingley con entusiasmo. —Si organizara un baile, podrían venir los oficiales.

—No necesitamos a los oficiales —dijo la señora Bennet. —Si organizara un baile de Navidad, señor Bingley, e invitara no sólo al señor Wickham, sino a todos sus conocidos, pronto descubriría la alegría de la vida en el campo.

—¿Un baile de Navidad? —repitió el señor Bingley, con aire ligeramente aturdido.

—Faltan sólo siete días para Navidad —señaló la señorita Bingley. —Es demasiado tarde para organizar un evento así.

La señora Bennet se inclinó hacia delante. —Por supuesto, a usted le parecerá demasiado tarde, pero yo estaría encantada de ofrecerle mi ayuda. Soy consciente de que no conoce la zona ni lo que hay disponible, pero yo sí, y en tan poco tiempo se puede traer todo lo que se necesite de Londres. Sólo es cuestión de dinero, y el señor Bingley tiene más que suficiente.

—Mamá —interrumpió Elizabeth.

Con la espalda recta, la señorita Bingley replicó: —Soy perfectamente capaz de organizar un baile, gracias.

—¿Entonces habrá uno? —preguntó Lydia.

—No habrá ningún baile —respondió la señorita Bingley con firmeza.

La señora Bennet resopló. —Eso lo decide el señor Bingley, no usted.

La señorita Bingley miró a su hermano con aire ofendido.

Elizabeth siguió su mirada y vio que el señor Bingley y Jane estaban sentados mirándose a los ojos, sin prestar atención a la conversación. Deseando que no se percataran del comportamiento de la señora Bennet y Lydia, Elizabeth miró a su alrededor, buscando algo con lo que cambiar de tema. —Qué pianoforte tan bonito —dijo, fijando la vista en el instrumento al otro lado de la sala.

Tal y como esperaba, todos se voltearon para mirar, incluso su padre.

—¿Toca usted, señorita Elizabeth? —preguntó la señorita Bingley en un tono apenas cortés.

—No tan bien como Mary —dijo la señora Bennet. —Mary, querida, toca para nosotros. Muéstrale al señor Bingley el tipo de entretenimiento que él y sus amigos pueden esperar de la vida en el campo.

Mary, quien parecía complacida por primera vez desde que se había unido a ellos, se puso de pie.

—Mamá, no puedes simplemente invitar a Mary a tocar el pianoforte del señor Bingley —protestó Elizabeth, pero Mary ya se dirigía hacia el instrumento.

—Tonterías. Al señor Bingley no le importa. ¿Verdad, señor Bingley?

—Al señor Bingley no le importa nada mientras Jane esté aquí —dijo Lydia con una risita.

—Ella es lo único que él ve —añadió Kitty.

El señor Bingley se volvió hacia ellas, parpadeando.

—Ya es suficiente, niñas—. La mirada de satisfacción que la señora Bennet le dirigió a la señorita Bingley contradecía la censura de sus palabras.

La señorita Bingley se puso de pie. —Señorita Elizabeth, ¿le gustaría dar una vuelta por la sala conmigo mientras su hermana nos entretiene con su música?

Sorprendida, Elizabeth la acompañó. La señorita Bingley la tomó del brazo, lo que le permitió a Elizabeth notar de primera mano la rigidez de cada uno de sus músculos. Se alejó de los demás formando un amplio arco cuando Mary comenzó a tocar una balada afortunadamente sencilla.

Una vez que estuvieron al otro lado de la habitación, la señorita Bingley se inclinó hacia ella. —Debe advertirle a su hermana de que el señor Wickham ya tiene un compromiso no oficial con una joven. No me gustaría ver a la señorita Lydia con el corazón roto o avergonzada por intentar atraer a un hombre que va a rechazarla. No sería bueno que alguien tan joven causara una impresión tan

mala en la sociedad. Especialmente en una sociedad tan limitada como esta.

Elizabeth asintió. —Es muy amable por avisarme. Me esforzaré por frenar el interés de Lydia.

—Asegúrese de hacerlo —la señorita Bingley le apretó el brazo con más fuerza. —Porque mi hermana y yo tenemos el poder de frenar también el interés de Charles, si lo consideramos oportuno.

Elizabeth levantó las cejas, sorprendida de que su acuerdo fuera respondido con amenazas a la felicidad de Jane. —¿Puedo deducir de su vehemencia que tiene un gran interés en que el acuerdo del señor Wickham llegue a buen puerto?

Un ligero rubor tiñó las mejillas de la señorita Bingley. —Puede suponerlo.

—Pero, si no le importa que se lo pregunte, ¿es un hombre acaudalado? Sólo lo conozco como un conocido de la familia Darcy, de Pemberley.

La señorita Bingley le lanzó una mirada de reojo. —Es mucho más que un conocido. Es el ahijado del señor Darcy y, se podría decir incluso, es como un hijo para él. El hijo que ha estado a su lado todos estos años y que será recompensado generosamente por su dedicación.

Elizabeth asimiló la información. Así que el señor Wickham esperaba heredar algo del señor Darcy. ¿Cuánto? Seguramente no todo, ¿no? ¿Sería el señor Wickham el beneficiario si el señor Darcy se casara con ella en lugar de con la señorita de Bourgh? El señor Wickham y, al parecer, la señorita Bingley, si es que llegaba a convertirse en su esposa.

¿O acaso Elizabeth se había equivocado con respecto a quién era el señor Darcy? Sacudió la cabeza. Todo era muy confuso.

—¿Se encuentra bien, señorita Eliza? —preguntó la señorita Bingley.

—Perfectamente. Sólo estoy ordenando mis pensamientos. Disculpe que no sea una buena conversadora.

—No necesita hablar. Sólo escuchar.

Se acercaron al pianoforte, donde Mary tocaba alegremente las teclas.

—¿Escuchar qué?

—Las recomendaciones que le di sobre el corazón de sus hermanas. Como le dije, no quisiera que nada entristeciera a la señorita Lydia ni a la señorita Bennet, que son unas jóvenes tan queridas.

—Entonces no tema, señorita Bingley. La he oído perfectamente.

—Bien. Volvamos con los demás. No puedo dejar solo a Charles demasiado tiempo o podría ceder a esa ridícula idea de celebrar un baile.

—No querríamos eso —murmuró Elizabeth.

La señorita Bingley se soltó del brazo de Elizabeth y regresó a los sofás.

Elizabeth la observó durante un momento y luego se dirigió al pianoforte para pasar las páginas para Mary. La señorita Bingley le había dado mucho en qué pensar y Elizabeth quería tiempo para hacerlo, sin hablar.

CAPÍTULO 27

Pemberley estaba en silencio tras la huida de Wickham. El padre de Darcy había vuelto a la cama, aturdido y conmocionado por el relato de Georgiana sobre su intento de secuestro. No dejaba sacudir la cabeza y murmurar: «No puede ser. George no». El dolor en los ojos de su padre hizo que Darcy sintiera ganas de estrangular a Wickham de nuevo.

Al día siguiente llegó una caravana de carruajes y Darcy salió a recibir a sus tíos y a Anne, con Richard a su lado. Tras los saludos, subieron los escalones de Pemberley y Darcy dijo: —Me alegro de que hayan venido. Mi padre está muy angustiado por la traición de Wickham.

—¿La traición de Wickham? —repitió Matlock. —¿De qué se trata?

—Fuera lo que fuera lo que hizo, deberías haberlo visto venir —afirmó Anne. —Siempre ha sido problemático.

—Intentó secuestrar a Georgiana, llevársela a Gretna Green y casarse con ella —Darcy tuvo que esforzarse por controlar su ira para poder pronunciar las palabras.

Matlock negó con la cabeza. —¿Supongo que fue por su dote?

—Mi hermana no lo aprecia, si es eso lo que quiere decir —respondió Darcy.

Sir Lewis asintió. —Bien. ¿Qué se está haciendo con respecto a ese sinvergüenza?

Richard hizo una mueca. —Hasta ahora nos ha eludido.

Su padre lo miró sorprendido. —¿Eludido? ¿Cómo es posible?

—Se marchó a caballo, amenazando a todo el mundo con una pistola —respondió Darcy con tono seco.

Sus tíos intercambiaron una mirada y sacudieron la cabeza.

Anne se volvió hacia Darcy cuando llegaron al último escalón. —Yo lo habría perseguido de todos modos.

—Georgiana me necesitaba —respondió Darcy en voz baja, porque se abrió la puerta y el personal esperaba dentro. No quería que se dijera que su hermana era la culpable de la huida de

Wickham. —Y Richard llegó demasiado tarde y tenía que ocuparse de una prisionera.

Anne arqueó las cejas. —¿Una prisionera?

—La dama de compañía de mi hermana, la señora Younge. Era cómplice de Wickham—. Darcy esperó a que Anne dijera lo que él sabía que diría a continuación: «Te lo dije».

—Te advertí que él tendría cómplices —dijo ella en voz baja—; en serio, Darcy, debes intentar estar más al tanto de las cosas.

—¿Has alertado al magistrado local? —preguntó Matlock, entregándole su abrigo a Stevens. —¿Hay hombres buscándolo?

—Sí —respondió Darcy antes de que Richard pudiera hacerlo, queriendo demostrar que, a pesar de lo que sin duda pensaba Anne, él estaba a cargo de la búsqueda de Wickham.

Sir Lewis también entregó su abrigo. —Bien, entonces, lo primero que debemos hacer es reunirnos con George, si está en condiciones.

—Estaba en su salón cuando fui a ver cómo estaba hace una hora —dijo Darcy. —No estoy seguro de que quepamos todos. Puedo pedir sillas adicionales.

La habitación privada de su padre era, de hecho, bastante grande, pero George Darcy prefería los espacios abiertos a tener muchos asientos. Siempre sostenía que si más de unas pocas personas deseaban hablar con él a la vez, podían reunirse en la sala de estar, no en la habitación contigua a su dormitorio. Obviamente, al ser un hombre generalmente vital, no había considerado un escenario en el que estuviera tan enfermo.

—¿Sillas adicionales? —Matlock negó con la cabeza. —Lewis y yo estaremos bien, a menos que tu padre haya quitado el sofá.

Darcy frunció el ceño. —Sí, pero Anne, Richard y yo quizás queramos sentarnos.

Sir Lewis se rio entre dientes. —No seas absurdo. Esta va a ser una reunión privada.

Con el ceño aún más fruncido, Darcy miró de reojo al personal que seguía recogiendo la ropa de abrigo, pero decidió ser franco de todos modos. —¿Tienen la intención de hablar sobre mi supuesto compromiso?

Matlock asintió con la cabeza. —Por eso tu padre nos ha convocado aquí.

—Entonces, ¿no creen que Anne y yo deberíamos dar nuestra opinión? —preguntó Darcy.

—No veo por qué —respondió Sir Lewis encogiéndose de hombros. —Es nuestro pacto. No tiene nada que ver contigo ni con mi hija.

—¿Que no tiene que ver con nosotros? —balbuceó Darcy, consciente de que había empezado a repetir cosas otra vez. Pero ¿qué más podía hacer cuando las personas que lo rodeaban decían cosas tan poco sensatas? —¿Nada que ver *con nosotros*?

—Como dice Lewis, no es asunto de ustedes —dijo Matlock, dirigiéndose hacia la escalera. —Ya sabemos el camino.

—Vamos, Darcy —Anne lo tomó del brazo. —Juguemos una partida de billar. Siempre me ha gustado cómo lo tienes dispuesto aquí.

Él la miró, demasiado sorprendido para hablar. ¿Ella iba a jugar al billar mientras sus padres se encargaban una vez más de decidir su destino?

—Yo jugaré con el ganador —añadió Richard alegremente.

Todos estaban locos, pero Darcy dejó que Anne lo alejara mientras sus tíos subían las escaleras en busca de su padre.

Cuando llegaron a la sala de billar, Darcy hizo un gesto con la cabeza al criado que los había seguido para atenderlos y cerró cortésmente la puerta en su cara. Probablemente eso no impediría que los escuchara, pero al menos daba la apariencia de privacidad. Volviéndose hacia Anne, le preguntó: —¿Cómo puedes estar tan tranquila cuando ellos están arriba discutiendo si intentarán o no obligarnos a casarnos?

Anne se acercó a los tacos para elegir uno. —Tú te angustias, Darcy, yo estoy tranquila porque la carta de tu padre decía que desea que se rompa el pacto, y ya he convencido a papá, así que, aunque Matlock defienda la idea, serán dos contra uno cuando voten.

—Mi padre puede ser muy persuasivo —dijo Richard, colocando las bolas de billar. Darcy no se había movido de junto a la puerta. —

¿Quieres abrir el juego, Darcy? Un buen saque es tu única oportunidad de ganarle a ella.

Darcy se acercó a la mesa. —¿Creen que el tío Matlock intentará mantener el pacto?

Richard se encogió de hombros. —No tengo ni idea. Sé que a Henry le entusiasma la idea, pero creo que más para atormentarlos a ustedes dos que por un deseo real de ver unidas Rosings y Pemberley.

—Mi padre puede plantarle cara al tío Matlock —dijo Anne con un deje de aspereza. Le pasó el taco a Darcy. —Empieza. Quiero que tengas una oportunidad justa.

Darcy aceptó el taco y observó a su prima. Anne había dejado de crecer alrededor de los quince años. Le llegaba apenas al hombro, pero él sabía que, a pesar de su estatura, era una boxeadora dedicada y una excelente esgrimista. Era inteligente, sin duda más astuta que él, y tenía un rostro agradable en forma de corazón y unos ojos grandes y hermosos. Georgiana tenía razón. A su prima debía de dolerle que él la rechazara tan rotundamente. —Anne, por favor, ten claro que mi reticencia no tiene nada que ver contigo como persona. Sabes que te quiero mucho, pero simplemente no de esa manera. Eres como una hermana para mí.

Anne resopló burlonamente. —Darcy, si quisiera casarme contigo, ya estaríamos casados.

Él parpadeó. —No estoy tan seguro de eso, pero lamento haber herido tus sentimientos al oponerme tan rotundamente a la idea.

—Nunca me ha importado tu firmeza. Me ha ahorrado la molestia de impedir nuestra unión—. Anne se mostró satisfecha. —He podido vivir en el lujo y la libertad todo este tiempo, con mi padre esperando pacientemente a que cambiaras de opinión, mientras tú estabas en esa librería. No tienes por qué disculparte.

Darcy la miró boquiabierto. —¿Nunca quisiste casarte conmigo?

Ella se encogió de hombros. —Oh, hubo un tiempo en que lo habría hecho porque papá dijo que lo hiciera, pero no, en realidad no—. Anne le dio una palmadita en el brazo. —Lo siento, Darcy, pero la verdad es que eres un poco cabeza hueca. Te quiero mucho, pero ¿casarme contigo? No lo creo. Ahora abre el juego, o tendré que

jugar con Richard, porque todos sabemos que, si me dejas empezar, ganaré.

Sin decir nada, Darcy se dirigió a la cabecera de la mesa. ¿Por qué Anne no quería casarse con él? Era un hombre bien parecido, extremadamente rico... o podría haberlo sido si ella se hubiera casado con él. ¿Qué era lo que no le gustaba de él? Golpeó el taco con fuerza, provocando un satisfactorio estruendo de bolas de billar. «Cabeza hueca», efectivamente.

A pesar de un buen comienzo, Anne le ganó, y luego a Richard. Darcy le ganó una vez, pero tenía la fuerte sospecha que ella lo había dejado ganar. Sólo Henry podía ganarle a Anne en el billar, una de las pocas actividades que él practicaba con ella. Henry no solía jugar algún juego si no creía que iba a ganar.

—¿Qué va a pasar contigo ahora? —le preguntó Darcy a Anne mientras colocaba las bolas para ella y Richard.

—Voy a ganarle a Richard y luego te voy a ganar a ti —respondió Anne.

—Creo que se refiere a matrimonialmente —intervino Richard.

Anne le lanzó una mirada sorprendida, que se convirtió en una mueca. —Supongo que debo tenerlo en cuenta, ¿no? Ahora que se ha roto el pacto, papá pronto centrará su atención sobre con exactamente quién me casaré, ¿no? La señora Jenkinson conseguirá por fin la temporada en Londres que tanto ha deseado.

—¿Y dónde está la señora Jenkinson? —preguntó Darcy. Anne solía estar tan a menudo sin acompañante que él había olvidado que su dama de compañía debía estar con ellos.

—Ha ido a visitar a su hermana. Papá consideró que la reunión con el tío Darcy era demasiado urgente como para esperar a que ella regresara, y no es que estemos aquí para socializar.

—¿De verdad vas a pasar la temporada a tu edad? —preguntó Darcy.

Richard tosió en su mano.

Anne miró a Darcy con expresión inexpresiva. —¿Lo ves? Cabeza hueca.

—¿Y tú, Darcy? —preguntó Richard mientras se dirigía a la cabecera de la mesa para abrir el juego. —Ahora también serás libre

de casarte con quien quieras.

Darcy apartó la mirada, sin saber si quería contarles sobre Elizabeth. No sabía si ella había creído lo que le había escrito ni cuál sería su reacción. ¿Cómo se habría sentido él si ella le hubiera dicho que no era quien parecía ser? ¿Que era rica en secreto y tenía conexiones con familias que eran capaces arruinarlo a él y a su familia por un caprichoy era muy posible que lo hicieran?

Habría pensado que estaba loca.

—¿Qué es esto? —exclamó Anne. —Richard, mira su rostro. Ya tiene a alguien.

Richard levantó la vista de donde estaba preparando su tiro.

Darcy sintió cómo el calor le subía por la nuca.

—Creo que tienes razón, de Bourgh—. Richard dejó el taco, más interesado en estudiar a Darcy que en romper la partida. —Bueno, suéltalo. ¿Quién es ella?

—¿Y cómo es que lograste conocerla? —añadió Anne. —¿En el mercado, tal vez? Eso sería muy gracioso. Les estaría bien empleado a los tres si sus maquinaciones te hubieran llevado a enamorarte de una vendedora. O de la hija de un pescadero. Por favor, que sea la hija de un pescadero.

—Es hija de un caballero —espetó Darcy. —Vino a la librería a comprar un regalo de Navidad para su padre, pero no me importaría en absoluto que fuera hija de un pescadero.

—A mí sí me importa —dijo Anne. —Lo preferiría.

—Me disculpo por decepcionarte —respondió Darcy con sequedad.

—¿Y sabe ella que la tienes en alta estima? —preguntó Richard, rompiendo finalmente el silencio al iniciar el juego. Dejó escapar un gemido al ver que no caía ni una sola bola y luego miró a Darcy. —¿Hay, en verdad, una joven de Hertfordshire?

Con la esperanza de que dejaran el tema, Darcy respondió simplemente: —Sí.

Anne levantó la vista de la mesa para estudiarlo con la misma mirada escrutadora y con ojos entrecerrados que le había dirigido a las bolas de billar. —¿Y ella sabe quién eres? ¿Tu posición social? Ahí y ahí —añadió, anunciando su jugada a Richard.

Darcy se frotó la nuca. —Le escribí una carta explicándole ambas cosas.

—¿Y cuál fue la respuesta de ella? —preguntó Richard, y luego hizo una mueca cuando Anne metió las dos bolas de un solo tiro, tal y como lo había predicho.

—No lo sé —admitió Darcy.

—¿No lo sabes? —corearon sus primos.

Él se encogió de hombros. —Tuve que venir aquí.

—Probablemente piensa que estás loco—. Anne señaló el siguiente hoyo. —Ahí—. Metió la bola. —Deberías escribirle.

—No puedo escribirle. No hay ningún acuerdo entre nosotros.

—Dijiste que ella sabe que la estimas —replicó Anne.

—No la presioné para comprometernos —dijo Darcy con rigidez. —¿Cómo podría hacerlo, dadas las circunstancias? La última vez que hablamos, yo creía que todavía estaba bajo el mandato de mi padre de casarme contigo. ¿Te imaginas la ira que los tres podrían desatar sobre un caballero rural y su familia?

—Así que le dijiste a esa joven que te importaba —comenzó Richard mientras observaban a Anne meter otra bola en el hoyo. —Y le dijiste que no podías casarte con ella porque tu padre y tus tíos arruinarían a toda su familia si lo hacías y, por lo que ella sabe, desapareciste.

Darcy hizo una mueca. —Es un resumen bastante acertado.

Richard silbó entre dientes. —No eres muy bueno en esto del cortejo, ¿verdad?

Darcy le dirigió una mirada agria.

Llamaron a la puerta de la sala de billar.

—Adelante —dijo Darcy.

La puerta se abrió y entró Stevens. —Señores, señorita, sus padres han llegado a un veredicto. Desean hablar con ustedes.

Darcy intercambió una mirada con sus primos. Abandonando el juego, que Anne sin duda habría ganado de todos modos, salieron de la habitación. Mientras atravesaban los pasillos de Pemberley, Darcy juró que, sin importar la decisión que hubieran tomado su padre y sus tíos, o lo que George Darcy sintiera por una señorita rural de Hertfordshire, esa misma tarde le enviaría una carta al señor

Bennet explicándole todo y pidiendo permiso para cortejar a Elizabeth. Puede que no fuera muy bueno cortejando, como decía Richard, pero tenía intención de hacerlo de todos modos. Se negaba a permitir que sus parientes lo alejaran de ella.

CAPÍTULO 28

Ni Elizabeth ni ninguna de sus hermanas se sorprendieron cuando el carruaje del señor Bingley se detuvo frente a Longbourn la tarde siguiente a su visita a Netherfield Park, pero de todos modos Lydia y Kitty corrieron a la ventana para espiar a través de las cortinas. Jane guardó tranquilamente su costura, pero un rubor se extendió por sus mejillas. Por su parte, Elizabeth levantó la vista del libro en el que el señor Darcy había escondido su carta, pero luego volvió a su lectura.

—Oh, el señor Bingley tiene buen aspecto hoy —susurró Lydia en voz alta.

—La señorita Bingley tiene esa mirada como si nuestra casa estuviera hecha de queso apestoso —añadió Kitty, riéndose.

Conteniendo una sonrisa, para que no se dieran cuenta de que la divertían con sus comentarios y se animaran, Elizabeth dio gracias en silencio por que ni Mary ni el señor Collins estuvieran allí para darles una charla sobre decoro. Por lo que Elizabeth había podido observar, provocar una reprimenda por parte de los dos era algo que les encantaba a sus dos hermanas menores.

—¿Sigue mamá recuperándose de lo que dijo el señor Collins sobre Lucas Lodge durante el almuerzo? —preguntó Jane. —No le hará ninguna gracia que hayan llegado tan pronto.

Elizabeth levantó la vista de su libro. —Me atrevería a decir que el señor Bingley no podría soportar pasar un día más sin ti, y como se trata del señor Bingley, mamá no se enfadará. Ella está casi tan enamorada de él como tú.

Jane se sonrojó y bajó la mirada.

—¿Quién es ese? —preguntó Lydia con un tono alarmantemente impresionado. —Es muy atractivo.

—Debe de ser el señor Wickham —dijo Kitty, mirando por encima del hombro a Elizabeth. —¿Conociste al señor Wickham en Londres? ¿Es él?

—Shhh —susurró Lydia, alejándose de la ventana para sentarse en el sofá en el que había estado arrodillada. —Ya vienen.

—Sí lo conocí —respondió Elizabeth en voz baja, al oír que se abría la puerta principal. —Y él sabe que la herencia de papá está vinculada.

—¿Por qué le dijiste eso? —se quejó Kitty.

—Parece que es un hombre muy rico —susurró Lydia, más bajo de lo que Elizabeth creía que su hermana menor era capaz de hablar. —No le importará el dinero de papá—. Una mirada angustiosamente decidida se apoderó de su rostro, pero fue sustituida por una brillante sonrisa cuando hicieron pasar a los Bingley y al señor Wickham.

La señora Bennet bajó entonces la escalera haciendo ruido y se intercambiaron los saludos. Pronto, todos estaban sentados, y Elizabeth se encontró compartiendo un sofá con la señorita Bingley, quien efectivamente parecía haber olido algo desagradable.

—Señor Bingley, qué amable ha sido al visitarnos tan pronto —dijo la señora Bennet después de que mandara pefir el té.

—Casi demasiado pronto para mamá —susurró Lydia en voz alta a Kitty, quien se rio.

—Y de traer a un caballero —continuó la señora Bennet como si no la hubiera oído. —Y un joven tan apuesto. Señor Wickham, si usted es un ejemplo de los amigos londinenses del señor Bingley, debe ayudarnos a convencerlo de que organice un baile tan pronto como pueda e invite a todos sus conocidos de Londres.

El señor Wickham adoptó una expresión pesarosa. —Me duele informarle, señora Bennet, pero yo soy el mejor de los acompañantes del señor Bingley. Un modelo a seguir entre los caballeros de Londres—. Le lanzó una mirada a Lydia, quien se sentó más adelante en su silla y lo miró fijamente. —Pero incluso si todos los demás caballeros a los que invite fueran inferiores a mí, estoy de acuerdo en que el señor Bingley debe entretener a la comunidad aquí con un baile. Por mi parte, disfrutaría enormemente de una estancia en el cálido ambiente que nos ofrece la población local.

Lydia se inclinó hacia Kitty, sentada en la silla contigua, y le susurró: —Quiere pasar un tiempo con nosotras.

—Lydia —exclamó Kitty, y no puedo evitar un ataque de risitas.

Junto a Elizabeth, la señorita Bingley estaba sentada muy rígida.

El señor Wickham observaba a Lydia con ojos brillantes.

—Oh, señor Wickham, es usted terrible al sugerir que el señor Bingley no tiene otros amigos dignos —dijo la señora Bennet. —Estoy segura de que tiene tres más como usted.

—¿Tres más? —La mirada del señor Wickham recorrió a todas las presentes, inquietando a Elizabeth, y volvió a posarse en Lydia. —¿Tiene usted otra hija encantadora escondida, señora Bennet, o se refiere a que ninguna de ellas bailará conmigo?

—Mi Mary está en Meryton con mi hermana Phillips —respondió la señora Bennet.

—Pero Mary no le agradaría—. Lydia se inclinó hacia delante en su silla mientras hablaba, lo que le permitió al señor Wickham disfrutar de una espléndida vista de sus curvas. —Se ha encaprichado de un humilde soldado de casaca roja.

—Y ni siquiera es bonita —añadió Kitty.

—¿Cómo es eso posible, si tiene unas hermanas tan encantadoras? —preguntó el señor Wickham.

—No habrá ningún baile —espetó la señorita Bingley.

El señor Bingley, quien había estado mirando a Jane sin dar señales de prestarle mucha atención a la conversación a su alrededor, se volvió hacia ellos. —Es decir, puede que celebremos un baile, pero no será en Navidad. Estoy deseando disfrutar de una tranquila celebración familiar.

—¿No dijo que los Hurst se unirían a ustedes pronto? —intervino Elizabeth, con la esperanza de desviar la conversación hacia un tema que Lydia no pudiera utilizar para su descarado coqueteo.

—Sí, sí, pero ellos están casados —dijo la señora Bennet quitándole importancia con un gesto de la mano. —¿No tiene usted ningún pariente soltero, señor Bingley?

—Señorita Bingley, usted aún no se ha casado —dijo Lydia con dulzura. —¿No le agradan los hombres de Londres? A mí me parecen muy agradables—. Y volvió a esbozar una sonrisa al señor Wickham.

La señorita Bingley frunció el ceño.

Elizabeth captó la mirada rápida y presuntuosa que el señor Wickham le lanzó a la señorita Bingley, y se dio cuenta de que la estaba provocando deliberadamente con su atención hacia Lydia.

Elizabeth sintió una repentina simpatía por ella. Por muy arrogante que pudiera ser la señorita Bingley, tratar así los sentimientos de una mujer era cruel.

—Me refería a parientes varones —aclaró la señora Bennet.

—Ah, no—. El señor Bingley miró alrededor de la sala, con aire ligeramente desconcertado. —No tenemos parientes varones solteros.

Las criadas llegaron entonces con bandejas con el té y Elizabeth aprovechó la distracción para inclinarse hacia la señorita Bingley y decirle en voz baja: —Él sólo está intentando ponerla celosa. No está bien por su parte, pero en realidad es un cumplido.

La señorita Bingley resopló desdeñosamente. —No tengo ni idea de lo que está hablando, Eliza.

—¿Qué están susurrando? —preguntó el señor Wickham. —Vamos, no nos oculten secretos, señoritas.

Elizabeth se encogió de hombros. —Sólo estábamos especulando sobre los caprichos de la naturaleza humana.

Los ojos del señor Wickham se endurecieron un poco al oír eso, pero su voz sonó ligera cuando dijo: —Un tema muy serio para la hora del té.

—Oh, a Lizzy le encantan los temas serios —dijo Lydia, inclinándose tanto en la silla que casi se cae al suelo. —Ella no sabe divertirse como algunas de nosotras.

—Oh, sí —añadió la señora Bennet, aparentemente ajena al horrible coqueteo de Lydia. —Mi Lydia es una joven enérgica y vivaz. Disfrutará bailando con ella, señor Wickham, cuando el señor Bingley celebre su baile. Jane, prepara el té. Recuérdale al señor Bingley lo buena anfitriona que eres.

—Sí, mamá —murmuró Jane y se dispuso a cumplir la tarea.

—¿No es este un clima maravilloso para ser tan tarde en el año? —dijo Elizabeth en voz alta antes de que su madre o Lydia pudieran volver a hablar.

—No es necesario que grites, Lizzy —dijo la señora Bennet. —Todos estamos aquí.

—¿Saben? Es un clima estupendo y los caminos están despejados —. La señorita Bingley miró directamente al señor Wickham mientras

hablaba, pronunciando las palabras con precisión y en voz demasiado alta. —Si alguien quisiera hacer un viaje, o estuviera pensando en hacerlo, me atrevería a decir que ahora sería el momento perfecto para partir.

—¿Ahora mismo? —preguntó él, arqueando una ceja. —¿No, digamos, mañana por la mañana, para aprovechar la luz del día?

Lydia miró a uno y a otro, frunciendo el ceño con fastidio. —Siempre prefiero salir a pasear después del desayuno. Sola, al monte Oakham. ¿Ha visto el monte Oakham, señor Wickham? Me encantaría enseñarle los espléndidos paisajes de la zona.

Él se volvió hacia ella, pero su expresión era ahora agradablemente neutra, en lugar de la mirada casi lasciva que le había dirigido hasta ese momento al dirigirse a ella. —Suena encantador, señorita Lydia. Me atrevería a decir que a la señorita Bingley también le gustaría dar ese paseo. No me gustaría que ella no viniera, ya sabe.

Lydia frunció los labios en un mohín y se recostó en la silla. —Si quiere que todos caminen con usted, supongo.

Elizabeth observó la expresión ahora engreída de la señorita Bingley y trató de averiguar qué se le había escapado.

Fuera lo que fuera, el té transcurrió con más calma después de eso. Lydia se sumió en un silencio hosco, dejando a Kitty casi en silencio también, y Elizabeth pudo entablar conversación con Jane y el señor Bingley. Cuando los invitados se marcharon, Elizabeth se atrevió a esperar que hubiera suavizado cualquier situación desagradable, al menos en lo que se refería a la percepción del señor Bingley. Eso era lo que más le importaba a Elizabeth, ya que no quería que su familia arruinara la oportunidad de felicidad de Jane.

A la mañana siguiente, Elizabeth se encontró una vez más sentada junto a su primo Collins durante el desayuno. En realidad, ya se había acostumbrado a sus modales y podía ignorarlo bastante bien. Lo que no podía ignorar, lo que incluso hizo que su padre bajara el periódico y los mirara con el ceño fruncido, era la batalla de susurros que se libraba entre Lydia y Kitty. Sus palabras sibilantes

eran demasiado suaves para poder entenderlas, pero su naturaleza incesante dificultaba la conversación normal en la mesa.

Finalmente, papá dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa, con expresión severa. —¿Qué ocurre, Kitty? ¿Lydia?

Ambas se volvieron hacia él con mirada sorprendida. Elizabeth levantó la vista hacia el techo. Sólo Lydia y Kitty podían estar tan absortas en sí mismas como para no darse cuenta de que todos los que estaban en la mesa podían oírlas.

Intercambiaron una mirada, Lydia con expresión seria y Kitty frunciendo el ceño, y luego Lydia se volvió hacia Elizabeth. —Necesito hablar con Lizzy a solas, papá.

El señor Bennet arqueó las cejas. —¿Durante el desayuno?

—Puede esperar hasta después —dijo Kitty rápidamente.

Lydia la miró con ira. —No, no puede. Es muy urgente.

—Si es urgente, ya díganlo —espetó la señora Bennet. —Estamos desayunando, no entrometiéndonos en chismes.

Kitty negó con la cabeza. —No podemos decirlo, mamá. No debemos decírselo a nadie.

—Podemos decírselo a Lizzy —dijo Lydia.

Jane miró a Elizabeth, quien se encogió de hombros para indicar que no sabía nada.

El señor Collins carraspeó. —El señor Lewis no cree que los hijos deban tener secretos para sus padres. No es apropiado que una joven les oculte información a sus padres.

—No es información nuestra —dijo Kitty con seriedad.

El señor Bennet desdobló el periódico. —Elizabeth, por favor, acompaña a tus hermanas menores fuera de la habitación y averigua qué calamidad planean desatar sobre nosotros.

—Sí, papá—. Elizabeth se puso de pie y miró a Lydia y Kitty con expectación.

La siguieron al salón delantero, donde Elizabeth se alegró de ver que las criadas habían terminado de encender el fuego. Se colocó delante de la repisa de la chimenea y se volvió hacia sus hermanas. —¿Y bien?

—No estaría bien contarlo —le susurró Kitty a Lydia.

—Ya has oído a papá —dijo Elizabeth. —Díganmelo.

Con expresión rebelde, Kitty se adelantó y le entregó una hoja doblada, con el sello roto. —Esta mañana estaba en el jardín y una criada de Netherfield Park cruzó el campo. Me dio esto y me dijo que se lo diéramos al señor Bingley esta tarde.

Elizabeth aceptó la carta, claramente dirigida al señor Bingley, pero no la abrió. —¿La has leído?

Kitty miró rápidamente a Lydia. —Se la he enseñado a Lydia.

Elizabeth se volvió hacia Lydia con sarcasmo. —Tú la has leído.

—¿Cómo iba a saber si era realmente para el señor Bingley? —Lydia se encogió de hombros. —Quiero decir, ¿por qué una criada de Netherfield Park le llevaría a Kitty una carta de la señorita Bingley para su hermano?

—Ella se fugó esta mañana —soltó Kitty.

—Con el señor Wickham —añadió Lydia con aire hosco. —Yo digo que los dejemos ir. Si ella es lo que él quiere, que se la quede. No quiero a un caballero que piense que alguien como ella es divertida, por muy atractivo que él sea.

Alarmada, Elizabeth abrió la carta y vio una letra audaz y firme.

Charles,

Cuando leas esto, estaré demasiado lejos para que puedas interceder. El señor Wickham ha llegado con la feliz noticia de que por fin ha sido nombrado heredero del señor Darcy y le han concedido veinte mil libras. Por desgracia, su padrino ahora quiere decidir con quién puede casarse. Teme que nuestra relación con el comercio y tu aparentemente inquebrantable obsesión por la señorita Bennet, que difícilmente merece la condición de la hija de un caballero y que además también tiene conexiones con el comercio, hagan que su benefactor me considere indigna de Pemberley.

Por lo tanto, mi querido Wickham me ha pedido que me vaya con él a Gretna Green, y yo he aceptado. Me asegura que, una vez celebrado el matrimonio y que su benefactor me conozca, seré aceptada. Incluso si no es así, entre los dos tenemos cuarenta mil libras, que no es una suma pequeña, aunque tengo la esperanza de

recibir mucho más. No veo cómo, con mi evidente superioridad sobre la mayoría de las mujeres y el encanto del señor Wickham, su padrino puede impedir que el señor Wickham siga siendo su heredero.

Por favor, no intentes detenernos.

Esto es lo que quiero.

Tu hermana, la futura señora Caroline Wickham.

Elizabeth se quedó mirando a la página, atónita. ¿Podía ser cierto? ¿El señor Wickham era ahora el heredero de todo lo que le había correspondido al señor Darcy? ¿Significaba eso que el señor Darcy se había enfrentado por fin a su patriarca? ¿Por ella?

La mareó un torbellino de emociones. ¿Habría hecho eso por ella? ¿Renunciar a la esperanza de reclamar su derecho de nacimiento?

Volvió a leer la carta. Parecía confirmar que todo lo que el señor Darcy le había escrito era cierto. No estaba loco. Estaba cuerdo, era inteligente, amable y la amaba. Apretó la página contra su pecho, embargada por una alegría indescriptible.

—¿Lizzy? —preguntó Lydia con cautela.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Kitty. —¿Por qué parece como si una paloma hubiera volado hacia su cara y le hubiera gustado?

—Creo que parece como si le hubiera caído algo pesado en la cabeza —dijo Lydia, y añadió: —Y que le ha gustado.

Elizabeth parpadeó varias veces para borrar de su mente la imagen del rostro sonriente del señor Darcy. —Debemos ir a ver al señor Bingley inmediatamente.

—Eso es lo que yo decía —declaró Lydia triunfalmente.

—Solamente dices eso porque quieres meter en problemas a la señorita Bingley y todavía esperas poder conquistar al señor Wickham —replicó Kitty. —Yo creo que el que ellos se fugaran es romántico.

Lydia levantó la barbilla. —No quiero que la señorita Bingley se meta en problemas. Si ella quiere irse con el señor Wickham y él la quiere a ella, dejemos que se vayan juntos.

—Nunca hay una buena razón para fugarse para casarse —dijo Elizabeth con firmeza, dándose cuenta de la verdad de sus palabras mientras las pronunciaba. —Debe haber algo más de lo que sabemos, y si el señor Wickham es un buen partido para la señorita Bingley, estoy segura de que el señor Bingley apoyará la unión. Es un hombre muy amable y el señor Wickham es su amigo.

Parte del resentimiento de Lydia por haber sido rechazada se desvaneció al ponerse pensativa. —Es cierto. Sin duda, el señor Bingley les habría dado su bendición.

—Pero la carta dice que tienen que irse rápido antes de que ese señor Darcy se entere —dijo Kitty.

Elizabeth asintió. —Sí, pero eso no es motivo para no incluir al señor Bingley en la decisión, aunque esa decisión sea Gretna Green.

Dejó a Lydia y Kitty reflexionando sobre ello y regresó al comedor donde desayunaban. Sus padres, Jane y el señor Collins levantaron la vista cuando entró. Le entregó la nota a su padre y declaró: —Papá, tenemos que avisarle al señor Bingley inmediatamente. Todavía puede alcanzarlos.

CAPÍTULO 29



Darcy entró en la biblioteca con aire sombrío. Anne y Richard habían salido a montar a caballo, pero él no los había acompañado, ya que no deseaba tener compañía. En lugar de eso, merodeaba entre los estantes en busca de cualquier cosa que lo distrajera de sus preocupaciones.

Tras ser interrogada, la señora Younge confesó todo lo que había tramado, lo cual resultó haber sido planeado mucho antes de que se revelara el testamento del padre de Darcy. Al parecer, el plan de Wickham siempre había sido que, si no era nombrado heredero de George Darcy, reclamaría la mano de Georgiana y su dote. La señora Younge había trabajado durante años para que Georgiana se enamorara de Wickham. Afortunadamente, parecía que Wickham había sido como un hermano para ella en ausencia de Darcy y ella, hasta su intento de secuestro, lo había considerado como tal. Darcy consideró un giro irónico del destino que George Wickham hubiera sido demasiado amable, durante demasiado tiempo, con la joven a la que más deseaba seducir, arruinando así sus posibilidades de que ella lo siguiera por voluntad propia.

La señora Younge, a cambio de que no se presentaran cargos formales, también les había informado quiénes de entre las criadas, los lacayos y el resto del personal habían sido sobornados para asegurarse de que no se intercambiaran cartas entre Darcy y su padre o su hermana. Todas las misivas entrantes y salientes debían ser entregadas a Wickham, tanto en Pemberley como en la residencia Darcy en Londres. Se enviaron nuevos jinetes, esta vez para encargarse de la destitución del personal traidor en Londres. En ambas casas, se interrogó a quienes habían conspirado con Wickham y, si se les encontraba culpables, se les despidió sin referencias ni paga. Matlock, Sir Lewis y Anne habían abogado por un castigo más severo, pero el padre de Darcy, aún débil y completamente abatido por la traición de Wickham, simplemente dejó que se marcharan.

También habían hablado con la enfermera Bell, quien ya se había recuperado lo suficiente como para poder hablar con coherencia. Ella había confesado que había estado drogando a George Darcy. Y lo que era aún más perverso, Wickham le había pagado para que pasara horas cada día susurrándole al oído a George Darcy que debía nombrar a Wickham su único heredero o, de lo contrario, Pemberley se perdería.

Pero nadie podía encontrar a Wickham. Tenían su equipaje y su carruaje, al menos el que había traído a Pemberley. Habían enviado jinetes a Londres pensando que podría intentar recuperar otro carruaje y ropa en la residencia Darcy antes de que llegara allí la noticia para impedirlo, pero Wickham no había sido visto. También habían registrado las carreteras del norte, sabiendo que podría huir a Escocia, y del oeste, por si buscaba escapar por la costa. Darcy incluso había enviado un mensaje a los Hurst, para el señor Bingley, por si Wickham buscaba refugio allí, pero aún no había recibido respuesta. Wickham parecía haber desaparecido.

Darcy llegó a las obras de Shakespeare y suspiró. Con Wickham desaparecido, Georgiana conmocionada y su padre sin recuperarse del todo, no podía ir a ver a Elizabeth. ¿Qué estaría pensando ella? Le había escrito aquella carta y luego había desaparecido de Londres.

¿Se habría dado cuenta de su ausencia? Suponía que a esas alturas ella ya estaría en casa, ya que diciembre estaba llegando a su fin y ella y la señorita Bennet tenían previsto pasar la Navidad con su familia. La carta de Darcy ya debería haber llegado a manos del señor Bennet. ¿Le habría mostrado a Elizabeth las palabras de Darcy?

¿Acaso ella pensaba en él? Para ella, él era un librero posiblemente loco que la había besado en el parque. Aun así, como mínimo, era posible que pensara en Darcy cuando ella y su hermana entregaran los volúmenes que él había seleccionado para el señor Bennet.

Su hermana... Darcy frunció el ceño. ¿No había dicho el señor Bingley que tal vez adquiriría una propiedad en el campo? Cualquiera podía ver lo enamorado que estaba de la señorita Bennet. Si ella

estuviera en Longbourn con su familia, ¿se habría quedado Bingley en Londres?

De repente, Darcy supo dónde encontrar a Wickham. Había hecho bien en escribirle al señor Bingley, pero este no estaba en Londres. Seguramente habría pedido que le enviaran el correo, pero ¿con qué frecuencia y con qué rapidez?

Darcy salió apresuradamente de la biblioteca y atravesó los amplios pasillos de Pemberley. Buscaba el salón donde se encontraba su padre, sintiendo la necesidad imperiosa de actuar burbujeando en su interior. Cuando llegó a la puerta, respiró hondo, recuperó la calma y llamó suavemente. Por mucho que deseara estar lejos, en Hertfordshire, no debía despertar a su padre si George Darcy estaba descansando.

—Adelante —dijo la voz de su padre con tono firme.

Darcy abrió la puerta y encontró a su padre, a Matlock y a Sir Lewis jugando a las cartas alrededor de la mesa baja del salón, con la enfermera Parker como la cuarta participante. Se inclinó ante todos ellos.

—Ah, Fitzwilliam —lo saludó su padre. —Te ofrecería el lugar de la enfermera Parker, pero ella juega mejor que tú y ella y yo estamos ganando.

—No será necesario, padre. He venido a informarte que debo ir a Hertfordshire con toda prisa.

Sir Lewis jugó una carta. —¿Es ahí donde se encuentra la joven de la que estás enamorado? —preguntó sin levantar la vista.

Darcy frunció el ceño. Maldita sea Anne y su costumbre de contárselo todo a su padre.

Con una expresión de sorpresa en el rostro, George Darcy dijo: —Me dijiste que no le habías hecho ninguna propuesta a la joven de Hertfordshire.

—¿Entonces hay una joven? —preguntó Matlock, mirando por encima del hombro a Darcy. —Vamos, háblanos de ella. Decidiremos si es adecuada.

Darcy apretó los dientes y se esforzó por adoptar un tono razonable. —Tengo que ir a Hertfordshire porque creo que es allí donde se esconde Wickham.

—¿Entonces no es allí donde se encuentra la joven? —Sir Lewis se volvió hacia el padre de Darcy. —Es tu turno, George.

Por mucho que mentir fuera más sencillo, Darcy se negó a hacerlo. —Es donde también se encuentra la señorita Elizabeth. El señor Wickham tiene allí un conocido al que creo que puede engañar para que le dé cobijo.

—¿La señorita Elizabeth qué? —preguntó Matlock.

La enfermera Parker mantenía la atención en el juego, pero Darcy estaba seguro de que estaba escuchando. Afortunadamente, no tenía nada que ocultar. —La señorita Elizabeth Bennet. Es la hija de un caballero rural que posee una propiedad llamada Longbourn.

Sir Lewis levantó la vista bruscamente. —¿Longbourn? ¿En Hertfordshire? Esa es la propriedad vinculada a mi rector.

—¿Te refieres a ese tonto de Collins? —preguntó Matlock. —Nunca entenderé por qué lo elegiste.

Con rigidez, Sir Lewis respondió: —Ya te lo he dicho, quería a alguien que no tentara a Anne para que se alejara de Darcy. Siempre he sido muy fiel a mi parte del pacto—. Miró fijamente a Darcy. —Por mucho que me haya servido.

Darcy hizo una mueca. Al parecer, aunque Anne no estuviera enojada con él por no casarse con ella, su padre sí lo estaba.

—Bueno, tendremos que investigar a este señor Bennet y sus parientes —dijo Matlock. —A ver si la joven es adecuada.

—No —dijo Darcy con voz tranquila y firme.

Los tres patriarcas lo miraron.

—¿No? —repitió su padre.

—No —Darcy miró a su padre a los ojos con calma y seguridad. —Amo a Elizabeth. Si me acepta, me casaré con ella. Si no puedes aceptarla, puedes dejarle Pemberley a Georgiana. Esas son tus opciones. Lo que no puedes hacer es decirme con quién debo casarme ni amenazar a sus familiares de forma mezquina y vengativa.

—¿Amenazar a sus parientes? —Su padre parecía bastante ofendido. —¿Por qué clase de caballero me tomas?

—La clase que pasó años ahuyentando a mis clientes para que mi vida como librero fuera lo más miserable posible. La clase que me

echó de mi hogar antes que ver frustrado su deseo. La clase que prefiere creerle a un adulador como Wickham antes que a su propio hijo.

Su padre se quedó boquiabierto.

El tío Lewis tosió. —Ah, de hecho, mucho de eso también fue culpa de nosotros dos—. Señaló a Matlock con un gesto.

—Eso lo sé —dijo Darcy con un tono un poco frío.

—Sí, bueno, entonces cásate con la joven —murmuró Matlock.

—Eso es lo que pretendo, si ella me acepta —Darcy volvió a adoptar un tono razonable y se dirigió a la enfermera Parker, que hacía todo lo posible por desaparecer en su sillón. —Enfermera Parker, ¿sigue siendo grave la condición de mi padre?

Enderezándose, ella negó con la cabeza. —Se ha recuperado de la medicación y de la dolencia que padeció este otoño. Ahora sólo necesita hacer esfuerzos moderados para recuperar sus fuerzas habituales.

Darcy asintió con la cabeza. —Entonces iré a Hertfordshire. Les informaré si localizo a Wickham.

—Bien —murmuró Matlock. —Quiero verlo colgado.

George Darcy palideció. —Seguro que no hace falta llegar a esos extremos.

—George, le pagó a una mujer para que te drogara —protestó Sir Lewis. —Intentó secuestrar a Georgiana.

—Y le disparó a uno de los mozos de cuadra —añadió Darcy cuando quedó claro que Sir Lewis no sabía nada de ese delito o que no le importaba.

El padre de Darcy bajó la mirada y negó con la cabeza. —Es mi ahijado. Lo he visto crecer desde que era un bebé.

Matlock observó a su cuñado con la mirada entrecerrada. —Siempre dijiste que ese rumor no era cierto. El de su linaje.

George Darcy volvió a levantar la vista, sorprendido. —Y no lo es. Yo no soy el padre del chico.

—Pues bien —dijo Matlock encogiéndose de hombros. —No veo cuál es el problema. Está condenado.

—Sea cual sea su destino, me marcho —Darcy volvió a inclinarse ante ellos. —Tíos. Padre. Enfermera Parker—. Se dio la vuelta para

salir.

—Hijo —lo detuvo George Darcy. —Tienes razón. Eres un hombre hecho y derecho, y además uno excelente, capaz de tomar sus propias decisiones. Mi voluntad está decidida. Si te casas con esta joven, serás mi heredero. Que Dios te acompañe en tu viaje.

Darcy asintió con la cabeza, sin poder articular palabra, y salió de la habitación a zancadas. Pidió un caballo y se dirigió a su dormitorio. Con la ayuda de Patrick, guardó en una alforja las pocas prendas nuevas que tenía listas. Al menos ahora tenía un conjunto de ropa adecuado para el heredero de Pemberley. No es que fuera a montar con sus mejores galas, pero tal vez tendría la oportunidad de ponérselas antes de conocer a los padres de Elizabeth.

Con la alforja colgada al hombro, atravesó el pasillo a zancadas hasta llegar a la escalera, donde encontró a Georgiana esperándolo abajo.

Ella lo observó bajar con los ojos llorosos. —Te vas.

—No por mucho tiempo. Te lo prometo.

—Ya casi es Navidad. Pensé que tal vez este año... —Su voz se fue apagando y las lágrimas comenzaron a brotar libremente.

Él le ofreció su pañuelo para tranquilizarla. —Me voy porque creo que Wickham está allá. Debe pagar por lo que te hizo a ti y a nuestro padre.

—Y a ti —dijo Georgiana entre lágrimas. —Pero ¿por qué debe pagar ahora, antes de Navidad? No me importa si se escapa. Quiero que volvamos a ser una familia.

Toda la impresión de haber madurado se desvaneció entre sus lágrimas, y la hermana de Darcy se quedó ante él, sollozando, y él supo que no podía dejarla pensando que se marchaba simplemente para vengarse. Ella tenía razón, esa no era una causa digna de abandonarla en la primera Navidad que él podría pasar en Pemberley en años. —También hay una mujer. Una joven, para ser exactos.

Georgiana negó con la cabeza. —No lo entiendo.

Darcy sintió que una sonrisa se dibujaba en su rostro mientras evocaba la imagen de Elizabeth. —Es la señorita Elizabeth Bennet. La conocí en Londres, en la librería, y ahora he desaparecido de su

vida de forma bastante abrupta. No quiero que pase la Navidad creyendo que la he abandonado.

Georgiana se secó los ojos. Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa temblorosa. —¿La señorita Elizabeth Bennet? Es un nombre bonito. ¿Es amable? ¿Ella corresponde a tus sentimientos?

—Espero que sí, de todo corazón.

—¿Ella sabe algo de esto? —Georgiana señaló Pemberley con un gesto.

—Sólo que no ha sido mi hogar durante algún tiempo y, hasta donde ella sabe, puede que nunca lo sea. No sabe que papá y yo nos hemos reconciliado.

—¿Entonces lo han hecho? —La esperanza inundó el rostro de su hermana. —¿Volverás y seremos una familia?

Darcy dejó caer la alforja al suelo y la abrazó. —Volveré y seremos una familia.

Georgiana asintió con la cabeza y lo abrazó con fuerza durante un momento. Lo soltó, dio un paso atrás y él pudo ver las lágrimas que habían manchado el frente de su abrigo. —Entonces será mejor que vayas a descubrir si esa señorita Elizabeth te ama —dijo Georgiana, adoptando una expresión decidida. Se secó las lágrimas una vez más. —Y si George está allá, será mejor que te asegures de que no le haga daño a nadie más. Especialmente a ella, si sabe que te importa.

Darcy no había pensado en eso. Asintiendo, recogió su alforja y se dirigió hacia la puerta.

CAPÍTULO 30

Elizabeth caminaba de un lado a otro por el pequeño salón delantero, incapaz de permanecer quieta. Volvió a mirar al reloj de la repisa de la chimenea. —¿Dónde está el señor Bingley? Quizás deberías haber ido a caballo a buscarlo, papá.

—John es perfectamente capaz de entregar un mensaje urgente —dijo el señor Bennet en referencia a uno de los lacayos de Longbourn, sin levantar la vista de su lectura.

En el sofá cerca de la ventana, Jane estaba sentada con su labor en el regazo, pero su mirada se dirigía hacia atrás por encima de su hombro, hacia la entrada. Se mordía el labio, mostrando un nerviosismo bastante extremo para ella.

Elizabeth se volvió rápidamente, agitada. —¿En qué estaría pensando la señorita Bingley? —Ninguno de los otros dos respondió y ella siguió paseándose en silencio.

—Está nevando —comentó Jane desde su lugar junto a la ventana.

Elizabeth miró hacia fuera y vio grandes copos de nieve, pero siguió paseándose. Rara vez criticaba el silencio, pero la quietud de la espera le resultaba agobiante. El señor Bennet había sellado la carta dentro de otra hoja, aunque John no sabía leer y, aunque supiera, su criado no sería quien diera la noticia. El padre de Elizabeth le había prohibido a su familia hablar de lo que había hecho la señorita Bingley, pero también había permitido que la señora Bennet, Lydia y Kitty fueran en carruaje a Meryton a visitar a los Phillips, valorando más su tranquilidad que la privacidad de los Bingley. La noticia de la fuga de la señorita Bingley se extendería por todo el pueblo en cuestión de horas. En un día o dos, todo Hertfordshire lo sabría, aunque la mayoría de los habitantes de Hertfordshire no tuvieran ni idea de quién era la señorita Bingley. Luego, la noticia llegaría a Londres.

El escándalo sería inevitable. El señor Bingley tendría todo el derecho de culpar a los Bennet por ello. ¿Sería tan bondadoso como

para no reprochárselo? ¿La fuga de la señorita Bingley impediría el cortejo entre Jane y el señor Bingley?

—Ya está aquí —dijo Jane. —No está solo. Los Hurst han venido con él.

Hicieron pasar a los tres. Elizabeth echó un vistazo al rostro pálido de la señora Hurst y pidió que trajeran el té. Jane se apresuró a cruzar la habitación hacia ella y tomó ambas manos de la otra mujer mientras el señor Bingley hacía las presentaciones. Ignorando esa formalidad, Jane llevó a la señora Hurst al sofá para que se sentara a su lado.

—Señor Bennet —continuó el señor Bingley. —No podemos quedarnos. Los Hurst llegaron justo cuando iba a salir en su búsqueda. Han tomado un carruaje, así que estoy seguro de que nosotros podremos alcanzarlos si cambiamos de caballos.

—¿Nosotros? —preguntó el padre de Elizabeth.

—Yo acompañaré a Bingley —dijo el señor Hurst.

Elizabeth, que no conocía de antes al señor Hurst, decidió que parecía ser un hombre lo suficientemente capaz. Quizás un poco corpulento, pero no más de treinta y cinco años, con la tez sonrosada de quien está acostumbrado al aire libre.

—Es usted muy amable, señor Hurst —le agradeció el señor Bennet.

Hurst se encogió de hombros. —Por muy irritante que sea, también es mi hermana, aunque sólo sea por matrimonio.

—Oh —sollozó la señora Hurst.

El señor Hurst se volvió hacia ella con una mueca, y luego volvió a mirar al padre de Elizabeth. —Me preguntaba si Louisa podría quedarse aquí un tiempo. Con Bingley y yo fuera buscando, se quedará sola en Netherfield Park.

—Por supuesto —dijo Jane antes de que el señor Bennet o Elizabeth pudieran responder. Volvió a tomar una de las manos de la señora Hurst. —La cuidaremos muy bien. Debe de ser un golpe terrible.

La señora Hurst levantó los ojos llenos de esperanza. —¿N.no quieren que me vaya?

—¿Que se vaya? —Jane miró a su padre y luego a Elizabeth con el ceño fruncido. —¿Por qué íbamos a querer eso?

—Creo que la señora Hurst está preocupada porque, con la mancha de una fuga en su familia, no será bienvenida en una casa llena de señoritas impresionables —dijo el señor Bennet con sequedad.

La señora Hurst asintió y volvió a llorar.

—Tonterías —dijo Elizabeth con firmeza, desafiando a su padre a que la contradijera. —No somos tan impresionables, y es evidente que la señora Hurst no debería estar sola en estos momentos—. Y con suerte, esta amabilidad sería recordada cuando se difundiera el escándalo de la señorita Bingley por toda la alta sociedad.

El señor Bingley le dirigió una mirada agradecida, que se intensificó cuando se volvió hacia Jane. —Gracias. Son muy amables, señorita Bennet, señorita Elizabeth.

—Sí, gracias —añadió Hurst, señalando la puerta. —Bingley, ¿nos vamos?

El señor Bingley se frotó la cara con la mano. —Sí, será mejor, si queremos alcanzarlos. No sé en qué estará pensando Wickham. Yo no habría impedido su unión, aunque el señor Darcy lo hubiera hecho.

—La mejor manera de averiguar sus motivos es detenerlo —dijo el señor Bennet.

—Sí —asintió el señor Bingley. —Si nos lo permiten, dejaremos aquí el carruaje para Louisa. Tenemos pensado ir a caballo.

Mirando más allá de Jane y la señora Hurst, Elizabeth se dio cuenta de que había dos caballos atados a la parte trasera del carruaje.

—Por supuesto —dijo el señor Bennet.

El señor Bingley le hizo un gesto con la cabeza y luego le dirigió a Jane una última mirada prolongada.

—Bennets. Encantado de conocerlos—. El señor Hurst inclinó la cabeza y añadió: —Louisa, anímate—. Se colocó de nuevo el sombrero y siguió al señor Bingley.

Jane, aún de la mano de la señora Hurst, estiró el cuello para verlos partir. —Espero que la nieve no les cause problemas.

—Es una pena que no cayera antes —comentó Elizabeth, y luego se volvió hacia la puerta cuando las criadas entraron con el té.

—¿Antes? —repitió la señora Hurst, secándose los ojos. —¿Por qué?

—Habría huellas claras que seguir —dijo el señor Bennet. —Pero sólo si nevara y luego dejara de nevar. De lo contrario, las huellas quedarían cubiertas.

La señora Hurst asintió con expresión afligida.

Elizabeth se dispuso a preparar el té. —Si los caballeros no regresan hoy, ¿le gustaría quedarse a pasar la noche, señora Hurst? Nuestra hermana Mary está visitando a nuestros tíos, así que su habitación está disponible.

—Ustedes no creerán que la encontrarán antes de... es decir, no creerán... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza.

Elizabeth levantó la vista del servicio de té y vio que la señora Hurst parecía consternada.

Jane frunció el ceño, una expresión tan poco habitual en el rostro de su hermana que Elizabeth se detuvo y pensó en sus palabras. Se estremeció involuntariamente al darse cuenta de lo que había dicho. —Lo siento, señora Hurst. Estoy segura de que encontrarán a la señorita Bingley antes de que anochezca—. Elizabeth miró por la ventana delantera y vio que, como si se burlara de sus palabras, la nieve había arreciado, apagando la luz del día.

—No hay por qué disculparse por ser prácticos —dijo el señor Bennet con firmeza. —Debemos aceptar la realidad de la situación. Si es necesario, tenemos sitio esta noche, aunque esperemos que no sea necesario. Sin embargo, debo advertirles que, aunque el señor Collins se marchará el sábado, el lunes nuestra casa se llenará con los Gardiner. Como la habitación de Mary está libre, este año traerán a sus hijos.

Elizabeth sospechaba que su tía y su tío también traían a sus hijos porque la tía Gardiner aún no había encontrado a una institutriz.

La señora Hurst aceptó una taza de té con manos temblorosas. —¿Son su tía y su tío, señorita Bennet?

Jane asintió. —Sí. Y sus cuatro hijos.

La señora Hurst intentó esbozar una sonrisa. —Me encantan los niños. ¿Qué edades tienen?

—Nuestras primas tienen ocho y seis años, y los niños cuatro y tres —respondió Jane.

—Qué encantadores—. La señora Hurst le dio un sorbo a su té.

Elizabeth buscó algún tema sobre el que hablar, pero lo único que se le ocurría era la huida de la señorita Bingley con el señor Wickham y cómo encajaría el señor Darcy en la historia.

La señora Hurst dejó la taza de té sobre la mesa. —Señor Bennet, tiene usted razón. No hay forma de escapar de la situación. Si... si mi hermana no regresa el lunes por la noche, ¿podría resolver el problema del espacio invitando a las señoritas Bennet y Elizabeth a residir en Netherfield conmigo? —Bajó la mirada. —Es decir, si me considera una acompañante adecuada.

—Usted ni siquiera había llegado cuando se marchó la señorita Bingley —dijo Elizabeth rápidamente, preocupada por que la respuesta de su padre fuera poco comprensiva. —No se le puede culpar.

La señora Hurst le dirigió una mirada afligida. —¡Pero yo soy su hermana mayor! Nunca debí dejarla sola aquí, haciendo de anfitriona como una mujer madura. Charles no es un guardián adecuado. Está tan enamorado que no puede pensar en otra cosa que... —Se interrumpió, miró a Jane y se sonrojó.

—Sí —dijo el señor Bennet con sequedad. —He observado cierta propensión en el señor Bingley a limitarse a mirar a Jane sin siquiera prestarle atención a la conversación. Me preocupa un poco su capacidad mental.

—Papá —exclamó Jane, sonrojada.

—Charles es un joven honesto, abierto y bueno —dijo la señora Hurst con sinceridad.

Elizabeth le lanzó una mirada severa a su padre. La señora Hurst estaba angustiada y no estaba acostumbrada a la forma en que él se comportaba.

—De todas formas —continuó el señor Bennet. —Dejaré la asignación de mis hijas en manos de la señora Bennet. Es su responsabilidad.

—Estoy segura de que mamá nos dejará —dijo Jane. —No querrá que usted esté sola.

Lo más probable era que quisiera que Jane estuviera en Netherfield cuidando de ella cuando regresara el señor Bingley, pero Elizabeth no se atrevió a decirlo.

—¿Es cierto? —preguntó el señor Bennet con repentina intensidad, mirando fijamente a la señora Hurst. —¿Que el señor Wickham es el heredero del señor Darcy de Pemberley, tal y como decía la carta de su hermana?

Elizabeth se volvió hacia su padre, desconcertada.

La señora Hurst sacudió la cabeza y dijo: —Siempre nos aseguró que sería nombrado heredero del señor Darcy. No tengo motivos para dudar de él.

—Y, sin embargo, lo hace —dijo el señor Bennet.

La señora Hurst asintió con la cabeza. —Si fuera cierto, ¿por qué no nos informaron simplemente de su plan de fugarse? —Miró al señor Bennet, luego a Jane y después a Elizabeth, con aire suplicante. —¿Por qué no?

El señor Bennet asintió. —Supongo que pronto lo sabremos, de una forma u otra—. Tomó el libro que había dejado a un lado al llegar sus invitados y se puso de pie. —Si me disculpan—. Sin esperar respuesta, salió de la habitación a zancadas.

La señora Hurst se quedó mirándolo, y no era la única sorprendida por su comportamiento.

—Ahora, ¿qué podemos hacer para distraerla? —dijo Elizabeth alegremente, avergonzada por la brusquedad de su padre. —Tenemos muchos libros para leer, o yo podría leerle uno. Tenemos un piano en la habitación de al lado y estaré encantada de tocar, pero debo advertirte que cuando regresen nuestra madre y nuestras hermanas pequeñas habrá poco silencio. Tal vez quiera disfrutarlo mientras pueda y aceptar el uso de la habitación de Mary para poder retirarse de ellas si se vuelven demasiado ruidosas para su estado actual de indisposición.

La señora Hurst se volvió hacia ella con los ojos nuevamente llenos de lágrimas. —Está siendo muy amable conmigo.

Jane le sonrió. —Se merece nuestra amabilidad.

La señora Hurst sacudió la cabeza. —No, no la merezco. Me he unido a Caroline para intentar convencer a Charles de que usted no es adecuada para él. De que... él podría aspirar a algo mejor.

Jane la miró fijamente y luego le dirigió una mirada impotente a Elizabeth.

Elizabeth le pasó a la señora Hurst el plato de dulces que había preparado. —Pero, como puede ver, no hay nadie mejor que Jane.

Jane se sonrojó.

—Sí, eso ya lo veo—. La sonrisa de la señora Hurst era vacilante.

—Bien —dijo Elizabeth alegremente. —Ahora que ya lo hemos decidido, tomemos el té y hagamosle justicia a estos dulces para no ofender a la cocinera, y luego buscaré algo para leer en voz alta. Algo relajante.

Elizabeth comenzó a preparar un plato para Jane, pero su mente no estaba en la tarea. Tampoco pensaba en la señorita Bingley y su difícil situación, ni en la angustia de la señora Hurst. Al dejar vagar sus pensamientos, estos buscaron al señor Darcy, como solían hacerlo. Y tal vez, comenzaba a suponer, como siempre lo harían.

CAPÍTULO 31



Darcy pasó el domingo deseando haber avanzado más el sábado antes de que la tormenta de nieve lo obligara a buscar refugio, y con la esperanza de que para el lunes los caminos estuvieran lo suficientemente despejados como para poder terminar su viaje. Esa noche cenó solo en el abarrotado salón de la posada *Swan & Crown*, soñando con llegar hasta Elizabeth al día siguiente.

No es que pudiera ir a Longbourn tan pronto como llegara. Por mucho que deseara ir a ver a Elizabeth y asegurarle que todo lo que le había dicho era cierto y que ya nada le impediría cortejarla, primero debía localizar al señor Bingley. Cuanto más pensaba Darcy en el asunto, más convencido estaba de que Wickham había huido a Hertfordshire en busca de la hospitalidad de Bingley. Aquel joven tan amable nunca rechazaría a un supuesto amigo, por muy repentina que fuera su llegada o por muchas advertencias que le hubiera dado Darcy.

El viento del oeste sopló con fuerza durante toda la noche del domingo y Darcy dio gracias de que el *Swan & Crown* tuviera habitaciones libres. Por la mañana, el sol salió y reveló que el cálido vendaval del poniente había derretido la mayor parte de la nieve. Las rayas rosas y turquesas del amanecer despejado prometían un viaje bañado por el sol, así que Darcy decidió saltarse el desayuno y ponerse en marcha.

Mientras cabalgaba, Darcy tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no dejarse llevar por el pánico, preocupado de que Wickham pudiera hacerle daño a Elizabeth de algún modo. Wickham lo había estado espiando y ya había utilizado a Elizabeth para enfadar a su padre. ¿Se había dado cuenta del interés que Darcy sentía por ella o simplemente se había fijado en Elizabeth por casualidad?

Había sido testigo de la conversación entre Darcy y ella en el parque. ¿Había Wickham adivinado la estima que sentía por ella? Darcy había intentado ocultar cualquier rastro de afecto en su rostro,

pero con el recuerdo del beso de Elizabeth aún fresco en su mente, ¿lo habría conseguido?

Pero Elizabeth podría no formar parte del nuevo plan de Wickham. También había mostrado un marcado interés por la señorita Bingley. Darcy sólo podía suponer que ella poseía una dote considerable, o Wickham no se habría molestado en atraerla. A pesar de haber utilizado su pistola al huir de las ruinas de la torre, Darcy creía que Wickham prefería la seducción a la violencia. Por lo tanto, estaría con los Bingley, haciendo uso de su encanto.

Darcy también podía admitir, a medida que avanzaba el día y alternaba entre montar y caminar al lado del caballo, que una pequeña parte de su vanidad le reprochaba aparecer ante Elizabeth tan desaliñado y salpicado de barro. Cuando se encontrara con ella, y presumiblemente con sus otros parientes, preferiría no parecer que se había detenido primero a revolcarse en el barro.

Sin recordar el nombre de la propiedad que Bingley había elegido, Darcy recorrió con la mirada las calles de Meryton mientras cabalgaba, buscando a alguien que pareciera lo suficientemente distinguido como para conocer al señor Bingley. Aunque, en una comunidad tan pequeña, suponía que podría preguntarle a cualquiera. Divisó a una dama vestida con recato del brazo de un oficial y se acercó a ellos.

Asegurándose de que su caballo no les salpicara con barro, Darcy se detuvo a unos metros de distancia. —Disculpen, tengo un mensaje urgente para el señor Bingley. ¿Podrían indicarme dónde se encuentra?

La mujer levantó la vista y el rostro que se ocultaba bajo el sombrero le resultó extrañamente familiar. —¿El señor Bingley? ¿El caballero que alquila Netherfield Park?

—Sí —respondió Darcy, cuyo recuerdo se avivó al oír el nombre. —¿Podría indicarme cómo llegar a Netherfield Park, por favor?

—Sí —respondió la joven, y le dio unas sencillas indicaciones, pero luego añadió: —Pero no lo encontrará allí.

—¿Dónde lo encontraré? —preguntó Darcy, deteniéndose cuando estaba a punto de dar la vuelta con su montura.

—No tengo ni idea, pero allí no—. Le lanzó una mirada a su acompañante, un soldado de aspecto afable. —Ha habido un incidente. No sería apropiado que yo le dijera más. Sin embargo, su hermana se encuentra en la residencia. La señora Hurst.

¿La señora Hurst, pero no Bingley? —¿Y el señor Hurst? —preguntó Darcy.

—Se fue con el señor Bingley —respondió el soldado. —Eso es lo que dijo tu madre, ¿no es así?

La joven le sonrió, y de nuevo a Darcy le resultó extrañamente familiar, aunque estaba seguro de que nunca la había visto antes. —Sí. Eso es precisamente lo que dijo mamá.

Darcy deseaba preguntarle más. ¿Qué hay de la señorita Bingley? Y lo que era más importante, ¿conocía esta joven a Elizabeth? ¿Podría decirle algo de ella?

Echó un vistazo alrededor, observando la única calle principal. No podía preguntar por Elizabeth en un pueblo como ese. Una pregunta hecha a la persona equivocada podría desatar un mar de rumores. Si Elizabeth no lo estimaba como él esperaba, un pensamiento que se apoderó de su corazón con fuerza, no dañaría su reputación difundiendo su nombre.

Se tocó el sombrero. —Gracias por las indicaciones—. Giró su montura, buscando Netherfield Park con la fuerte sospecha de que ya era demasiado tarde. Por mucho que supiera que estaba mal, rezó para que, si Wickham había puesto en marcha uno de sus planes, hubiera involucrado a la señorita Bingley y no a Elizabeth.

Las indicaciones de la joven lo llevaron a un camino de entrada que atravesaba unos terrenos muy bien cuidados, encantadores incluso en invierno. La casa solariega no era tan agradable, ya que era un poco austera, pero de todos modos se erigía alta e imponente.

Darcy se acercó muy consciente de que tanto él como su montura estaban cubiertos de barro. Sus botas eran invisibles bajo una capa de tierra removida de Hertfordshire, y lo mismo ocurría con los bajos de sus pantalones. Dado el estado de las carreteras, incluso su abrigo estaba salpicado, y se podían ver gotas de barro incluso en su hombro. Le habría sorprendido que no hubiera ninguna en su

sombrero. ¿Lo dejarían siquiera entrar en presencia de la señora Hurst?

Desmontó y le entregó las riendas de su cansada montura al lacayo que salió, luego subió los escalones con paso decidido. Lo mejor que podía hacer era dar toda la impresión de que pertenecía a ese lugar.

La puerta se abrió al oír los golpes, y un mayordomo de mediana edad lo miró con el ceño fruncido, bloqueándole la entrada al vestíbulo abovedado que había detrás de él. —¿Sí?

—Tengo un mensaje urgente para la señora Hurst—. Dada la expresión indiferente del hombre, Darcy se sintió obligado a añadir: —Es sobre el señor Wickham.

Los ojos del mayordomo se abrieron como platos al oír aquello. Miró detrás de él, hacia una pequeña fila de lacayos, y luego volvió a mirar a Darcy. —Un momento, por favor—. Cerró la puerta.

Darcy se quedó de pie frente a la puerta cerrada y se negó a moverse. Bajó la vista y se dio cuenta de que el exterior de sus guantes también estaba salpicado de barro. Imaginó que difícilmente podría parecer algo menos que alguien que debía ser admitido en la gran casa que tenía delante.

El tiempo pasaba. Darcy sacó su reloj de bolsillo, pero no había tomado nota de la hora a la que había llegado, así que no tenía forma de saber cuánto tiempo llevaba esperando. Lo guardó, deseando no haberlo manchado demasiado de barro.

La puerta se abrió y el mayordomo dio un paso atrás para dejar ver a...

Elizabeth.

Sus ojos se abrieron como platos, estando tan sorprendida como Darcy. Este retrocedió bruscamente, sólo la fuerza de su voluntad le impidió lanzarse hacia ella. Estaba allí, delante de él, sana y salva, y de repente no le importó su aspecto, porque los ojos de ella parecían brillar al verlo.

Ella abrió la boca para hablar, miró al mayordomo, controló su expresión y luego dijo con cuidado: —Señor Darcy. Parece que ha viajado mucho para llegar hasta aquí.

—Nada menos que desde Pemberley.

Ella arqueó las cejas y él se atrevió a esperar que ella comprendiera el significado de eso. —¿De verdad?

—De verdad, y no esperaba encontrarla aquí, señorita Elizabeth. Si lo hubiera sabido, habría cabalgado aún más rápido.

Sus mejillas se tiñeron de rosa. —Nos estamos quedando con la señora Hurst para ofrecerle toda la ayuda que podamos en estos momentos difíciles.

El mayordomo los miró a ambos con confusión.

Elizabeth se volvió hacia el mayordomo. —Este hombre es un conocido mío y de la señora Hurst, y de los Bingley, de Londres. Si tiene noticias para nosotros, debemos recibirlo.

El mayordomo miró de ella a Darcy y viceversa, con expresión casi horrorizada. —La señora Nicholls me matará, señorita.

—Le aseguro que la señora Hurst querrá escuchar lo que el señor Darcy tenga que decir.

Darcy observó cómo el hombre le daba vueltas al asunto. Él era un mayordomo y Elizabeth era la hija de un caballero, pero Darcy estaba muy manchado de barro. Además, la señora Hurst no era la dueña de Netherfield Park, una propiedad que Bingley sólo tenía en arrendamiento.

—¿Puedo suponer que el señor Wickham ya se ha marchado? —preguntó Darcy.

Elizabeth asintió con gravedad.

—Entonces mi mensaje no es tan urgente como esperaba—. Para salvar al mayordomo, continuó: —Tal vez podría entrar por la parte de atrás y que me condujeran directamente a una tina—. Señaló detrás de él. —Traigo conmigo una muda de ropa limpia.

Con un gesto de alivio, el mayordomo asintió con la cabeza. —Muy bien, señor, señorita—. Le hizo un gesto a un lacayo. —Acompañe al señor Darcy a la entrada de la lavandería. Prepararemos una tina allí, señor —añadió dirigiéndose a Darcy.

—¿Y mi montura? También ha viajado mucho.

—Se ocuparán de él, señor.

Darcy asintió y se volvió una vez más hacia Elizabeth, deseando más que nada que estuvieran solos. Tenía mucho que anhelaba decirle.

Elizabeth lo miró fijamente. —Lo esperaremos en el salón. Mandaré preparar el té. Seguro que necesita algo caliente.

Darcy hizo una reverencia. —Se lo agradezco.

Bajó los escalones de la entrada con el lacayo. Se detuvo para recoger su alforja, ya que no veía motivo para que un miembro del personal fuera a buscarla. A continuación, siguió al lacayo alrededor de la ostentosa estructura hasta la puerta que utilizaban las criadas para sacar la ropa a secar en los días soleados.

Darcy supuso que la gran tina de madera que le habían llenado estaba reservada normalmente para lavar la ropa. No era lo suficientemente ancha como para sentarse, pero le proporcionaron un paño y un balde, así que se frotó con el jabón áspero y se echó el balde sobre la cabeza varias veces. Habían colocado la tina junto a la chimenea, pero aun así la experiencia era bastante fría. Cuando terminó de asearse, deseaba fervientemente su taza de té.

Finalmente, vestido de una manera acorde con el heredero de Pemberley, lo condujeron a una sala espaciosa en la que se encontraban Elizabeth, la señorita Bennet y la señora Hurst, a quienes saludó con una reverencia. Se enderezó para observar a Elizabeth, quien lo miraba con ojos que denotaban mucha más preocupación de la que le hubiera gustado. Las otras dos damas parecían simplemente perplejas mientras examinaban su elegante atuendo. Apenas se había sentado cuando la señora Hurst se inclinó hacia él con expresión angustiada y ansiosa.

—Señor Darcy, ¿por qué ha venido? —preguntó ella. —¿Dijo que tenía información sobre el señor Wickham?

Él la miró a ella, luego a la señorita Bennet, quien parecía bastante confundida, y luego a Elizabeth. Aunque sus rasgos se mantenían cuidadosamente neutros, el dolor brillaba en sus ojos seductores. Darcy carraspeó, inseguro ante la inquietud de Elizabeth y deseando poder acercarse a ella. —En primer lugar, sé que es una pregunta indiscreta, pero ¿puedo suponer que el señor Wickham se ha fugado a Gretna Green con su hermana?

La señora Hurst se estremeció, pero asintió con la cabeza. Sus rasgos se tensaron. —Así es.

—¿Me atrevo a añadir que él le dijo que era heredero de una gran fortuna, concretamente de la propiedad de Pemberley, y que inventó alguna necesidad urgente para que se casaran con toda prisa?

Otra vez asintió con la cabeza.

—Por último, deduzco que la dote de la señorita Bingley es considerable.

La señorita Bennet intercambió una mirada con su hermana.

—Así es —respondió la señora Hurst con rigidez.

Darcy sintió simpatía. Esto era culpa de su familia. De su padre, por haberle proporcionado a Wickham los medios para hacerse pasar por un caballero, cuando no era más que un canalla. Quizás incluso de Darcy, por no haber confrontado antes a George Darcy. —Lamento informarle que, aunque mi padre le ha legado una importante suma al señor Wickham y este goza de su patrocinio, no es heredero de Pemberley. Al enterarse de ello, intentó secuestrar a mi hermana. Ella se negó a acompañarlo y fue fácilmente frustrado, pero logró escapar. Le pido sinceras disculpas por no haber comprendido antes que su hermana sería su próximo objetivo.

La señorita Bennet se quedó sin aliento. —¿Él también intentó fugarse con su hermana?

—Sí. Sucedió hace apenas una semana.

La señorita Bennet se volvió hacia Elizabeth. —Empiezo a temer que su motivación para marcharse con la señorita Bingley no sea el amor ni nada honorable.

Elizabeth negó con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo la señora Hurst, con el rostro pálido. —¿Qué tienen que ver su padre y su hermana en esto? ¿Q-quién es usted, señor Darcy? ¿No es usted simplemente un pariente lejano de los Darcy de Pemberley?

—No soy un pariente lejano, no. Soy el heredero de mi padre. El heredero de Pemberley.

—¿Y el señor Wickham es? —preguntó la señora Hurst con voz temblorosa.

—*Sólo* es el ahijado de mi padre y el hijo de su antiguo administrador.

La señora Hurst gimió y se cubrió el rostro con las manos. Detrás de ellas, murmuró: —Ay, cielos. Ay, cielos, ay, cielos—. Apretó los ojos con fuerza.

La señorita Bennet, que compartía el sofá con ella, se acercó para tocarle ligeramente el hombro a la señora Hurst. Elizabeth le dirigió una mirada compasiva.

La señora Hurst bajó las manos y abrió los ojos, revelando su ira. —¿Por qué debería creer una palabra de esto? Usted vende libros. ¿Por qué el heredero de Pemberley vendería libros?

—Debería creerle, porque el señor Darcy no tiene nada que ganar viniendo hasta aquí simplemente para mentirle —dijo Elizabeth en voz baja. —Y, como usted mismo ha dicho, si el señor Wickham fuera realmente heredero de una gran fortuna, aunque su benefactor no quisiera la unión, ¿por qué no acudiría al señor Bingley para explicarle sus motivos para querer casarse con la señorita Bingley en Escocia con tanta prisa?

La señora Hurst rompió a llorar.

La señorita Bennet la abrazó con fuerza. La puerta se abrió y varias criadas entraron con bandejas, pero se detuvieron, pareciendo indecisas. Elizabeth les hizo un gesto para que avanzaran.

—Debería acompañar a la señora Hurst a su habitación —dijo la señorita Bennet en voz baja, mirando a Elizabeth por encima del hombro de la mujer que lloraba. —¿Estarás bien aquí un momento? —Lanzó una mirada a Darcy.

Elizabeth también lo miró y dijo en voz baja: —Me atrevo a decir que estaré bien.

Con una última mirada preocupada, la señorita Bennet le ayudó a levantarse a la señora Hurst, lo que hizo que Darcy se levantara cortésmente, y ellas se retiraron.

Elizabeth también se levantó y, en cuanto su hermana desapareció de su vista, se volvió hacia la chimenea más alejada, lejos de la mesa donde las criadas habían servido el té. —Señor Darcy, parece que se está congelando. Pasemos junto al fuego.

Haciendo caso omiso del fuego que ardía cerca de donde estaban sentados, cruzó la habitación con ella. La verdad es que se sentía bien estar allí, mucho más cerca de la otra chimenea de la

habitación de lo que le permitía la silla en la que estaba sentado, pero dudaba que esa fuera la razón por la que Elizabeth los había llevado al otro lado de la habitación. La miró con expectación. Ella lo miró, aún más imposiblemente hermosa de lo que su imaginación había conjurado.

—Entonces, ¿todo es verdad? —dijo ella en voz baja. —¿Todo lo que escribió en su carta?

Él asintió con la cabeza. —Así es.

—¿Y el señor Wickham no fue nombrado heredero porque ahora usted se ha reconciliado con su padre?

Él volvió a asentir con la cabeza. Anhelaba tomarla entre sus brazos. Besarle para borrar la preocupación que había tallado líneas de angustia en su rostro.

—Entonces, ¿ha aceptado casarse con ella? —Su voz, apenas un susurro, se quebró. —¿Con esta mujer con la que su padre y sus tíos insisten en que se case?

El dolor lo atravesó cuando se dio cuenta de cómo ella había interpretado su declaración de que venía de Pemberley y que estaba de nuevo en buenos términos con su padre. Sin importarle lo que vieran las criadas cuando Elizabeth estaba de pie ante él tan vulnerable y herida, le tomó una de las manos. Ella temblaba, tenía los dedos helados. —No, no he aceptado casarme con nadie. Todo lo que dije en mi carta es cierto. Usted es a quien quiero.

Ella respiró hondo y cerró los párpados por un momento mientras trataba de controlar sus emociones. Cuando volvió a encontrar su mirada, ella dijo con calma: —Entonces debe saber que no lo haré responsable de unas palabras que pronunció precipitadamente y sin conocer bien mi situación y mis parientes, entre las que pronto podrían incluirse la señorita Bingley y, posiblemente —añadió con una mueca de disgusto—, el señor Wickham.

—De hecho, creo que usted dejó muy claras sus circunstancias cuando pensaba que yo sólo era un librero —dijo él con un toque de ironía.

—Hice todo lo posible por ello. No quería que se casara conmigo por dinero.

Darcy le apretó ligeramente la mano. —Su dote, sea cual sea, nunca me ha importado. Ni cuando era librero, ni ahora. Tampoco me importan en absoluto sus conexiones ni el comportamiento de sus parientes, aunque entre ellos se encuentre el señor Wickham—. No pudo pronunciar el nombre con tono tranquilo. Para compensarlo, le levantó la mano y le dio un ligero beso en el dorso. —Sólo me importa si me permite cortejarla, tal y como le escribí a su padre.

—¿Le escribió a mi padre?

—¿No se lo dijo? —Eso no auguraba nada bueno para las posibilidades de Darcy.

Ella sacudió la cabeza.

Darcy le apretó ligeramente los dedos, deseando atreverse a hacer algo más. —Le escribí a su padre explicándole todo y pidiéndole permiso para cortejarla.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. —Él seguramente pensó que usted estaba loco.

—Al igual que usted debió de pensarlo —dijo Darcy interrogante.

La sonrisa de ella se amplió. —Puede que haya cruzado por mi cabeza.

Le dio un segundo beso en la mano, que ahora estaba más cálida. —Le aseguro que no estoy loco y que tengo toda la intención de cortejarla como es debido, pero no hasta que encuentre a Wickham.

Una nueva confusión se apoderó de su rostro. —¿Quiere decir que irá tras él?

—Creo que debo hacerlo. Mi familia es responsable de haber dejado que Wickham se cruzara en el camino de los Bingley.

—El único responsable del señor Wickham es el señor Wickham —dijo Elizabeth con firmeza. —Él le mintió a la señorita Bingley y actuó en consecuencia.

Darcy deseaba que su conciencia pudiera ver la lógica de las palabras de ella, pero no podía. —Sea como fuere, me siento responsable y no estaré tranquilo hasta que haga todo lo posible por arreglar este asunto.

—Ah, señorita —llamó una criada.

Darcy se volteó y vio a las tres criadas que habían traído el té en fila cerca de la puerta.

—¿Sí? —preguntó Elizabeth con calma, retirando su mano de la de él.

La joven miró nerviosa a sus acompañantes. —Una de nosotras puede quedarse aquí con usted, si así lo desea.

Elizabeth les sonrió tranquilizadora. —Sí. Sería muy amable de su parte—. Se volvió hacia Darcy. —¿Cuándo partirá?

—Ya casi es de noche. Si la señora Hurst lo permite, me quedaré a pasar la noche y me iré por la mañana.

—Pero mañana es Nochebuena —protestó ella.

—No puedo evitarlo.

—No, claro que no —respondió ella esbozando una sonrisa. —Simplemente esperaba que pasara la tarde con mi familia—. Señaló la mesa con un gesto. —Venga, tomemos el té. Estoy segura de que Jane volverá enseguida.

Darcy siguió a Elizabeth al otro lado de la sala, deseando no tener que separarse de ella. Al menos podría disfrutar del placer de sentarse a su lado en el sofá y observar sus movimientos ágiles y elegantes mientras preparaba el té.

Levantando la vista de la bandeja, ella le preguntó: —¿Toma su té con crema o azúcar, señor Darcy?

—No—. Estudió su rostro, cada línea, cada curva, tan preciosa y perfecta. Cuánto había deseado él que se dedicaran a actividades tan sencillas como las que estaban realizando en ese momento.

Ella volvió la mirada hacia el servicio de té, con las mejillas sonrojadas. Después de entregarle una taza, se atrevió a decir: —Cuéntame algo sobre usted.

—Lo que sea. ¿Qué le gustaría saber?

Elizabeth lo estudió durante un largo momento. De algún modo, parecía haberse acercado en el sofá. ¿O era él quien se había movido? Lo único que sabía era que podría besarla con facilidad.

—¿Era usted un muchacho alegre? ¿Alborotador? ¿Problemático? ¿Estudioso? Quiero saberlo todo.

Al igual que él, también deseaba saber todo sobre ella. —Diría que era estudioso y me comportaba bien, excepto cuando estaba

bajo la influencia de mis primos—. O de Wickham, pero Darcy no quería pensar en él.

—¿Ah, sí? ¿Eran menos estudiosos?

—Yo diría más bien que eran más traviesos—. Especialmente Anne. —¿Y usted? ¿Siempre ha sido una gran lectora?

Elizabeth ladeó la cabeza con ese gesto tan entrañable que tenía. —No estoy segura. Empecé a leer para complacer a mi padre, y me esforzaba por complacerlo en gran parte porque nunca conseguía hacer feliz a mi madre. No era tan alta como Jane, ni tan elegante, ni tan bonita, y mi carácter era mucho peor.

—Usted es la mujer más hermosa que he visto en mi vida—. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. No porque carecieran de verdad, sino porque estaban sentados tan cerca, con los muslos casi rozándose, y sólo había una criada en la habitación, y él no debía mostrarse tan atrevido.

Un delicioso rubor se extendió por las mejillas de Elizabeth. Darcy dejó la taza de té sobre la mesa. ¿Seguro que no podía tomarle la mano? O, al menos, enredar un mechón de su sedoso cabello en su dedo. Y si por casualidad le rozaba la mejilla y ella seguía mirándolo como hasta ahora...

—Ejem.

Darcy bajó el brazo, dándose cuenta entonces de que había intentado tocar a Elizabeth. Ambos se volvieron y vieron a la señorita Bennet en la puerta, con el ceño fruncido.

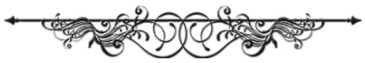
Ella se acercó a la mesa para unirse a ellos, y él se levantó tarde para saludarla. Sentada frente a ellos, al otro lado de la mesa baja, ella clavó la mirada en Darcy. —Usted, señor Darcy, será mejor que se explique.

—Jane —dijo Elizabeth, llamando a su hermana con tono de reprimenda. —Ya lo ha hecho.

—Lo que ha hecho es ponerse un traje elegante y presentarse en la puerta del señor Bingley afirmando ser rico e intentando seducir a una señorita inocente. ¿En qué se diferencia eso de lo que ha hecho el señor Wickham?

Darcy retrocedió ligeramente, sin gustarle en absoluto esa comparación.

CAPÍTULO 32



Elizabeth miró fijamente a su hermana, sorprendida. Nunca había visto a Jane tan firme y desconfiada. —Jane, el señor Darcy es realmente el heredero de Pemberley.

—Eso es lo que él dice —respondió Jane, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, pero es demasiado parecido a lo que dijo el señor Wickham y ahora mira lo que ha sucedido. Se ha fugado con la señorita Bingley—. Se volvió hacia el señor Darcy. —Debe saber que la herencia de nuestro padre está vinculada y que no tenemos dote, y yo aún no he recibido ninguna propuesta del señor Bingley, por lo que no hay garantía de que usted se beneficie de su riqueza si se casa con Elizabeth.

—Jane —repitió Elizabeth.

—Sólo intento protegerte.

—Señorita Bennet —dijo el señor Darcy, con un porte tan refinado y correcto que Elizabeth no podía comprender la incredulidad de Jane. —Alabo su preocupación por su hermana, y tiene razón, aún no he demostrado mi valía de ninguna manera significativa. Mañana partiré con la esperanza de ayudarle al señor Bingley con Wickham, pero cuando regrese, tengo la intención de acercarme a su padre y pedirle permiso para cortejar debidamente a la señorita Elizabeth. No ocurrirá nada indebido y, desde luego, no intentaré persuadirla para que se fugue conmigo.

—¿Mañana? —Jane frunció aún más el ceño. —¿Acaso cree que no va a salir de esta casa esta misma noche?

—Esperaba convencer a la señora Hurst para que me dejara alojarme en su casa.

Jane negó con la cabeza. —No creo que sea apropiado.

—Pero el señor Darcy ha venido hasta aquí para ayudarnos —protestó Elizabeth. —Estás siendo poco razonable.

—Creo que soy perfectamente razonable al no querer que un caballero desconocido se quede bajo el mismo techo que nosotras, sobre todo cuando nuestra chaperona está indispuesta.

Elizabeth se aferró a esa idea. —Al menos deberíamos hablar con la señora Hurst sobre el asunto. Ella debería decidir.

—La señora Hurst tomó láudano para poder descansar —respondió Jane.

Elizabeth miró a su alrededor. No quería que el señor Darcy se marchara. Acababa de llegar. —¿Quizás deberíamos preguntarle a la señora Nicholls? ¿O enviarle un mensaje a mamá?

Jane bajó la vista. —Le escribí a mamá sobre tu enamoramiento por el señor Darcy mientras estábamos en Londres. No se mostrará comprensiva.

—¿Que hiciste qué? —La ira invadió a Elizabeth.

—Su hermana tiene razón —dijo el señor Darcy antes de que Elizabeth pudiera expresar sus emociones con palabras. —Creo que hay una posada en Meryton. Pasaré allí la noche. Así podré marcharme más temprano por la mañana sin molestar en esta casa.

Elizabeth se giró para mirarlo. No quería que se fuera a la posada. Quería pasar la velada hablando, primero en el salón y luego durante la cena, y tal vez hasta bien entrada la noche. Quería estar con el señor Darcy, en su presencia, y la idea de que se marchara ahora le causaba un dolor real.

Él estudió su rostro como si quisiera grabar cada detalle en su memoria. —Volveré tan pronto como pueda y hablaré con su padre para que todo se arregle como es debido.

Elizabeth asintió con la cabeza, con la garganta demasiado cerrada para hablar. Sabía que estaba siendo tonta. Él no estaría lejos por mucho tiempo. ¿Cuándo se había vuelto tan tonta?

—Muy bien —dijo Jane, su rostro suavizándose. Se mordió el labio por un momento. —Creo... creo que debería irse ya, señor Darcy. Y lo siento. No pretendo difamarlo. Simplemente estoy cuidando de mi hermana.

El señor Darcy inclinó la cabeza, y la tranquila comprensión de su rostro hizo que Elizabeth lo estimara aún más. Se puso de pie. —Espero que nos volvamos a ver pronto.

Elizabeth se levantó de un salto. —Lo acompañaré a la puerta.

Jane volvió a fruncir el ceño.

Elizabeth la miró con ira. —Sólo voy a acompañarlo hasta la puerta.

La ira de Jane se convirtió instantáneamente en contrición. —Lo sé. Lo siento. Voy a tomar un poco de té.

—Señorita Bennet—. El señor Darcy hizo una reverencia con elegancia y Elizabeth volvió a preguntarse cómo Jane podía sospechar de él.

Salieron al pasillo y Elizabeth dijo: —Supongo que el personal se encargará de lavar sus cosas. Haré que se las envíen a la posada más tarde—. Habló un poco más alto para asegurarse de que Jane pudiera oír la practicidad de sus palabras y que estas no tuvieran ningún matiz insinuante.

—Es muy amable de su parte —respondió el señor Darcy al acercarse al primer giro en el pasillo. En voz más baja, añadió: —Lamento tener que marcharme en vísperas de Navidad. Espero que pueda comprender que debo obedecer a mi conciencia en esto.

—Por mucho que desee que se quede y por mucho que discrepe de que usted sea en modo alguno responsable de lo ocurrido, lo entiendo—. Ella lo miró, fijándose en su noble frente y su fuerte mandíbula. Llevaba tanto tiempo soñando con volver a verlo. Soñando con el beso que habían compartido.

Lo cual no le había hecho ningún mal a ella. ¿Y por qué debería hacerlo? Durante las fiestas navideñas, se intercambiaban muchos besos bajo las guirnaldas con muérdago. ¿Era culpa suya que no hubiera ninguna en Netherfield?

A pesar de la falta de decoración, un beso era acorde con la temporada.

—Usted admite que lo entiende, pero parece disgustada con mi decisión —dijo él con tranquila preocupación.

Un solo beso, para que ambos lo recordaran mientras él estaba de viaje. No sería tan incorrecto. —Estoy segura de que llegaré a valorar su sentido del deber como uno de sus rasgos más loables.

—¿Llegará a hacerlo? —repitió él con el ceño fruncido. —¿No lo hace ahora?

Elizabeth vio una puerta abierta más adelante. El salón donde se servía el desayuno, desocupado a esas horas tan tardías del día. —

Supongo que ahora sí lo valoro, aunque su sentido de la decencia me resulta molesto.

Él le dirigió una rápida mirada, con una expresión de confusión en el rostro.

Armándose de valor, Elizabeth lo tomó de la mano y lo arrastró al salón donde se servía el desayuno.

Él la miró, con el rostro iluminado apenas por la luz que se filtraba desde el pasillo. —¿Es aquí donde teme que mi sentido del decoro la desanime? —preguntó con voz grave.

Elizabeth asintió, temiendo que él no viera el gesto en la penumbra. —Sí, porque no puedo permitir que se marche sin una muestra de mi favor.

—¿Oh? ¿Quizás un pañuelo, como los caballeros de armadura de antaño?

Levantando las manos, Elizabeth las colocó a ambos lados del rostro de ella, tal y como había deseado hacer desde que él había entrado por la puerta, cubierto de barro y con aire decidido. —Tal vez un beso.

Él no pareció necesitar más ánimos, pues la rodeó con sus brazos y sus labios se apoderaron de los de ella. Tampoco fue el beso breve y casi frenético que ella había iniciado en el parque. El señor Darcy la abrazó con delicadeza, casi con reverencia, explorando sus labios con los suyos. Elizabeth tembló, sintiéndose de repente incapaz de mantenerse en pie sin él, pero la fuerza de él la sostuvo.

El mundo daba vueltas alrededor de Elizabeth cuando él levantó la cabeza para estudiar su rostro a la tenue luz. Lentamente, la soltó y le puso las manos en los hombros para sostenerla, como lo había hecho en el parque. Unos respiros rápidos y superficiales llenaron sus oídos y Elizabeth se dio cuenta de que eran los suyos. Se llevó una mano a los labios, aturdida.

—Gracias —dijo él, acariciándole los hombros con los pulgares. —Me llevaré su favor como fuente de determinación y fuerza.

Elizabeth tragó saliva y asintió con la cabeza, sin atreverse a hablar.

—¿Quizás debería irme solo hasta la puerta?

—Quizás sea lo mejor —admitió ella, con las piernas aún temblorosas.

Él levantó una mano para acariciarle la mejilla. —Te echaré de menos, Elizabeth. Espero que este viaje no sea largo.

—Entonces compartimos la misma esperanza.

Él retiró la mano y ella atrapó sus dedos entre los suyos. ¿Cómo podía él marcharse ahora?

—Debo irme —dijo él, como si leyera sus pensamientos.

—Lo sé —susurró ella.

Él le tomó la mano para darle un último beso, luego inclinó la cabeza y salió de la habitación.

Elizabeth permaneció donde estaba durante un largo rato, controlando su respiración. Cuando volvió junto a Jane, ésta le dirigió una de sus ya habituales miradas de sospecha, pero Elizabeth la ignoró. Se sentó en el sofá y se sirvió una taza de té. Mientras tanto, mil alas de mariposa revoloteaban en su estómago.

A la mañana siguiente, tras pasar la noche soportando el escrutinio de Jane, Elizabeth salió de Netherfield inmediatamente después del desayuno y se dirigió a pie a Longbourn. Se mantuvo en los campos, segura de que el señor Darcy ya se habría marchado y sin querer caer en la tentación de una acción tan indecorosa como ir a buscarlo a la posada. Se sintió muy satisfecha de su moderación, aunque no podía alegrarse mucho de haberlo conseguido, ya que echaba mucho de menos al señor Darcy.

Elizabeth no se marchó temprano para disgustar a su hermana, aunque Jane parecía un poco recelosa de dejarla ir, sino más bien para hablar con su padre. Ella, Jane y la señora Hurst iban a reunirse con los Bennet, los Gardiner y los Phillips esa tarde para cenar y luego ir a la iglesia, pero Elizabeth quería hablar en privado. Concretamente, sobre la carta que le había enviado el señor Darcy.

Entró discretamente en Longbourn por la cocina, saludando afectuosamente al personal. La cocinera le permitió robar una tarta de frutas, y Elizabeth se sintió de repente invadida por una profunda tristeza al pensar que, si todo salía bien, ella y Jane no vivirían mucho más tiempo en Longbourn. Comió la tarta lentamente mientras se dirigía al estudio de su padre.

Llamó suavemente a la puerta y no le sorprendió el tono gruñón con el que le respondió: —Adelante—. Sin ella ni Jane en casa, su padre debía de estar esperando una interrupción inoportuna. Entró y cerró la puerta en silencio.

Su padre, sentado en su escritorio, levantó la vista de lo que estaba leyendo. —Ah, Elizabeth. Me preguntaba cuándo vendrías a buscarme. Pensaba que sería antes, pero han sido unos días un poco agitados.

—¿De verdad? —Eso debía significar que, efectivamente, había recibido la carta del señor Darcy. —¿Y por qué piensas eso, papá?

—Porque sé que me has estado ocultando algo.

—¿Yo te he estado ocultando algo? —lo desafió ella. —Me parece que eres tú quien está hablando de los defectos ajenos.

El señor Bennet arqueó sus pobladas cejas. —¿Cómo es eso?

—El señor Darcy estuvo ayer en Netherfield Park. Sé que te escribió.

—Ah—. El señor Bennet hizo una mueca. —Muy bien, entonces te he ocultado algo.

—Sí, así es—. Elizabeth se acercó a su escritorio. —¿Cómo has podido no hacerme saber que el señor Darcy es quien dice ser? Me preocupaba que fuera un sinvergüenza o un loco.

—¿Cómo no me has dicho que mi librero favorito quería cortejarte y afirmaba ser un terrateniente acaudalado?

Elizabeth miró fijamente a su padre. Él le devolvió la mirada.

Tras un largo momento, ella sonrió. —Veo que ambos hemos sido negligentes.

—Parece que sí —dijo el señor Bennet, aclarándose la garganta. —¿Entonces tú aprecias al señor Darcy?

—Sí, papá. Es noble, inteligente y amable. Me temo que en efecto le tengo un gran afecto.

El señor Bennet suspiró. —Sabía que este día llegaría, pero no creía que tuviera que separarme de Jane y de ti en tan poco tiempo.

—Nadie se marchará, papá. Sólo nos están cortejando.

—Lo que inevitablemente llevará a su partida y a ti a un lugar tan lejano como Derbyshire.

Para tranquilizarlo, aunque no creía en sus propias palabras, Elizabeth dijo: —No hay garantía de que ninguno de los dos caballeros vaya a hacer una propuesta.

—Si no lo hacen, serán los mayores necios de Inglaterra.

—Sólo lo crees porque eres nuestro padre.

El señor Bennet sacudió la cabeza. —No es así. Estoy firmemente convencido de que quienquiera que pida la mano de tus hermanas menores será tan necio como los hombres que no pidan la tuya y la de Jane.

Recordando los sentimientos de su hermana, su tía y su tío respecto al modo en que su padre cuidaba de sus hermanas menores, Elizabeth respondió: —Aún son jóvenes y están en edad de aprender. Si les impartieras tan sólo una pequeña parte de tu sabiduría, como siempre lo has hecho conmigo y con Jane, estoy segura de que se volverían más sensatas.

El señor Bennet la miró fijamente durante un largo rato. —Es posible lo intente. No tendré mucho más en qué ocuparme cuando Jane y tú se hayan ido.

Elizabeth negó con la cabeza, siendo incapaz de mirar a su padre sin cariño. —Inténtalo.

Él rebuscó entre las páginas de su escritorio y sacó un periódico. —Tu tío Gardiner me ha traído esto de Londres. Es el periódico del lunes.

—Pero tú sí recibes los periódicos.

—Sí, aunque con unos días de retraso, pero estoy seguro de que este lo recibiré pronto—. El señor Bennet dobló la página y deslizó el periódico por el escritorio. —Él quería que yo leyera este artículo.

Elizabeth se inclinó para leer: *¡El heredero de Pemberley ha regresado!*

El artículo continuaba contando cómo el señor George Darcy había anunciado que él y su hijo, el señor Fitzwilliam Darcy, se habían reconciliado. Deseaba que todos supieran que su hijo no sólo contaba con su apoyo, sino también con el de Sir Lewis de Bourgh y el del conde de Matlock, y que todos debían tratar al señor Fitzwilliam Darcy como si nunca se hubiera distanciado de su familia. No se daba ninguna indicación de por qué el señor Darcy se había

distanciado, dónde había estado ni por qué había regresado, pero se ensalzaban enormemente sus virtudes como heredero de Pemberley.

Cuando Elizabeth levantó la vista, su padre le dio un golpecito a la página. —¿Este es nuestro librero?

Elizabeth asintió. —Sí.

—¿Sabes el por qué se distanció de su familia?

—Sí.

—¿Así que ha sido sincero contigo?

—Sí.

—Entonces, ¿dónde está ahora, si estuvo en Netherfield anoche?

—El señor Darcy —Fitzwilliam, añadió su mente, y sintió una emoción al saber el nombre de pila del señor Darcy—, ha ido en persecución del señor Wickham, considerando que es responsabilidad de su familia ayudarle al señor Bingley y al señor Hurst en este asunto.

—Así que aún no voy a conocer al caballero.

Elizabeth negó con la cabeza, y el dolor de extrañar al señor Darcy sustituyó instantáneamente a todas las demás emociones. —Me temo que todavía no.

El señor Bennet asintió con aire pensativo. —Su carta está muy bien redactada y es sincera. Además, siempre ha elegido libros que me gustan. Eso, y el cariño que te profesa, lo recomiendan como una persona inteligente. Me atrevo a decir que lo echaré mucho de menos como librero, pero tal vez lo disfrute más como hijo.

—Estoy segura de que así será —Elizabeth no pudo evitar sonreír, pues la idea de casarse con el señor Darcy la llenaba de alegría.

El señor Bennet estudió su expresión durante un momento y suspiró. —Muy bien, entonces, cuando vuelva nuestro antiguo librero, le daré permiso para cortejarte.

—Gracias, papá.

—No hay por qué dar las gracias. Sospecho que fracasaría en cualquier intento de impedir que él te viera.

—Pero no querrías impedirlo.

Él negó con la cabeza. —No. No querría hacerlo.

Llena de felicidad, Elizabeth rodeó el escritorio, le dio un beso en la mejilla y lo dejó con su lectura.

CAPÍTULO 33



Darcy se alegró de haber guardado una vez más su mejor ropa para cambiarse, aunque estaba poniéndose bastante arrugada, y deseó fervientemente que Patrick y el resto del guardarropa para el que le habían tomado las medidas estuvieran ya listos. Muchas de las prendas ya estarían listas a esas alturas, pero, cabalgando por un camino cada vez más embarrado y cubierto de nieve, un guardarropa en Pemberley no le servía de mucho a Darcy.

El clima había sido claramente mucho peor en el norte. La tormenta que había retrasado a Darcy medio día había dejado más de un metro de nieve en la región por la que ahora viajaba, y muchas de los caminos secundarios seguían intransitables. Preguntándose hasta dónde habrían llegado el señor Bingley y el señor Hurst, Darcy revisó todas las posadas por las que pasaba, buscando alguna señal de ellos.

A medida que avanzaba la tarde, comenzó a preguntarse cuánto más debía viajar. No es que no estuviera dispuesto a seguir buscando durante la noche, pero necesitaba saber cuándo podría llegar a la siguiente posada. No le apetecía pasar la Nochebuena durmiendo en un banco de nieve que se derretía.

Prefería pasarla con Elizabeth y sus familiares, aunque el señor Bingley hubiera afirmado que la madre y las dos hermanas menores eran, en sus propias palabras, algo molestas. Darcy tenía que admitir que sentía curiosidad por saber qué podía significar eso viniendo de alguien tan amable como el señor Bingley.

Entró en el patio de la posada más cercana justo cuando se acercaba un carruaje de aspecto poco distinguido procedente del norte. Desmontó y llamó al mozo que salió, ofreciéndole una moneda. Su caballo necesitaba un buen cepillado mientras él preguntaba dentro, y Darcy quería que lo atendieran antes de que llegara el carruaje, que probablemente pasaría allí la noche, ya que la siguiente posada quedaba bastante lejos, hacia el sur.

Con su montura en manos del mozo, Darcy se volvió y vio al señor Bingley bajar del carruaje. —Bingley —lo saludó Darcy.

El señor Bingley se giró rápidamente, y parte de la tensión desapareció de su rostro al ver a Darcy, y se dirigió hacia él. —Darcy. Qué alegría verte. ¿Qué diablos haces aquí?

Al encontrarse a mitad de camino, ya que su conversación no era del tipo que se podía llevar a gritos ni siquiera en el patio vacío de una posada, Darcy respondió: —He ido a Netherfield Park para advertirte sobre Wickham.

—Llegas un poco tarde —lo interrumpió Bingley con amargura antes de que Darcy pudiera continuar.

Detrás de él, Hurst se bajó del carruaje.

Darcy asintió. —Lo sé. Lo siento de verdad—. Señaló al carruaje. —¿Los alcanzaron?

Por encima del hombro de Bingley, la sorpresa se convirtió rápidamente en curiosidad en el rostro de Hurst, y se unió a ellos mientras el señor Bingley decía: —Sí. Se quedaron atrapados en la tormenta.

Darcy se sintió aliviado. —Me alegro de oírlo.

—No entiendo por qué —murmuró Hurst. —Ahora ella está arruinada y soltera.

—Sí, pero ahora, si le exigen que se case con ella, pueden hacerlo con un contrato que proteja su dote de él —comentó Darcy. —No sé cuánto tiene la señorita Bingley, pero Wickham es capaz de malgastar cualquier cantidad.

—¿Qué quieres decir con que le exijamos que se case con ella? —preguntó Bingley. —Debe hacerlo.

Darcy miró de un caballero a otro. El patio de una posada no era el lugar adecuado para dar la noticia que debía dar.

—¿Debemos entender que hay algo más? —preguntó Hurst.

—Deberíamos entrar —dijo Darcy señalando con un gesto al edificio que tenían detrás.

—Si son malas noticias, prefiero oírlas ahora —dijo Bingley con aire sombrío.

Darcy asintió con la cabeza. —Me duele decirlo, pero el señor Wickham podría ser acusado de secuestro—. Posiblemente incluso

de intento de asesinato, dependiendo de la determinación de George Darcy y de lo persuasivos que fueran Sir Lewis y Matlock.

Bingley negó con la cabeza. —No lo acusaremos. Caroline se fue por voluntad propia.

—No me refiero a que se fugara con ella —aclaró Darcy.

—¿Nadie va a ayudarme? —exigió la voz de la señorita Bingley desde el interior del carruaje antes de que Darcy pudiera decir nada más. Asomó la cabeza. —¿Y qué hay de mi pobre Wickham? No puedo creer que lo traten tan abominablemente. No ha hecho nada... —Se interrumpió al ver a Darcy. —¿Qué está haciendo él aquí?

Darcy pasó entre Bingley y Hurst y se inclinó. —Permítame presentarme como es debido, señorita Bingley. Soy Fitzwilliam Darcy, el heredero de George Darcy.

Ella lo miró boquiabierta durante un instante y luego cerró la boca de golpe. Bajó del carruaje y se dirigió con paso firme hacia Darcy. —No le creo. Charles, desafíalo por decir semejantes mentiras.

—Está diciendo la verdad —dijo la voz de Wickham desde el interior del carruaje, arrastrando un poco las palabras para los oídos de Darcy. Se oyó un ruido de pasos y apareció en la puerta. Tenía las manos atadas delante, un ojo morado, la nariz torcida y el labio partido. —Darcy es el heredero de mi padrino.

La señorita Bingley se volvió rápidamente hacia Wickham. —Pero... tú dijiste... que lo eras.

Wickham empezó a negar con la cabeza, pero luego hizo un gesto de dolor. —No lo soy.

—¿Por qué me mentiste? —exigió saber la señorita Bingley. —¿Por qué me lo dices ahora?

Wickham sonrió de oreja a oreja, luego hizo una mueca de dolor. —Creo que es obvio por qué te mentí. En cuanto a por qué he dejado de mentir, ¿qué sentido tiene? Después de lo que hemos hecho, estás atrapada conmigo.

La boca de la señorita Bingley volvió a abrirse, y su rostro quedó casi tan blanco como la nieve. Tragó saliva convulsivamente. —No hice nada contigo. Si hice algo, fue con el heredero de Pemberley.

—Lo siento —Wickham se encogió de hombros lo mejor que pudo con las ataduras. —Fue conmigo—. Le lanzó una mirada burlona a Darcy. —El tan enaltecido heredero de Pemberley nunca se habría comportado como lo hice yo.

Junto a Darcy, Bingley temblaba de rabia, con las manos cerradas en puños. Darcy podía imaginarse fácilmente cómo Wickham había llegado a ese lamentable estado, pero no entendía por qué estaba atado. —¿Por qué las ataduras?

—Intentó escapar —respondió Hurst lacónicamente.

Darcy miró a Wickham con expresión interrogativa.

—Sí —admitió él. —Tengo que desaparecer en Irlanda y de allí irme a Canadá. Puede que tu padre no sea vengativo, pero tus tíos sí lo son, y esa prima tuya tan poco femenina. Es muy probable que la dejen utilizarme como tiro al blanco.

Hurst miró de Wickham a Darcy. —¿Qué estaba diciendo antes de que Caroline lo interrumpiera, Darcy? ¿Algo sobre cargos por secuestro?

—Wickham intentó secuestrar a mi hermana por su dote—. Con aire sombrío, Darcy decidió que debían saberlo todo. —También se podría argumentar que planeó asesinar a mi padre y que le disparó e hirió a uno de los mozos de Pemberley.

La señorita Bingley dio un grito ahogado.

—Esos son delitos castigados con la horca —dijo Hurst en voz baja.

A la señorita Bingley se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Tu familia intentará que lo cuelguen? —preguntó Bingley.

Darcy sacudió la cabeza. —No lo sé.

—Lo harán —dijo Wickham con amargura. —Mi padrino apartó a su único hijo de su vida durante años y disuadió a todos los miembros de la alta sociedad de ayudarlo, todo porque Darcy no quería casarse con su prima. Y él es el más bondadoso de los tres. Matlock y de Bourgh se encargarán de que me cuelguen.

La señorita Bingley soltó un gemido y se volvió para esconder su cabeza en el hombro de Bingley. Él frunció el ceño, pero la rodeó con un brazo.

—Bueno. Esto es un verdadero desastre —declaró Hurst.

—En efecto—. Darcy observó a los cuatro: Bingley y Hurst con aire sombrío, la señorita Bingley sollozando y Wickham mirando con sarcasmo. —Veamos si hay habitaciones en la posada. Podemos turnarnos para vigilarlo esta noche.

Bingley asintió y Hurst fue a sacar a Wickham del carruaje.

Tomaron tres habitaciones y contrataron a una criada para que ayudara a la señorita Bingley durante la velada. El posadero y su esposa se sorprendieron notablemente al ver aparecer a cinco nuevos huéspedes en Nochebuena. Aunque no eran los únicos clientes, con ellos se duplicaba con creces el número de huéspedes. Si hubieran podido, la mayoría de la gente ya estaría donde querían estar en una noche tan especial.

Con la posada casi vacía, pudieron elegir habitación. Pusieron a la señorita Bingley en la del extremo, a Wickham en la del medio y reservaron la de al lado para descansar, aunque Darcy no esperaba dormir mucho. Después de acompañar a la señorita Bingley y a Wickham a sus respectivas habitaciones, Darcy, Bingley y Hurst se reunieron en el vestíbulo.

—¿Quién lo vigilará primero? —dijo Darcy. —No nos atrevemos a dejarlo solo por mucho tiempo, aunque esté atado. Sobre todo porque hay una ventana.

—Hurst, ¿lo harías tú? —preguntó Bingley. —Me gustaría hablar con Darcy.

Hurst asintió con la cabeza. —Prefiero ir primero, pero si encuentran algo de comida, envíen algo aquí arriba.

Bingley asintió.

Dejando a Hurst, bajaron a la sala común vacía. Darcy se sentó en una mesa que daba a la escalera, mientras Bingley pedía comida para ellos y para que se la subieran a los demás. Al poco rato, Bingley regresó con dos jarras de cerveza aguada y se sentó. Empujó una hacia él sobre la mesa.

Después de beber la mitad de su bebida, Bingley miró directamente a los ojos a Darcy. —Creo que está completamente arruinada. Dios no lo quiera, incluso podría estar encinta—. Miró a Darcy suplicante. —¿Qué hago?

Darcy tomó un sorbo de cerveza, que le pareció refrescante y amarga. —Manda elaborar un contrato sólido que proteja su dote. Yo negociaré con mis parientes. Nos aseguraremos de que se casen antes de que lo juzguen.

—¿Quieres decir antes de que ella quede viuda? —dijo Bingley con tristeza.

—Mejor eso que la alternativa.

Bingley miró fijamente su tarro. —Qué desastre.

Darcy no pudo rebatirlo.

—Crees... es decir, ¿qué pensará la señorita Bennet? ¿Y su padre? Ni siquiera le he pedido aún si puedo cortejarla.

—El afecto de la señorita Bennet por ti me parece demasiado sincero como para que se rompa fácilmente—. Y Darcy no creía que el señor Bennet estuviera en condiciones de rechazar a un pretendiente tan rico como Bingley. Al menos, no por el comportamiento de la hermana de éste.

Bingley levantó la vista, esperanzado. —Su madre parece muy entusiasmada con el enlace.

—Esa es una buena señal.

Bingley asintió con la cabeza. El posadero trajo la comida, y su esposa y la criada subieron las escaleras con bandejas cargadas. Darcy y Bingley cenaron casi en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Darcy podía adivinar en qué estaba pensando Bingley, pero su propia mente divagaba sobre muchos temas. Su juventud con Wickham. Elizabeth besándolo en aquel salón a oscuras. Su padre y su hermana pasando el día de Navidad sin él una vez más. Anne diciéndole que debería haber sido más rápido en desentrañar el plan de Wickham.

Bingley insistió en hacer la segunda guardia, como si sintiera que la peor parte debía recaer sobre él. Como resultado, a Darcy le tocó que lo despertaran muy de madrugada. Entró en la habitación con paso pesado y encontró a Wickham completamente despierto, sentado en la cama, con las manos aún atadas delante de él. Darcy se acomodó en la única silla de la habitación, mientras Wickham lo observaba.

—Esta vez lo he fastidiado, ¿verdad, Fitz? —dijo Wickham en voz baja.

Darcy consideró no responderle, pero existía una clara posibilidad de que las próximas tres semanas fueran las últimas de Wickham, ya que su juicio estaba fijado para el día siguiente a su boda y su condena era casi segura. La idea de que Wickham pudiera acabar ahorcado hacía que ignorarlo pareciera una mezquindad. —Sí. Lo has hecho.

—¿Estuvo tan mal por mi parte desear Pemberley?

¿Cómo responder a eso? —¿Por qué no podías ser feliz con lo que te ofrecía mi padre? Te mantuvo durante años. Te educó. Invirtió veinte mil libras para ti, para que nunca te faltara nada.

Wickham negó con la cabeza. —Quería más. Quería ser tú.

—Tenías todas las oportunidades para ser feliz siendo tú mismo, George.

Wickham se encogió de hombros.

Se quedaron en silencio. Wickham parecía dormitar. Darcy se recostó en la silla, con la mente vagando hacia Elizabeth. La noche estaba a punto de terminar, y con ella la Nochebuena. Ella se despertaría pronto, para darle la bienvenida al día de Navidad.

—Tienes que dejarme ir —dijo Wickham con voz baja e intensa.

Darcy volvió bruscamente la mirada hacia el otro hombre. —¿Qué?

—Me largaré de Inglaterra —los ojos de Wickham brillaban con frenesí. —Llevaré a cabo mi plan de irme a Irlanda y luego a Canadá. No volveré a causarte problemas. Te lo juro.

—Hay dos problemas con ese plan —dijo Darcy en voz baja.

Wickham se encogió. —¿El mayor es tu honor?

Darcy negó con la cabeza. —Mi honor quedaría manchado por salvarte.

Por eso, Wickham le lanzó una mirada afilada.

—Pero ese no es uno de los problemas —continuó Darcy. —Si te vas, dejarás a una mujer arruinada. Tienes que casarte con ella. Se lo debes.

—Entonces me casaré con ella —dijo Wickham con entusiasmo. —Tú puedes ayudarme a escapar después de la ceremonia. Sólo

necesitamos un plan.

—Eso no resuelve el segundo problema —dijo Darcy mirando con tristeza a su compañero de la infancia. —No confío en ti.

—¿No confías en mí? —espetó Wickham. —Estamos hablando de mi vida. No necesito tu confianza, sólo tu ayuda.

—Más concretamente, no confío en que te marches y no regreses.

—Me iré —dijo Wickham levantando las manos atadas en señal de súplica. —Te lo prometo. Me iré a Canadá y nunca volveré.

—¿Ah, sí? ¿Con qué dinero?

—Me queda algo del dinero que tu padre recibió por vender el puesto de vicario. Puedo usar eso. Debería bastar para pagar el pasaje.

—¿Debería bastar? —Tal y como Darcy esperaba, Wickham ya se había gastado las cinco mil libras que George Darcy le había dado a principios de año. —¿Y supongo que está en Londres?

—Por supuesto —respondió Wickham con una chispa de esperanza en los ojos.

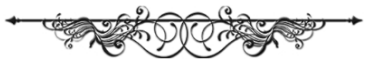
—Así que no te irías directamente a Irlanda y luego a Canadá. Primero irías a Londres.

—Sólo para recoger los fondos —dijo Wickham, pero aquella chispa de esperanza se apagó. Se dio cuenta de que Darcy lo conocía demasiado bien como para creer que, una vez en Londres, seguiría adelante con su plan de abandonar Inglaterra.

Darcy miró a su antiguo amigo con tristeza. —Como ya te he dicho, no confío en ti.

Wickham se dio la vuelta con otro encogimiento de hombros. Cerró los ojos y se tumbó en la cama. Darcy volvió a contemplar el techo y a sumirse en sus pensamientos. Sabía que Wickham sólo fingía estar dormido. Lo que no sabía era si realmente podía dejar que lo colgaran.

CAPÍTULO 34



La tarde del día de Navidad, Elizabeth estaba sentada en el suelo del salón jugando con sus primas pequeñas, mientras su madre, la tía Gardiner y Jane conversaban cerca. Por una vez, nadie remendaba ni bordaba, era un día para la familia y el descanso. En el vestíbulo se oyeron pasos ligeros y rápidos. Un momento después, Kitty y Lydia aparecieron en la puerta.

—Daremos un paseo antes de prepararnos para la cena de Navidad —anunció Lydia. —Y Jane, voy a pedirte prestado tu sombrero nuevo. Si nos encontramos con alguien, quiero que vean lo espléndida que me veo.

—Oh, qué plan tan encantador —dijo la señora Bennet sonriendo a Lydia. —Estarás preciosa con el sombrero nuevo de Jane.

Jane frunció el ceño. —¿El sombrero que me regalaron el tío y la tía Gardiner por Navidad? Pero si aún no me lo he puesto.

Lydia se encogió de hombros. —Entonces no notarás la diferencia.

—Sí —dijo Kitty con una risita. —No se notará que Lydia lo ha estirado con su gran cabeza.

Lydia se giró para mirar a Kitty con enojo. —No tengo la cabeza grande.

—Que sí .

—Que no —dijo Lydia, alejándose de la puerta.

—Que sí —repitió Kitty, siguiéndola.

Sus coros de «que no» y «que sí» las siguieron por las escaleras.

Jane se levantó. —Si me disculpan —le dijo a su madre y a la tía Gardiner.

—Déjala que use tu sombrero, Jane —le gritó la señora Bennet cuando Jane se marchaba, pero ella no dio señales de haberla oído.

Elizabeth volvió a centrar su atención en el juego que habían inventado sus primas, que consistía en mover piñas de pino por caminos hechos con cintas.

—Cuando sea mayor, me pondré cualquier sombrero tuyo que me guste —le dijo Frances a Madeline.

—No lo harás —exclamó Madeline. —Mamá no te dejará.

—Sí que me dejará.

Sus hermanos observaban la discusión con los ojos muy abiertos.

Para evitar que se repitiera el comportamiento de sus hermanas, Elizabeth dijo: —Cuando crezcan, y desde ahora mismo, sean amables y educadas la una con la otra, como Jane y yo, para que puedan ser las mejores amigas.

—Sí, prima Lizzy —respondieron las niñas al unísono y volvieron a mover las piñas.

Poco después, se oyó de nuevo el ruido. Elizabeth levantó la vista y vio a Kitty y Lydia bajando las escaleras, Lydia con el sombrero nuevo de Jane.

Consternada, Elizabeth exclamó: —Lydia, ¿por qué llevas eso puesto?

La hermana menor de Elizabeth se asomó por la puerta. —Jane dijo que podía.

Elizabeth la miró con escepticismo.

—Sí, lo ha dicho —respondió Kitty. —Bueno, primero dijo que Lydia no podía, pero luego intenté quitarte tu capa porque es mucho más abrigada que la mía, y Jane me la quitó de un tirón, puso una cara muy rara y nos dijo que tomáramos el sombrero y saliéramos—. Kitty añadió un encogimiento de hombros para expresar que no entendía nada.

—¿Mi capa? —repitió Elizabeth, pensando en la carta del señor Darcy.

—Elizabeth, querida, ¿te encuentras bien? —preguntó la tía Gardiner.

—Por supuesto, pero debo ver cómo está Jane—. Elizabeth se volvió hacia sus primas pequeñas, que observaban todo con gran interés. —Lo siento. Terminaré el juego con ustedes más tarde.

—Yo me quedo con las piñas de Lizzy —dijo Frances.

Eso desencadenó una nueva discusión entre las hermanas, que Elizabeth ignoró mientras iba a buscar a Jane.

Abrió la puerta del dormitorio y vio a su hermana sentada en la cama, con la capa de Elizabeth en el regazo, leyendo la carta del señor Darcy. Al oír entrar a Elizabeth, Jane levantó la vista con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Lizzy, ¿cómo has podido?

—¿Cómo he podido *yo*? —Elizabeth se acercó a Jane y le arrebató la carta. —Esto es mío.

—No puedo creer que hayas estado manteniendo correspondencia con él, y en secreto. ¿No ves que su historia es tan poco creíble como la del señor Wickham?

Elizabeth sacudió la cabeza. —No estamos escribiéndonos. Él me escribió una carta. Pero, aunque lo hiciéramos, no importaría, porque el señor Darcy dice la verdad. Si no me crees, pregúntaselo a papá.

—¿Papá sabe de esto? —Jane señaló la carta con un gesto.

—Sabe lo del señor Darcy —respondió Elizabeth evasivamente.

Jane bajó la mirada, pensativa. Finalmente, levantó la vista para encontrarse con la de Elizabeth. —No quiero ver que sufras —dijo en voz baja.

La preocupación en el rostro de Jane disipó el enfado de Elizabeth. Se dejó caer en la cama para sentarse junto a su hermana. —Lo sé, y no creo que eso vaya a suceder. Al menos, no corro más riesgo de que el señor Darcy me haga daño que tú de que el señor Bingley te haga daño a ti, que es el riesgo habitual al que nos exponemos todos cuando nos enamoramos.

—¿Lo amas? —repitió Jane, con la preocupación redoblada.

—Sí —respondió Elizabeth con tranquila firmeza.

Jane volvió a quedarse en silencio, luego extendió la mano y tomó una de las de Elizabeth. —Entonces espero de verdad que él sea el hombre que tú crees que es, y que él también sienta lo mismo por ti.

—Gracias —dijo Elizabeth y abrazó a su hermana. Soltó a Jane y dobló la carta del señor Darcy.—Esto lo guardaré en mi escritorio—. Con fingido aire severo, Elizabeth añadió: —Y tú vas a arreglar esa costura.

Jane sonrió. —Lo haré.

—Muy bien. Entonces preparémonos para la cena.

Más tarde, cuando Elizabeth bajó vestida para cenar, se encontró con una casa sorprendentemente silenciosa. Todos estaban arriba preparándose para la cena de Navidad, y el personal estaba en la parte trasera de la casa haciendo lo mismo. Los Phillips y Mary, que estarían acompañados por el señor Denny, aún no habían llegado. Tampoco estaba allí la señora Hurst, pero llegaría pronto, ya que no le permitían pasar la Navidad sola. Por lo tanto, Elizabeth se encontró sola en el silencioso vestíbulo.

¿Debería volver arriba para preguntar si alguien necesitaba ayuda? ¿O disfrutar de este momento tan especial? En silencio, sin duda recordaría el beso del señor Darcy. Quizás no era un recuerdo apropiado, pero era difícil evitarlo y no quería hacerlo.

Elizabeth sonrió. Silencio, entonces.

Se oyó un golpe en la puerta y ella suspiró, pero su buen humor volvió rápidamente. Al parecer, algunos momentos eran más fugaces que otros. Sabiendo que el personal estaba ocupado preparando la cena y esperando a los Phillips o a la señora Hurst, Elizabeth abrió la puerta.

Ante ella se encontraba un caballero bien vestido, vagamente familiar, pero que no reconoció. A su lado había una mujer pequeña y erguida, con un aire enérgico. Se le veían unas botas de cuero bajo la falda.

La mujer miró a Elizabeth de arriba abajo. —Una belleza poco convencional. Ojos inteligentes.

El hombre asintió con la cabeza.

Elizabeth arqueó las cejas, sin saber muy bien cómo tomar esa evaluación. Enderezó los hombros, dispuesta a exigir una explicación a los dos que aparecían en el umbral, pero entonces vio una fila de carruajes en el camino de entrada, cada uno más magnífico que el otro. —Me temo que se han perdido el baile del príncipe regente por unos cuarenta kilómetros.

—Muy ingeniosa también —comentó el hombre.

La mujer le sonrió a Elizabeth. —Usted debe de ser la señorita Elizabeth Bennet.

—No puedo negarlo —respondió ella, volviendo a recorrer con la vista los carruajes y fijándose en el de los Hurst, al final de la fila. —¿Vienen todos de Netherfield Park?

—Sí, esa fue nuestra última parada —respondió el caballero. —Nos han indicado que viniéramos aquí.

—Pero ¿por qué? —preguntó Elizabeth, desconcertada. Al final del camino, el carruaje de los Phillips se acercó lentamente, pareciendo decididamente fuera de lugar entre tantos vehículos lujosos.

La mujer hizo una reverencia. —Soy la señorita Anne de Bourgh y él es mi primo, el coronel Fitzwilliam.

—¿La señorita de Bourgh? —Entonces, ¿ella era la prima con la que debía casarse el señor Darcy? ¿Había venido a reprocharle algo a Elizabeth? El señor Darcy podía haberse reconciliado con su padre, pero ¿qué pasaba con esta mujer, que había esperado que él la pidiera en matrimonio?

—Sí —respondió la señorita de Bourgh afablemente. —De Rosings.

—El señor Darcy no está aquí—. Y si la señorita de Bourgh había venido con la intención de reclamarlo, Elizabeth no se dejaría intimidar por su aplomo ni su riqueza.

—Oh, eso ya lo sabemos —dijo la señorita de Bourgh, restándole importancia. —Como ha dicho Richard, primero fuimos a Netherfield Park, donde conocimos a la señora Hurst y nos enteramos de que Darcy se fue persiguiendo a Wickham en lugar de pasar la Navidad con usted, como lo haría cualquier hombre sensato.

Elizabeth se puso tensa al interpretarlo como una crítica. —El señor Darcy está actuando según sus principios.

—¿Principios? —Los ojos de la señorita de Bourgh se abrieron como platos. —Ustedes dos son perfectos el uno para el otro.

Sin saber si se estaba burlando de ella, Elizabeth decidió que lo mejor era hablar con claridad. —Señorita de Bourgh, coronel Fitzwilliam, es un placer conocer a los parientes del señor Darcy, pero ¿puedo preguntarles qué los trae por aquí?

La señorita de Bourgh señaló la fila de carruajes. —Nosotros esperábamos cenar con ustedes por Navidad.

Elizabeth arqueó las cejas ante el descaro de la mujer. —¿Quiénes "nosotros"?

—El coronel y yo. Mi padre, Sir Lewis de Bourgh. El señor George Darcy y la señorita Georgiana Darcy. Ah, y el conde de Matlock. Ese carruaje ridículamente grande con seis caballos es suyo.

Elizabeth la miró fijamente, sin saber qué responder.

—No se preocupe —añadió el coronel Fitzwilliam. —La señora Hurst ya ha accedido a alojarnos a todos en Netherfield. No queremos abusar de su hospitalidad.

—Elizabeth, ¿por qué estás parada en la puerta dejando entrar el aire frío? —le preguntó su madre desde atrás. —Si los Phillips están aquí, déjalos pasar... —La señora Bennet se detuvo al llegar junto a Elizabeth. —¿Qué es todo esto?

—Mamá, son la señorita Anne de Bourgh y el coronel Richard Fitzwilliam—. Elizabeth sabía que su voz sonaba un poco alta, con un tono teñido de incredulidad. —Parece que ellos, Sir Lewis de Bourgh, el señor y la señorita Darcy y el conde de Matlock, desean acompañarnos en la cena de Navidad.

La señora Bennet se quedó boquiabierta. —¿E-el conde de Matlock? ¿Por qué?

—Nos gustaría conocer a la mujer que ha cautivado el corazón de nuestro primo —declaró el coronel Fitzwilliam.

—Y aquí estamos, sin ningún otro lugar donde disfrutar de la cena de Navidad —añadió la señorita de Bourgh.

Elizabeth contuvo una risa ligeramente nerviosa al oír eso.

—¿Quién ha robado el corazón de quién? —La señora Bennet miró a su alrededor, como si esperara ver a otra persona.

—Su encantadora hija, la señorita Elizabeth, ha conquistado a nuestro primo, el señor Darcy —aclaró el coronel Fitzwilliam.

La señora Bennet frunció el ceño a Elizabeth. —¿El señor Darcy? ¿No es ese el librero sobre el que Jane me escribió para advertirme? No permitiré que te cases con un tendero. Arruinarás las posibilidades de tus hermanas con las amistades del señor Bingley.

La señorita de Bourgh estudió a la madre de Elizabeth con la misma mirada evaluadora que le había dirigido a Elizabeth. —

Deberíamos añadir, señora Bennet, que el señor Darcy también es heredero de una gran propiedad y es un hombre muy rico.

La señora Bennet miró a la señorita de Bourgh y al coronel Fitzwilliam, pensativa, y luego levantó la vista hacia la fila de costosos carruajes. Al otro extremo, Mary asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje de los Phillips, con expresión de desconcierto.

—La propiedad de la que es heredero genera diez mil libras al año —añadió la señorita de Bourgh.

La señora Bennet se echó hacia atrás como si la hubiera golpeado un viento fuerte. —¿Diez mil al año? ¿Y quiere a Elizabeth?

¿Era necesario que su madre se mostrara tan sorprendida? No es que Elizabeth no lo estuviera. Apenas podía comprender tal suma, ni asociarla con el señor Darcy y sus abrigos gastados.

—Entonces, ¿podemos acompañarlos a cenar ahora? —preguntó la señorita de Bourgh con dulzura.

Elizabeth le dirigió una rápida mirada divertida.

La señorita de Bourgh le guiñó un ojo.

—Sí —dijo la señora Bennet retrocediendo hacia la entrada. —Sí, por favor, pasen. Pondremos una mesa más en el salón. Pero ¿quién se sentará con el conde? Pasen. Tengo que ir a la cocina—. Se dio la vuelta, alzó la voz y gritó: —¡Señora Hill! ¡Señora Hill, la necesito! — y se adentró apresuradamente en la casa.

Elizabeth dio un paso atrás y abrió la puerta de par en par. — Bueno, entonces. Será mejor que pasen todos—. Y sería mejor que enviara una botella y dulces al establo. El personal esperaba dos carruajes y dos tiros de caballos, el de los Phillips y el de los Hurst. Ahora el número se había más que duplicado.

Se produjo el caos previsible cuando entraron los seis invitados adicionales y los parientes de Elizabeth bajaron apresuradamente las escaleras. Por una vez, el señor Bennet parecía tan desconcertado como su esposa, y saludaba torpemente con una reverencia a cada caballero que le presentaban. Se hizo un esfuerzo por hacer que los niños volvieran arriba, ya que su condición de invitados quedaba invalidada por la necesidad de espacio, pero el conde dijo que ni hablar, y se quedaron.

Entonces se supo que el coronel Fitzwilliam era hijo del conde, aunque no su heredero, lo que le valió el dudoso honor de sentarse entre Kitty y Lydia, y de acaparar la mayor parte de la atención de la señora Bennet. Como el coronel Fitzwilliam parecía bastante capaz, Elizabeth no intervino. Sólo esperaba que sus hermanas no fueran demasiado exigentes.

La cena fue bastante informal, ya que no había suficiente espacio en ninguna mesa, ni siquiera en una sola sala, para todos los invitados. Elizabeth no hizo ningún esfuerzo por reclamar un asiento. Ni, en realidad, por comer mucho. Había demasiado que ver y oír como para distraerse con el trivial acto de cenar.

En poco tiempo, sus tres invitados más distinguidos hicieron que el señor Bennet, el señor Gardiner y el señor Phillips se sintieran cómodos. Sir Lewis, el conde y el señor George Darcy resultaron ser bastante bulliciosos a la hora de brindar y celebrar la Navidad, y los seis caballeros de más edad ocuparon sus lugares en el salón delantero.

Para las mujeres de la familia de Elizabeth, la cena no difirió mucho de lo habitual, salvo que Kitty y Lydia tenían al coronel para atormentarlo y Jane parecía bastante incómoda. Un estado que le sugirió a Elizabeth que su hermana aún no le había creído sobre el señor Darcy. La señora Hurst parecía contenta de sentarse en silencio entre la madre y las tías de Elizabeth, que charlaban animadamente, y Mary y el señor Denny parecían encantados de entretener a los niños con diversos juegos. La señorita Darcy observaba y, de vez en cuando, se dejaba convencer para participar. En general, el ambiente era festivo y familiar, y no se respiraba la rigidez y la incomodidad que Elizabeth había temido.

—Parecen estar llevándose bien —dijo una voz junto a Elizabeth mientras observaba a los seis caballeros mayores intercambiando anécdotas y riendo a carcajadas.

Se volvió para mirar a la señorita de Bourgh, quien sostenía una copa de brandy en la mano. —Sí, así es.

La señorita de Bourgh agitó su copa. —No está mal que el tío Matlock haya traído esto.

Elizabeth adoptó una expresión de inocencia. —Quién iba a imaginar que un noble viajaría con licores franceses ilegales.

La señorita de Bourgh resopló de risa. —Por lo que he podido comprobar, cuanto más alto es el rango de un hombre, más leyes ha infringido.

Una repentina preocupación invadió a Elizabeth. ¿Se volvería su considerado y atento librero más parecido a sus tres parientes mayores ahora que había recuperado su fortuna? —Pero no el señor Darcy.

La señorita de Bourgh le dirigió una rápida mirada. —¿Se refiere a Fitz? —Negó con la cabeza. —Es imposible intimidarlo para que se divierta, con sus principios tan alabados. ¿Le ha hablado alguna vez del invernadero y los cuervos?

Elizabeth sacudió la cabeza. —Me temo que hemos tenido pocas conversaciones, y esas principalmente han sido sobre libros—. Luchó por no sonrojarse al recordar lo demás que habían compartido. —La verdad es que todo esto es un poco abrumador. Ni siquiera tenemos un compromiso no oficial.

—¿No? —Las cejas de la señorita de Bourgh se arquearon y señaló a los caballeros reunidos. —Él les ha dicho a todos ellos que va a casarse con usted, si usted lo acepta.

Elizabeth la miró atónita.

El coronel Fitzwilliam, que en ese momento pasaba con una botella de brandy en la mano, se volvió para mirarlas. —Anne, ¿qué le has dicho a la señorita Elizabeth?

La señorita de Bourgh se encogió de hombros. —Creo que acabo de proponerle matrimonio en nombre de Darcy.

El coronel asintió. —Siempre has sido quien le diera un empujón en la dirección correcta.

—¿Vas a beber ese brandy o vas a bailar con él, Richard? —exclamó el conde desde el otro lado de la sala.

El coronel Fitzwilliam saludó a Elizabeth y a la señorita de Bourgh con la botella y siguió su camino.

—Lo siento —dijo la señorita de Bourgh, un poco avergonzada. —Tiendo a ser un poco directa.

Elizabeth negó con la cabeza. —No. Bueno… no es que sea una noticia desagradable—. Miró a su alrededor, a la sala abarrotada. —Sin embargo, creo que necesito tomar un poco de aire.

—Por supuesto —respondió la señorita de Bourgh, inclinando la cabeza, un gesto que Elizabeth le devolvió antes de marcharse.

Elizabeth salió al jardín, donde las festividades se veían atenuadas por los robustos muros de Longbourn. Con un chal sobre los hombros, recorrió los senderos que tan bien conocía, bien iluminados por la luna casi llena, y se preguntó si el señor Darcy realmente tenía intención de pedirle matrimonio. Una parte de ella pensaba que era demasiado pronto para un compromiso, pero otra parte mucho mayor se regocijaba.

No supo cuánto tiempo estuvo deambulando, con sus pensamientos puestos en el señor Darcy, pero finalmente, helada, decidió regresar a la casa. Casi había llegado a la puerta del jardín cuando una figura alta y erguida rodeó el edificio, viniendo desde la entrada.

—¡Señor Darcy! —exclamó Elizabeth, y el frío de la noche se desvaneció.

Ella corrió a su encuentro, y él al de ella. Al encontrarse, se detuvieron en el sendero del jardín, rodeados por la brillante luz de la luna. Elizabeth lo miró, de repente sin saber qué decir.

—Me preocupé cuando no te encontré adentro —dijo él.

—Quería tomar un poco de aire.

—Sí—. Hizo una mueca. —Anne me contó lo que dijo. No es una mujer muy sutil.

Elizabeth se preocupó. —¿Se equivocó?

—Habló más de la cuenta, pero no se equivocó.

La alegría sustituyó a todas las demás emociones, pero mientras Elizabeth lo observaba, fijándose en su semblante apagado, su felicidad se desvaneció. Extendió una mano. —Estás preocupado.

El señor Darcy le tomó los dedos con sus manos fuertes y cálidas. —Estás helada. Deberíamos entrar.

Ella negó con la cabeza. —Todavía no. Dime qué te preocupa.

—Al menos toma mi abrigo—. Darcy se quitó la prenda, dejando al descubierto su camisa blanca de batista y su chaleco, y se la

ofreció.

Elizabeth le permitió que le colocara el abrigo sobre los hombros, una prenda cálida que olía ligeramente a jabón y sándalo. Ella luchó por no sonrojarse y repitió: —¿Me dirás qué te preocupa?

Él asintió y le ofreció su brazo.

Aunque se sentía bastante escandalosa al entrelazar los brazos con un hombre tan poco vestido, pero indudablemente a salvo con el señor Darcy, Elizabeth le permitió que se alejaran una vez más de la casa.

Caminaron en silencio, el señor Darcy observando el jardín que los rodeaba. Elizabeth deseaba preguntarle si habían encontrado al señor Wickham. Si la señorita Bingley se encontraba bien. Si el señor Bingley y el señor Hurst habían regresado con el señor Darcy. Pero, dado su semblante sombrío, guardó silencio.

—Hemos detenido al señor Wickham y lo hemos entregado al magistrado local para que lo mantenga bajo custodia hasta que pueda ser trasladado de vuelta a Derbyshire —declaró el señor Darcy.

Elizabeth le lanzó una rápida mirada y vio que su expresión era distante y fría. —¿Y la señorita Bingley?

—Está comprometida en todos los sentidos. Wickham se verá obligado a casarse con ella antes de partir para ser juzgado.

—¿Juzgado?

—Por intentar secuestrar a mi hermana, por su papel en la reciente enfermedad de mi padre y por dispararle a un hombre.

Elizabeth asimiló la información. —No sabía que su intento de fugarse con tu hermana había llegado al punto del secuestro—. Sacudió la cabeza. —Los tres cargos suenan bastante graves. Pobre señorita Bingley.

El señor Darcy asintió. —Ojalá hubiera llegado antes para poder evitar este desenlace.

Ella sacudió la cabeza, recordando la extraña y silenciosa discusión entre la señorita Bingley y el señor Wickham el día que él había llegado a Longbourn. —No estoy segura de que hubieras podido. Él la tenía completamente convencida. Ella se fugó con él voluntariamente.

—Quizás tengas razón.

Elizabeth deseaba que él sonara más seguro. Esperando que el tiempo fuera mejor remedio que cualquier argumento que pudiera esgrimir en ese momento, buscó otro tema de conversación. —¿Puedo suponer que el señor Hurst y el señor Bingley están dentro?

—Sí.

—Tus parientes parecen... —Ruidosos. Bulliciosos. Afables, aunque dominantes— estar aceptando a los míos. No pensaba que hombres tan distinguidos estuvieran tan encantados de sentarse en nuestro salón contando historias con mi padre y mis tíos mientras los niños corretean por ahí.

El señor Darcy sonrió levemente. —Solían celebrar grandes y fastuosas reuniones navideñas.

—¿Qué sucedió?

Él se encogió de hombros. —Muchos de ellos envejecieron demasiado o nos dejaron demasiado pronto. Supongo que ahora la responsabilidad recae sobre mi generación. Estamos destinados a volver a llenar los salones de Pemberley, Rosings y Matlock con una nueva multitud de parientes políticos e hijos.

—¿Ah, sí? —se atrevió a decir Elizabeth cuando él dejó de hablar.

Él se volvió hacia ella, deteniendo su avance por el jardín. —Anne habló de forma decididamente muy inapropiada. No le corresponde a mi familia decidir con quién me voy a casar—. La tensión se reflejó en su mandíbula.

El corazón de Elizabeth se hundió. Seguramente no sería tan terco como para negarse a casarse con ella por un comentario precipitado de su prima. Eso realmente demostraría que estaba loco.

Él le tomó ambas manos entre las suyas. —Pero, aunque me molesta la continua intromisión de mis parientes, ella no se equivocaba en lo que dijo. Les dije a mi padre y a mis tíos que me casaría contigo si tú me aceptabas—. Su mirada buscó la de ella. —Lo único que queda por descubrir es si lo harás.

El corazón de Elizabeth se le quedó atascado firmemente en la garganta.

Con sus manos entrelazadas en las de él, cálidas y ligeras, él se arrodilló en el camino cubierto de guijarros. —Elizabeth, has llenado

todos mis sentidos desde el momento en que te vi por primera vez. Tu voz, tu rostro, son mis compañeros constantes, despierto o dormido. Por favor, libérame de este mundo de anhelo y esperanza infinitos. Llévame a uno lleno de calidez, amor y compañía. Te lo suplico, ¿quieres ser mi esposa?

—No puedo pensar en nada que desee más —dijo ella, con la voz casi ahogada por las lágrimas.

Él se puso de pie de un salto y la abrazó. —Dime que esas lágrimas son de alegría.

—Por supuesto que lo son —murmuró ella, y lo besó.

CAPÍTULO 35



Darcy atravesó Netherfield Park buscando a su padre. George Darcy no estaba en el salón que él y los tíos de Darcy habían reclamado como propio. Tampoco estaba en sus aposentos. De hecho, nadie lo había visto desde la iglesia, donde todos habían presenciado sombríamente la boda de Wickham y la señorita Bingley.

No hubo desayuno de celebración. Todos simplemente regresaron a Netherfield en una larga fila de carruajes, en un ambiente más propio de un cortejo fúnebre. Darcy se había quitado el traje que había llevado para acompañar a Wickham, medio inclinado a pedirle a Patrick que quemara la prenda, por nueva que fuera. Darcy no estaba seguro de querer volver a ponérsela jamás.

Los parientes de Darcy finalmente se marcharían de Netherfield y dejarían de imponerle su presencia al señor Bingley. Durante más de tres semanas, los Fitzwilliam, los Darcy y los de Bourgh se habían instalado en la sociedad de Meryton; Darcy y su padre para asistir a la boda de Wickham, y los tíos de Darcy, Richard y Anne, para asegurarse de que regresara a Derbyshire para ser juzgado y, sin duda, condenado a la horca.

Bingley había sido un anfitrión muy amable durante todo ese tiempo, y los Hurst se habían quedado para ayudarlo, ya que la señorita Bingley no se encontraba en condiciones de ocuparse de la casa. Darcy apreciaba sinceramente la amabilidad y la sencillez de su nuevo amigo, a quien ahora consideraba como tal. No es que Bingley hubiera estado en casa tanto como cabría esperarse de un anfitrión, ya que él y Darcy visitaban casi a diario a los Bennet, acompañados de Georgiana, Anne y Richard.

El domingo siguiente, se leerían las amonestaciones por primera vez, no sólo para Darcy y Elizabeth, sino también para Bingley y la señorita Bennet. Luego, poco más de tres semanas después, ambas parejas se casarían en una boda conjunta. Darcy lo aprobó de todo corazón, seguro de que en Bingley había encontrado un amigo para

toda la vida, como su padre lo había tenido en sus tíos. Sin embargo, se prometió en silencio que, independientemente de los hijos que Dios les mandara a ambas parejas, no haría ningún pacto sobre el futuro matrimonial de sus descendientes.

Darcy podía admitir, por muy serio que fuera normalmente, que deseaba que él y Elizabeth no tuvieran que esperar tanto tiempo para casarse. Pero no quería que su unión con ella se solapara con las semanas previas a la boda de Wickham. Ni con su juicio y sentencia.

Darcy finalmente encontró a su padre en un rincón recóndito del vasto jardín, el único elemento que distinguía a Netherfield. George Darcy estaba sentado en una banca de la que había quitado la nieve, mirando fijamente una miniatura que sostenía entre sus manos enguantadas. Darcy no necesitaba mirar para saber que el pequeño cuadro era de Wickham de niño. En silencio, se sentó en la banca junto a su padre.

—Era un niño tan alegre —dijo George Darcy en voz baja. —Era difícil no mimarlo. Tu madre siempre me advertía que lo hacía. Decía que era peor que una gran dama que mima a su perro pug.

—¿Mimar a su perro pug? —repitió Darcy. —Qué extraño detalle.

—Tenía un pariente lejano que adoraba al suyo.

—Ah—. Darcy se sentó, sin saber qué más decir. Se le ocurrió una idea. La sombra de una idea, o tal vez una sospecha, o una esperanza. Por primera vez en años, Darcy buscó el consejo de su padre.

George Darcy soltó un largo suspiro. —Debería haberlo evitado.

—No veo cómo podría haberlo hecho —replicó Darcy. —Pero si yo hubiera sido menos terco, tal vez yo...

—Tonterías —lo interrumpió bruscamente su padre. Le lanzó una mirada dura y feroz. —Hiciste bien en ser terco. Cuando te veo con tu señorita Elizabeth, y la forma en que ella te mira y tú la miras a ella... —Sacudió la cabeza. —He sido un necio. ¿Por qué dediqué toda mi determinación a la idea de que tuvieras Rosings, cuando debería haberla dedicado a animarte a encontrar la misma clase de amor que compartí con tu madre?

Darcy apartó la mirada, fijándola en la nieve. —¿Quizás porque la boda de Anne y yo era lo que quería mamá? —«O quizás porque ella nos dejó demasiado pronto», añadió en silencio.

—Quizás —George Darcy volvió a mirar la miniatura. —Mañana comenzará el viaje a Derbyshire, encadenado. Su juicio está fijado para el viernes.

—Lo declararán culpable —afirmó Darcy.

Su padre asintió con la cabeza. —Lo sé.

Darcy carraspeó. —Muchos criminales ingleses han desaparecido en las Américas.

Su padre le lanzó una mirada rápida y evaluadora, y luego negó con la cabeza. —Lo que insinúas estaría mal. Además, tus tíos y yo lo hemos votado.

Darcy se dio cuenta con sarcasmo de que su padre respetaba más el resultado de esa votación que la ley del país. —Tienes razón, sin duda.

—La tengo —dijo George Darcy con firmeza.

—Entonces, ¿por qué trajiste a tu abogado de Londres para revisar el contrato que redactó el señor Phillips para proteger todos los bienes que la señorita Bingley tiene o pueda tener en el futuro y evitar que Wickham los reclame?

Su padre apartó la mirada. Se puso de pie y guardó la miniatura en el bolsillo de su abrigo. —Nunca se es demasiado precavido. Tengo frío. Voy a entrar —dijo mientras se daba la vuelta y se alejaba con paso pesado.

Darcy lo observó alejarse, sin saber qué había dicho para ofenderlo tanto.

El día transcurrió lentamente y, por una vez, Darcy no fue a visitar a Elizabeth. En su lugar, se dirigió a la cárcel local para visitar a Wickham. Su antiguo compañero lo ignoró, pero Darcy se quedó allí durante varias horas, sin importarle. A veces se sentaba en silencio, pero otras leía *Richard III*, cuya primera mitad era la obra favorita de Shakespeare de Wickham. A él no le gustaba tanto el final, pero Darcy no imaginaba que eso fuera a ser un problema.

Finalmente, Darcy cerró el libro y se levantó para marcharse. Wickham yacía en su catre al otro lado de los barrotes, con las

manos cruzadas bajo la cabeza y los ojos cerrados, pero Darcy sabía que no estaba dormido.

—Darcy.

La voz de Wickham lo detuvo y se volvió.

Con los ojos abiertos, pero la mirada fija en el techo, Wickham dijo simplemente: —Gracias.

—De nada—. Sin nada más que decir, Darcy se marchó.

La cena también fue sombría, con la nueva señora Wickham encerrada en su habitación y sus parientes en silencio. Matlock y Sir Lewis estaban como de costumbre, al igual que Anne y Richard, pero incluso ellos parecían percibir la inquietud y se comportaban con moderación. Todos se acostaron temprano y Darcy se alegró de que el día hubiera terminado.

Se despertó un rato después, con una mano sacudiéndole el hombro.

Parpadeando, descubrió a Anne, completamente vestida y sosteniendo un farol con las persianas cerradas.

—Levántate —le ordenó.

Darcy la miró fijamente, la tenue luz y el aturdimiento del sueño se combinaban de una manera desorientadora con los recuerdos de la infancia de Anne haciendo exactamente lo mismo.

Pero ya no eran niños y su expresión era más sombría que traviesa. Se incorporó. —¿Qué sucede?

—Tu padre salió a escondidas. Se ha reunido con un grupo de hombres y han liberado a Wickham.

Darcy la miró fijamente. Seguro que todavía estaba dormido.

—Levántate —repitió ella. Se acercó al armario y empezó a rebuscar, sacando un par de pantalones. —Vamos. Estoy segura de que se dirigirán a la costa. Tenemos que detenerlos.

Él observó la vestimenta de Anne, la de un hombre joven, y sus botas cubiertas de barro. —¿Dónde has estado?

—Ya te lo he dicho. Siguiendo a tu padre.

Darcy echó hacia atrás las mantas, con la mente dando vueltas. —Date la vuelta.

Anne puso los ojos en blanco, pero obedeció mientras él se dirigía al armario y se ponía la ropa, sin molestarse en ponerse chaleco ni

cravat.

—Esto no es un desfile de moda —dijo Anne desde donde estaba, de frente a la pared. —Date prisa.

—¿Despertamos a Richard?

—Ya lo he hecho. Está preparando los caballos.

Darcy la siguió fuera de la habitación, todavía tratando de comprender la noticia. ¿Su padre había salido a escondidas y había liberado a Wickham? ¿De verdad iba a enfrentarse así a Matlock y a Sir Lewis? Además, iba en contra de la ley inglesa. Su padre era ahora un criminal.

Él y Anne se apresuraron por el pasillo hacia la escalera, y Darcy recibió varias miradas de reprobación por su incapacidad para caminar tan silenciosamente como ella. Cuando comenzaron a bajar los escalones, ella miró hacia atrás y le dijo en tono sarcástico: —¿Por qué no tocas la gaita ya de una vez?

—No todos pasamos el tiempo escabulléndonos —respondió él.

Llegaron abajo y se dirigieron hacia la parte trasera de la casa, pero se detuvieron en seco al ver que Richard y el padre de Darcy venían por el pasillo, Richard con una linterna.

George Darcy los vio y les indicó con un gesto que se dirigieran a la izquierda, a un salón abierto.

Darcy intercambió una mirada con Anne, se encogió de hombros y siguió a su padre y a Richard al interior.

—¿Qué significa esto? —exigió Anne tan pronto como cerró la puerta del salón tras de ellos. Descubrió el farol, llenando la habitación con una luz parpadeante.

—Me encontré con Richard cuando regresaba y él se dirigía al establo —respondió con calma el padre de Darcy.

Anne lo miró con ira. —Has liberado a Wickham. Tío Darcy, ¿cómo has podido?

—De hecho, supervisé su liberación, y que lo ataran y lo subieran a una carreta para llevarlo a la costa. En realidad, yo no fui quien lo liberó.

—Estoy segura de que le pagaste a los hombres que lo hicieron.

Darcy miró a su prima y luego a su padre, y de vuelta a Anne. —Padre, ¿qué has hecho?

George Darcy perdió parte de su determinación. —No podía dejar que lo colgaran. He hecho arreglos para que lo lleven a América. Creo que allí le irá bien.

—Mi padre y mi tío Matlock nunca te perdonarán por esto —afirmó Anne.

—Nunca tendrán confirmación de que lo he hecho. Lo sospecharán, pero no lo sabrán con certeza, por lo que nuestra relación seguirá igual.

—¿Que no tendrán confirmación? —Anne parecía incrédula. —Yo se los diré.

—No. No lo harás.

Anne fulminó con la mirada al padre de Darcy. George Darcy le devolvió la mirada.

Darcy intercambió una mirada con Richard y luego se volvió hacia Anne. —Tal vez, sólo por esta vez, podríamos hacer caso omiso de nuestros principios y no insistir en el asunto.

Ella se volvió rápidamente hacia él. —¿Podríamos? ¿Y qué será de la señora Wickham? Mientras él siga vivo en algún lugar, ella no podrá volver a casarse. ¿La condenarías a una vida en soledad sólo para perdonar a un hombre que la engañó tan cruelmente?

Darcy no había pensado en eso.

—De hecho, la próxima vez que se hunda un barco procedente de Inglaterra, haré que alguien lo investigue y descubra los documentos que confirmen que George iba a bordo y que ahora está muerto —explicó el padre de Darcy en voz baja. —Los documentos ya existen. Lo único que falta es el nombre del barco y la fecha. Así que, como ven, la señora Wickham pronto enviudará y se librará de la mancha que supone el juicio público y la horca de su marido.

Anne lo miró fijamente, con los puños apretados.

Darcy podía ver cómo su mente daba vueltas, buscando más argumentos. Le tocó ligeramente el hombro. —Anne. Déjalo ir.

Ella se volvió hacia Richard. —¿Qué opinas tú?

—Que ir tras Wickham y la docena de hombres contratados para escoltarlo y asegurarse de que zarpe de estas costas me parece mucho trabajo para hacer en plena noche.

Anne levantó las manos. —No puedo creer que ustedes tres estén dispuestos a dejar que se salga con la suya después de todo lo que ha hecho.

—En realidad no se está saliendo con la suya —dijo Darcy en voz baja. —Ha sido alejado de todo y de todos los que conocía. Nunca volverá a ver los lugares y a las personas que más le importan.

—Ni podrá seguir quitándole dinero al tío Darcy —añadió Richard con ironía.

Anne soltó un bufido y los miró a todos. —¿De verdad es esto lo que quieres, tío Darcy?

El padre de Darcy asintió con la cabeza. —Sí.

—¿Fitz?

Por respeto a Anne y a aquellos a quienes Wickham había perjudicado, además de a él y a su padre, Darcy consideró cuidadosamente la pregunta. Finalmente, asintió con la cabeza. —No creo que fuera correcto ayudarlo a escapar, pero tampoco encuentro en mi corazón la fuerza para traerlo de vuelta para que pague por sus crímenes con su muerte.

—Yo sí —murmuró Anne, pero su voz había perdido vehemencia. Volvió a mirar a su alrededor. —¿Y debo ocultárselo a mi padre?

—Como he dicho, él y Matlock sospecharán de mí —respondió George Darcy. —Pero mientras no puedan confirmar sus sospechas, todos podremos seguir como hasta ahora. Me temo que si se lo cuentas, nos esperan unos siete años de disputas. Prefiero evitarlo.

Anne asintió. —Mi padre puede ser muy terco cuando cree que se ha hecho injusticia—. Exhaló un largo y lento suspiro. —Muy bien. Esto quedará entre nosotros, pero asegúrate de que Wickham se ahogue pronto. No es justo dejar a la señora Wickham casada con semejante canalla.

—Lo haré —prometió George Darcy.

Anne, que seguía sin parecer satisfecha, cubrió el farol y salió del salón. Todos regresaron a sus habitaciones tan silenciosamente como pudieron, aunque Darcy no creía que sus tíos no se hubieran dado cuenta de todo lo que había pasado. Se quedó en la cama un rato pensando en la ley, en Wickham y en el amor de un padre.

Finalmente, centró firmemente sus pensamientos en Elizabeth y en su próxima unión. Con una sonrisa en los labios, Darcy se durmió.

EPÍLOGO

Del brazo y seguidos por un criado, la señora Darcy caminaba por el gran mercado de Cheapside con su esposo. Era su primer viaje a Londres desde su boda, celebrada hacía un mes, que habían pasado en Pemberley. Elizabeth nunca había visto una propiedad tan hermosa, ni una mansión tan bien situada, y se había enamorado inmediatamente de la casa del señor Darcy, su nuevo hogar.

Pero por muy grandioso que fuera Pemberley, y por mucho que su suegro y su cuñada intentaran no entrometerse en su recién estrenada vida matrimonial, Elizabeth y Fitzwilliam habían decidido que era conveniente pasar algún tiempo en la residencia Darcy en la capital. A pesar de que la temporada atraía cada vez a más gente a Londres y de la previsible obsesión de la alta sociedad por el regreso de Fitzwilliam, Elizabeth ya había descubierto que podían disfrutar más de la compañía uno del otro estando aislados en la residencia Darcy que viviendo con sus nuevos parientes.

Hoy, sin embargo, tenían una misión especial. Siguieron el antiguo recorrido de Fitzwilliam por el mercado, comprando lo que solía comprar él y pagando sumas ridículas a los atónitos comerciantes. Era su regalo para quienes le habían mostrado amabilidad cuando pensaban que no era más que un vendedor de libros.

Al pasar por una tabaquería, Fitzwilliam se detuvo un momento, frunció el ceño y siguió caminando.

Elizabeth, que iba del brazo de él, lo miró con curiosidad, ya que él no consumía rapé.

—Por un momento, creí ver a la señora Younge —comentó él en voz baja.

Elizabeth trató de recordar algo de lo que le habían contado sobre la época anterior a su llegada a Pemberley. —¿Era la dama de compañía de Georgiana?

—Sí.

Ninguno de los dos lo mencionó, en aquel lugar tan concurrido, que la señora Younge también había participado junto con Wickham en el intento de secuestrar a Georgiana.

—Y a ella y a aquella enfermera las dejaron marchar —añadió Elizabeth en silencio, *sin que se presentaran cargos*.

—Sí. A cambio de información—. Fitzwilliam miró en dirección a la residencia Darcy. —La señora Younge nombró a todos los conspiradores, tanto de Pemberley como de la residencia Darcy, y tras ser interrogados, todos los que fueron declarados culpables fueron despedidos sin indemnización ni referencias. Parecía bastante sincera en su intento por no ser considerada responsable de su papel.

—¿No averiguaste a dónde fue?

Él sonrió levemente. —Ya me conoces.

Elizabeth le apretó el brazo, muy contenta de haberlo hecho. —Muy bien. ¿Adónde fueron?

—La señora Younge ahora administra una pensión no muy lejos de aquí, y la enfermera Bell se enroló para trabajar en el continente.

—Es muy valiente de su parte —admitió Elizabeth.

—Sí. Creo que se siente muy culpable por su papel en la enfermedad de mi padre el otoño pasado.

—Ahora él parece estar perfectamente sano, aunque insiste en mantener a la enfermera Parker.

—Le agrada su compañía.

—Mm —murmuró Elizabeth, decidiendo que habría otro momento para analizar eso. Se dirigieron a una tienda de té, donde su esposo compró un precioso recipiente de porcelana para ella y le pagó al confundido y agradecido comerciante diez veces su valor.

De vuelta en la calle, ella divisó un escaparate con encajes. —Dudo que sea una tienda a la que solías acudir, pero ¿podemos entrar? Ya sabes que aún no he encontrado un regalo para Mary y sólo faltan unas semanas para su boda.

Fitzwilliam inclinó la cabeza, sin parecer tener ningún reparo en ir de compras con su esposa. Elizabeth sospechaba que le complacía enormemente poder volver a gastar como quería, en lugar de comprar sólo lo estrictamente necesario.

Miraron a su alrededor hasta que ella encontró un precioso camino de mesa. Lo acarició con los dedos enguantados, admirando su ingenioso diseño. —¿Crees que esto sería demasiado elegante para Mary y el señor Denny? —Elizabeth no quería comprarle a su hermana un regalo que nunca tendría ocasión de usar.

—Creía que habías decidido regalarle varias colecciones de partituras.

—Así era, pero me enteré de que no tendrá pianoforte, así que me pareció un poco cruel.

—¿Tal vea uno de esos escritorios portátiles tallados que vimos? —sugirió Fitzwilliam. —Me gustaría seguir apoyando al caballero que me proporcionó papel y tinta, y ya había pensado en volver para comprar uno para la señora Reynolds.

—Ella diría que es demasiado —dijo Elizabeth con una sonrisa.

—¿Para la señorita Mary o la señora Reynolds?

Elizabeth miró a su alrededor en la tienda de encajes. Fitzwilliam tenía razón. Un escritorio sería un regalo mucho mejor para Mary. —Me refería a la señora Reynolds. Ya le has duplicado su pensión.

—Eso no es lo mismo que un regalo.

—Lo sé, y un escritorio portátil es una idea encantadora, tanto para Mary como para la señora Reynolds. Quizás incluso para Edwards y Patrick padre e hijo también—. Fitzwilliam igualmente había añadido a las cuentas que su padre había creado para ellos, explicando su lealtad y perseverancia a Elizabeth, aunque ella no necesitaba más garantía que la palabra de su esposo de que ellos se merecían los fondos. Ella nunca les negaría ni un centavo a su dedicado personal. —Vamos. Ya casi hemos llegado al puesto de los Watson. Iremos allí y luego daremos la vuelta.

Ansiosa por lo que ella y Fitzwilliam habían planeado, Elizabeth lo llevó fuera de la tienda de encajes. Se abrieron paso entre los puestos hasta llegar donde estaban los Watson. La señora Watson terminó de atender a un cliente y se volvió hacia ellos. Sus ojos se abrieron como platos.

—Vaya, señor Darcy —exclamó. —¿Lo encontró, señorita Elizabeth? —Los miró de arriba abajo con interés. —Aunque supongo que ahora debe de ser la señora Darcy, ¿no?

—Así es —Elizabeth no pudo reprimir una amplia sonrisa. Le encantaba que la llamaran señora Darcy.

—Bueno, esto es motivo de celebración —dijo la señora Watson, estirando el cuello para mirar por encima del hombro. —Señor Watson, ¿tiene listos los panecillos dulces? El señor Darcy ha vuelto y se ha casado con esa hermosa señorita que lo estaba buscando, según he oído.

—¿En serio? —El señor Watson apareció desde la parte trasera del puesto, limpiándose las manos cubiertas de harina en el delantal. —Pues eso sí que es algo. Y qué pareja tan espléndida hacen. Los bollos ya casi están listos.

—Será un regalo de nosotros para ustedes —dijo la señora Watson con una sonrisa radiante.

—Eso no será necesario —protestó Fitzwilliam. —Estaré encantado de pagar por ellos.

—No, no lo hará por un regalo de boda, y no crea que no sé lo mucho que le gustan —respondió la señora Watson, sacudiendo la cabeza. —Siempre compraba un par cada vez que tenía algo que celebrar.

Fitzwilliam arqueó las cejas. —¿Cómo lo sabe?

La señora Watson se encogió de hombros. —Sólo los compraba cuando estaba de muy buen humor, muchacho.

Elizabeth le sonrió a su esposo y le dio un apretón en el brazo, luego se volvió hacia los Watson. —Señor Watson, ¿hablaba en serio cuando dijo que preferiría ser librero?

El señor Watson la miró parpadeando.

—Oh, sí, lo decía en serio —contestó la señora Watson por él. —Tuve que oírlo durante días, ¿no? Y ahora, con nuestra hija y su hombre queriendo hacerse cargo de este puesto, tengo que oírlo todo el tiempo. Lo fácil que es la vida de un librero en comparación con la de un panadero y que deberíamos dejar la panadería, pero ¿quién puede permitírselo, dígame usted? —Sacudió la cabeza.

—Podríamos si volviéramos a Escocia —comentó el señor Watson.

La señora Watson le lanzó una mirada fulminante. —¿Y nunca ver a nuestros nietos?

Elizabeth se llenó de alegría.

Fitzwilliam carraspeó. —Sí, bueno, eso es precisamente lo que he venido a hablar con ustedes.

La señora Watson lo miró con los ojos entrecerrados. —¿Sabe, señor Darcy? Suena mucho más aristocrático de lo habitual, y ese traje le queda muy bien—. Lo señaló con el dedo. —No habrá gastado toda la dote de su encantadora esposa en ropa sólo para impresionar, ¿verdad? Creía que usted era mucho más sensato para eso.

El señor Watson también lo miró con recelo. —La señora Watson tiene razón, muchacho. Estamos muy contentos de que haya progresado en la vida—. Señaló a Elizabeth. —Casarse con esta hermosa joven, hija de un caballero, supongo, pero no puede gastar tan frívolamente.

—Hay que ahorrar para los malos tiempos —dijo la señora Watson con sabiduría.

—Díselo —le insistió Elizabeth con una sonrisa.

—¿Decirnos qué, muchacha? —preguntó el señor Watson.

Fitzwilliam sacó un paquete de papeles doblados de su bolsillo. —Les obsequio la librería y todo su contenido.

Los Watson lo miraron fijamente.

Después de un largo momento, el señor Watson dijo: —Perdón, ¿qué ha dicho muchacho?

—Mi tienda —repitió Fitzwilliam. —Por mucho que haya disfrutado del tiempo que he pasado allí, me temo que ya no la necesito. Les he cedido la escritura, que incluye el edificio, la tienda, los libros y la habitación de arriba.

—No lo entiendo —dijo la señora Watson con voz débil.

—Elizabeth me contó que usted había dicho que le gustaría tener una librería, y no se me ocurre nadie mejor a quien dársela.

—¿Nos regala una tienda? —repitió el señor Watson.

—Sí, y también prometo que seré cliente habitual de su establecimiento —dijo Fitzwilliam, entregándole los documentos.

—Esperamos que sean muy felices allí —dijo Elizabeth. —Aunque, a menos que su hija y su yerno sean tan hábiles como ustedes dos, Londres echará de menos su pan.

—¡Los bollos! —exclamó el señor Watson. Dándose la vuelta rápidamente, regresó a la trastienda. —Están bien. Horneados a la perfección —gritó.

La señora Watson aceptó con vacilación los documentos que le tendía Fitzwilliam. Los estudió durante un momento, con expresión de asombro. —¿De verdad nos la regala, muchacho?

—Sí.

—Y si no quieren una tienda, pueden venderla —dijo Elizabeth con sinceridad. —Queremos que tengan una vida mejor, no una más difícil.

Fitzwilliam le lanzó una mirada un poco gruñona por eso, pero habían acordado que si les regalaban la tienda a los Watson, la pareja debía ser libre de hacer lo que quisiera con ella.

—¿Venderla? —La señora Watson abrazó los papeles contra su pecho. —Hemos soñado con tener una tienda de verdad durante casi treinta años, muchacha—. Con los ojos empañados, añadió: —Y más les vale que acepten algunos bollos de regalo, y no quiero oír otra protesta al respecto.

—Sí, señora Watson —asintió Elizabeth con una sonrisa, que compartió con su esposo.

Después de hacer planes para llevar a los Watson al despacho de su abogado al día siguiente para firmar los papeles, Fitzwilliam les entregó las llaves. Dejaron la escritura en manos de los nuevos propietarios de la tienda y aceptaron una cesta llena de bollos dulces como pago. La señora Watson les dio las gracias entre lágrimas, y el señor Watson siguió mirándolos como si estuvieran completamente locos.

Una vez solos en el carruaje, tras comprar varios escritorios portátiles muy bonitos, Elizabeth colocó la cesta de bollos en el asiento que daba hacia atrás y se sentó junto a su esposo. Fitzwilliam le tomó la mano, le besó el dorso y la rodeó con el brazo.

—Hoy hemos hecho algo bueno —murmuró Elizabeth, acurrucándose contra él.

—Echaré de menos mi librería.

Ella le echó un vistazo, pero él parecía sereno y ligeramente pensativo, no angustiado.

—Podemos visitarlos cuando quieras —dijo ella. —Ya sabes que siempre me alegra encontrar un libro nuevo.

—Lo sé. Es una de las muchas cosas que adoro de ti.

Elizabeth se apartó un poco para poder girarse y observarlo. —A los Watson les encantará la librería tanto como a ti. Puede que incluso más. Será un lugar maravilloso para ellos, para trabajar y vivir.

Fitzwilliam la miró a los ojos. —¿De verdad te habrías casado conmigo cuando pensabas que no era más que un librero y habrías venido a vivir conmigo encima de la tienda?

—Sí. Me habría casado contigo aunque fueras librero. Me habría casado contigo aunque fueras un barrendero, un lord o un obrero—. Le rodeó el cuello con los brazos. —Te amo, sin importar lo que seas.

—Y yo te amo a ti —dijo él y, tal y como ella esperaba, la tomó en sus brazos y la besó.

~ FIN ~

Gracias por leer. Por favor, considere dejar una reseña:
getbook.at/LaLibreraDelDarcy

SOBRE LA AUTORA



Summer Hanford escribe fascinantes novelas de fantasía épica, novelas de romance histórico de capa y espada y reinterpretaciones de *Orgullo y prejuicio*, los cuales varios son número uno en ventas en Amazon. Vive en la región de los lagos Finger de Nueva York con su esposo y su gato, un consentido. La última incorporación a su hogar, una enérgica mezcla de pastor y setter, lleva seis años intentando, sin éxito, ganarse la aceptación del gato, pero es adorada por los humanos.

Desde que leyó su primera novela, la pasión de Summer siempre ha sido escribir. Cuando era niña y vivía en una granja lechera, construía castillos de heno y empuñaba espadas hechas con postes de cercas. También le apasionan los animales, viajar y organizar su armario. Nada le complace más que una hilera de camisetas ordenadas por longitud de manga y por color... excepto trabajar en su última novela con su gato en el regazo, su perro descansando en la alfombra soñando con ardillas y una taza de té siempre a la mano.

Para saber más sobre Summer, visita www.summerhanford.com

Puedes encontrar a Summer en:
Facebook
Amazon
BookBub
Goodreads
Instagram
Twitter
Bluesky
TikTok

NOVELAS DE SUMMER HANFORD

Dishonorable Gentlemen – Volume One of The Bennet Gang
Gentlemen of Honor – Volume Two of The Bennet Gang
Mr. Darcy's Bookshop
The Adventures of Anne de Bourgh of Rosings vol. I
The Adventures of Anne de Bourgh of Rosings vol. II
Mr. Darcy's Matchmaker
Once Upon a Time in Pemberley

Novelas de Summer Hanford en español

La librería del señor Darcy

Las Hermanas Ellsworth: Dulce Romance de la Regencia
Campanillas y Calumnia
Flores Silvestres y Artimañas
Corazón Partido y Acebo
Prados y Travesuras

Un Buen Caballero: Reglas de Refinamiento

Minnie y el Visón: Un Libro Ilustrado para Piños

Novelas de Renata McMann y Summer Hanford

A Theft at Rosings
To Catch a Poisoner
Charitable Endeavors
Pride & Prejudice and Planets
To Fall for Mr. Darcy
Mr. Collins' Will
More Than He Seems
After Anne
Their Secret Love
A Duel in Meryton
Love, Letters and Lies
The Long Road to Longbourn

Hypothetically Married
The Forgiving Season
The Widow Elizabeth
Foiled Elopement
Believing in Darcy
Her Final Wish
Miss Bingley's Christmas
Epiphany with Tea
Courting Elizabeth
The Fire at Netherfield Park
From Ashes to Heiresses
Entanglements of Honor
Lady Catherine Regrets
A Death at Rosings
Mary Younge
Poor Mr. Darcy
Mr. Collins' Deception
The Scandalous Stepmother
Caroline and the Footman
Elizabeth's Plight
Georgiana's Folly
The Second Mrs. Darcy

La colección:

A Dollop of Pride and a Dash of Prejudice
Incluye desde arriba:
Their Secret Love, Miss Bingley's Christmas, Epiphany with Tea, and *From Ashes to Heiresses.*

Pride and Prejudice Villains Revisited – Redeemed – Reimagined: A Collection of Six Short Stories
Incluye desde arriba:
Lady Catherine Regrets, Mary Younge, Mr. Collins' Deception, and *Caroline and the Footman,* junto con dos piezas de ficción flash adicionales, *Mrs. Bennet's Triumph* and *Wickham's Journal.*

"Es una verdad universalmente aceptada que todo autor en posesión de una gran novela necesita de un traductor a la altura de su obra."

SOBRE LA TRADUCTORA



Cristy nació en México y desde hace unos años vive en Washington junto a su amado esposo, su fiel compañero de aventuras.

Después de estudiar en la Universidad Autónoma de Querétaro y desempeñarse como maestra de inglés por algunos años, decidió incursionar en el área de traducción literaria, inspirada por la novela *El hombre que amó a Jane Austen* de Sally Smith O'Rourke.

Es fundadora y directora de la empresa Cris Translates, cuya misión es acercar las grandes obras clásicas y contemporáneas al público hispano y latinoamericano.

Ha tomado cursos y diplomados a nivel maestría sobre traducción por la Universidad de Guanajuato y la Asociación Mexicana de Traductores Literarios (en colaboración con la UNAM).

Algunas de sus 30 traducciones al español: *Rumores e imprudencias*, *Vacaciones en Londres*, y *Nefasto* de Nicole Clarkston, *Cuando el sol se duerme* de Alix James, *Pemberley, el dragón del señor Darcy* de Maria Grace y *El descanso del marinero* de Don Jacobson, igual son de mencionar sus 6 antologías navideñas.

Para conocer más sobre sus proyectos, síguela a través de:

cristranslates.com/blog
Facebook: fb.com/Cristranslates
Instagram: @cristranslates89

LA MENCIÓN

[i] William Shakespeare.

[ii] Eran dibujos muy detallados, pintados a mano, de diferentes conjuntos de ropa, sombreros, zapatos, y demás para conocer lo que estaba de moda en Inglaterra y el continente.

[iii] Es una novela corta de María Edgeworth publicada en 1800. A diferencia de muchas de sus otras novelas, que fueron fuertemente "editadas" por su padre Richard Lovell Edgeworth, antes de su publicación, la versión publicada está cerca de su intención original.

[iv] Los "Bow Street Runners" o corredores de la calle Bow fueron la primera fuerza policial profesional inglesa, y precursores de la posterior Policía Metropolitana. Efectuaban labores de patrullaje, investigaban crímenes, perseguían sospechosos, y localizaban personas desaparecidas u objetos robados.

[v] Según el Oxford English Dictionary, "tiger" se refiere a un sirviente que oficiaba de mozo o de lacayo, que recibía tal nombre por las coloridas libreas con adornos a rayas en colores brillantes y llamativos populares en el siglo XIX, especialmente en contraste con los colores oscuros y sobrios preferidos por los caballeros. El término se popularizó alrededor de 1817, en plena Regencia.